



EL
MENDIGO

PQ7297

.Z3

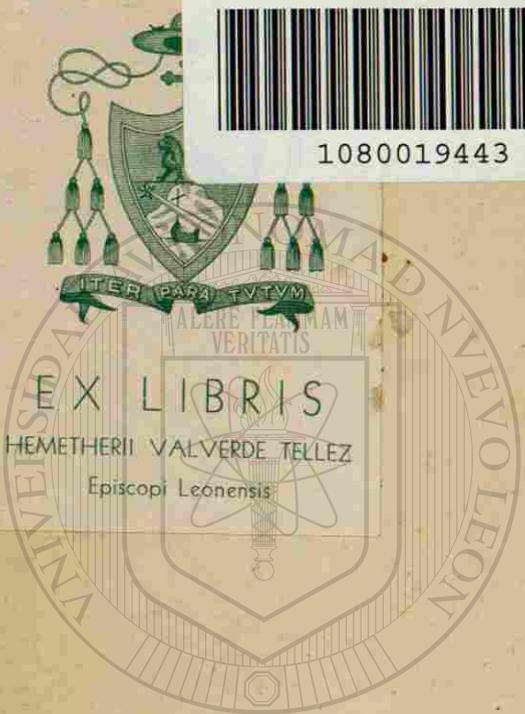
M4

v.5

002817



1080019443



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL
MENDIGO.

NOVELA HISTORICA ORIGINAL,

POR

D. Niceto de Zamacois.

TOMO V.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez *Capilla Alfonsina*
Biblioteca Universitaria

MEXICO.

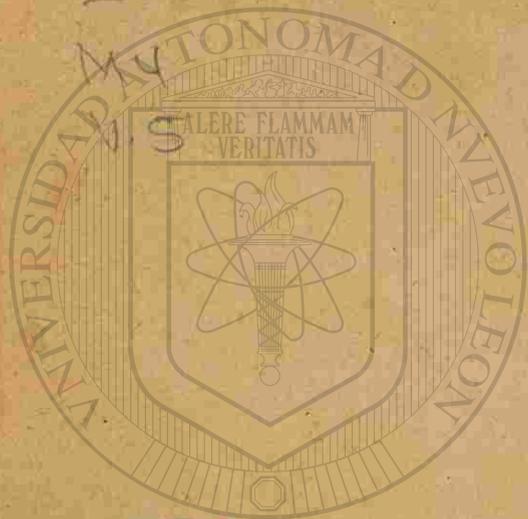
IMP. LITERARIA, 2.^a DE STO. DOMINGO N, 19.

1865.

40206

PQ7297

Z3



FONDO PATRIARCA
VALVERDE Y TELLEZ

para el siguiente día el sacar del torrente el cadáver.

Don Emilio, pues, viendo que era inútil permanecer por mas tiempo en aquel sitio, se despidió de su amigo D. Manuel que, como hemos dicho, se propuso conducir al siguiente día á Texcoco el cadáver de su antiguo y leal dependiente, y tomó el camino de la ciudad, marchando con Willey y Duval detras del coche en que iban Inés y Clotilde.

Eran como las once de la noche, cuando los silenciosos ginetes descubrieron entre las sombras las blancas torres de las iglesias de Texcoco.

—Triste ha sido la conclusion de nuestro día de campo.

Dijo Don Emilio interrumpiendo el silencio en que hasta entonces habian caminado, y animado con la vista de la ciudad que estaba ya próxima.

—¡Oh! sí; muy triste.—Exclamó Duval con hipócrita y conmovido acento.—La muerte de un jóven tan recomendable como

028250

Núñez, dejan una huella profunda en el corazón.

—Yo, por fortuna, le traté muy poco:— interrumpió Willey;—y digo por fortuna, porque así, por doloroso que me haya sido su fin trágico, nunca puede haber llegado mi pena, que es profunda, al grado de la que deben sentir los que se honraron con su amistad.

—Es cierto:—contestó Landeta.—Sobre todo, quien ha quedado inconsolable, es su antiguo principal, mi amigo D. Manuel.

—Como que aun conservaba la esperanza, después de haberle visto sumergirse en el torrente, de que no fuese Núñez el ahogado, y acompañado de los mozos, que iban provistos de hachones de brea, y seguido de nosotros, recorrió todos los sitios del Molino, llamándole en alta voz, aunque inútilmente.

—¡Pobre amigo mío! Este triste acontecimiento ha sido para él un golpe terrible.

—Como que su franca fisonomía revela un corazón bondadoso.—Respondió Duval.—Desde el momento que le ví, me sim-

patizó su presencia, aunque al mismo tiempo me recordó un acontecimiento desagradable.

—¿Sí? ¿Y cuál?

Preguntó Landeta.

Duval, que estaba persuadido de que D. Manuel, si no le había contado ya á Landeta la escena que tuvo en Tlalpam cuando encontró á su hijo jugando en su casa, se lo contaría, y queriendo además descubrir si la sorpresa de aquel hombre reconocía la causa que él temía, contestó:

—El haber encontrado á su hijo Ernesto en mi casa, poniendo ligeras cantidades al azar de las cartas.

—Sí; era un joven que estaba dominado por la pasión al juego, y que al verse arruinado se quitó la vida.

—Y aunque en esa desgracia no tenga yo la menor culpa, pues Ernesto jugaba en todas partes, sin embargo, me retraje, durante nuestro paseo, de entrar en conversacion con D. Manuel, á pesar de la simpatía que hacía él he sentido, por temor de que me guarde algun resentimiento por cosa en

que, como he dicho, no tengo la menor culpa.

—Ha hecho vd. muy bien en retraerse de hablarle; porque, en efecto, es un hombre que mira con horror el juego, y que está mal prevenido contra todos los que tienen casas de banca.

—Yo respeto su dolor y sus ideas.

—Ya vé vd. que la pérdida de un hijo le hace disculpable de su prevención hácia los jugadores.

—¿Y viene por mucho tiempo á México?

—Hasta descubrir el paradero de una pobre jóven, á quien un amigo suyo ha dejado, al morir, por heredera de sus cuantiosos bienes.

—Noble mision es esa por cierto, y muy digna de él.

—Sin duda: Dios se vale de sus buenos hijos para llevar el consuelo á los desgraciados, y á éste le ha elegido para eso, y para volver la honra á una familia, cuyo apellido se ha visto manchado hasta hoy por un malvado.

—¿Cómo!

Dijo alarmado Duval.

—Sí, amigo mio: D. Manuel ha venido á evitar que siga siendo yo injusto con el hijo de mi antiguo amigo Cabrera.

—¿Será posible?

Exclamó Duval palideciendo.

—Sin duda.

—¿Pero está convencido de ello?

—Enteramente: puesto que conoce al verdadero criminal.

—¿Cómo...! Dijo cada vez mas demudado Duval.

—Le ha visto.

—¿Dónde?

—En México.

—¿Cuándo?

—Hace aun poco tiempo.

La situacion de Duval era cada vez mas penosa.

—¿Y le ha dicho á vd. quién es?

—No, porque ignora su nombre.

La sangre volvió á circular en las venas de Duval.

—Pero sabrá donde vive.

•-Tampoco lo sabe aún; pero cree que le será fácil averiguar.

—¡Oh!—pensó Duval para sí;—aun es tiempo de salvarme: ese hombre me ha conocido sin duda, y es preciso que muera. Nuñez, acaso, le hizo saber mi amenaza con respecto á Ricardo, y esto tal vez le ha obligado á guardar silencio con Landeta. ¡Oh! sí; pero de cualquiera manera que sea, es preciso que ese hombre deje de existir.

—Bien veo—dijo D. Emilio notando el silencio de Duval—que la aclaracion de la inocencia de Cabrera, perjudica á vd. con respecto á la correspondencia amorosa que esperaba vd. alcanzar de Clotilde; pero no dudo que le será á vd. muy satisfactorio saber que el apellido del hombre que, como vd., anhela la mano de mi protegida, se halla, por fortuna, limpio y sin mancha.

—Y no se ha engañado vd., D. Emilio. Si yo lamentaba la eleccion hecha por Clotilde—dijo con refinada hipocresía Duval—no fué porque dejase de conocer las bellas cualidades que adornan á Leopoldo, sino

porque queria evitar á su hija de vd. la vergüenza de verse despreciada de la sociedad que creía deshonrada, por un hecho infame, la vida del padre de Leopoldo.

—Así lo he comprendido siempre.

—Pero hoy que vd. me asegura que su apellido está libre de toda nota deshonrosa, yo que no aspiro mas que á la felicidad de la mujer que amo, estoy dispuesto á hacer hasta el sacrificio de renunciar á la posesion de su hermosa mano, si cree que uniéndose á Leopoldo alcanzará esa felicidad.

—Ese rasgo le enaltece á vd. á mis ojos:—exclamó D. Emilio admirado.—Pero aun no debe vd. renunciar á la esperanza: primero es preciso que D. Manuel me haga ver, como espero, que en efecto el padre de Leopoldo no fué quien falsificó las libranzas, y después, que Clotilde, en vista de la constancia de vd., de su generosidad y de su abnegacion, haga la eleccion que juzgue mas conveniente.

Al terminar estas palabras el coche entró en la ciudad, y poco despues se detenia en la puerta de la casa de D. Emilio.

Duval y Willey se despidieron de las señoras y de Landeta, y se dirijieron á caballo hácia la posada en que estaban alojados.

—¡Oh! está visto que no he conseguir la posesion de esa mujer que me desprecia, y á quien adoro á pesar de sus desdenes.

Exclamó Duval con rabia al verse distante de la casa de Clotilde.

—En efecto, está vd. de desgracia. Ya iba todo bien, cuando se ha presentado ese hombre á trastornarlo todo.

—¡Oh! la fatalidad me persigue.

—Y el cielo parece que se ha propuesto que tenga Leopoldo un defensor de su honra.

—¡Maldicion!

—Apenas ha muerto Nuñez, cuando se ha presentado ese anciano; y temo que si muriere éste, se presentarian otros y otros á declarar la verdad.

—¡La verdad!

Dijo Duval sobrecojido de terror.

—¡Y eso qué males le podrian traer á vd? ¿que se casase Clotilde con Leopoldo? ¡Gran desgracia! Yo creo que eso, lejos de

serle á vd. contrario, le seria un bien notable, porque saldriamos de este pais, donde pueden descubrir nuestras gracias, irnos á Europa á disfrutar de las riquezas adquiridas, y casarse vd. allí con una mujer mucho mas hermosa que Clotilde, y sobre todo, que amase á vd.

Pero no era el temor de perder á Clotilde el que alarmaba en aquel instante á Duval, sino el de ser delatado por el anciano D. Manuel, como falsificador.

Habiendo ocultado á Willey aquel pasaje de su historia, para que no exigiese de él la mitad de los bienes que poseía antes de que se asociasen, creia que solo habia un hombre que conociese al autor de aquel crimen, Nuñez; pero apenas su corazon empezaba á respirar tranquilo por la escena sangrienta que acababa de tener lugar en el Molino de Flores, cuando se vió amenazado del mismo peligro que creyó haber conjurado. Habia otro hombre que sabia, como Nuñez, su crimen, y este hombre era D. Manuel: el mismo á quien habia cobrado las libranzas.

Duval se estremeció al considerar en las circunstancias críticas en que se encontraba.

Una palabra cualquiera de D. Manuel podía perderle; conducirlo al patíbulo.

Duval se puso pálido, y tembló.

Solo quitando la vida á aquel hombre, podría evitar salvarse.

Pero ¿cómo?

Willey se habia prestado á asesinar á D. Felipe y á Nuñez, porque de ambos temia él mismo, puesto que el primero sabia el secreto de que falsificaban moneda, y creia al segundo enterado del mismo asunto, segun se lo hizo creer Duval, diciendo que habia escuchado la conversacion que tuvo con los aliados en la Quinta.

Pero ¿se prestaria á quitar la vida á D. Manuel, cuando solo le consideraba como obstáculo á simples amores?

Duval vaciló por largo rato; pero conociendo que era el único medio que le quedaba para evitar ser descubierto, contestó á las palabras de Willey.

—Conozco, doctor, que teneis razon: nos interesa, nos conviene salir lo mas pronto de este pais, donde vivimos en continuo sobresalto: conozeo tambien que en Europa encontraria mujeres tan hermosas como Clotilde, y que me amasen mas que ella; pero todo esto que la razon me hace ver, no deja satisfecho al corazon; porque éste no raciocina, sino que siente.

—¿Y dejará de sentir menos, cuando el objeto que vd. ama pase á poder de su rival?

—¡Oh! es que nunca lo permitiré.

—¿Y cómo impedirlo?

—¿Cómo?

—¿No ha dicho ese antiguo principal de Nuñez, que Cabrera fué inocente, y que hará ver su inocencia?

—Sí; pero hay un modo de evitar que la pruebe.

—¿Cómo?

—¿No ha oido vd. que viene á informarse del paradero de una pobre jóven, cuya suerte ignora?

—Sí.

—¿Y no cree vd. que enviándole un aviso, acudirá al sitio á donde se le diga que se halla?

—Ciertamente.

—Pues yo pienso enviarle ese recado.

—¿Y despues?

—No lo sé; pero no faltarán medios para deshacerme de él. Es el único que puede inspirarme ya temor.

—Sí; porque Nuñez no hay miedo de que vuelva á hablar, y D. Félix está sentenciado á muerte, y próximo á marchar al patíbulo.

—Si vd., doctor, se quedase aquí un dia mas, estoy seguro de que ese D. Manuel, que tan sérios temores me inspira, sucumbiría sin remedio.

—¿Cómo! ¿otro asesinato mas?

—Tal vez.

—Hombre, eso es demasiado: apenas acabamos de librarnos de un enemigo, cuando ya quereis deshaceros del otro.

—Es indispensable.

—Pero dejad pasar siquiera algun tiempo.

Willely no sabia que cada instante era un siglo de temores y de sobresaltos para Duval.

Este sospechaba que D. Manuel le habia conocido, y que si no reveló el secreto á D. Emilio desde el instante, era sin duda por que dispuso confiárselo en ocasion en que estuviesen solos y sin testigos.

Por lo mismo creyó que mientras viviese D. Manuel, estaba en peligro de ser denunciado, y resolvió deshacerse de él para no verse aprehendido por la justicia.

Un crimen arrastra al hombre á otro crimen, y Duval que, para ocultar el primero habia mandado asesinar á Nuñez, se creia en la imprescindible necesidad de cometer un nuevo asesinato.

Willely, viendo que Duval, en vez de contestarle, se habia quedado meditando, le preguntó:

—¿Conviene vd. conmigo en que se debe dejar pasar algun tiempo?

—Al contrario. Creo que los males se atajan con facilidad atacándolos en el mo-

mento que aparecen: dejándolos tomar cuerpo, acaban con la vida del paciente.

—Peró....

—Con la cooperacion de vd., alcanzaria lo que anhelo.

—Si fuese por cosas importantes en que corriese peligro nuestro pesenezo, como sucedia viviendo D. Felipe y Nuñez, nunca economizo mis servicios; pero ¡por amores! ¡por una muchacha que está casi espirante y que desprecia á vd! Vamos, seria una locura que no me perdonaria jamás!

—¿Es decir que no cuento con su apoyo?

—En ese asunto, no: ademas, mis negocios y la hermosa Soledad reclaman mi presencia en México, y tengo dispuesto mi viaje para salir de Texcoco mañana muy temprano.

—Duval, conociendo la razon que acompañaba á Willey, y creyendo que él solo bastaba para combinar un plan y terminarlo felizmente, no quiso insistir, y casi arrepentido de haberle invitado, contestó con aparente buen humor.

—No me acordaba de que vd. tambien

trata de aprovechar la coyuntura de vencer á una ingrata.

—Cierto.

—Justa es, pues, la observacion de vd., y deseo que alcance lo que anhela, tan pronto como se vea al lado de su hechicera y confiada Adela.

—Y yo, que alcance vd. hacerse superior á esa pasion mal correspondida, y que deje vd. á ese pobre anciano decir cuanto juzgue conveniente.

—Mi resolucion está tomada.

—¿Y es?

—No desistir.

—No olvide vd. lo que ya le he dicho otras veces.

—¿Qué?

—Que una pasion condujo á la muerte á su hermano de vd. Picaluga.

—¡Silencio!

—Nadie nos oye.

—Ninguno debe saber que llevo ese apellido.

—Lo sé.

—Porque si alguno lo oyese, me perderia vd., y se perderia.

—Lo comprendo así; ¿pero está vd. resuelto á luchar contra los inconvenientes que se presenten para triunfar de su rival?

—Contra todos.

—Lo siento, porque veo que de esa manera se aleja el dia de nuestra partida; pero le deseo á vd. un pronto y feliz éxito, para que así se realice mi vehemente deseo de abandonar el país.

—Gracias.

Y Willey, acariciando en su mente las mas lisonjeras esperanzas de próxima felicidad, y Duval meditando en la manera de deshacerse de aquel hombre que podia perderle, llegaron á la posada en que estaban alojados.

El doctor, despues de encargar al criado que le despertase temprano, se despidió de su sócio y compañero de iniquidades, y se ocupó en arreglar algunas cosas para el viaje.

Duval se retiró á su cuarto pensando en

la manera mas segura de llevar á buen término su inicuo plan.

Por su causa habia muerto aquel dia un hombre.

Por él estaba próximo á marchar al patíbulo el inocente Félix.

Por él gemia en estrecha prision Ricardo, el amante de Inés.

Por él se hallaba enferma y sin esperanza de recobrar la salud la amorosa Clotilde.

Por él se veía manchado el apellido de Cabrera, y sin las riquezas que le pertenecian á Leopoldo.

Y por él, en fin, estaba en peligro un hombre honrado, el anciano y bondadoso D. Manuel, cuya muerte habia proyectado.

Pero nada de esto inquietaba aquella conciencia endurecida.

Para aquel hombre no habia en el mundo mas que tres deseos: poseer á Clotilde, alcanzar riquezas, y disfrutarlas sin temor.

Para conseguir esto último, tenia que deshacerse de D. Manuel que, si no le habia aun conocido, podia conocerle, y pensando

en los medios de reducirle al mas profundo silencio.

De repente se animó su rostro con una alegría satánica, y pareció satisfecho de una idea que habia concebido.

--¡Sí, sí!—exclamó:—¡el golpe es seguro!

Y se paseó por su cuarto con aire satisfecho y de triunfo.

¿Cuál era el plan que habia concebido?

En otra parte de nuestra historia lo llegaremos á conocer.

CAPITULO II.

Polkos y Puros.

Antes de ocuparnos de esta revolucion. conveniente será que demos á conocer las causas que hubo para armar estas fuerzas, y el origen de la injusta guerra que trajeron los Norte-Americanos.

Desde los primeros años de haberse independido México de España, pensaron los gobiernos de Washington en la adquisicion de Tejas, provincia de las mas feraces de México, y propusieron la compra de sus terrenos en 1825 y en 1827, aunque sin éxito.

Durante el gobierno vireinal, la provincia de Tejas, merced á la prevision, actividad y vigilancia de los gobernantes españoles,

en los medios de reducirle al mas profundo silencio.

De repente se animó su rostro con una alegría satánica, y pareció satisfecho de una idea que habia concebido.

--¡Sí, sí!--exclamó:--¡el golpe es seguro!

Y se paseó por su cuarto con aire satisfecho y de triunfo.

¿Cuál era el plan que habia concebido?

En otra parte de nuestra historia lo llegaremos á conocer.

CAPITULO II.

Polkos y Puros.

Antes de ocuparnos de esta revolucion. conveniente será que demos á conocer las causas que hubo para armar estas fuerzas, y el origen de la injusta guerra que trajeron los Norte-Americanos.

Desde los primeros años de haberse independido México de España, pensaron los gobiernos de Washington en la adquisicion de Tejas, provincia de las mas feraces de México, y propusieron la compra de sus terrenos en 1825 y en 1827, aunque sin éxito.

Durante el gobierno vireinal, la provincia de Tejas, merced á la prevision, actividad y vigilancia de los gobernantes españoles,

que ponian especial esmero en que la inmigracion se compusiese de personas honradas y laboriosas, cuidando mas de la calidad que de la cantidad de inmigrantes, se mantuvo leal y unida al resto del país; pero tan pronto como se hizo la independenciam, el gobierno mexicano, llevado de las mas nobles ideas, abrió émpliamente las puertas á la inmigracion, y Tejas se vió á poco poblado por los conlidantes Norte-Americanos, atraidos por las ventajas que se les proporcionaba, pues ademas de darles las tierras mas feraces, sin remuneracion de ninguna clase, se les exceptuaba por diez años del pago de contribuciones y se les concedia otros privilegios que no disfrutaban ningunos de los mexicanos.

Con estas ventajas pronto prosperaron aquellos colonos, y al verse fuertes, y careciendo de todo lazo hácia el resto de la nacion, pues ni su idioma, ni sus costumbres eran las del resto del país, y no habiéndose sujetado jamás á las leyes del país, se revelaron, proclamándose independientes.

Este rasgo de ingratitud hizo conocer al

gobierno mexicano el mal que habia hecho en abrir las puertas con tal franqueza á los inmigrantes; y trató de traerlos á la obediencia, ofreciéndoles exceptuarlos por otros diez años del pago de contribuciones; pero insolentados, y traduciendo las concesiones por debilidad y miedo, continuaron rebeldes, y se dispusieron á resistir con las armas en la mano, y favorecidos indirectamente por los Estados-Unidos, al ejército mexicano, que se dirijia al fin con el objeto de someterlos á la obediencia.

Santa-Anna, á quien se dió el mando de la division que debia reducir á la obediencia á los tejanos, salió para S. Luis el 23 de Noviembre de 1835: tomó en Febrero la ciudad de Bejar, que los tejanos habian abandonado: se hizo dueño, por asalto, del fuerte del Alamo, mandando pasar á cuchillo á la guarnicion: derrotó en todas partes á los enemigos de la patria, que los habia acogido benignamente: hizo trescientos prisioneros en Goliat, á los cuales mandó pasar por las armas; y deseando dar un golpe atrevido y apoderarse del congreso teitano,

avanzó, con solo unas cuantas compañías, hasta S. Jacinto, donde sorprendido por el general tejano, Austin, fué hecho prisionero, perdiendo así, por su arrojo, con un solo golpe, toda la brillante campaña, donde las armas mexicanas se habian colocado á gran altura.

Recobrada su libertad, el general Santa-Anna volvió á México, y se retiró á su hacienda de Manga de Clavo.

Pasado algun tiempo, las principales potencias de Europa reconocieron la independencia de Tejas, y lo mismo hicieron los Estados-Unidos, infiriendo con esto un agravio á México, que no podia resolverse á que le arrebatasen ingratos favorecidos, una de sus mas ricas provincias.

Los tejanos, temiendo que nuevas divisiones mexicanas fueran á castigar su rebeldía, pidieron agregarse á los Estados-Unidos; y aunque al principio el gobierno de la vecina república se opuso á ello, el 1º de Marzo de 1845, aumentó su poder con aquel rico territorio.

Un grito de justa indignacion resonó en

todas las provincias de México, y se clamó por la guerra, como el único medio de salvar el honor nacional.

Entre tanto los Estados-Unidos, á la vez que enviaban sus comisionados, fingiendo un vivo deseo de arreglar la cuestion de Tejas, las tropas del general Taylor, ocuparon parte del territorio mexicano, con pretexto de que los límites de Tejas se extendian hasta el rio Bravo del Norte, y sus buques ocupaban las costas de México.

El país no podia pasar por estas humillaciones, y se preparó á la guerra para luchar con un enemigo tan pérfido y desleal.

La nacion entera, sin excepcion de clases, empuñó voluntaria las armas, y luchó con honra, aunque con desgracia.

Antes de esa guerra, cuyo origen fué la hospitalidad dada por los mexicanos á ingratos extranjeros, el país tenia una superficie de 249.334 leguas cuadradas: hoy solo cuenta 113.856. Los ingratos á quienes se acogió con los brazos abiertos para que prosperasen, fueron causa de que arrancasen á

la generosa nacion que los acogió cariñosa, 135.478 leguas cuadradas. ¡Mas de lo que le ha quedado al país....!

Pero no es esto solo; sino que á la ingratitud con que los mexicanos vieron correspondida su generosidad, tuvieron que agregar la inexplicable mala voluntad que las demas naciones les manifestaron en la causa santa que se habian propuesto defender en lucha desigual, pero honrosa, aunque desgraciada.

Solo España se manifestó interesada en el triunfo de México. No hay mas que leer los periódicos españoles de aquella época, y no hay uno solo que no manifieste sus simpatías por la causa de los mexicanos. En México mismo, el padre español Jarauta, con mas de doscientos españoles, unidos á valientes mexicanos, empuñaron las armas en defensa del país, y derrotaron varias partidas de invasores, les quitaron convoyes, y no les dejaron descansar ni un solo instante.

El entusiasmo y patriotismo que los me-

xicanos manifestaron al principio de aquella guerra, no reconocen superior.

No hubo un solo hombre que no volase á empuñar las armas.

Comerciantes, propietarios, estudiantes, abogados, médicos, poetas, periodistas, artesanos, labradores, ricos y pobres, todos se presentaron voluntariamente á defender la patria.

Entre estos entusiastas, por la honra de México, se encontraban Leopoldo y Nuñez, que se habian alistado en la guardia nacional.

Explicada la causa justa que obligó á los mexicanos á empuñar las armas para rechazar la fuerza con la fuerza y defender la autonomia del país, pasemos á ocuparnos del asunto que empezamos á tratar al principio de este capítulo.

Era la tarde del 22 de Febrero de 1847.

Un dia despues de los acontecimientos que dejamos consignados en el capítulo anterior.

El alegre toque de dianas y el repique á

vuelo en varias iglesias de la capital, anunciaban algun notable acontecimiento.

Era que los batallones de guardia nacional, Victoria, Hidalgo, Mina y Bravos, se acababan de pronunciar contra la administracion del vice-presidente, Don Valentin Gomez Farias, que gobernaba en ausencia del general Santa-Anna, que se hallaba en S. Luis, dispuesto á salir á combatir al general norte-americano, Taylor.

El origen de este pronunciamiento fué la ley de manos muertas, publicada por el gobierno, y contra la cual estaba la mayoría de la nacion.

Sin embargo de esta circunstancia, el gobierno decretó la ocupacion de las rentas eclesiásticas, conminando á los inquilinos con crecidas multas, si no entregaban á los recaudadores civiles lo que antes pagaban los mayordomos.

La guardia nacional que habia tomado voluntariamente las armas para combatir contra el invasor Norte-Americano, no creyendo conveniente aquella medida que introducía un nuevo elemento de discordia á

los muchos que agitaban el país, apeló á las armas para destruirla.

El batallon Victoria, compuesto de los jóvenes pertenecientes á las familias mas distinguidas de México, ocupaba el convento de la Profesa; el de Hidalgo, en cuyas filas militaban todos los empleados, se situó en la casa de Iturbide; el de Independencia, compuesto de honrados y laboriosos artesanos, se colocó en el Hospital de Terceiros; el de Mina, en el convento de S. Diego; el de Zapadores, en S. Hipólito; y el de Bravos, en S. Fernando y S. Cosme.

La gente inerte corria despavorida á encerrarse en sus casas, mientras los soldados de uno y otro bando improvisaban parapetos y se disponian á combatir.

Era la lucha entre el partido conservador y su antípoda en ideas políticas: entre puros y polkos; denominados así entonces los que combatian al gobierno, por ser en su mayor parte jóvenes que frecuentaban la buena sociedad, y estar de moda el baile titulado, la Polka; y puros, los adictos á las ideas de desamortizacion.

Los repiques y las dianas continuaban atrayendo una multitud de curiosos, en tanto que las personas tímidas cruzaban las calles en todas direcciones, procurando llegar lo mas pronto posible á sus hogares.

Una mujer, hermosa como la esperanza y envuelto su esbelto cuerpo en un humilde trage, atravesaba á prisa, pálida y temblando, el espacio de la Alameda que queda entre la puerta que mira á S. Juan de Dios y la que se halla enfrente del Hospicio.

Para evitar las miradas de los curiosos, lleva cubierto con el rebozo, cuanto le es posible, el rostro.

En su porte y sus maneras revela que aquel trage no corresponde á su educacion.

A juzgar por el paso que lleva, debemos sospechar que no está acostumbrada á salir sola á la calle, y que algun motivo muy poderoso debe haberla obligado en aquel instante á verificarlo.

Pero ¿á dónde se dirige?

Ha salido ya de la Alameda y continúa su marcha.

De repente se detiene y tiembla.

Una partida de pronunciados se agolpa á la Acordada, y desarma á la guardia del gobierno que custodiaba el edificio.

La jóven que parecia dirigirse hácia aquel punto, queda irresoluta titubeando en lo que debe hacer.

Teme á la soldadesca; pero gran interés debe tener en llegar al edificio disputado, cuando haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se resolvió á llegar.

Al cruzar el espacio que media entre la puerta de la Alameda y el Hospicio, las miradas de un hombre que iba en encontrada direccion, se fijaron en ella.

La jóven va á pasar sin verle; pero él la cierra el paso diciendo:

—¿A dónde va vd., hermosa Adela?

—¡Willey!

Dijo la jóven alzando los ojos al reconocer la voz del hombre que le hablaba.

—¿Qué asunto le trae á vd. por aquí, en momentos tan críticos?

—El deseo de saber si es cierto lo que me contó esta mañana una antigua conocida que fué á verme á mi casa.

—¿Qué?

—Una desgracia que no he creído, por que vd. me la hubiera comunicado, y que además está en contradicción con las cartas que vd. mismo me ha entregado de él.

—Pero ¿qué es ello?

—La noticia de que está sentenciado á muerte D. Félix.

El doctor tembló, porque conoció cuán cerca habia estado la jóven de descubrir su superchería.

Sin embargo, repuesto al momento de su sorpresa, y dejando vagar en sus lábios una sonrisa burlona, exclamó en tono chancero.

—¿Y cómo se llama esa amiga que tiene informes tan acertados?

—Doña Anita: una antigua vecina que tuve cuando viví en la calle de Tacuba.

—¡Vaya con la Doña Anita!

—¿Conque no es cierto?

—Se conoce que tuvo gana de asustar á vd., ó de descubrir por el efecto que en el ánimo de vd. producía la noticia, el grado de afecto que conserva vd. á ese jóven

—¿Lo cree vd. así?

—¡Oh! la malicia de ciertas personas es muy curiosa.

Soledad meditó en el carácter de su antigua vecina, y juzgó verosímil la sospecha del doctor.

—Puede ser muy bien lo que vd. dice.

Contestó despues de reflexionar un instante.

—Estoy casi seguro de no equivocarme.

—Así lo creo ahora; pero como estaba impaciente por salir de la duda, y vd. no parecía, me habia propuesto desengañarme por mí misma.

—Llegué hoy mismo de Texcoco, y no quise presentarme en casa de vd. sin ser portador de alguna apreciable carta escrita por él.

—¿Y la trae vd?

—Sin duda, lo que le prueba á vd. que no está muy bien informada su querida amiga.

—¿Y le ha visto vd. á él?

—No, me ha sido imposible; porque en ese momento tuvo lugar el tumulto.

—¿Ni al entregarla le ha dicho á vd. nada el carcelero?

—Mucho, sin duda, tenia que comunicarme, segun me dió á entender; pero no pudo hacerlo, porque vino á impedirselo la alarma que tuvo lugar en el instante mismo en que ponía en mis manos la carta.

—¡Ah! tal vez en ella me diga alguna cosa importante.

—Así lo creo, á juzgar por las pocas palabras que el carcelero pudo dirigirme.

—La oblea es verde.

Dijo Soledad fijando los ojos en la neta.

—Lo que le prueba á vd. que su contenido no es funesto.

—Es verdad.

—Antes, si he de dar crédito á un presentimiento que me asalta, en sus líneas viene una noticia lisonjera.

—¡Dios lo quiera!

Los gritos de "Mueran los puros," pronunciados por los que acababan de ocupar la Acordada, y el disparo de algunas armas, les fué á alarmar de repente.

—Aquí no estamos bien;—dijo el doctor:—Marchemos, si á vd. le parece, hácia su casa.

—Sí, marchemos.

—Tendré el gusto de acompañarle á vd. hasta la puerta.

—Pero no quisiera que se molestara vd. por mi causa, cuando tal vez sus ocupaciones le llaman en este instante á otra parte.

—Mi primer ocupacion es tener el gusto de servir á vd.

—Le vivo á vd. muy agradecida por esa preferencia, á que no soy acreedora.

—Mi intencion era dirigirme á su casa para entregarle la carta de D. Félix; y ahora que ya he tenido el gusto de ponerla en sus manos, deseo que no me prive vd. del placer de acompañarla.

—El placer es para mí, y por lo mismo admito su atenta y galante oferta.

Soledad y Willey iban á echar á andar, cuando un nuevo grupo de pronunciados, pertenecientes al batallon de Independencia, que cruzaba de S. Diego al Hospital de Terceros, dando vivas á la Religion y á Mé-

xico, les obligó á permanecer quietos, esperando á que pasase.

—Señores, orden.—Les dijo el oficial que marchaba á la cabeza:—guardemos ese entusiasmo para la hora del combate.

—¡Viva nuestro capitán Cabrera!
Gritaron los soldados.

Willey, al escuchar aquel nombre, palideció, y fijó los ojos en el oficial.

Era Leopoldo que, como toda la juventud mexicana, se había alistado en la guardia nacional á la noticia de la invasión Norteamericana, y que disgustado con la administración de Farías, se había adherido al pronunciamiento para derrocarla.

El doctor, como todo hombre que ha cometido algún delito, temiendo que Leopoldo tuviese ya noticia del asesinato cometido en el Molino de Flores la noche anterior, y que sospechase que había sido un crimen cometido por él, volvió la cabeza para no ser conocido, y esperó á que el grupo se alejase.

—¿Qué tiene vd., doctor?—Le preguntó Soledad así que se ausentaron los naciona-

les.—¿Temía vd. algo de esos hombres? Le veo á vd. demudado.

—No; temía únicamente que usasen con vd. de alguna grosería, y esto me tenía inquieto.

—No; eso era imposible: el joven que les manda es demasiado fino y bien educado, para permitir que sus subordinados faltasen al respeto debido á una señora.

—¿Le conoce vd?

—Mucho. Viví por mucho tiempo en la habitación inmediata á la suya. Es un excelente pintor, y un dechado de amor filial para con su anciana madre.

Y mientras pronunciaba estas palabras, caminaba hácia su casa acompañada de Willey.

El doctor fué recobrando poco á poco su color y su calma.

Desde la noche anterior en que había cometido el asesinato, se había retirado muy temprano á su posada, donde se entretuvo en escribir la carta que acababa de entregar á Soledad, fingiendo la letra de D. Félix.

A las nueve del día siguiente, que es el

mismo en que nos encontramos, circuló por todo Texcoco la funesta noticia de haber encontrado ahogado en la sima del Molino de Flores á un desgraciado.

Willey, temiendo que le llamasen para inspeccionar el cadáver del mismo que él habia asesinado, se despidió de D. Emilio y su familia, prestando un negocio urgente en México, y se embarcó inmediatamente en un bote que salia en aquel instante.

En vez de estar dominado por el romor-dimiento que deja en el alma el crimen y arrepentido del horrible asesinato, solo pensó en perpetrar otro nuevo delito; en satisfacer su lujuria; en deshonorar á la hermosa y confiada Soledad.

Dos sentimientos, á cual mas bastardos, le impelia á ello: el deseo de llevar su venganza contra su victima mas allá de su tumba, y el de satisfacer sus instintos carnales.

Todo lo tenia dispuesto para la realizacion de su inícuo plan.

Habia amueblado lujosamente un precioso cuarto en la misma casa en que gemia presa la inconsolable Luz, cuarto que que-

daba aislado de todos los demas; dispuso un agradable refresco, en que vertió una dosis de narcótico, para servirla cuando llegase, y eligió por su victima á la hermosa Soledad.

Para realizarlo, habia escrito la noche anterior la carta de que ya hemos hecho referencia, y cuyo contenido, como veremos mas adelante, esperaba decidiese á la jóven á ir al sitio donde creia encontrar el bien, y donde le esperaba le deshonor.

Su primer cuidado al desembarcar, fué dirigirse á la casa que tenia en el barrio de la Palma, prevenir á la extranjerera que estaba á sus órdenes lo que habia hacer, y en seguida, provisto de su carta, tomó por la calle de Plateros, hasta llegar al Hospicio, y torciendo á la derecha, marchar por los callejones á la casa de Soledad.

La casualidad dispuso que se encontrase con la jóven, como lo hemos visto, dando lugar al diálogo que el lector ha escuchado.

Estaba oscureciendo ya cuando llegaron á la humilde casa en que vivia Soledad.

La jóven, engañada y agradecida por lo

que creia afecto de sincera amistad, y que no era otra cosa que un lazo que se tendia á su honor, le suplicó que entrase.

—Tengo deseo—le dijo—de que escuche vd. el contenido de la carta, ya que participa vd. de mis penas y de mi alegría.

Aunque Willey no necesitaba oír leer aquella carta, porque ninguno como él, que la habia escrito, sabia su contenido, sin embargo, para disimular mas y mas su inicua trama, aceptó la oferta, y penetró en la reducida habitacion de Soledad.

La jóven encendió una vela, suplicó á su falso amigo que se sentase, y abriendo la carta leyó en alta voz estos renglones:

“Querida prima: por fin, estoy libre: he conseguido huir de la prision en que gemia: esta carta la envió con un indio leal, para que la entregue al carcelero que me ha servido en todo, éste se la dé á mi generoso amigo Willey, y por conducto de él llegue á poder de vd.

“Estoy en el callejon H*** casa núm. 4. Deseo verla á vd., porque tengo que comunicarle grandes cosas de sumo interés. No

falte vd., pues: espero sin falta su visita esta noche. Suplique vd. al doctor que le acompañe, puesto que para él, que tanto interés ha tomado por nuestra felicidad, no debemos tener secretos.

“Si cuando vd. llegue no estoy en casa, por encontrarme de visita en la casa contigua, donde está otro compañero de infortunio, que tambien ha logrado fugarse, tenga vd. la bondad de esperarme, y de avisarme con la extranjería que recibirá á vd., y que es una mujer de toda mi confianza.

“Adios, hermana querida: no deje vd. de venir á consolar á su leal amigo, que le aprecia con todas las veras de su corazon.
—*Félix.*”

—¡Está libre!

Dijo Soledad llena de contento cuando acabó de leer la carta.

—¡Silencio, por Dios! no nos oigan.

Dijo Willey, fingiendo temor de ser descubiertos.

—¡Ah! ¡qué feliz nueva!

—Ahora conozco que era la que descaba

comunicarme el carcelero, y que por causa del tumulto no pudo verificarlo.

—Sin duda.

—¿Y piensa vd. acudir á la cita?

—No le parece á vd. que debo hacerlo?

—Esa es mi opinion; pero si por ser ya de noche, estar la calle muy retirada y tener recelo á la revolucion, quiere vd. dejarlo para otro dia....

—De ninguna manera: le debo grandes favores para que no haga el sacrificio de vencer mi timidez.

—En ese caso.... si vd. gusta que yo la acompañe, puede vd. contar conmigo; estoy á sus órdenes.

—Admito la buena disposicion de vd., tanto por mí, enanto porque le será muy satisfactorio á D. Eélix poder darle á vd. las gracias por el interés que se ha tomado vd. por él.

—Era un deber de humanidad, y un tributo á la inocencia perseguida.

—¡Oh! ¡qué noble corazon!

—Voy, pues, sin perder momento, á buscar un coche que nos conduzca en un ins-

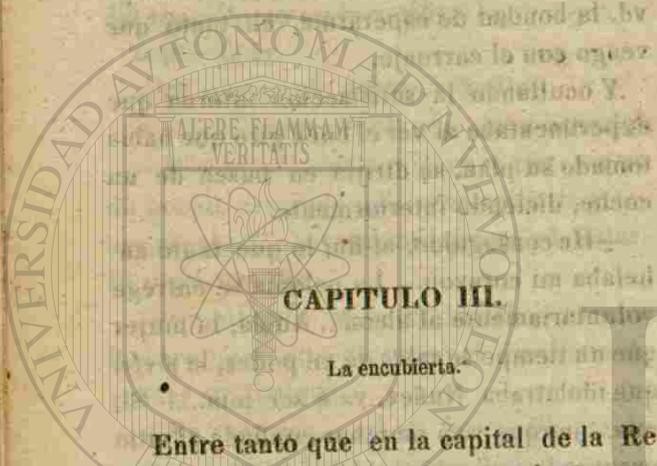
tante al sitio en que se encuentra. Tenga vd. la bondad de esperarme, en tanto que vengo con el carruaje.

Y ocultando la satisfaccion interna que experimentaba al ver el buen giro que habia tomado su plan, se dirigió en busca de un coche, diciendo interiormente.

—He conseguido, al fin, lo que tanto anhelaba mi corazon.... La paloma se entrega voluntariamente al alcon... Adela, la mujer que un tiempo se salvó de mi poder, la jóven que idolatraba Nuñez, va á ser mia....! Sí, mia... porque va á marchar confiada al sitio preparado por mí, en mi compañía, sin recelo ninguno.... Sin que nadie pueda arrebatármela.... sin que nadie pueda acudir en su auxilio!....

Y una sonrisa infernal asomó á sus lábios.

—Soledad, bien agena de pensar en la trama que se habia urdido contra su honra, esperaba entre tanto, impaciente, la llegada del carruaje.



CAPITULO III.

La encubierta.

Entre tanto que en la capital de la República mexicana se hacían sangrienta guerra *polkos y puros*, queriendo hacer triunfar cada cual sus ideas políticas, Santa-Anna, á la cabeza de diez y ocho mil hombres, marchaba de S. Luis en busca del general Norte-Americano, Taylor, triunfante en la batalla de Palo-Alto, el 8 de Abril de 1846, primera de aquella guerra injusta, en la de la Resaca, dada el día 9; dueño el 18 de la plaza de Matamoros, abandonada por no estar bastante fortificada para una heroica defensa, y cinco meses despues, el 26 de Se-

tiembre, de Monterey, qué tras una brillante resistencia de algunos días, se vió precisada á capitular.

El movimiento se hizo en 28 de Enero de 1847, saliendo en este dia la artillería de grueso calibre y de montaña, con sus trenes y todo el material de guerra, custodiada por el batallon de Zapadores y la compañía de S. Patricio, compuesta de irlandeses, que se habían pasado de las filas enemigas, y tomado las armas contra los orgullosos invasores. El 29 se puso en marcha la primera division á las órdenes del general Pacheco: el 30 salió la segunda, mandada por el general Lombardini: el 31 la tercera, llevando á su cabeza al general Ortega; y el 2 de Febrero se puso en marcha el cuartel general.

La caballería, que desde mucho antes estaba fuera de S. Luis, esperando la salida de las otras armas, se hallaba dividida en cuatro brigadas: la primera, al mando del general Torrejon, se encontraba en Bocas: la segunda, á las órdenes del general Juvera, ocupaba El Venado: la tercera, subor-

dinada al general Andrade, se situó en el Cedral; y la cuarta, al mando del general Miñon, fué á situarse en la hacienda de Potosí, despues de haber sorprendido en la Encarnacion un destacamento de cien Norte-americanos.

La oficialidad y la tropa iban animadas del mas vivo entusiasmo, deseando que el enemigo les esperase para vengar los reveses sufridos al principio de la campaña.

Entre el brillante estado mayor del general en jefe, iba un jóven sin ninguna insignia militar, que no participaba del regocijo general de aquel ejército entusiasta que, lejos de haber desmayado por los reveses anteriores, parecia haber sacado mayores bríos de sus mismas derrotas.

Y es que aquel ejército tenia la firme conviccion de que estas derrotas no reconocian por causa, ni el superior valor de los contrarios, ni su mejor disciplina, ni ninguna de las demas dotes de obediencia, de abnegacion y de sufrimiento, que hacen del mexicano un excelente soldado, que

sabe morir en el puesto que sus jefes le señalan.

La mala administracion militar, la desunion de los principales jefes, que introducian con sus rivalidades la desconfianza, gangrena destructora de la fuerza moral de los ejércitos, la carencia de tiendas, de bastimentos, de vestuario, de dinero y de multitud de cosas indispensables para el buen éxito de una campaña, concurren eficazmente á esterilizar los sacrificios y el valor del soldado, y á dar á los Norte-americanos un triunfo, que no hubieran alcanzado, ni por su fuerza, ni por su disciplina.

Pero ahora tenian fé en el general que les mandaba.

Santa-Anna era el hombre de mas influencia y prestigio en el ejército.

La oficialidad le queria y le respetaba, y los soldados participaban de ese cariño y de ese respeto que engendran rasgos de generosidad y de heroismo.

Pero volvamos á nuestro jóven.

Su tristeza no reconocia por origen el te-

mor á las batallas, ni la desconfianza en el éxito; porque como todos los que componian aquella brillante division, participaba de las mas lisonjeras esperanzas, y no dudaba ni un solo instante del triunfo.

A juzgar por el tinte melancólico que velaba su rostro, la causa de su caimiento provenia de algun profundo pesar del alma, de uno de esos sentimientos internos que invaden entero el corazon y que nos matan dulcemente.

La arrogante presencia de este personaje y su dulce tristeza, disponian el ánimo en su favor desde el momento de verle.

Era un jóven de fisonamía apacible y simpática: en sus ojos grandes y negros, velados por largas y sedosas pestañas, brillaba la luz de la inteligencia, del valor, y la pasion del alma. Un bigote negro, suave, fino y bien peinado, y una larga perilla, graciosamente dispuesta, hacian resaltar los encendidos lábios de una boca perfecta, adornada de iguales y blancos dientes: su cabello largo, negro, lustroso, y con gracia peinado, contrastaba admirablemente con su tez pálida

y muy fina que prestaba á su fisonomía una dulzura, un atractivo y una suavidad que cautivaban.

—Muy triste camina vd., D. Rafael.

Le dijo un jóven oficial, de fisonomía franca y noble, de tez blaca, ligeramente sonrosada por los ardientes rayos del sol, de espaciosa frente, cabello castaño, suavemente rizado, y sobre cuyo lábio superior á penas apuntaba un ligero y fino bozo.

—¿Se puede caminar con alegría, D. Juan, cuando se ha perdido hasta la esperanza de la felicidad? Cuando el alma ha soñado con todos los placeres de la tierra, y ha vagado en esos horizontes de felicidad sin término, bebiendo el aliento de un ángel de hermosura y de candor, extasiada con su amorosa y celestial sonrisa, sintiendo sus caricias, oyendo el dulce sonido de su armoniosa voz, escuchando sus tiernos juramentos de amor, viajando en océanos de luz blanda y suave, como la que envuelve los vaporosos cuerpos de los bienaventurados, y aspirando una atmósfera impregnada de místicos perfumes: cuando el alma, repito, ha viaja-

do por esa mirífica mansion de ilusiones, cuán inconsolable queda al despertar en este mundo real de dolo y de miseria, de falsedad y de impostura, donde todo le falta, donde nada encuentra que llene el insondable vacío que dejó la fatal desgracia!

—Pero todos han disfrutado de esos alegres sueños, que la delirante imaginación presenta con frecuencia al hombre, iniciándole en los goces de una eternidad de inefables delicias, y sin embargo, al verlos desvanecidos, aunque han sentido su pérdida, han hallado á poco el consuelo, y se han reido de lo mismo que les hizo sufrir.

—Esos hombres, D. Juan, no habrán amado con toda la fuerza, con toda la energía, con toda la intensidad con que ama el alma por primera vez. El amor es como el sentimiento de la patria, crece con la ausencia, se alimenta con los recuerdos, se arraiga con la desgracia, y jamás se extingue: los obstáculos, las travas y las dificultades que se le ponen para sofocarlo, son como la leña con que se pretende ocultar el fuego, y

que solo sirve de combustible para aumentar el devorador incendio.

—¡Dichosa la mujer que así es amada! ¡Ah! si Luz pudiese escuchar esas palabras, bendeciría la misma desgracia que había venido á poner de relieve el inextinguible cariño de su amante.

—¡Luz!—Exclamó conmovido Rafael al escuchar el nombre de su amada.—Sí, Don Juan: ¡tal vez me escucha desde el cielo...! ¡tal vez penetra en este instante su celestial mirada en lo profundo de mi corazón, y vé, dolorida, triste y compasiva, los íntimos afectos que le inundan; afectos dulcísimos de amor que conmueven todo nuestro ser, y que el lábio no encuentra palabras para expresar.

Y los ojos de Rafael se llenaron de lágrimas.

—¡Muerta....! ¡Sería una desgracia!

—Sería una felicidad, D. Juan.

—¿Una felicidad?

—Sí; una felicidad. Mas la quiero muerta, que en poder de un malvado que ponga asechanzas á su honor.

—Las asechanzas, amigo Rafael, se estrellan siempre en la virtud de la mujer honrada, y la hermosa Luz....

—¡Oh! la hermosa Luz era un ángel, D. Juan: un ángel que no pudo consentir en su infamia, y que por lo mismo habrá dejado de existir bajo el rigor ó la venganza del malvado que me la arrebató y que no habrá logrado envilecerla.

—O que gemirá presa, esperando que compadecido el cielo de ella, le envíe en su socorro al hombre que idolatra.

—No, D. Juan. ¿No la he buscado sin cesar por todas partes? ¿No he preguntado á todos por ella? ¿Leopoldo, Nuñez y yo, no hemos hecho cuanto hay que hacer para descubrir su paradero?

—Cierto que sí.

—¡Y el no haberla hallado, ni tener la menor noticia de ella, no es suficiente prueba de que ha muerto?

—No; los malvados toman precauciones tan acertadas para evitar que sus acciones sean observadas, que yo me inclino á creer que el inícuo que arrancó del lado de vd. á

la jóven por quien sufre, la tiene oculta sin que nadie, mas que él, sepa el sitio en que la guarda.

—No, eso es casi imposible: los criminales necesitan de cómplices; y éstos no suelen guardar el secreto de una manera tan religiosa que no se llegue á traslucir el delito. ¡Ella ha muerto, sí, ha muerto... y prefiero que haya sucumbido al dolor, á considerarla expuesta á perder su honra! ¿No vengo á esta campaña á buscar la muerte, para que mi alma se una con la suya? Los que mueren, velan por las personas amadas que lloran en este mundo. Si ha muerto, velará cariñosa por mí, me compadecerá, sentirá mis penas.... Si muero, y aun existe, velaré por ella, la veré desde la mansion de los justos, y la defenderé....

Una mujer, tapado el rostro para defenderse del polvo y del sol, con un pañuelo blanco, sin que se pudiese ver mas que los ojos, cubierta la cabeza con un sombrero de palma, de inmensas alas, cruzado el rebozo á manera de banda, y montada en un caballo flaco, que galopaba para alcanzar á las

guerrillas que iban adelante, al escuchar la voz del que hablaba, volvió la cara, se sorprendió al verle, detuvo la rienda á su esqueleto corcel, y quedando con disimulo á cierta distancia de los interlocutores, se puso á escuchar con atencion el diálogo que sostenian.

Ninguno de los dos jóvenes fijó la atencion en ella, por ser cosa muy comun en el ejército mexicano ver caminar á las mujeres de los oficiales, y aun de los soldados, de la manera que lo hacia la tapada que nos ocupa.

—Pues yo no deseo, ni creo que haya muerto.—Dijo el joven oficial.—No deseo, porque anhelo que la encuentre vd. en el mundo, para que vea realizados los miríficos ensueños de que antes, con tanto entusiasmo, me hablaba; y no creo, porque el enemigo que conspiró contra la dicha de vd., se hubiera apresurado á darle esta noticia, que debía figurarse desgarraria su corazon.

—¡Y si vive para llorar la pérdida de la joya de mas valía que tiene la mujer? ¿Si la vergüenza y la afrenta empañan con su as-

queroso cieno aquella frente virginal, donde estaba retratado el pudor y la inocencia, y manchan su corazon angélico en que se anidaron el candor y la virtud....!

—No ignoraria vd. tampoco ese fatal acontecimiento, que no hubiera olvidado su contrario, para amargar todos los instantes de su vida.

—¡Ah! ¿lo cree vd. así?

Exclamó Rafael concibiendo un rayo de esperanza, que disipó por un instante las sombras de la tristeza que velaban su semblante.

—Estoy persuadido de ello.

—Conozco que las observaciones de vd. tienen toda la fuerza de la severa lógica; que ellas arguyen contra mis temores; que arrojan la verosimilitud y la conviccion; y sin embargo, son tan lisonjeras, que no me atrevo á darles el valor que reconozco en trañan, porque no sea mas terrible y doloroso el desengaño.

—Bien; yo no quiero que dé vd. á mis razones ciega acogida como á una verdad infalible; pero sí la importancia consoladora

de una cosa en quien concurren los visos mas vehementes de lo verosímil y de la palpitante presuncion de lo cierto.

—Así es como acepto esa idea con que ha logrado vd. despertar mi ya muerta esperanza.

—Verá vd. cómo el dia en que menos lo espere, recibe vd. una carta de Nuñez ó de Leopoldo, en la cual le participen que la virtuosa Luz le espera tan pura, hermosa y amante, como en los dias de su mayor ventura.

—¡Ah! Dios permita que se realice su prediccion.

—Y tengo fé en que se realizará.

—Sus palabras de vd. hacen renacer mi esperanza muerta.

—¿No quedaron dispuestos á seguir indagando sin cesar la suerte que le ha tocado ó esa jóven, y á saber el sitio á que fué conducida?

—Sí, y estoy seguro de que no habrán descuidado un solo instante la promesa que me hicieron de buscarla sin descanso.

—Y Nuñez es infatigable y tenaz, y estoy

seguro que logrará el objeto que se ha propuesto.

—Si antes no encuentra un enemigo terrible que se lo impida.

—¿Cómo!

—Nuñez, D. Juan, profesa á Leopoldo una amistad íntima y sincera, y como se ha propuesto hacer triunfar la inocencia del padre de su leal amigo, es seguro que los que tienen interés en que no se descubra la verdad, pondrán en juego todos los medios para deshacerse de él.

—Pero no es fácil que lo consigan.

—¡Oh! yo lo temo todo de los malvados.

—¿Y hace mucho tiempo que no escribe á vd?

—Mucho.

—¿De suerte que ignora vd. los pasos que han dado con respecto á las pesquisas para encontrar á Luz?

—Todo.

—El corazon me anuncia que á nuestra vuelta á S. Luis se encontrará vd. con cartas muy lisonjeras de él.

—¿Dios lo quiera! y él haga tambien, D.

Juan, que en los amores que aliente el corazón de vd., no vierta el destino la amarga hiel que ha derramado en los míos.

—Gracias por su buen deseo.—Dijo D. Juan sonriendo y de buen humor;—pero aun está lejos esa época.

—¿No ama vd?

—El objeto de mi amor aun no está en estado de inspirarme recelos ni temores: es una flor en botón, que no despliega los bellos matices de sus tiernos pétalos, que crece ignorada del mundo en un rincón humilde y solitario de la tierra, mecida por las auras del cariño maternal.

—¿Y si la mirada de algún curioso penetrase en ese retiró, y ambicionase la posesión del objeto que vd. espera verle desarrollarse y crecer?

—Nada temo: está al cuidado de un ángel de virtud y de prudencia, que vela por ella como la más tierna de las madres.

—Y cuál es el nombre de esa flor en botón?

Preguntó Rafael sonriendo.

—Teresa.

—¿Teresa?

—Sí.

—¿Y su apellido?

—Rondal.

—¿Cómo! ¿Será tal vez la tierna hija de Elisa?

—Elisa es el nombre de su amorosa madre.

—¿Española?

—Española.

—No hay duda; es la misma.

La mujer que escuchaba la conversación, pareció sorprenderse.

—¿La conoce vd?

—De vista, así como por sus virtudes y sus desgracias.

—Cierto que no ha sido muy venturosa; y esto precisamente inclinó mi corazón hacia esa familia desgraciada.

—¿Y cómo llegó vd. á conocerla?

—Porque el leal Pablo, que ha procurado, en cuanto le ha sido posible, remediar las necesidades de ella, me presentó un día en la casa.

—Me alegro de la eleccion; pero Teresita es aún muy niña.

—Por lo mismo, y por serlo yo poco menos, le he dicho á vd. que espero á que desplegue sus brillantes pétalos.

—Será una fortuna para la pobre Elisa el ver enlazarse á su hija con un jóven del mérito de vd., y heredero único de una fortuna considerable. Pero esos matrimonios proyectados con mucha anticipacion, rara vez llegan á realizarse.

—Es que el mio no pasa de un pensamiento, que á nadie, sino á vd., se lo he comunicado. La idea la concebí desde el instante en que Pablo me presentó á la familia; pero sin que ella misma sospeche mi proyecto.

—¿Quiere decir que no ha contraido vd. compromiso ninguno para lo futuro?

—Ninguno. Vi el hermoso pimpollo, y me agradó: conjeturé que podria desarrollar en hermosura y virtud sobre toda esa bella mitad del género humano, y concebí la idea de unirme á tan hechicero sér,

si no salian fallidas mis esperanzas. Esto es todo.

—¿Quiere decir que ni una palabra de amor ha cruzado entre vd. y su futura novia en ciernes?

—¿Para qué hablar de asuntos superiores á la inteligencia de una inocente niña, en cuyo tierno corazon se deben depositar únicamente ideas de virtud, de religion, de pudor y de ternura que, germinando maravillosamente á su debido tiempo, hagan de ella un modelo de excelentes hijas, una leal amante, una fiel esposa y el ornato de la sociedad? Violentar la naturaleza, anticipar las pasiones, es matar las ilusiones antes de conocerlas; cegar el corazon á los placeres puros del alma, con placeres buscados y estériles; marchitar la existencia con el hastío y el dolor en la primavera de sus dias; envejecer sin haber llegado á la juventud; acercar al fuego el boton del delicado lirio, queriendo con él suplir el calor gradual y fecundante del sol, abortando una flor marchita desde el nacer, de hojas sin color y sin aroma, sin lozanía y raquítea.

—¡Muy bien!

—Dirá vd. que ni de mi edad ni de la carrera que he abrazado esperaba vd. este razonamiento; pero le diré á vd. que estas ideas son el resultado de una educacion altamente religiosa y moral, inculcadas por mi adorada madre desde mis primeros años.

—Son excelentes, sin duda.

—Ademas de que siempre he creido que en todas las carreras de la vida, la base principal para cumplir con los respectivos deberes, son la religion y la moral. Yo no quiero en el militar el valor de la fiera: quiero, sí, el pundonor del hombre honrado, la lealtad y la piedad con el vencido, que exige la religion, el buen comportamiento que reclama la moral, y la deferencia y la finura que resultan de una educacion escogida.

—Tiene vd. razon.

Al llegar á este punto de la conversacion, se acercó á D. Juan un ayudante del general, diciéndole que le llamaba.

El juicioso y elegante jóven se separó de su amigo, y se dirijió á saber lo que tenian que comunicarle.

Rafael volvió á entregarse á sus tristes ideas, y la mujer, enviándole una mirada de compasion, azotó á su caballo y se alejó á medio galope.

Despues de una jornada penosa y larga, la tropa llegó al Peñaseco, donde pasó la noche con bastante incomodidad, por la falta de casas para alojarse y la carencia de tiendas de campaña con que sustituir aquellas.

Don Juan y su amigo Rafael se alojaron en la humilde choza de un indio.

Poco despues, al lado de esta choza, se improvisaba una excelente cantina, á donde acudia la oficialidad á refrigerarse.

La persona que despachaba en ella, era la misma mujer que hemos visto detenerse en el camino á escuchar la conversacion de los dos jóvenes.

Estaba aún cubierta con su pañuelo, y metido el sombrero de palma hasta las cejas, sin que se pudiese descubrir nada de su rostro.

¡Se habia colocado allí por casualidad, ó habia escogido aquel sitio para estar cerca

de los dos amigos y escuchar todo lo que hablasen?

Difícil es la respuesta.

Pero lo que sí es cierto, que en todas las tornadas que se fueron haciendo, Bocas, la Hedionda, el Venado, Charcas, Laguna Se-
ca, Solís, la Presa, Matchuala, el Cedral, las Animas, el Salado, la Encarnacion y el Puerto del Carnero, la tienda de la mujer tapada se levantaba siempre junto al alojamiento de D. Juan y de Rafael, sin que nadie hubiese logrado verla el rostro

Pero ¿por qué aquel empeño en tenerlo cubierto constantemente?

¿Era una linda jóven que seguia disfrazada á su amante, ó una mujer de aspecto fiero que, para no desencantar á los curiosos y atraer por aquel medio comprado res, habia echado mano de aquel ingenioso ardid?

Esto es lo que muchos se preguntaban á sí mismos, sin que pudiesen sesolver el problema.

CAPITULO IV.

Batalla de la Angostura.

Era el 21 de Febrero.

Toda la division se habia concentrado, despues de largas y penosas marchas, en la Encarnacion.

Al toque de las cornetas y de los tambores, lenguas bélicas que enardecen el espíritu del soldado, el ejército mexicano, lleno de entusiasmo porque se acercaba el dia del combate, acudia empuñando sus brillantes armas, al sitio designado para pasar la gran revista.

El general Santa-Anna, seguido de su lucido estado mayor, recorría á caballo la

de los dos amigos y escuchar todo lo que hablasen?

Difícil es la respuesta.

Pero lo que sí es cierto, que en todas las tornadas que se fueron haciendo, Bocas, la Hedionda, el Venado, Charcas, Laguna Se-
ca, Solís, la Presa, Matchuala, el Cedral, las Animas, el Salado, la Encarnacion y el Puerto del Carnero, la tienda de la mujer tapada se levantaba siempre junto al alojamiento de D. Juan y de Rafael, sin que nadie hubiese logrado verla el rostro

Pero ¿por qué aquel empeño en tenerlo cubierto constantemente?

¿Era una linda jóven que seguia disfrazada á su amante, ó una mujer de aspecto fiero que, para no desencantar á los curiosos y atraer por aquel medio compradores, habia echado mano de aquel ingenioso ardid?

Esto es lo que muchos se preguntaban á sí mismos, sin que pudiesen sesolver el problema.

CAPITULO IV.

Batalla de la Angostura.

Era el 21 de Febrero.

Toda la division se habia concentrado, despues de largas y penosas marchas, en la Encarnacion.

Al toque de las cornetas y de los tambores, lenguas bélicas que enardecen el espíritu del soldado, el ejército mexicano, lleno de entusiasmo porque se acercaba el dia del combate, acudia empuñando sus brillantes armas, al sitio designado para pasar la gran revista.

El general Santa-Anna, seguido de su lucido estado mayor, recorría á caballo la

extensa línea entre los mas entusiastas vivas á México.

Los soldados presagiaban un éxito feliz al ver á la cabeza un jefe que les inspiraba ciega confianza, y el general estaba orgulloso de mandar un ejército valiente y aguerrido, con quien no dudaba, ni por un instante, alcanzar la victoria.

La fuerza que, al salir de S. Luis, constaba de diez y ocho mil hombres, se encontraba reducida á catorce mil.

Habia habido, pues, antes de darse la primer batalla, una baja de cuatro mil combatientes.

Esta enorme pérdida reconocía por causa la falta de tiendas de campaña, de buenos víveres, de agua; calamidades terribles, á las cuales se agregó el penoso temporal que por espacio de algunos dias acosó al ejército que, sin abrigo, caminando por inmensos desiertos, y privado de todo, dejaba el camino regado de muertos, de enfermos y de cansados.

Sin embargo, el espíritu de los que se ha-

bían sobrepuesto á la intemperie y á las necesidades, era entusiasta y patriótico.

La presencia de su predilecto general Santa-Anna, y la proximidad del enemigo, les infundia nuevos bríos y los reanimaba.

A la una del dia tomó el rancho la tropa; llenó de agua las caramañolas, victoreó á sus jefes y á la patria, aprestó sus armas y emprendió su marcha para el Puerto del Carnero.

Los cuerpos ligeros, mandados por el general Ampudia, abrian la marcha: seguíanlos el cuerpo de Zapadores, con la batería de á 16: luego las tres divisiones de Pacheco, Lombardini y Ortega: en seguida el resto de la artillería con sus correspondientes dotaciones y el material de guerra: despues la caballería de Juvera y de Torrejon; y por último, cubriendo la retaguardia, la division del general Andrade.

El general en jefe, rodeado de la brillante oficialidad que formaba su estado mayor, recorria todas las divisiones, entusiasmando con su presencia al soldado que, al verle,

parecía dejar su cansancio y recobrar sus fatigadas fuerzas.

Don Juan, soñando con grados y gloria militar, marchaba suspirando porque llegase el ansiado momento del combate.

A aumentar el entusiasmo y la alegría vino la llegada de un correo de México, que llevaba cartas para el ejército.

Todos leían con avidez y vertiendo lágrimas de placer, en medio del desierto, los caros caracteres, ya de una madre, ya de una esposa, de una hermana, de un hijo, de un amigo, ó ya de su amada.

Aquellos renglones eran dulcísimos para quienes lejos de la sociedad y de sus familias se preparaban á un combate terrible y sangriento.

Para muchos era como la tierna despedida de carísimos objetos que no volverían á abrazar ni á ver en el mundo.

¡El adios triste y eterno de las personas que mas amaban sobre la tierra....!

—¡Le han escrito á vd., D. Rafael?

Le preguntó á éste D. Juan acereándose á él y caminando á caballo á su lado.

—Sí; me ha escrito nuestro comun amigo Leopoldo, quien me dá memorias para vd.

—¡Y Nuñez?

—No me escribe, y lo extraño.

—¿Ni Leopoldo le dá á vd. memorias de él?

—No le nombra para nada, y ese silencio me alarma.

—Tal vez se habrá extraviado la carta de Nuñez.

—O le haya sucedido alguna desgracia.

—No, porque entonces se la comunicaría á vd. Leopoldo, pues sabe la amistad que se tienen vdes.

—Por eso mismo, si ha tenido lugar algo que pueda desagradarme, tratará de ocultármelo. Ya le he dicho á vd. que temo que sean sus enemigos los mismos que lo son de Leopoldo.

—Pues yo creo que nada le ha sucedido, y que si no ha recibido vd. carta de él, es porque se ha extraviado.

—¡Dios lo quiera!

—¡Y no dice á vd. Leopoldo á que altura

se halla el negocio de su casamiento con Clotilde?

—Respecto á eso se manifiesta triste y desconsolado. Dice que Clotilde está en un estado de caimiento extremo, que la melancolía le mata.... que nada le consuela, y que tal vez muy pronto la verá bajar al sepulcro!....

—¡Pobre Leopoldo!

La mujer de quien ya hemos hecho mencion antes, y que tapado el rostro con un pañuelo para defenderse del sol y del polvo, habia procurado en todas las jornadas ir lo mas cerca posible de aquellos dos amigos poniendo atencion á cuanto hablaban, marchaba tambien entonces detras de ellos, escuchando el diálogo en que iban entretenidos.

—Con respecto á Luz, me dice que nada se ha conseguido saber, á pesar de seguirla buscando sin cesar, como yo se lo recomiendo en todas mis cartas; pero que continuará en su tarea hasta salir airoso de su empresa.

—Sí; y cumplirá su oferta, y la hermosa Luz parecerá!

—¡Ah! ¡Diera diez años de mi vida por verla.... toda mi fortuna.... mi sangre toda...!

La encubierta hizo un movimiento como para hablar, pero se contuvo de repente, y volvió á guardar silencio.

Parecia que las últimas palabras de Rafael le habian conmovido, que sus padecimientos le afectaban.

Terminada la jornada de aquel dia, el ejército hizo alto en el Puerto del Carnero, donde pasó la noche en medio de inmensos bosques de palmas.

El frio era tan intenso, que los soldados, para poderlo resistir, se vieron precisados á prender fuego á las inmensas arboledas que les cobijaban.

Las llamas, sacudidas por el viento, tronaron incendiando las copas de las palmas, y un océano de fuego servia de toldo á los ateridos guerreros que, hambrientos, pero llenos de abnegacion y de patriotismo, va

gaban afanosos, como terribles fantasmas, á la luz de los relámpagos de una horrorosa tempestad.

Por fin amaneció el día 22, y los rayos del sol vinieron á calentar los helados miembros de aquellos sufridos soldados.

El general Santa-Anna montó á caballo, y se presentó á las tropas excitando su ardimiento.

Después de dirigirles una corta, pero entusiasta alocución, arrimó espuelas al caballo, y se adelantó hasta el punto más avanzado donde iban las descubiertas, cuyo patriotismo se manifestó dando vivas á México y á su general.

—Señor—le dijo un ayudante acercándose á él:—acabo de saber que el enemigo, lejos de esperarnos en Agua-Nueva, como lo creíamos, se retira á paso veloz, después de haber incendiado la hacienda.

—Pues marchemos en su persecución.

Exclamó Santa-Anna irradiando sus ojos de entusiasmo.

Y mandó á la caballería que, sin pérdida de tiempo, tomase la vanguardia.

Aquella orden fué cumplida en el momento; y mientras las divisiones de infantería hacían alto para mitigar su sed y llenar de agua las caramañolas, los soldados de caballería, fieles á la voz del deber, pasaron sin detenerse á descansar ni á mitigar la ardiente sed que los devoraba.

Poco tardaron en avistarse con el enemigo que los esperaba en el campo de batalla, conocido con el nombre de la Angostura.

El terreno en que se habían situado los Norte-Americanos, estaba lleno de sinuosidades, de barrancas y de lomas, que les brindaba grandes ventajas para hacer inútiles los esfuerzos de la caballería, y combatir con buen éxito.

La posición era verdaderamente formidable.

Cada loma, cada punto ventajoso y de difícil acceso, estaba defendido por una batería pronta á sembrar la muerte sobre los que intentasen avanzar un paso.

Esta imponente actitud de los Norte-Americanos, y las ventajas que les proporcionaba el terreno que habían elegido, pa-

recia que contendrian al ejército mexicano; pero nada pudo enfriar el entusiasmo de las tropas mandadas por el general Santa-Anna: antes por el contrario, á la vista de los obstáculos creció mas y mas su deseo de combatir, y despreciando los peligros, y olvidando el cansancio producido por la jornada de doce leguas que acababan de andar aquel dia, se arrojaron sobre el enemigo con un denuedo digno de eterna remembranza.

La brigada del general Mejia, que fué una de las primeras en llegar al campo de batalla, se situó á la izquierda del camino, entre unos sembrados, sostenida por un cuerpo de caballería: á la derecha, y formando dos líneas con sus competentes reservas y baterías, se encontraba el resto de la infantería. En la retaguardia se situó la caballería, dispuesta á caer como un torrente sobre el enemigo, á la menor indicación del general.

Santa-Anna, aprovechando el patriótico ardor de sus soldados, mandó al general Ampudia que, con los cuerpos ligeros que mandaba, se apoderase de un cerro de suma importancia para el éxito de la batalla,

y que los Norte-Americanos se habian descuidado ocupar.

Ampudia obedeció la orden, y se dirigió al sitio indicado.

El general contrario, Taylor, al observar aquel movimiento, conoció la importancia de aquella posicion, y tratando de reparar su descuido, envió por su parte una fuerza respetable para que se apoderase del importante cerro, antes de que llegasen las tropas mexicanas.

Las fuerzas de uno y otro campo se encontraron bien pronto.

Ambas querian para sí la posesion de un punto tan ventajoso, y conociendo que la fuerza habia de resolver la cuestion, se travó un reñido y sangriento combate.

—Mi general:—dijo un gallardo jóven acercándose lleno de entusiasmo á Santa-Anna:—¿me permite vd. que participe de los peligros de los compañeros que disputan la posesion de aquel cerro? Tengo vehementes deseos de combatir, y tal vez seré útil para ocupar el lugar de alguno de los valientes oficiales que sucumban.

—Todas las personas que me rodean anhelan, como vd., medir sus armas con el enemigo; pero esperan el momento dispuesto por mí para obrar en combinacion, y alcanzar un triunfo completo. Sin embargo, como la presencia de vd. en el sitio que en este instante se disputa, puede infundir nuevos bríos en nuestras filas, le concedo la gracia que solicita, deseando que la victoria corone su entusiasmo.

Don Juan, henchido de satisfaccion y de ardimiento, corrió sediento de gloria al sitio del combate.

El enemigo hacía esfuerzos inauditos por alcanzar el triunfo.

Pero además de aquellos esfuerzos, el ascenso al cerro por el lado en que se hallaban las tropas mexicanas, era casi perpendicular, pero en tanto grado, que aun para subir las municiones, había que vencer grandes y numerosas dificultades, que prolongaban la sangrienta lucha.

En medio del estruendo de las armas y de las filas de los valientes cuerpos que tan heroicamente disputaban á los Norte-Ame-

ricanos la posesion del cerro, se veían dos séres que, lejos de sembrar la muerte como todos los demas, se ocupaban en aliviar las dolencias y necesidades de los intrépidos soldados.

Uno de ellos era Rafael, excelente médico que, en los sitios donde era mayor el estrago de las armas, se ocupaba en atender á los que caían heridos, y hacerles la primera curacion, sin cuidarse del peligro.

El otro era la misteriosa cantinera que, cubierta la cara, recorría las filas diezmas por la muerte, mitigando la sed del fatigado militar.

El primero había marchado voluntariamente á la campaña, buscando la muerte como un alivio á sus desgraciados amores, como un bálsamo á la profunda pasion que le oprimía.

La segunda parecía haber tenido por móvil la utilidad que le podía dejar la venta de las provisiones que había llevado desde México.

Pero si este solo era su afan, ¿por qué entonces aquel empeño y curiosidad en seguir

de cerca á los dos amigos para no perder ni una sola de las palabras vertidas en sus conversaciones de amores?

¿Qué le importaban á ella los padecimientos del uno ni los proyectos del otro?

¿Tenia interés, acaso, en aliviar los primeros, ó en apoyar los segundos?

Dificil era adivinarlo.

Lo cierto es que en aquel mismo dia, poco antes de haber dado principio la batalla, se le habia visto aproximarse con interés al amante de la hermosa Luz, como dispuesta á llamarle aparte para revelarle algun secreto, y detenerse luego sin atreverse á despegar sus lábios.

¿Por qué este cambio repentino?

No nos toca por ahora decirlo.

No debemos anticipar los sucesos.

La verdad es que se la vió partir al sitio del peligro en cuanto Rafael se adelantó con la division de cazadores que marchaba tomar el cerro.

El combate, entre tanto, seguia cada vez mas encarnizado, cada vez mas sangriento.

La muerte se cernia sobre la cabeza de

los combatientes eligiendo sus víctimas, sin que la victoria se decidiese por ninguno.

La noche, entre tanto, avanzaba pavorosa y fria.

El sol, como manchado por la sangre que el vendabal despues de cruzar el campo de batalla llevaba en sus alas, se ocultaba entre nubes, veladas por el espeso humo del cañon.

Las tropas mexicanas, cansadas por la jornada de doce leguas que acababan de hacer aquel dia, y por la larga lucha que sostenian contra un enemigo que habia escogido el terreno para combatir con ventaja, empezaban á decaer en brío, cuando se presentó, sereno y confiado, el intrépido Don Juan.

—¡Viva México!

Exclamó arrojándose sobre el enemigo con la espada desnuda y derribando de una estocada al oficial norte-americano, que llegaba arengando á sus soldados.

A aquella voz el espíritu de los cuerpos ligeros se reanima; contestan á aquel viva con indecible entusiasmo, y llenos de valor

y de confianza se lanzan con ímpetu indecible sobre sus contrarios, que apenas pueden resistir al brusco choque de las bayonetas.

La última luz del crepúsculo se ocultó por fin, dejando á la tierra envuelta en las negras sombras de la noche.

Ya no se distingue á los combatientes.

Los batallones ligeros, que son los únicos que han entrado en accion, siguen disputando la posesion del cerro, en tanto que el resto del ejército, simple espectador de la accion, sigue ansioso con la vista la direccion de los fuegos que le indican cuando avanzan y cuando se retiran sus compañeros de armas.

—Un esfuerzo supremo, y la victoria es nuestra!

Se oyó gritar á D. Juan.

—¡Viva México! ¡Viva el general Santa-Anna!

Contestaron los soldados, henchidos de entusiasmo.

Varias descargas cerradas sucedieron á estas voces, y el terreno se enrojoció con la sangre de nuevas y numerosas víctimas.

La ansiedad del ejército que observaba, era extrema.

La vista de todos estaba pendiente de la direccion del fuego.

De repente se vió en el aire como una larga serpiente de lumbre que se alejaba huyendo de otra, que sobre la cima del cerro se ostentaba triunfante.

Las dianas y las músicas que se elevaban desde el vértice del punto disputado, anunciaban que la victoria habia coronado á uno de los dos ejércitos.

¿Cuál era el que habia alcanzado el triunfo?

Un arrogante jóven, que montado en su brioso corcel, se presenta á los pocos instantes ante el general Santa-Anna, lo anuncia.

—Señor—dice llevando aún en la mano su espada ensangrentada.—Los Norteamericanos huyen derrotados; las tropas mexicanas coronan el cerro tan tenazmente defendido como intrépidamente ganado: yo, en nombre de mis compañeros de armas, saludo á mi general por el buen resultado de su excelente plan de campaña. ¡Viva México! ¡Viva el general Santa-Anna!

Mil voces contestaron á la del valiente jóven.

—D. Juan—dijo el general:—El valor es una de las virtudes mas dignas de recompensa: el de vd. ha influido marcadamente en el buen éxito del combate; y yo, en nombre de la patria agradecida, le elevo al grado de capitan, tan justamente adquirido.

Y al decir esto colocó sobre sus hombros las dos presillas que corresponden al capitan.

El ejército entero aplaudió aquel rasgo de justicia, y el jóven oficial volvió á su campamento sediento de nuevos combates y nuevas glorias.

CAPITULO V.

Continúa la Batalla de la Angostura.

Al cansancio de la larga jornada de aquel dia y á la fatiga de la sangrienta lucha, sostenida con admirable denuedo por una y otra parte, siguió una noche oscura, lluviosa y fria.

Los soldados, con la ropa mojada y atorridos de frio, pasaron la noche entera al vivac enfrente al enemigo, sin poder encontrar una hoguera para calentarse, por haberse prohibido por el general en jefe el que se hiciese lumbrada ninguna.

Todos sabian que la accion de aquel dia solo habia sido el prelude de la gran bata

Mil voces contestaron á la del valiente jóven.

—D. Juan—dijo el general:—El valor es una de las virtudes mas dignas de recompensa: el de vd. ha influido marcadamente en el buen éxito del combate; y yo, en nombre de la patria agradecida, le elevo al grado de capitan, tan justamente adquirido.

Y al decir esto colocó sobre sus hombros las dos presillas que corresponden al capitan.

El ejército entero aplaudió aquel rasgo de justicia, y el jóven oficial volvió á su campamento sediento de nuevos combates y nuevas glorias.

CAPITULO V.

Continúa la Batalla de la Angostura.

Al cansancio de la larga jornada de aquel dia y á la fatiga de la sangrienta lucha, sostenida con admirable denuedo por una y otra parte, siguió una noche oscura, lluviosa y fria.

Los soldados, con la ropa mojada y atorridos de frio, pasaron la noche entera al vivac enfrente al enemigo, sin poder encontrar una hoguera para calentarse, por haberse prohibido por el general en jefe el que se hiciese lumbrada ninguna.

Todos sabian que la accion de aquel dia solo habia sido el prelude de la gran bata

prendente arrojo habia combatido pocas horas antes, entonces yacía sentado debajo de una peña, profundamente conmovido, y depositando algunas lágrimas en el retrato de una hermosa mujer que cubria de besos.

Era el retrato de su amorosa madre, que en aquel instante, sin duda, oraba triste y afligida por él al Hacedor Supremo.

Pero ¿dónde está su inseparable amigo Rafael?

¿Por qué no se le vé entre la oficialidad que recorre el campamento?

En vano se le buscaría ahora al lado de la débil tienda de la incógnita mujer.

Esta, por la vez primera, ignorando el sitio que él habia elegido para pasar la noche, habia colocado su cantina lejos de su alojamiento.

Sin embargo, antes de haberse resuelto á ello, le buscó disimuladamente por el campamento, dispuesta á descubrirle lo que tantas veces no se habia atrevido á revelar.

No hallándole en ninguna parte, preguntó por él á un soldado, quien le dijo que estaba ocupado en curar á los heridos.

—Le veré mañana, antes del combate;— dijo para sí la cantinera;—y pondré término á su tristeza y su inquietud. ¡Es tan bueno, que seria una crueldad ocultarle lo que le volverá la vida y la alegría!

Amaneció por fin el 23.

Las cornetas, los tambores y las músicas saludaron la aurora de aquel dia con marciales y animadoras dianas.

Todo el mundo estaba sobre las armas y dispuesto al combate.

El general Santa-Anna recorría á caballo el campo de batalla, y daba las disposiciones que juzgaba conducentes para alcanzar el triunfo.

La artillería habia roto sus fuegos; y al estampido del cañon, el espíritu del soldado se inflama en ardor bélico.

Las divisiones todas anhelaban el combate, y solo esperaban la señal para asaltar las formidables posiciones que guardaba el enemigo.

La misteriosa mujer de la cantina, despues de levantar su tienda, cruzaba por las

filas buscando con la vista al médico Rafael, afanosa por comunicarle algun secreto.

La infeliz temia que le alcanzase alguna bala que la llevase al sepulcro sin confiar al mas fiel de los amantes un asunto de la mas alta importancia para él, que solo vivia de amor y para el amor.

Pero su empeño fué inútil. Rafael se hallaba en aquel momento con la brigada del general Mejía, que pasó de la izquierda á la derecha del camino.

El combate comenzó por el cerro ganado la vispera, á precio de mucha sangre, y que los Norte-Americanos, conociendo su importancia, trataban de ocupar en aquel instante.

Terribles esfuerzos hicieron para conseguirlo; pero los cuerpos ligeros que lo defendian, consiguieron, como el dia anterior, quedar victoriosos de sus valientes enemigos.

A poco la batalla se generalizó.

Los soldados entraron en ella sin haber comido el rancho, sin haber alimentado sus cuerpos.

A las siete y media de la mañana ordenó el general Santa-Anna que se diese una carga sobre el enemigo.

La órden fué ejecutada con precision y arrojo.

Las tropas, formadas en batalla paralelamente, avanzaron como una muralla impenetrable, arrojando un nutrido fuego que llevaba la muerte á las filas contrarias. Por el camino, y á las órdenes del general D. Santiago Blanco, iba una columna compuesta de los batallones, Mixto de Tampico, Fijo de México, Zapadores, y un regimiento de húsares que ocupaba su izquierda. A la derecha de esta division marchaba la que formaba el centro de la línea, mandada por el general Lombardini; junto á ella se veía la del general Pacheco: seguías á poca distancia, pero inclinada á la derecha como sirviendo de reserva, la columna del general Ortega, mientras el 4º de línea, que habia ido á reforzar á los cuerpos ligeros, mandados por Ampudia, ayudaba á éstos á lanzar del pié del cerro á los Norte-Americanos.

La línea que el enemigo habia formado

era oblicua, así es que aun cuando las divisiones mexicanas marchaban, como se ha dicho, paralelamente, la columna del general Mejía, que avanzaba por el camino, empezó á recibir un nutrido y mortífero fuego de cañon, mucho antes de que llegasen las otras á poder ofender á sus contrarios.

Terribles fueron los estragos causados en aquel instante por los Norte-Americanos; pero los valientes soldados que sobre ellos iban, lejos de arredrarse por los claros que las balas de cañon dejaban en sus filas, continuaron avanzando con imperturbable serenidad, sedientos de luchar á la bayoneta para vengar la muerte de sus intrépidos compañeros.

Sin embargo, el fuego enemigo era certero y vivísimo; así es que el general Santa-Anna, conociendo que iba á sacrificar sin fruto la vida de aquellos héroes, dispuso que se detuvieran, abrigándose detras de una colina que podia defenderles de las baterías de los Norte-Americanos.

Mientras de esta manera combatian, las divisiones de los generales Pacheco y Lom-

bardini, que habian llegado á tiro de fusil del enemigo, rompieron un nutrido fuego sobre éste, que fué contestado con otro no menos vivo y mortífero.

Apenas se habia empeñado aquel terrible combate, cuando el general Lombardini recibió una honrosa herida que le obligó á retirarse de la lid, recayendo en el general Perez el mando de su division.

El fuego que el enemigo hacia era tan certero y horroroso, que la tropa del general Pacheco, compuesta en su mayor parte de reclutas que oian por primera vez el silbido de las balas, sobrecojida de espanto, empezó á desbandarse sin escuchar la voz de sus oficiales que hacian esfuerzos inauditos por contener su desorden y dispersion. El general Pacheco, conociendo que el desaliento de su columna puede introducir la demoralizacion en las otras, habla á sus soldados en nombre de la patria para que recobren su serenidad; pero todo es en vano, porque el terror de que están poseidos les cierra los oidos y les ofusca el entendimiento y la razon.

Los Norte-Americanos, al advertir aquel desórden, tratan de aprovecharlo, contando ya con la victoria, y avanzan intrépidamente con la confianza de un próximo triunfo; pero la division del general Perez, que no participa del terror de sus compañeros, vé impassible acercarse al enemigo, y ejecutando un cambio de frente sobre la derecha, con la precision y sangre fria que se observa en una parada, obliga al confiado invasor á retroceder en el acto.

Una batería de á 8, mandada por el capitán Ballarta, favoreció aquel diestro movimiento, obligando con sus fuegos á que los Norte-Americanos, que poco antes habian soñado con el triunfo, se retirasen destrozados y en completa confusion, dejando el campo regado de cadáveres.

Si la caballería hubiese llegado en aquel momento, la victoria hubiera sido completa, y el ejército de Taylor hubiera tenido que rendirse á discrecion; pero por desgracia estaba á distancia larga, y cuando llegó, los enemigos, favorecidos por el inaccesible terreno, se encontraban ya rehechos y dis-

puestos á disputar el paso. Sin embargo, la carga que dió, dirigida por el general Juvera, fué terrible. Infantes y ginetes, todos hacen abnegacion de su vida en aras de la patria. El valiente D. Angel Guzman, coronel del regimiento de Morelia, se hace notable por su heróico comportamiento, rechazando al enemigo hasta la hacienda de Buena Vista; y parte de la caballería, como si tratase de rivalizar con él en grandes hechos, sigue hasta tan lejos á los aterrados invasores, que para volver al campo, tuvieron que tomar por la retaguardia de las tropas de Taylor, y venir á salir por la izquierda de la posicion.

No habia sido menos tenaz la lucha por el cerro ganado la víspera.

Los cuerpos ligeros, mandados por el general Ampudia, despues de haber combatido heróicamente, seguian el alcance de sus contrarios que, arrojados del cerro, habian hecho alto en un sitio de difícil acceso, defendido por una batería.

Don Juan, que con la espada desenvainada, iba delante de los soldados excitando

su ardimiento, trató de apoderarse de aquel punto á todo trance.

Para dar ejemplo avanza el primero á pecho descubierto.

Un soldado Norte-Americano, apoyando el rifle sobre una peña, le apunta á quemarropa, sale el tiro; y cuando el intrépido jóven va á arrojarse sobre la batería, cae á tierra pronunciando: "¡Viva México!"

Un grito de júbilo salió de las filas invasoras; otro de indignacion y de sentimiento se escuchó en la division mexicana.

Los Norte-Americanos trataron entonces de salir para apoderarse del jóven que habia caido: las tropas de Ampudia por su parte trataron de retirarle: este empeño de una y otra parte dió lugar á un vivísimo fuego, sostenido por ambos lados con ardor, quedando tendido D. Juan, con los brazos abiertos y el rostro oculto en unos matorrales, en el corto espacio que separaba á los combatientes.

Sin embargo, poco duró aquella lucha: la division mexicana, indignada de verse detenida por los que poco antes habia ven-

eido, hizo un esfuerzo, y logró desalojar al enemigo causándole considerables pérdidas.

Dueña así del cuerpo disputado, un oficial se agachó para ver dónde era la herida, le desabrochó la casaca que tenia el agujero de la bala en el pecho, pero no encontrando sangre ninguna en la camisa, empezó á registrarle, y su mano tropezó con un objeto duro que se hallaba en un bolsillo practicado en el peto.

El oficial sacó el objeto, y vió que era el retrato de una hermosa mujer, colocado en un grueso relicario de oro, en medio del cual habia quedado enterrada la bala.

Don Juan, pues, no estaba herido: habia caido privado de sentido á causa del fuerte golpe recibido en el pecho.

Al recobrar los sentidos, que fué obra de un momento, preguntó si estaba herido, y enseñándole el oficial el retrato en que se habia estrellado la bala, exclamó tomándolo en sus manos y besándole con cariño.

—¡Madre mia, madre mial ¡dos veces me has dado la vida!

Luego, poniéndose en pié, guardando el retrato en el mismo sitio en que lo habia tenido, y tomando la espada que estaba en el suelo, exclamó:

—Acabemos de triunfar de nuestros enemigos.

Pero éstos, aunque derrotados por todas partes en la primer carga, se reorganizaron muy pronto, favorecidos por el terreno.

Las tropas mexicanas habian vencido en aquel primer encuentro; pero arrojados los Norte-Americanos de una loma, volvian á rehacerse en la siguiente, presentando en cada una de ellas un nuevo combate, que costaba abundante sangre á los asaltantes.

Santa-Anna, queriendo aprovechar el entusiasmo de la tropa, dispuso dar la segunda carga; forma al efecto una nueva línea de batalla, manda que se incorpore á las divisiones que se han batido, la columna de reserva, haciendo que la que hemos visto ocupando el camino, quedase por aquella maniobra formando la reserva de la nueva línea.

La tropa avanza con la misma intrepidez

y arrojo que la vez primera. La artillería, bajo las órdenes de general Micheltorena, hace estragos en las filas enemigas. Al estruendo del cañon y el ruido de la fusilería, sigue muy en bréve el terrible choque de la bayoneta. Yankees y mexicanos se baten cuerpo á cuerpo. La sangre tiñe el campo, y los muertos obstruyen el paso. La victoria duda á qué lado inclinarse, pero al fin corona á las tropas mexicanas, y el invasor huye derrotado á otra loma, dejando por trofeo uno de sus cañones y tres banderas.

El ejército habia combatido sin haber probado alimento ninguno. Eran las once del dia, y el general en jefe conoció que era preciso dar al soldado algun respiro y fortalecerle.

Una ligera llovizna cayó en este momento de descanso en que la tropa procuró comer algo.

A las doce se emprendió de nuevo el ataque sobre las posiciones enemigas, tomando otra vez parte en él los zapadores y demas cuerpos que habian estado de reserva.

Taylor echó una mirada sobre el ejérci-

to que le atacaba, y creyéndole débil por la izquierda, destacó en aquella dirección una respetable fuerza, que encontró una resistencia increíble. La lucha se empeñó tenaz y sangrienta: el general Torrejon, al frente de su brigada, carga denodadamente sobre la columna contraria, y pierde en aquel choque lo mas granado de su oficialidad. Entonces se generaliza la acción: las tropas mexicanas avanzan sin cejar. Ampudia, con los cuerpos ligeros que en todo el curso de la batalla habian hecho retroceder al enemigo, se encuentra en la misma loma que éste defendia. Allí se vé al valiente jóven D. Juan animando á sus soldados y difundiendo el terror en las contrarias filas.

¿Pero Dónde está Rafael?

La cantinera le ha buscado en medio del combate creyendo encontrarle curando á los heridos, pero no le ha visto.

Tal vez se hallará en alguna de las otras divisiones que combaten tambien.

La lucha es cada vez mas terrible: las víctimas se aumentan, y la sangre de los heri-

dos empapa los piés de los que lidian sobre ellos.

Pero era imposible que se prolongase por mas tiempo aquella lid. Era preciso que uno de los dos ejércitos cediera; y los Norte-Americanos, no pudiendo resistir el empuje de sus contrarios, se retiraron hasta su última posición, dejando en poder del ejército mexicano otras dos piezas, de artillería, una fragua de campaña, y muchas armas.

Un fuerte aguacero tropical que cayó en aquellos momentos, detuvo la marcha de los mexicanos que se disponian á atacar la última posición. Los Norte-Americanos se habian preparado para disputarla; pero el combate no se renovó; la batalla habia cesado: el general Santa-Anna mandó hacer alto á sus soldados.

El enemigo, al ver que no le atacan, se cree vencedor, porque si bien es cierto que ha ido perdiendo una á una todas sus posiciones, tambien lo es que se conservaba en actitud hostil, pretendiendo con esto el laurel de la victoria.

El ejército mexicano por su parte, se cree con derecho también á proclamarse vencedor. Para ello alega los cañones que ostenta quitados al enemigo; las posiciones tomadas despues de una tenaz resistencia, y las banderas cogidas.

Lo que hay de cierto es, que las tropas mexicanas se batieron á pecho descubierto con las mejores del Norte-América, colocadas en puntos ventajosos; que lidiaron con un arrojo y heroísmo que asombró á sus mismos enemigos; que desalojaron á éstos de todas sus posiciones atacadas; que manifestaron al mundo con hechos remarcables, que son dignas de colocarse al lado de las de cualquiera otra nacion guerrera; que hubieran arrojado de su última loma á los contrarios si se les hubiera ordenado seguir el combate; pero que habiendo cesado éste por disposicion del general en jefe, alcanzaron tres triunfos parciales, pero no una victoria completa.

Muchos han culpado al general Santa-Anna de haber dejado sin terminar una accion en que todas las provabilidades de un

seguro triunfo estaban de su parte. Pero ¿no tiene defensa esta acusacion? El ejército mexicano, cuyo nombre habia quedado muy bien puesto, habia tenido de pérdida como cuatrocientos muertos y ochocientos heridos que, faltos estos últimos de carros donde ser conducidos, de medicinas, de tiendas de campaña y de hospitales, se en contraban tendidos por todo el campo, presentando el aspecto mas desgarrador.

El general en jefe no dudaba ni un solo instante de que el enemigo seria desalojado de su último atrincheramiento si daba la orden de asalto; pero ¿cuánta gente no tenia que sacrificar aún para conseguirlo?

El campo, como hemos dicho, estaba cubierto de desgraciados heridos que, tirados en el mojado suelo, pedian á agritos que los socriesen ó les matasen por caridad. ¿Era justo aumentar el número de víctimas, cuando no habia medios para conducir á las que reclamaban piedad y consuelo? Nadie se habia imaginado que el combate seria tan sangriento y tenaz, y por lo mismo, no se

habia llevado el número suficiente de carros y de camillas para conducir los heridos.

Se le acusará de imprevision; pero este es un cargo que le toca al gobierno de aquella época que, como la mayor parte de los que han regido los destinos de México, muy poco se han ocupado de la buena administracion del ejército. A tanto repetir que el soldado mexicano no necesita ni vestirse, ni calzarse, que con una tortilla y un pedazo de tasajo anda centenares de leguas y combate con serenidad, que no necesita de tiendas de campaña, ni nada, en fin, de lo que es preciso á los demas ejércitos, se ha dado en tenerle desprovisto de muchas cosas indispensables, resultando de aquí lo que sucedió en la Angostura, esto es, que no teniendo las suficientes tiendas de campaña para formar hospitales, ni medios en abundancia para conducir los enfermos y los heridos, se hacia imposible prolongar por mas tiempo el combate.

Los mexicanos habian desplegado, lo mismo que su general en jefe á quien se vió en

los puntos mas sangrientos de la lucha, un valor que rayaba en temeridad.

Dueños de los puntos que tan sangrientamente se habian disputado, se manifestaban triunfantes enfrente del enemigo, que no se atrevia á salir de su última posicion, cuando recibieron la orden de que á la oracion se emprendiese la retirada para Agua-Nueva.

Aquel fué un golpe mortal para los que entusiasmados con los recientes triunfos, habian esperado con ansia dar el golpe de gracia á la expedicion Norte-Americana.

Don Juan, lleno de pesar y de indignacion, rompió su espada y se reunió con otros oficiales á murmurar aquella providencia.

Los soldados, viendo que habian sido estériles sus sacrificios, se entregaron al desaliento mas profundo.

Pero aquellas murmuraciones no las merecia el general que ordenaba la retirada.

Siempre se ha querido que el soldado mexicano haga milagros: que desnudo, des-

calzo, sin comer, sin paga, sin tiendas de campaña, y sin premio á sus servicios, haga lo que no puede hacer ningun ejército del mundo teniendo de sobra todo lo que al mexicano le falta. Y ciertamente que es un milagro lo que se vé hacer al soldado mexicano. Falto de cuanto es indispensable, él hace largas y penosas marchas, duerme á la intemperie, vive casi sin comer, y combate con una constancia y un valor heroicos. ¿Y hará esto ningun otro soldado del mundo? No; porque otro soldado, al cumplir con sus deberes, como cumple el mexicano, reclamaria los derechos que tiene, y no saldria de un punto hasta no verse atendido con lo que de justicia le corresponde.

He aquí, pues, por qué el general Santa-Anna, viendo padecer á su gente, sin camillas á los heridos, y sin los recursos indispensables, se vió precisado á suspender el combate cuando el triunfo era casi seguro; pero larga aún y sangrienta la lucha.

Las murmuraciones, por lo mismo, no debian ir dirigidas á él que no pudo improvisar todo lo necesario, sino al gobierno

que habia descuidado lo que era de la mas alta importancia.

—Vean vdes. aquí un triunfo que se va á convertir en derrota:—decia indignado D. Juan, viendo tremolar enfrente á ellos el pabellon de las estrellas, que él se habia propuesto arrancar del sitio en que flotaba.—¡Oh! ¡la fatalidad persigue á nuestras armas desde el principio de esta injusta guerra!

—Es verdad;—contestó uno de los oficiales que con él hablaban.—Las sombras de la noche podrán proteger nuestra retirada, pero á la vez aumentarán la confusion y el desaliento de nuestros soldados, y la desesperacion de los heridos que quedarán abandonados en medio del desierto.

—¡Agua, agua!

Gritaban varios que, cubiertos de heridas, se arrastraban por el suelo con las agonías de la muerte.

—Ni aun la cantinera está.—Exclamó D. Juan oyendo el clamor de aquellos desgraciados.—Ella, que con tanto afan y arrojando el peligro, habia atendido á las ne-

cesidades de nuestros valientes, los abandona en este instante crítico.

—Tal vez haya perecido.—Contestó uno de los interlocutores.—Al menos yo he visto en el campo los cadáveres de tres mujeres de las que acompañaban al ejército.

—Sentiria mucho que la hubiesen matado;—añadió:—porque, en mi concepto, era una persona no vulgar, que seguia disfrazada á nuestro médico y amigo, Rafael.

—¿Qué disparate!

Dijo D. Juan.

—Pues entonces seguiria los pasos de vd., porque siempre colocaba su cantina junto á la tienda de ambos.

—¿Es verdad!—Exclamó uno.

—Efectivamente.—Añadieron todos los demas trayendo á la memoria aquella circunstancia, que hasta entonces no habia llamado su atencion.

El mismo D. Juan llamó aquella idea, y exclamó con asombro.

—No habia puesto cuidado en ello; pero ahora que vdes. han hecho mención de ese

hecho, recuerdo que, en efecto, colocaba su tienda al lado de la nuestra.

—¿Está vd. convencido?

—Sí; pero me inclino á creer que seria obra de la casualidad.

—Las casualidades no se repiten ni con esa uniformidad, ni con esa frecuencia.

—Será así; pero lo que les puedo asegurar á vdes. es, que él, lo mismo que yo, no habia fijado su atencion en semejante cosa.

Entre tanto Rafael, y otros pocos facultativos se ocupaban en hacer la curacion á los desgraciados que habian regado con su sangre el campo de batalla.

El llamado hospital, se hallaba á media legua del sitio de la accion; y allí, al aire libre, escasos de vendas y de hilas, con escasos remedios, los pocos médicos, acogidos por los ayes de los pacientes, hacian la primer curacion á los soldados y oficiales heridos que tenian la dicha de ser llevados á aquel sitio.

El ejército emprendió su retirada al oscurecer, dejando encendidas lumbradas pa-

ra hacer creer al enemigo que se trataba de dar al siguiente día una nueva acción.

“Al tomar el ejército el camino para Agua-Nueva, dice un escritor, una escena de horror vino á conmover el corazón de los que habian visto con serenidad el peligro en los momentos mas críticos del combate. Los heridos ascendian á ochocientos; y el corto número de medios de trasporte de que se podia disponer, no permitia que fueran llevados todos. Fué, pues, preciso, entregar á una gran parte á su desgraciada suerte. Esos hombres abandonados en medio del desierto, revolcándose en su sangre, tiritando de frio, con una sed devoradora, y sin medicinas, sin abrigo, sin alimento, veían desaparecer á sus compañeros, llevándose consigo su vida, su esperanza, y manifestaban en su rostro lívido la horrible calma de la desesperacion. Por su parte, los que se retiraban, no podian ver sin un vivo dolor á aquellos heridos que tenian que abandonar. Muchos dejaban entre ellos, parientes, amigos, de quienes iban á separarse para siempre.”

“El ejército, que no formaba ya mas que una masa informe, caminaba lentamente, embarazándose unas brigadas á otras, y avanzando con dificultad. Así fué que, aunque el campo de batalla no distaba mas que cuatro leguas de Agua-Nueva, no se comenzó á llegar á este punto sino de las diez de la noche en adelante. A un lado del camino habia un estanque fangoso, al que se arrojaron los soldados muertos de sed; pero el agua, en vez de procurarles alivio, solo sirvió para abrirles la tumba, pues apenas la habian tomado, cuando espiraban en medio de las mas horribles convulsiones. Los pocos heridos que habian logrado arrastrarse hasta allí, y muchos de los que llegaban fatigados, aunque sin lesion, fallecieron de esa manera; y su sangre, mezclada con el fango del estanque, hacia mas insupportable aquella bebida. Y sin embargo, no habia otra agua con que saciar la sed devoradora de la tropa, y no faltó quien acercara sus labios á quel brebaje iumundo, asqueroso y mortífero.”

Por donde quiera que se caminaba, se tropezaba con moribundos y cadáveres.

No bien entró Rafael en Agua-Nueva, fatigado del trabajo de aquel día y desgarrado el corazón con la memoria de tantos desgraciados á quienes habia hecho operaciones dolorosas, cuando se vió detenido por un soldado.

—Señor—le dijo—hace rato que ando buscando á vd.

—¿Está vd. herido?

—No señor; pero lo está una pobre mujer que desea hablar con vd. antes de espirar.

—¿Una mujer que quiere hablar conmigo!—Exclamó Rafael admirado.

—Sí señor, una mujer á quien todo mi batallon debe grandes favores, porque nos proporcionaba, en medio del combate, licores y agua para aplacar la sed.

—Pero ¿quién es esa mujer?

—La cantinera que siempre ponía la tienda al lado de la de vd.

—¿Es posible!

—Sí señor; me encargó mucho que bus-

case á vd., porque le tiene que confiar un secreto de suma importancia.

—¿Un secreto...? ¿Y en dónde está?

—La he colocado debajo de un árbol, y encima de unos petates.

—Corramos á verla.

Dijo Rafel, y echó á andar detras del soldado, sobre un terreno empapado en sangre, tropezando á cada instante con los cuerpos insepultos de los que acababan de espirar, y escuchando el ¡ay! desgarrador de millares de enfermos y de heridos, que espiraban en medio de las mas horribles convulsiones.

El espectáculo que se presentaba á la vista no podia ser mas triste ni mas desgarrador.

—¿Está lejos aún el sitio en que colocó vd. á esa mujer?

—No, señor; estamos ya muy cerca.

—¿Y no le ha dicho á vd. su nombre?

—No señor, ni le he podido ver la cara, porque la tiene tapada con el pañuelo con que siempre estaba cubierta para defenderse del sol y el polvo.

—Pero ¿qué, ninguno del ejército la conoce?

—Ninguno: yo ando en la campaña desde la acción de Palo-Alto, y nunca la había visto hasta que salimos de S. Luis para venir á la Angostura.

—Pero ¿con quién de los soldados ó de los oficiales suele tratar generalmente?

—Con ninguno. Siempre se le ha visto sola.

—¿Ni ahora hay nadie á su lado?

—Nadie.

—¿Es decir que no ha llamado á individuo alguno de la division?

—Solo á vd.: lo que me hace creer que carece de otra persona de su íntimo afecto en el ejército.

Rafael quedó asombrado de lo que oía.

—¿Quién será esa mujer—decía para sí—y qué cosa la que tenga que comunicarme al morir?

Y continuó andando, entregado á mil ideas que le sugería aquella extraña aventura.

—¿Vé vd. aquel árbol?

Preguntó el soldado señalando uno que estaba á poca distancia.

—Sí.

—Pues allí se encuentra la infeliz. Sentiría que no llegásemos á tiempo.

—¿Cómo!

—Estaba tan gravemente herida, y hace tanto tiempo que la dejé para buscar á vd.

—¿Teme vd. que haya muerto?

—Lo temo.

—¡Oh! Apresuremos el paso.

Y casi echaron á correr.

Pronto estuvieron cerca del árbol.

Un cuerpo de mujer estaba tendido sobre unos petates sucios y ensangrentados.

El soldado se aproximó á la infeliz para anunciarle que allí estaba el hombre que anhelaba.

—¡Dios mio!—Exclamó asustado al verla.

—¿Qué ha sucedido?

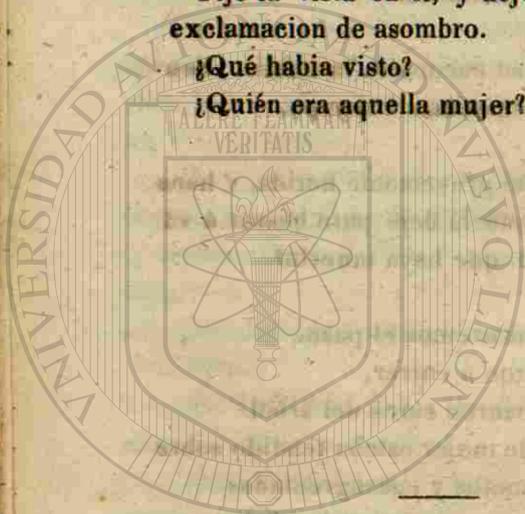
Un ¡ay! lastimero y moribundo contestó á la pregunta de Rafael.

Este se inclinó sobre el cuerpo, que se hallaba empapado en sangre.

Le quitó el pañuelo que cubria el rostro.
Fijó la vista en él, y dejó escapar una
exclamacion de asombro.

¿Qué habia visto?

¿Quién era aquella mujer?



CAPITULO VI.

La enferma del corazon.

Dejemos por un momento á Rafael sorprendido á la vista del helado cuerpo de la desgraciada cantinera, y trasladémonos á otro sitio donde nos esperan otros personajes de nuestra historia.

Hace algunos dias que Clotilde no sale de su alcoba.

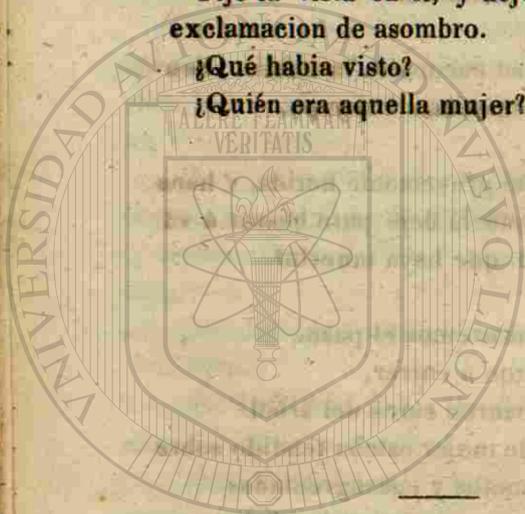
Retirada en Texcoco, sin poder marchar á la capital, á causa de la revolucion de Polkos y Puros, que continuaba teniendo á la poblacion en incesante alarma, los dias eran para ella otros tantos siglos de amargura y de lágrimas.

Sabia que Leopoldo, el objeto de todo su

Le quitó el pañuelo que cubria el rostro.
Fijó la vista en él, y dejó escapar una
exclamacion de asombro.

¿Qué habia visto?

¿Quién era aquella mujer?



CAPITULO VI.

La enferma del corazon.

Dejemos por un momento á Rafael sorprendido á la vista del helado cuerpo de la desgraciada cantinera, y trasladémonos á otro sitio donde nos esperan otros personajes de nuestra historia.

Hace algunos dias que Clotilde no sale de su alcoba.

Retirada en Texcoco, sin poder marchar á la capital, á causa de la revolucion de Polkos y Puros, que continuaba teniendo á la poblacion en incesante alarma, los dias eran para ella otros tantos siglos de amargura y de lágrimas.

Sabia que Leopoldo, el objeto de todo su

carino, de todo su amor, habia tomado parte en aquel pronunciamiento, y temia por su vida.

La infeliz carecia de noticias suyas, y su espíritu alarmado de continuo con el temor de la muerte de su amante, aumentaba su tristeza y destruia mas y mas su delicada salud.

Cada cañonazo, cada tiro de fusil que salia de las filas contrarias, le parecia que estaba destinado á destrozár el pecho del único hombre que amaba sobre la tierra.

Clotilde era una de esas jóvenes de naturaleza tierna y sensible, flores brillantes que viven con el sol, que se descoloran, se inclinan sobre el tallo, palidecen y mueren con su ausencia.

Desde que D. Emilio le habia dicho que era preciso renunciar á las dulces ilusiones inspiradas por el sér que era el imán de todas sus ideas, la infeliz cayó en aquel profundo abatimiento que iba apagando poco á poco su vida, como se extingue la luz de las estrellas al anuncio de la tempestad que vela la esplendente bóveda del cielo.

Cierto es que la esperanza, esa dulce amiga del hombre desgraciado, revivió de nuevo en su corazón virginal al escuchar de los labios de D. Emilio palabras que le hacian entrever un porvenir de gloria y de ventura, si por fortuna llegaba á resplandecer puro y sin mancha el honor del padre de Leopoldo; pero á esa esperanza se asociaba el temor que le inspiraba la presencia constante de Duval, la íntima amistad que le dispensaba su protector, y la inquietud de que triunfasen sus negras maquinaciones de la verdad y de la honradez que militaban en pro de su sensible amante.

Leopoldo estaba ausente, no podia acercarse á ella interin la honra del autor de sus dias permaneciese empañada por la calumnia; Duval, por el contrario, estaba á todas horas á su lado, mortificándola con su amor, robusteciendo en D. Emilio, con nuevas calumnias, la idea de infamia contra el padre de su rival, destruyendo con bajas adulaciones y argumentos hipócritas, las razones que el anciano D. Manuel esponia para creer en la inocencia de Cabrera, y alejando de

esta manera el momento del triunfo de la verdad sobre la mentira.

Landeta no dudaba de la sinceridad del antiguo principal de Nuñez; pero sí temía, porque así se lo había hecho sospechar Duval, que, llevado de los sentimientos de su noble corazón, podía haberse inclinado á creer en la inocencia del padre de Leopoldo, llevándole aquel noble sentimiento, hasta preocuparle con que había encontrado en México al verdadero criminal. Las señas, en efecto, como tuvo buen cuidado Duval de hacerle notar, no correspondían con las del que se presentó á cobrar las libranzas en Guadalajara. Landeta, pues, esperó á que terminada la revolución de México, D. Manuel le hiciese conocer al hombre que decía era el criminal; y como Duval se creía ya seguro de que no podía ser denunciado, trabajaba activamente por hacer pasar como un delirio el aserto de D. Manuel.

Clotilde, pues, veía alejarse la esperanza que apenas vertía una débil luz en el acongojado corazón de la hermosa. Aquella débil luz de la esperanza era la lámpara que

agoniza en medio de las sombras que proyectan las altas paredes de un inmenso cuarto.

Don Emilio que, engañado por el infame doctor, había concebido lisonjeras esperanzas respecto á que los aires de Texcoco devolverían á su hija la quebrantada salud, la vió empeorarse día á día, y alarmado por esta circunstancia, anhelaba que terminase la revolución para volverla á llevar á México.

Pero esto precisamente era lo que no quería Willey, y lo que temía Duval.

El primero, cuyo pensamiento dominante era el de marchar á Europa antes de que la justicia llegase á descubrir la vida que habían llevado, indicó á Landeta un medio que dijo juzgaba daría el resultado de volver la salud á Clotilde.

Aquel medio era que hiciese un viaje á Italia con su protegida, donde la vista de nuevos objetos, los salutíferos aires que respiraría, la admiración de las diversas costumbres y los animados paseos, le pro

porcionarian una no interrumpida distraccion, tan indispensable para curar su enfermedad.

Tanto y tantas veces le repitió esto, y tanto le hizo creer que con solo este viaje se alcanzaria lo que las medicinas era imposible lograsen mientras estuviese cerca del hombre que amaba, que D. Emilio, inclinado á la vez á visitar un país del que tan bellas descripciones le hacia Willey, se resolvió al fin á verificarlo, siempre que no encontrase en Clotilde una tenaz resistencia.

Para que nada se temiese en la navegacion con respecto á la salud de Clotilde, el doctor se ofreció á acompañarles para aplicarle las medicinas mas convenientes, y ofreció que Duval marcharia con ellos, pues abrigaba la esperanza de que la ausencia haria que Clotilde sintiese mitigarse su passion hácia Leopoldo, y premiar el afan y el amor de un hombre que no habia excusado sacrificio ninguno por hacerse digno de alcanzar su mano.

Landeta, que no veía ni ansiaba otra cosa

que la salud de su hija, convino en todo, y animado de las mas lisonjeras esperanzas, penetró en la alcoba de su triste protegida, quien con la dulzura y el cariño paternal mas intensos, le expuso lo que habian pensado.

Clotilde sintió que el frio de la muerte discurría por sus delicados miembros, y se estremeció de espanto al escuchar aquella fatal nueva.

—No, padre mio:—exclamó inquieta y sobresaltada la jóven.—Prefiero la muerte á ese largo y penoso viaje. ¡Ah! si es cierto que me ama vd.... si es cierto que no he desmerecido su cariño.... que aprecia mi vida.... yo le ruego á vd. que no me arranque del país en que he nacido y en el que quiero que descansan mis cenizas.

—¿Dudas que lo hago por tu bien, que lo hago por salvarte, porque recobres la salud y la alegría, porque dejes de sufrir y padecer?

—No, no dudo que le guía á vd. el deseo de mi felicidad; pero el resultado seria contrario á ese deseo. Sí, padre mio, contrario.

En vano se trasplantaría á otro terreno la flor en cuyo corazón se oculta el gusano que la corroe.... Moriría sin remedio. Los males del alma no se curan con el cambio de clima, y los míos están encarnados en ella. Vd. lo sabe, padre mío.... vd. lo sabe mejor que nadie... vd., que lleno de bondad y de amor hacia mí, suspendió el fatal enlace que hubiera sido el martirio constante de toda mi vida.... ¡Ah! ¡y querrá vd. hoy.... hoy que está ya próxima la aclaración de la inocencia ó de la criminalidad del padre de Leopoldo; cuando ese venerable anciano, ese íntimo y antiguo amigo de D. Manuel, le ha asegurado que era inocente, destruir la esperanza que me alimentaba, y alejarme á dos mil leguas del hombre á quien ha prometido vd. mi mano, si el sol de la verdad desvanece la mancha que la calumnia echó sobre el honor de su familia? No; eso es imposible.... Vd. no puede obrar en contradicción abierta con su palabra.... No; su corazón de vd. es demasiado noble para cometer un acto de injusticia. Le prometí á vd. unirme al hombre que no he amado

antes, que no amo ahora, que no podré amar nunca, si no queda limpio el apellido de Cabrera, y estoy dispuesta, resignada, á consumir el sacrificio, sin pronunciar una queja, sin exhalar un suspiro. ¡Por qué, pues, no se me ha de conceder el derecho de esperar cerca del hombre que amo, la solución de este asunto, del que aguardo la felicidad de toda mi vida, el restablecimiento de mi salud y la dicha suprema de este mundo?

—No; yo no pretendo faltar á mis compromisos. Mi deseo no es otro que el de esperar viajando y recobrando tu salud, lo que esperamos aquí mirándote sufrir y temiendo por tu vida.

—¡Y vd. cree que viajando la recobraría! Dijo Clotilde con débil acento, y dejando asomar á sus labios una leve sonrisa de incredulidad.

—Al menos me han hecho concebir lisonjeras esperanzas para creerlo así.

—¡Esperanzas que se desvanecerían como el humo!

—No, hija mía.

—¿Y quién ha podido inspirárselas á vd?

—Tu médico.

—¡El doctor Willey!—Dijo la jóven con aire despreciativo.

—¿Dudas de su ciencia?

—La ciencia es impotente para hacer corazones: todos los sábios del mundo no podrán darme otro del que tengo.

—Pero si conocer sus males y el remedio para curarlos.

Clotilde movió lánguidamente la cabeza indicando duda.

—¿No tienes fé en un médico que ha dedicado toda su vida al estudio de las dolencias humanas y á la manera de combatir las?

—¿Qué fé puede inspirarme quien una vez ha fallado en su pronóstico? ¿No aseguré que mi salud se restableceria tan luego como abandonase la capital y me trasladase á Texcoco? ¿Pues quién me asegura que mi marcha á Europa no tendria el mismo resultado? Aquí mi enfermedad ha cobrado creces en vez de disminuir, y se trata de volver á México, tan luego como la revolucion termine, para disminuir mis dolencias;

pero ¿podrá verificarse lo mismo, si á dos mil leguas de distancia, mis males van en escala progresiva? No; entonces seria imposible reparar el errado cálculo del facultativo, y me veria condenada á espirar lejos de la dulce patria en que he nacido, y á mirar mi tumba abandonada de los séres que mas amo sobre la tierra!

Don Emilio se enterneció con aquella triste consideracion de la afligida expósita, y no supo qué contestar á su observacion, que la encontró muy justa y lógica.

Sin embargo, aconsejado del intenso cariño que le consagraba, y tratando de no omitir nada que se le indicase podria contribuir al logro de su salud, se atrevió á decirle:

—¿Y si por casualidad en ese viaje que rehusas emprender estuviese realmente el término de tus dolencias físicas, no seria un crimen renunciar, por una simple duda que te asalta, al inapreciable bien conque te brinda?

—¡Padre mio.... padre mio! ¡yo le suplicó á vd. que desista de esa idea! Mi présago

corazón me anuncia que los preparativos de ese viaje serian el prólogo de mi agonía, de mi próxima muerte!

Y el rostro de la fligida jóven se cubrió de una palidez mortal, su pecho se oprimió como si hubiesen colocado sobre él una plancha de hierro, y una tos seca, producida por la fatiga de la conversacion, hizo asomar á sus pálidos lábios una gota de sangre.

Don Emilio se alarmó con aquella terrible prueba de los padecimientos de su hermosa protegida, y conoció que no debía continuar por entonces un asunto que tanto la afectaba.

—Hija mia—le dijo con paternal dulzura y estrechando entre sus manos una de la afligida jóven:—tranquilízate: mi ánimo no es violentar tu voluntad: apreciaria sí, por lo mismo que te quiero, que te resolvieses á dar ese largo paseo que te he indicado, porque creo que en él recobrarías tu salud. Seria una prueba que me patentizaria una vez mas tu deferencia y tu cariño hácia mí; pero de ninguna manera quiero que sospe-

ches que trato de ejercer mando ninguno que pueda coartar tu libre voluntad. Medita, pues, mi proposicion, que no es otra cosa que el eco de la opinion del entendido facultativo que te asiste; y si la crees justa, si te parece que ese viaje podrá dar el resultado favorable de que se lisonjea el doctor, haz un esfuerzo para emprenderlo en obsequio de tu apreciable salud, en la cual todos estamos interesados. Adios, hija mia: te dejo para que medites tranquilamente sobre lo que mas conveniente juzgues á tu bien. Mi deber era proponerte cuanto se me haga entender puede contribuir á poner término á tus males; en tu mano está ahora admitir ó desechar.

Y D. Emilio, haciendo una dulce caricia á la inconsolable enferma, salió de la alcaoba enviándole una mirada de paternal compasion y de celestial ternura.

La desdichada Clotilde, al verse sola, desahogó en copioso llanto la intensa pena que le oprimia el corazón, y que habia contenido delante de su protector por no atormentarle.

—¡Me quieren arrancar del suelo en que habita el sol de mi existencia.... el hombre por quien vivo y á quien mataria mi partida! ¡No, jamás! Ven, tú, tierna avecilla, que me recuerdas su amor y su constancia;—añadió acariciando al lindo canario que le regaló el día que se ausentó de Texcoco, y que le tenia en una jaula próxima al sillón que ocupaba.—Ven, tú que me repites á todas horas en tus sonoros trinos, en la agitacion de tus preciosas alas, *que me ama y me amará en la ausencia, y que tenga esperanza en su constancia y su fé...* Ven, y contempla las lágrimas que vierto por quien fué tu dueño... por quien te envió á mis manos.... y si algun día el destino, compadecido de mis penas y las tuyas, realiza las bellísimas esperanzas que sostienen aún mi abatido espíritu, tú le dirás lo mucho que le amo.... la profunda tristeza que me mata.... la inquietud y la zozobra en que vivo desde el instante en que la revolucion estalló en la capital.... lo presente que su imágen está en mi memoria.... que ni un instante me he olvidado de él.... que él es el objeto de todo

mi amor, de todos mis afanes, el centro de atraccion en que giran todas mis ideas, todos mis pensamientos, todas mis ilusiones, mi alma y mi vida....!

Y el llanto del amor, ese dulce bálsamo del corazón que refresca las heridas del alma, corrió en abundancia por su angélico semblante, pálido, suave y apacible como el melancólico disco de la plateada luna.

Clotilde habia caído en una languidez mortal desde el día en que sonó el cañon fratricida en la capital.

El peligro en que creia envuelta la vida de Leopoldo afectó su enfermo corazón.

Ausente de él; retirada en una poblacion en que no daba un paso sin tener á su lado al inícuo Duval que le atormentaba á todas horas hablándole de su frenético amor, su salud, ya quebrantada, decayó de tal manera, que se encontró sin fuerzas para salir de su alcoba.

Allí, al lado de la bondadosa Inés, y entregada á la tristeza que le consumia, esperaba resignada el momento en que brilla-

se el día de la justicia y de la inocencia de su amante.

Pero por próximo que este instante propicio viese, ¿viviría para presenciarlo?

Hé aquí el pensamiento que le asaltaba con frecuencia, y que le hacia verter un raudal de lágrimas.

La infeliz conocía que su salud empeoraba visiblemente.

Que cada día que pasaba era una hoja arrancada á la flor de la esperanza que el cierzo de la muerte sacudia.

Imposibilitada por su caimiento y debilidad para salir, permanecía en su alcoba trayendo á la memoria la impresion terrible que habia dejado en su ánimo la muerte del desgraciado á quien sacaron ahogado de la sima del pintoresco Molino de Flores, la noche del día en que ella, por primera vez, lo visitara.

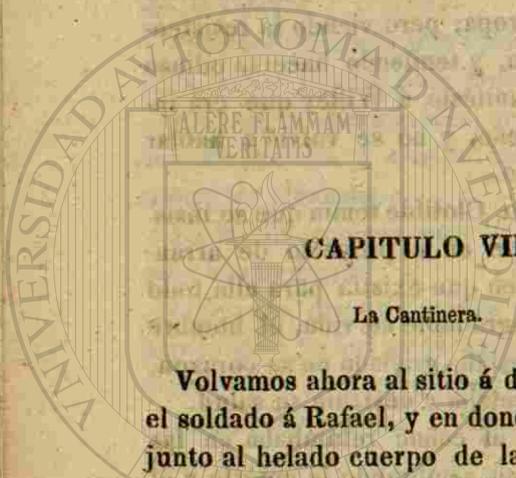
Cada vez que su imaginación se fijaba en aquel funesto suceso, se ponía pálida, sus delicados miembros temblaban, y el terror se retrataba en su semblante.

Don Emilio, instigado por el doctor, vol-

vió otras veces, en distintos días, á tratar con Clotilde sobre lo conveniente que seria un viaje á Europa; pero viendo la resistencia de la jóven, y temiendo hacerse odioso á sus ojos, manifestó á Willey que era inútil todo empeño, y no se volvió á hablar mas del asunto.

Sin embargo, Clotilde temia que se insistiese mas tarde en el proyecto de arrancarla del país en que existia para ella todo lo que hacia agradable su vida, el hombre cuya imágen estaba grabada en su corazón, y esto la inquietaba y destruía su salud.

Entre tanto el cañon retumbaba en las calles de México, sembrando la muerte y el espanto entre los hijos de un mismo suelo, que se entretenian en miserables rencillas domésticas, cuando el enemigo exterior arrojaba sus destructores proyectiles sobre la invicta Veracruz que, abandonada á los aislados esfuerzos de su heróica y corta guarnicion, combatia contra el colosal poder de los Estados-Unidos del Norte.



CAPITULO VII.

La Cantinera.

Volvamos ahora al sitio á donde condujo el soldado á Rafael, y en donde le dejamos junto al helado cuerpo de la desgreciada mujer que no le habia perdido de vista mas que en los últimos momentos de aquella penosa y sangrienta campaña.

El ¡ay! pronunciado por la moribunda cantinera, fué arrancado por el dolor de la mortal herida que habia recibido en el combate.

Al acercarse el soldado, estaba la infeliz con los ojos cerrados, y esto hizo que el valiente militar pronunciase una exclamacion de espanto, creyéndola muerta.

Rafael, impulsado por un sentimiento de

humanidad, y anhelando saber el secreto que tenia que comunicarle y quién era, le quitó el pañuelo que cubria su rostro, y se quedó admirado.

¿Quién era aquella mujer? preguntamos entonces; y el lector lo va á saber muy pronto.

El jóven médico, uniendo á su asombro el interés que despertaba en él la vista de aquella mujer, la miró atentamente, la tomó el pulso, y la encontró aún con vida.

—¿En dónde es la herida?

Preguntó entonces posponiendo su asombro y el deseo de hacer otras preguntas, al anhelo de arrancar aquella víctima á la muerte.

—En el pecho.

Respondió la mujer con desfallecida voz.

—¿Le han curado á vd?

—No señor, ni quiero que me curen, porque conozco que todo seria inútil, y que dentro de un instante voy á morir.

—Sin embargo....

—Nada.... lo único que temia era morir

sin ver á vd. ¡Recuerda vd. haberme visto antes.

—Sí.

—Una vez entró vd. á mi casa, en la calle de Tacuba número 3.

—Sí, en la habitación inmediata á la de mi amigo Leopoldo. Salía yo de ella, cuando me llamó vd. para que viese á su esposo que estaba con una fuerte pulmonía.

—¡Ojalá hubiese muerto de ella! El desgraciado no se vería hoy loco en el hospital de S. Hipólito.

—¿Ha perdido el juicio?

—Sí; á causa de su pasión al juego.

—¡Desdichado!

—Yo, anhelando sacarle de la casa de dementes y tenerle á mi lado cuidándole yo misma, vendí cuanto me quedaba, compré víveres y vinos, con objeto de sacar una buena utilidad vendiéndolos en el ejército, para dedicarla despues á proporcionar á mi desgraciado esposo cuanto fuese necesario para el cobro de su razón.

—Y ¿por qué no se me dió vd. á conocer desde que salimos de S. Luis?

—¿Por qué?

—Yo la veía á vd. cubierta el rostro continuamente, y era imposible que pudiese conocerla.

—Tenia mis motivos para ocultar mi rostro.

—¿Cuál?

—Esa incómoda vanidad que rara vez nos abandona.

—¿Vanidad!

—Sí, D. Rafael: yo habia vivido en un tiempo con algunas comodidades, y no quería que ninguno de los que vienen en el ejército, en el cual hay muchos jefes que me conocen, me viesen reducida al miserable estado de cantinera.

—¿Conque ese era únicamente el motivo?

—Ese nada mas.

—¿Y qué importaba que le conociesen á vd? La causa que le habia obligado á vd. á venir con el ejército era noble, y la ensalzaba á vd.

—Sí; salvar á mi esposo del triste estado en que se encuentra fué mi pensamiento al presentarme de vivandera; pero Dios lo ha

dispuesto de otro modo, y muero sin haber tenido el gusto de cuidarle en sus últimos instantes. Sin embargo, he podido reunir cuatrocientos pesos, que podrán serle de mucha utilidad. Yo le ruego á vd. que se los vaya dando poco á poco, segun sus necesidades.... Aquí están debajo de esa piedra que me sirve de cabecera....

—Le prometo á vd. que cumpliré religiosamente con su voluntad, y que pondré cuantos medios estén en mi mano para que recobre el juicio, y no carezca jamás de lo necesario á la vida.

—¡Dios se lo premiará á vd., Don Rafael.—Dijo la moribunda con débil voz, y apretando agradecida la mano del facultativo.—Y ahora que ya he cumplido con el deber de esposa, escúcheme vd. lo que á vd. le pertenece.... el secreto que mil veces traté de comunicar á vd. desde que la casualidad hizo que le encontrase en esta expedicion, y que nunca encontré coyuntura para revelárselo.

—Hable vd., que la escucho con ansiedad. La mujer hizo un esfuerzo para recobrar

sus fuerzas, y despues de una ligera pausa, dijo:

—¿No ama vd. á la señorita Luz?

—¡La idolatro... la adoro! ¡Ah! ¿tiene vd. algo que decirme de parte de ella...? ¿vive? ¿Dónde está? ¡Decidme, decídmelo por Dios!

—La noche, víspera del dia en que yo tenia que salir de México, me fuí á despedir de Doña Anita, antigua amiga mia, y de otra señora española, cuyo esposo, lo mismo que el mio, habia perdido la razon á causa de sus pérdidas en el juego. Al salir de la casa de la última, ví caer de una ventana con rejas de fierro, un pañuelo blanco que recojí con objeto de entregárselo á su dueño. La luna brillaba en toda su plenitud, y á los rayos de ella pude leer, trazados en el lienzo, algunas palabras que leí admirada. Eran formados por una jóven tan hermosa como desgraciada....

El dolor de la herida obligó á la pobre mujer á llevar la mano al pecho y á suspender por un instante su sencilla relacion.

Rafael estaba ansioso por saber el tér-

mino de aquella aventura, que la moribunda aseguró pertenecerle.

Temió que la muerte la sorprendiese antes de terminar lo que tenía que decirle.

Pero la esperanza volvió á su corazón al ver que se disponía á continuar.

—¡Ah! ¡siga vd... siga vd.. por Dios!—

Exclamó Rafael.—¿Y la jóven que trazó aquellos caracteres, quién era?

—La señorita Luz.

—¡Luz...!

—Sí señor; la virtuosa mujer que vd. ama. Yo tenía precision de ponerme en camino al siguiente dia muy temprano, y no pude ir á casa de vd. á comunicarle lo que habia.

—Ni me hubiera vd. encontrado en ella, porque la desesperacion y el deseo de hallar la muerte, me hicieron tomar parte en el ejército.

—Todo ha sido providencial, porque de otra manera el secreto hubiera quedado oculto.

—Pero ese pañuelo escrito ¿lo tiene vd? ¿lo conserva vd. aún?

—Lo tengo.

—¡Ah! ¿dónde está?—Exclamó trasportado de alegría Rafael.—¿Démelo vd.... démelo vd. por Dios!

—En el bolsillo de mi vestido lo encontraré vd.: yo no tengo ya fuerzas para sacarlo.... está envuelto en un papel.... puede vd. tomarlo.... ¡Ah! mis ojos se cierran.... me falta el aliento.... sed feliz.... cumplid con.... mi encargo.... ¡Adios!

Y la mujer espiró.

Rafael, impaciente por apoderarse de la prenda escrita por su amor, la buscó en los bolsillos del vestido que envolvía el cuerpo del cadáver, y pronto su mano tropezó con un papel que contenía dentro un pequeño bulto. El enamorado jóven desenvolvió precipitadamente, y muy luego sus ojos se fijaron en unas grandes letras, escritas en un pañuelo blanco.

Rafael quiso leerlas; pero la noche estaba oscura y tempestuosa, y no pudo conseguirlo.

—Leeré despues.

Dijo para sí; y luego, llamando al solda-

do que se habia retirado un poco mientras hablaba con la moribunda, añadió:

—Tenga vd. la bondad de ayudarme á dar sepultura á esta desventurada mujer.

El soldado obedeció gustoso, y despues de haber hecho entre los dos una sepultura poco profunda, colocaron en ella el cuerpo inanimado, que cubrieron de tierra.

Cumplido tan humano deber, Rafael alzó la piedra, bajo de la cual estaba el dinero, guardó éste, se dirigió á la tienda en que se hallaba su excelente amigo D. Juan, ansioso de leer las palabras contenidas en el pañuelo que llevaba en la mano; entró agitado en el alojamiento, y sin fijar la atencion en su valiente amigo, se acercó á la luz que iluminaba la tienda, extendió el pañuelo, y leyó conmovido y pálido estos cortos renglones.

“Ignoro quién recogerá este pañuelo; pero cualquiera que sea la persona á cuyas manos vaya, yo le suplico por el alma de sus padres, se lo entregue al médico D. Rafael F*** á quien le interesa sobre manera saber dónde me encuentre.... Estoy presa;

pero ignoro el sitio en que se halla mi prision por haberme traído de noche en un carruaje y con los ojos vendados.

“Mi raptor es el doctor Willey, hombre inhumano, á quien aborrezco, y el cual ja más conseguirá vencer mi virtud.

“Careciendo de tinta y de pluma: aquella la he suplido con las pavesas de las velas que me alumbraban de noche, y que, colocadas en un tiesto con un poco de agua, me han dado un tinte negro, y la segunda con una plumita que para limpiar los dientes habia pedido á mi carcelera.

“Mis ojos son dos fuentes de lágrimas que ruedan sobre el lienzo que escribo.

“Hombre ó mujer que lees estos caracteres, ponlos por piedad en manos de mi inolvidable Rafael, para que él premie tus servicios, y me saque del inicuo poder de un malvado.—Luz.”

—¡Era Willey! era ese infame doctor... ese falso amigo, quien me robó cuanto amaba sobre la tierra! ¡Ah! pronto volveré á México; me presentaré á él con este escrito que revela sus inicuas tramas, y le pediré

cuenta de la mujer que ha encarcelado.... que me la entregue en el momento, si no quiere morir á mis manos ó en las sangrientas de un verdugol

Exclamó furioso y en alta voz Rafael, sin acordarse de que habia quien le oyese.

—¿Qué le pasa á vd. que así le exalta, amigo mio?

Le preguntó D. Juan.

—Mire vd.

Y Rafael le dió á leer lo que contenia el pañuelo.

El jóven militar quedó gratamente sorprendido de aquel acontecimiento, que le abria á su amigo las puertas para encontrar á la mujer que amaba.

—¿Y quién le ha entregado á vd. ese interesante escrito.

Le preguntó D. Juan devolviéndole el pañuelo.

—Doña Cruz; la esposa de un antiguo empleado á quien curé de una pulmonía, y que hoy yace loco en la casa de dementes. La cantinera que colocaba siempre su tienda al lado de la nuestra.

—¿Ella? ¡Ah! bien decian mis compañeros que miraba á vd. con predileccion. ¿Y dónde está?

—En la eternidad.

—¿Cómo!

—Acaba de espirar.

—¿Pero no le ha dicho á vd. el sitio y la calle en que recogió el pañuelo?

—Se le olvidó advertírmelo sin duda. Pero ¿qué importa? ¿No sé quién es el malvado? ¿No tengo valor y espada para obligarle á que me entregue lo que infamemente me arrebató en este mundo? ¿No hay justicia para que le prenda como á un infame y le castigue severamente?

—Sí; hay cuanto vd. acaba de decir; y yo le ayudaré á vd. en esa empresa, si es preciso, con mi brazo y con mis armas.

—Gracias, amigo mio:—dijo Rafael dándole la mano agradecido;—pero de las armas solo haré uso cuando no me viese esenchado por los jueces.

—Pero los jueces escucharán á vd., y la hermosa Luz recobrará su libertad, y vd. encontrará en su amor su anhelada ventura.

—¡Oh! estoy impaciente por llegar á México.

—Comprendo esa impaciencia.

—Cada instante que pasa debe ser un siglo de tormento para aquel ángel que espera verme llegar á arrancarle del poder del infame Willey, como es para mi cada momento que permanezco sin poder volar á su lado.

En aquel momento entró un oficial suplicando á Rafael márchase á curar á algunos heridos que acababan de llegar arrastrándose, del sitio en que había sido el combate, y en que habían quedado abandonados.

—Voy, al instante.

Contestó Rafael, y el oficial salió sin detenerse.

—Ahora podrá vd. desempeñar su humanitario trabajo con doble valor y satisfacción, puesto que ha encontrado vd. el medio de volver á ver á la mujer que ama.

—Temo que se me obligue á permanecer curando á los heridos por mucho tiempo.

—Pues yo espero que si pide vd. una li-

cencia por los dias necesarios para ir á México y salvar á Luz, se la concederán á vd.

—¡Dios lo quiera!

—Pídala vd.

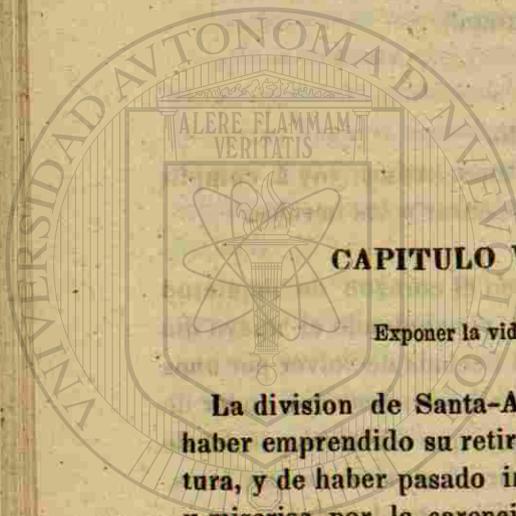
—La pediré.

—Pero pronto.

—Mañana mismo. Adios: voy á cumplir con mi deber de curar á los heridos.

—Adios.

Y Rafael, lleno el corazón de inquietud y de esperanza, y anhelando el nuevo día para solicitar la licencia de volver por unos dias á México, para arrancar del poder de Willey á la mujer que idolatraba, salió de la tienda, y se dirigió al sitio en que le esperaban los desgraciados heridos.



CAPITULO VIII.

Exponer la vida.

La division de Santa-Anna, despues de haber emprendido su retirada de la Angostura, y de haber pasado inauditos trabajos y miserias por la carencia de víveres, de agua y de medios de trasporte para conducir á millares de enfermos y de heridos, entró en S. Luis el 9 de Marzo, recibiendo las mas inequívocas demostraciones de aprecio de aquella poblacion filantrópica y patriótica.

Las bajas de aquel ejército, que tan lleno de esperanzas y tan brillante habia salido un mes antes, habian sido considerables,

pues de los diez y ocho mil hombres de que se compuso al partir en busca del enemigo, solo entraron diez mil quinientos en el estado mas triste y desastroso.

Santa-Anna, informado de lo que pasaba en México, y de que la revolucion de Polkos y Puros tenia á la ciudad alarmada, dió orden de que despues de un descanso de cuatro dias, una parte de la division continuara su marcha hácia la capital.

Dada esta orden, y despues de dejar en su lugar al general D. Ignacio Mora y Villamil, encomendándole el mando en jefe del ejército, se dirigió con su estado mayor y alguna caballería, hácia México, donde le llamaban ambos partidos, procurando cada cual tenerle de su lado.

Don Rafael y D. Juan anhelaban marchar en su compañía; pero al primero le fué preciso quedarse asistiéndole á los enfermos y heridos, y al segundo, al lado del general Villamil, de quien era ayudante.

Al llegar Santa-Anna á San Miguel de Allende, se le presentó el diputado D. Juan Othon, enviado por el partido puro para

decidirle á que aniquilase á los pronunciados.

Santa-Anna, que ignoraba los pormenores de la revolucion, le recibió con agrado, y le manifestó que no era su intento derrocar al gobierno.

Continuando su camino, y á cuatro leguas de Santa Rosa, se presentó otra comision de los diputados moderados, compuesta de D. Ramon Pacheco y D. Eugenio Maria Aguirre, cuyo objeto era inclinar el ánimo del mimado general en pro del pronunciamiento.

El paso de Santa-Anna por las poblaciones, era una continuada ovacion que los habitantes concedian al valiente general, que tan bien puestas habia dejado las armas mexicanas en el sangriento campo de la Angostura.

No bien se presentó en Querétaro, cuando se acercó á él otra comision de los Polkos, formada del general Salas, el licenciado D. Guadalupe Covarrubias y su hermano el doctor D. José,

Citados para una conferencia particular, expusieron minuciosamente las miras de orden y de bienestar social que se habian propuesto sostener los jefes de aquella revolucion, lo que escuchado atentamente por Santa-Anna, le decidió á declararse en favor de los Polkos.

Despues de haberse detenido un dia en la Villa de Guadalupe, que dista una legua de la capital, entró en México entre las entusiastas aclamaciones del pueblo, que le recibia como á su salvador, y despues del solemne Te-Deum, cantado en la hermosa Catedral, en accion de gracias al Omnipotente, por la brillante jornada de la Angostura, recibió las visitas de las personas mas caracterizadas de todos los partidos.

Por la noche, despues de haber prestado ante una comision del congreso, el juramento que se formuló, entró al ejercicio del poder, con lo cual, Polkos y Puros, depusieron su actitud hostil para pensar únicamente en rechazar al enemigo extranjero que asediaba la invicta Veracruz.

Cesado el estado de alarma, la poblacion

celebró con repiques y vítores la entrada al poder del general Santa-Anna, y la guardia nacional, compuesta, como hemos dicho, de lo mas granado de la sociedad, se dirigió hácia el palacio, ufana del triunfo que habia conseguido.

Al marchar por la espaciosa calle de Plateros para la guardia de palacio las compañías de Victoria, Hidalgo, Independencia y Bravos, los balcones de todos los edificios se veían cubiertos de señoras y lindas jóvenes, con lujo y gusto engalanadas, que arrojaban multitud de olorosas flores sobre los que habian defendido la religion y el orden.

El tránsito estaba lleno de gente de ambos sexos, que se agolpaba á ver pasar á aquellos soldados de la fina sociedad, que ostentaban en su pecho y cuello, porcion de cintas y medallas, que las monjas les habian regalado como á defensores de las cristianas creencias. Todos los que formaban aquellas filas tenian en los balcones personas de su aprecio á quienes dirigir una mirada. Solo Leopoldo que iba al frente de

su compañía entregado puramente á sus ideas amorosas, parecia indiferente á todo.

Al llegar á la esquina del Portal de Mercaderes y Empedradillo, el ruido de las cornotas, de los tambores, de las músicas, de las campanas, de los cohetes y de los vivas, asustó los arrogantes caballos de un coche que cruzaba en aquel instante la plaza de Armas.

El cochero quiso contenerlos; pero los fogosos animales, rebeldes á la rienda, partieron á escape sobrecogidos de espanto.

Una cabeza de mujer se asomó por la portezuela gritando, ¡socorro!

Leopoldo fijó los ojos en ella y reconoció á la hermosa Inés.

Al verla, no dudó que Clotilde tambien se hallaba dentro del coche y que llegaban de Texcoco.

Su imaginacion midió en un momento el inminente peligro en que se hallaba la vida de su amada, y no pensó mas que en salvarla.

Los caballos, entre tanto, marchaban desbocados.

La gente, asustada, gritaba abriendo paso para no ser atropellada.

Los fogosos animales, ciegos y mordiendo el freno, corrían en dirección al rumbo que llevaba la tropa.

El carruaje iba á estrellarse sin duda contra la esquina del Portal de Mercaderes, matando á los que iban dentro.

Las millares de personas, que aterradas miraban aquella escena, conociendo lo que iba á suceder, dejaron escapar un grito de horror.

Leopoldo, aconsejado por el sentimiento del amor y por el deseo de salvar á la jóven que amaba, arrebató el fusil á uno de sus soldados, y con la velocidad del rayo se colocó en el sitio á donde marchaba á estrellarse el coche.

Todos le gritaban que se quitase porque iba á perecer; pero él, sin inmutarse y resuelto á perecer ó á salvar á la mujer que era su vida, desafió el peligro esperando á pié firme á los caballos que ya estaban casi encima de él.

De repente se escuchó un grito de asombro.

Uno de los caballos habia caído muerto, atravesado el pecho por la bayoneta que ostentaba Leopoldo en su fusil, y el otro, no pudiendo arrastrar el peso, se detuvo, á pesar de los esfuerzos que hacia para seguir su carrera.

El coche, pues, no llegó á estrellarse.

La gente que iba dentro se habia salvado.

En el instante mismo se abrió la portezuela, y salió un anciano á dar las gracias al que tan heroicamente se habia manejado.

Era D. Emilio que, al encontrarse con Leopoldo y saber que él era su salvador, le estrechó afectuosamente la mano, diciéndole:

—Hoy mas que nunca deseo que la honra de su padre de vd. quede probada para que forme vd. parte de nuestra familia.

—¡Oh! eso seria el colmo de la felicidad!

Contestó el jóven inundado de gozo su corazón.

Un carruaje de alquiler de los que cerca de aquel sitio se encuentran siempre, se

acercó á una señal de D. Emilio, para recibir á las personas que dentro estaban, y conducir las á su casa, en tanto que el cochero de Landeta arreglaba la manera de llevar el suyo.

Al trasladarse de un coche al otro, el primero que bajó fué Duval, dando la mano á la hermosa Inés y luego á la abatida Clotilde que, pálida y débil, apenas podía sostenerse en pié.

El jóven pintor se estremeció al ver los estragos que la horrible enfermedad habia hecho en el sér idolatrado de su corazón.

Don Emilio, reconocido al importante servicio que acababa de prestarles Leopoldo, le presentó á su familia diciendo:

—Aquí teneis al que acaba de salvarnos.

Clotilde dejó escapar una exclamacion de placer, y sus mejillas se tiñeron con la púrpura del rubor.

Inés le estrechó la mano dándole las gracias en nombre de ella y de su protegida.

Duval se mordió los labios, y guardó silencio.

Poco despues subieron las dos hermosas y Duval en el coche.

Don Emilio se quedó el último, estrechó fuertemente la mano del valiente jóven, y volvió á repetirle en voz baja.

—Es vd. digno del noble y tierno corazón de mi querida hija: deseo en el alma que la honra de su padre de vd. quede limpia, para tener el orgullo de contarle á vd. entre los miembros de mi familia.

Al terminar estas palabras subió en el coche.

Inés y Clotilde le dirijieron una mirada que inundó de dicha su corazón.

El carruaje partió.

Leopoldo le siguió con la vista.

El coche toreó por la esquina de una calle.

Leopoldo le vé desaparecer.

Exhala un suspiro, y conmovido hasta lo mas íntimo del alma, vuelve á ponerse al frente de su compañía, y se dirije á palacio soñando en un mundo de felicidad, y alarmado á la vez por el estado de abatimiento en que habia encontrado á su amada.

Por las calles no transitaba ninguna persona.

Solo en las sólidas y elevadas torres de las iglesias, y en las azoteas de los edificios públicos se veían pasear, como vagarosos fantasmas, á los imponentes centinelas, dejando escapar de vez en cuando el grito aterrador de *centinela, alerta!* que iba repitiéndose de torre en torre, hasta perderse á lo lejos como el ruido del trueno entre las montañas, anunciando la tempestad.

Solo un hombre, sin insignia ninguna militar, cruzaba en aquel momento á toda prisa la lúgubre y espaciosa plazuela de Juan Carbonero.

En su fisonomía se marcaba la impaciencia y la ansiedad.

Parecia que algun grave asunto le obligaba á transitar por aquellos sitios solitarios y excéntricos, á juzgar por su marcha veloz y la agitada respiracion de su pecho.

Al llegar á la esquina del colegio de las Bonitas, se detuvo un instante para ver el rumbo que debia tomar; pero temiendo ser detenido por la fuerza que ocupaba el Hos-

CAPITULO IX.

El lobo con piel de oveja.

Retrocedamos ahora, para reanudar el hilo de la historia de algunos personajes, al dia del pronunciamiento en que empezó en México la lucha entre Polkos y Puros.

Al terminar uno de nuestros capítulos, dejamos á la desgraciada Soledad esperando en su humilde cuarto la llegada del infame Willey, que se habia valido de una carta fingida para arrancarla de allí y triunfar de su virtud.

La noche estaba serena, pero oscura.

Las puertas de todas las casas, cerradas, por el temor que infunde toda revolucion.

pital de Terceros que se descubría á la derecha, siguió rectamente por el convento de la Concepcion, pasó las dos calles de San Lorenzo, toreó á la derecha tomando la de la Pila Seca, y doblando luego á la izquierda por la calle de la Cerca de Santo Domingo, llegó á la plazuela de este nombre, que es uno de los sitios destinados á los coches de alquiler.

El hombre dirigió la vista hácia el punto donde suelen encontrarse aquellos, como si buscase alguno; pero notando que no habia ni un solo carruaje, dejó escapar una imprecacion, arrancada por su impaciencia y mal humor.

—¿Se me frustrará hoy tambien mi plan?—Dijo para sí con marcado enojo.—
¡Oh! ¡no! Es preciso aprovechar estos instantes en que Adela está dispuesta á seguirme, creyendo que la voy á conducir á donde se halla su supuesto primo Félix. Perder esta oportunidad, seria renunciar á los goces que por tanto tiempo he suspirado. ¡Imposible! Me he propuesto alcanzar esta noche sus caricias estrechándola en mis

brazos.... embriagarla con mi aliento, y lo conseguiré, aunque sea preciso andar todo México para encontrar un coche y alquilarlo á cualquier precio. Por aquí cerca, si no me engaño, hay una carrocería donde podrán proporcionarme uno pagando bien.... sí; marchemos.

Y Willey se dirigió á la calle de la Perpetua que tenia enfrente.

Al haber andado poco mas de la mitad de ella, se detuvo en una ancha puerta de una casa que estaba á la izquierda, y llamó con un grueso baston que llevaba.

—¿Quién es?

Preguntó una voz ronca desde adentro.

—Uno que quiere un coche.

—No se alquila ahora ninguno: hay pronunciamiento, y los cocheros se han marchado á sus casas desde muy temprano.

—Pagaré lo que se me pida.

—Ni aunque comprase vd. el carruaje.

—Es para ver á un enfermo que vive muy lejos: hágalo vd. en nombre de la humanidad.

—Le he dicho á vd. que no puede ser, porque no hay cochero ninguno en casa.

Contestó de mal humor el de adentro, al ver la tenacidad del solicitante.

Willey, desesperado, dió una patada en el suelo, y buscó en su memoria otras carrocías.

—¡Ah! En la calle de Vanegas hay una donde podrán servirme.... Sí.... corramos....

Y torció por la calle del Reloj, tomando luego á la izquierda por la de S. Ildefonso.

—¡Quién vive?

Le preguntó el centinela que estaba en la esquina de la iglesia de S. Pedro y S. Pablo.

Willey se quedó sin saber qué contestar; si libertad ó religion.

Ignoraba quiénes habian ocupado aquel sitio, si Polkos ó Puros, y permaneció perplejo.

En cualquiera otra ocasion hubiera contestado "México;" pero entonces la infernal empresa que ocupaba su imaginacion y la sorpresa, le ofuscaron el entendimiento.

—¡Quién vive?

Volvió á preguntar el centinela.

El doctor, preocupado con la idea de que era preciso contestar Religion ó Libertad, y temiendo responder lo que no convenia, se arrimó á la pared, y empezó á caminar hácia atras para alejarse.

El centinela volvió á preguntar por tercera vez, y al no recibir respuesta, disparó su fusil, cuya bala pasó silbando por cerca de Willey.

Entonces, como si aquel tiro hubiese sido la señal de combate, empezó á cruzarse un vivo fuego de fusilería de una torre á otra, disparando sobre el primer bulto que se descubria.

El doctor no sabia qué direccion tomar.

Despues de haber retrocedido á la calle del Reloj, no se atrevió á avanzar por la de Montealegre, porque al desembocar en la del Indio Triste, no le hiciesen fuego desde S. Pedro y S. Pablo, ni tampoco creyó prudente dirigirse por la de Santa Teresa, porque los centinelas que guardaban la azotea de palacio, podian verle y disparar sus armas sobre él.

Aguijoneado por el deseo de satisfacer su bastarda pasión, y temiendo á la vez recibir una herida que le impidiese conseguir sus fines, Willey no sabía qué resolución tomar.

El tiempo transcurría, y no acertaba á quién obsequiar, si á su miedo ó á su pasión.

Entre tanto el fuego se aumentaba, y Willey, para no perecer, se colocó en el hueco que formaba una puerta.

Allí, replegado, y sin atreverse á hacer movimiento alguno, esperaba á que el tiro-teo cesase para dirigirse inmediatamente en busca del coche, pues á pesar del peligro en que se hallaba, no quería renunciar á los goces que se había propuesto disfrutar.

—He triunfado de Nuñez haciéndole desaparecer de la lista de los vivientes—dijo para sí—y es preciso alcanzar esta misma noche las caricias de la que fué su amante, para que mi corazón quede plenamente satisfecho. ¡La venganza y el amor! ¡Hé aquí los dos goces positivos de mi alma!

Y halagado por esta infernal idea, casi se olvidó del peligro que corría su vida.

Soledad, entre tanto, le esperaba impaciente.

Anhelaba ver al hombre que creía se había huido de la injusta prisión en que fué encerrado, y temía que el doctor, ocupado en visitar enfermos, hubiese dejado para otro día la entrevista que D. Félix había solicitado.

—Seguramente no ha encontrado coche—pensó—el temor sin duda habrá obligado á los cocheros á retirarse antes de la hora acostumbrada. ¡Y qué dirá D. Félix, ese desgraciado hombre que me espera para comunicarme alguna cosa importante, y cuya permanencia en el sitio que ha elegido podría comprometerle! ¡Ah! ¡Si yo pudiese ir sola...! pero, ¡imposible...! El barrio á donde me cita en su carta está muy retirado.... Y sin embargo, si el doctor no viene, tendré que ir sola, sí.... sola. Tal vez la vida del que un tiempo me salvó del poder de mis raptos depende de este paso...!

Y Soledad se puso á coser para que el tiempo se le hiciese mas ligero.

El fuego de fusilería habia cesado completamente en la ciudad.

El silencio mas profundo volvió á reinar por todas partes, interrumpido solamente por el grito de ¡alerta! que los centinelas pronunciaban cada media hora.

El reloj de S. Diego empezó á sonar la hora.

Soledad suspendió la costura por un instante, y se puso á contar las campanadas.

—¡Las nueve!—Dijo levantándose, y dejando sobre la silla lo que estaba haciendo.—¡No parece aún! ¡qué haré? Si hubiera una persona que me acompañase.... ¡Ah! tal vez se prestaría á ello el padre de mi antigua criada; ese pobre albañil á quien siempre he encontrado dispuesto á servirme.... Sí; voy á suplicarle que me acompañe.... por fortuna vive en la casa de enfrente....

Soledad se dispuso á salir cuando oyó el ruido de un coche que se aproximaba.

—¡Es él!

Exclamó llena de regocijo.

La llegada de Willey era para Soledad, en aquel momento, el asunto de mas importancia.

Le creia un amigo fiel y sincero; uno de esos hombres llenos de abnegacion que ahogan sus intereses en aras del amor y de la amistad; un fiel abogado y confidente del jóven que habia conseguido fugarse de la oscura prision.

¡Desdichada! No sabia que era la serpiente que adormece á su víctima para devorarla; el lobo disfrazado con la piel del cordero para inspirar cofianza y saciar su apetito. Ignoraba que el desventurado D. Félix estaba sentenciado á muerte, y que el infame por quien iba á sufrirla, era el mismo que ella, con indecible afan, esperaba.

El coche se detuvo de repente.

La jóven, impaciente por llegar pronto á donde creia que D. Félix le esperaba, se puso el rebozo, cerró la débil puerta de su cuarto, y salió á la del zaguán.

El coche no se habia detenido allí.

Acababa de hacer alto en la casa precisamente en que vivía su antigua criada.

Soledad, creyendo que el doctor se hubiese equivocado, se dirigió á donde estaba el carruaje.

En aquel momento se abrió la portezuela, dando salida á un hombre, en cuyo rostro estaban pintados el dolor y la aflicción.

La jóven se acercó á él, y quedó abatida al ver que no era Willey.

En el mismo instante bajó del coche otro personaje.

Era un sacerdote de faz dulce y aspecto venerable.

Soledad dejó escapar una exclamacion de júbilo al verle.

El padre levantó la vista al escuchar aquella voz, y pronunció, admirado, el nombre de la jóven.

Era el padre Enrique á quien tantos favores debía.

Casi al mismo tiempo llegó al sitio de la escena otra persona que se quedó oculta detras del coche con objeto de escuchar sin ser vista.

—¡Qué felicidad la mia, que al fin le vuelvo á ver á vd., padre!

Exclamó Soledad besando respetuosa la mano del sacerdote.

—Lo ha hecho la Providencia que me ha traído á confesar á una moribunda y á permanecer á su lado durante la noche.

—¡Cuánto bendigo este encuentro! ¡Tengo tanto que decirle...! ¡me han pasado tantas cosas desde que dejamos de vernos!

El hombre que se habia ocultado detras del coche, dejó ver en su rostro una señal de temor.

—Señor—exclamó el que habia bajado con el padre—la moribunda necesita de los auxilios de vd.

—Sí, entremos:—contestó el padre Enrique; y luego, dirigiéndose á Soledad, añadió:—Vaya vd. á verme mañana á las diez, á la iglesia, como en otro tiempo, porque tengo importantes cosas que comunicarle, y anhelo escuchar las suyas.

—Iré, padre mio.

—Adios, pues, hasta mañana.

—Hasta mañana.

El hombre que acompañaba al sacerdote, despues de sacar una moneda y de entregársela al cochero, entró á la casa diciendo al auriga que podía retirarse.

Aun estaba la jóven mirando hácia el interior del zaguan por donde marchaba el padre, cuando el hombre que habia estado detras del coche se presentó como si acabase de llegar.

—¿Está libre el carruaje?

Preguntó dirijiéndose al cochero.

Soledad volvió la cabeza al escuchar la voz del que hablaba, y dijo llena de placer.

—¡Ah! ¡por fin ha llegado vd., señor Willey!

—¿Vd. aquí?

Exclamó el doctor fingiendo asombro, y como si no hubiese reparado antes en la jóven.

—Sí señor: me hallaba impaciente por su tardanza, y al éseuchar ruido de coche, salí de mi casa creyendo que vd. la habia equivocado.

—Nada de eso; mi corazon no se equivo-

caria ni aun en medio de la mayor oscuridad. El motivo de mi tardanza ha consistido en que he recorrido todas las carrocerías sin que encontrase dispuesto un coche.

Y era verdad: Willey, en cuanto cesó el fuego, salió de la puerta en que, por decir lo así, habia estado embutido, y se dirijió á distintas carrocerías, sin que nada consiguiese.

Entonces, resuelto á no abandonar su empresa, se propuso conducir, aunque fuese á pié, á su víctima; pero la casualidad hizo que al llegar á la calle en que vivia Soledad, descubriese aquel carruaje y se acercase á él con el objeto de tomarlo.

La voz de Soledad y del sacerdote, que reconoció al instante, le hizo que se ocultase de los dos para no ser visto.

—¿Está libre el coche?

Volvió á preguntar al auriga.

—Sí señor.

—Pues condúcenos á la calle de C***

—¿Y cuánto me dá su merced?

—Lo que gustes, hombre; pero llévanos á prisa, porque me interesa llegar pronto.

—Pues serán tres pesos, señor amo; porque ya ve su merced que es noche de *pre-nunciamento*.

—Bien, bien; te daré los tres pesos; pero vuela.

—Corrientes, suban sus mercedes, señores amos.

Soledad, bien agena de pensar el infame intento de Willey, entró en el coche contenta y agradecida.

El doctor sintió en su pecho el placer de los réprobos al verla en su poder; subió de un brinco tras ella; cerró la portezuela, y diciendo al cochero que echase á andar, se sentó al lado de la confiada jóven, saboreando interiormente los placeres que le iba á proporcionar su infamia.

El cochero aplicó el látigo á las mulas.

El carruaje rodó inmediatamente con direccion al punto indicado por Willey.

El grito de *¡alerta!* repetido de torre en torre por los centinelas de uno y otro bando, indicaba el estado de alarma de la ciudad.

Uno que otro tiro aislado, disparado al

acaso, hacia pavorosa la noche, y mantenía las calles desiertas y silenciosas.

Soledad se estremecía á cada disparo de fusil.

El cochero marchaba por calles retiradas, y dando un gran rodeo, hácia la casa que le habian indicado, para no pasar por donde se hallaban las fuerzas contendientes.

Soledad ansiaba el momento de llegar á donde creia le esperaba Félix.

El doctor anhelaba lo mismo, para satisfacer sus bastardas pasiones.

El ángel confiaba.

El demonio, aprovechándose de esa confianza, le conducía á su ruina.

CAPITULO X.

Una buena madre.

—¿Qué tienes, hijo mio? ¿qué tienes querido Leopoldo?

Decía una anciana acercándose cariñosa al jóven pintor que se encontraba en su estudio con la cabeza inclinada sobre el pecho, sentado junto á una mesa llena de bocetos y pinceles, y meditabundo.

—¡Nada, madre mia, nada!

Exclamó con melancólico acento el artista, besando con respeto y ternura la mano de aquella excelente mujer que mostraba en su semblante el interés mas intenso.

—¡Nada! ¡Dios lo quiera! Pero hace mu-

chos dias que no cojes tus pinceles.... que tienes abandonado el cuadro de *La adoracion de los Magos*, obra de tu predilecto modelo, Pablo Verones.

—¿Y cómo quiere vd. que mi mano se ocupe en trazar las bellezas de esa obra, cuando mi corazon está abatido, triste y sobresaltado? En vano hago esfuerzos inauditos para ocuparme de ese divino arte que há formado las delicias de mi vida, los ensueños de mi juventud. Entre el lienzo y mis pinceles se interpone constantemente la imágen hechicera y melancólica de la mujer que adoro, sonriendo tristemente como el ángel de la ausencia que viene á dar el triste adios de despedida.

—¿De despedida, Leopoldo?

—¡Sí.... madre mia! ¡Clotilde no puede vivir ya por mucho tiempo! ¡El fuego del amor contrariado, ha debilitado su existencia, que se evapora como el aroma de las flores, sacudidas por el austro abrasador! ¡Ya no hay esperauza! Su salud há ido empeorándose cada dia, cada hora, cada instante, y cuantos la ven y la asisten, están

persuadidos de que va á morir! ¡Morir ella! ¡ella que es la vida de mi vida.... el alma de mi alma.... el sostén de mis ilusiones, de mi esperanza! ¡Morir ella que no ha vivido aún, porque la vida es el amor.... la posesion del objeto amado! ¡Dios mio, Dios mio! ¡para qué quiero vivir si ella muere? ¡Qué me queda en el mundo si ella desaparece de él? ¡Ah! si ella muere, ¡yo moriré tambien: sí, yo moriré de pena, de dolor y de afliccion!

—¡Y qué será de esta pobre anciana, si tú mueres, hijo mio!—Dijo conmovida y triste la afligida madre del artista.—¡Dices que nada te queda sobre la tierra si ella muere! ¡Y yo que te quiero tanto.... que daría la vida por tí, nada soy!

—¡Ah! ¡perdóneme vd., madre mia!—Exclamó Leopoldo levantándose y abrazando tiernamente á la anciana.—¡El dolor ha trastornado mi razon! ¡Sí; procuraré vivir para vd.... para vd. sola que es la mas buena de las madres! No soy un hijo ingrato y desnaturalizado, rebelde á los tiernos sentimientos de la naturaleza. No, madre mia....

Yo viviré para cuidar de vd.... para consolarla.... para hablar á todas horas de las virtudes de Clotilde, de su amor... de sus desgracias.... y ella desde el cielo nos contemplará á entrambos, y sonreirá de placer y de alegría, y bendecirá mis cuidados, mi cariño hácia vd.

—Sí, Leopoldo, sí: las almas de los seres que nos han amado en la tierra se regocijan de las nobles acciones del sér que amaron, y sienten aumentarse los grados de su felicidad eterna al contemplarlas desde el cielo.

—Sí, sí; es cierto. Yo procuraré vivir para pensar en vd. y en ella.... Su hechicera y celestial imágen, fija siempre en mi fantasía, la reproduciré en todos los cuadros de mis vírgenes y mis santas, como lo hacia el divino Rafael con la imágen de su amada, y las lágrimas arrancadas por mis amorosos recuerdos, dulcificarán la grata pena de mi corazon.

—Pero no pensemos en la muerte de Clotilde, sino en la felicidad que algun dia debemos esperar disfrutes á su lado.

—¡Felicidad para mí!
Dijo tristemente Leopoldo.

—Cierto que sí: ¿no salvaste la vida de D. Emilio, de Inés y de Clotilde, exponiendo la tuya, al detener el coche que se hubiera estrellado contra el Portal de Mercaderes?

—¡Ah! sí: el cielo dispuso que yo pasase en aquel momento, para que no pereciese el ser, cuya muerte me hubiera costado la existencia.

—¿No te dijo el señor Landeta que anhelaba que se probase la inocencia de tu honrado padre, para unirme á Clotilde, de quien te juzgaba digno?

—Sí, madre mía.

—¿Por qué, pues, no esperar en la felicidad?

—Porque....

Leopoldo iba á expresar sus razones, pero se detuvo.

—¿Por qué recelas confiarme tus secretos. Vamos, habla: ¿cuáles son?

—Si vd. hubiese visto á Clotilde, como yo, en ese instante, pálida, triste, revelando en su rostro la terrible enfermedad que la

destruye y la mata, participaría vd., como yo, de la dolorosa conviccion de que no debo esperar ya ventura ninguna sobre la tierra, porque Clotilde está próxima á abandonarla.

—Pues yo creo que aun es tiempo de salvarla.

—¿Sí?

—Tal es mi parecer.

—¿Cómo?

—Las enfermedades del corazon se alivian fácilmente.

—Sí; cuando á ese corazon se le vuelve el consuelo, y se le permite alimentarse con la esperanza de alcanzar el bien que anhela ardientemente.

—¿Y crees tú que D. Emilio, que te dirigió consoladoras palabras para sostener la tuya, deje de animar esa misma esperanza en su amada protegida?

—Esa consideracion suele venir á calmar mi honda pena cuando me detengo en ella.

—Y es la que debes no abandonar jamás.

—Lo conozco; pero me alarma el estado

de postracion y desaliento en que se encuentra Clotilde.

—Ese estado de postracion y de desaliento sucederá bien pronto su lugar al de la alegría, la animacion y la ventura.

—¡Dios lo quiera, madre mia!

—Y lo querrá.

—¿Lo cree vd. así?

—Lo creo, porque tengo fé en la justicia divina.

—Nunca he desconfiado de ella.

—Pues entonces....

—Pero esa justicia puede estar reservada para la otra vida y haber dispuesto mi desgracia en este mundo.

—No, ella premiará, y muy pronto, tu constancia y tus padecimientos, haciendo que resplandezca sin mancha tu apellido, y devolviendo la salud á la hermosa Clotilde.

—¡Oh! la fé de vd., madre mia, reanima mi abatido espíritu.

Unos golpes dados á la puerta del estudio, interrumpió aquel diálogo.

—Han llamado, hijo mio, y voy á dejarte solo.

Dijo la bondadosa anciana alargándole la mano para despedirse.

—No sé quién pueda ser, pues á nadie esperaba á esta hora.

—Será alguno que viene á que le hagas algun cuadro. Adios.

—Adios, madre mia.

Dijo Leopoldo levantándose, y acompañando á su cariñosa madre hasta la puerta que comunicaba con las piezas interiores. Allí la besó respetuosamente la mano: la anciana se alejó enviándole una mirada de ternura, y al quedarse solo, marchó á abrir la puerta á la persona que llamaba.

CAPITULO XI.

Un retrato.

Leopoldo, al abrir la puerta, se encontró con un caballero de avanzada edad; pero de fino porte y de elegantes maneras, que vestia de rigoroso luto.

—¿Tengo la honra—dijo con agradable acento—de hablar con Don Leopoldo Cabrera?

—La honra es para él, que tiene el gusto de ponerse á las órdenes de vd.

—Mil gracias.

Contestó el caballero pasando adentro á una invitación de Leopoldo.

—Tenga vd. la bondad de tomar asiento—dijo el jóven artista presentándole una

silla—y dígnese vd. decirme en qué puedo servirle.

—En admitir la reparacion de una falta cometida involuntariamente contra un hombre que fué modelo de honradez y de virtud.

—Tendré sumo placer en escuchar á vd.

—¿Ha oido vd. hablar de D. Manuel Turon, comerciante de Guadalajara?

—Muchas veces: á él se presentó, hace algunos años, un hombre que, falsificando la firma de mi honrado padre, cobró varias libranzas, que se suponian giradas por Don Emilio Landeta.

—Es verdad.

—Fué una infamia que comprometió el honor del sér que me dió la vida, que sumió en la mas espantosa miseria á toda la familia, que condujo al sepulcro á mi honrado padre, y que colocó un terrible valladar entre la jóven que amo y yo.

—Su padre de vd., para no perjudicar al comerciante que habia hecho el pago, se despojó de cuanto tenia, queriendo con su pobreza, desmentir á los que le creyeron complicado en aquella estafa.

—Es cierto; pero ni aun así logró su noble intento. Los que tenían empeño en deshonrar su nombre, no vacilaron en afirmar que la oferta la hizo creyendo que no sería admitida.

—Se equivocan; porque me consta que fué hecha con la mejor buena fé, y que solo su empeño, decidió al comerciante de Gualajara á admitir su sacrificio.

—¡Ah! ¿Lo sabe vd?

—Sin duda: lo sé, como supe despues su inocencia; como lo sabrán dentro de poco todos los que dudaban de ella.

—¿Será posible! ¡Ah! esa sería una felicidad que apreciaría mas que todos los tesoros de la tierra.... Sí; ver desaparecer la mancha que la calumnia echó sobre el limpio apellido que llevo, es para mí de mas precio que la vida y que el oro que encierra la tierra en sus entrañas. Entonces se me abrirían las puertas en que habita el ángel que idolatro, y podría decirle antes de que espirase: ¡soy digno de tu amor!

—Y esas puertas se abrirán bien pronto, porque cerca está el dia en que se le ar-

ranque la careta al infame que tomó su nombre para envilecerle y arruinarle.

—¿Cómo! ¿Sabe vd. dónde está? ¿Le conoce vd?

—Sí; el cielo ha permitido que le descubra.

—¡Oh! su nombre, su nombre por Dios, para que vaya á vengar la ofensa hecha á mi adorado padre.

—Es conveniente que lo ignore vd. por ahora.

—¿Ignorarlo! ¿Y por qué?

—Porque es preciso disimular para no espantar la caza; y el corazon herido difícilmente podría ocultar su dolor.

—¿Y no sería mas acertado arrojarle sobre ella antes de que recelase que se trataba de cojerla?

—No; porque sería comprometer la vida de un hombre que gime cautivo, y la felicidad de una mujer.

Leopoldo quedó sorprendido.

Era la primera vez que le daban razon del infame que tomó el apellido de su padre y suplantó su firma para arruinarle.

Cierto es que su amigo Nuñez le había asegurado que pronto le encontraría; pero nunca quiso confiarle el secreto, temiendo que al revelarle era Duval, no tuviese la calma y sangre fría necesaria para esperar tranquilo el resultado que se había propuesto.

—¡La vida de un hombre y la felicidad de una mujer!—Exclamó Leopoldo admirado.—¿Luego ese malvado tiene otros crímenes que lamenta la sociedad?

—Sí; y crímenes que horrorizan.

—Bien; entonces conviene que no sepa su nombre, porque no respondería de mi prudencia al encontrarle. Pero ¿quién es vd. que se digna traer la dicha y el consuelo al desgraciado que había renunciado hasta á la esperanza de la felicidad?

—Soy el mismo comerciante que se vió obligado á recibir la suma de que su padre de vd. se despojara.

—¿Don Manuel Turon?

—El mismo que viene á devolver al honrado hijo de Cabrera, los bienes de que su virtuoso padre le privó: el que conociendo la inocencia de aquella noble víctima, se ha

presentado al padre de la hermosa Clotilde, para allanar el único obstáculo que se oponía á la union de dos jóvenes, que el cielo ha destinado el uno para el otro.

—¡Ah! ¡Pero D. Emilio es inexorable!

—Todo lo contrario: en las varias entrevistas que con él he tenido, he logrado convencerle de la inocencia del padre de vd., ocultándole como á vd., para evitar nuevos males, el nombre del malvado que suplantó su firma, y hace un instante me ha comisionado él mismo para que venga á decir á vd. que la mano de Clotilde es suya; que desde ahora mismo puede vd. ir á verla.... á salvarla del sepulcro....

—¿Será posible?

—No hay duda.

—¿Consiente en mi union con la mujer que adoro?

—Es hoy su mayor anhelo.

Leopoldo creyó estar soñando. Le parecía que todo cuanto escuchaba era un delicioso delirio de la fantasía.

—¡Ah! ¡yo me vuelvo loco de alegría!—exclamó levantándose, y fijando los ojos

irradiando de placer en D. Manuel:—¿no se ha engañado vd....? ¿no habrá vd. oído mal las palabras de Landeta?

—Las he oído perfectamente.

—¡Oh! ¡el corazón de mi adorada madre no se engañaba! ¡Su ardiente fé ha traído sobre mí la felicidad! Hace un instante me aseguraba que Dios se compadecería de mis desgracias y mis penas, y el cielo ha venido á colmarme de ventura.

—Es que vuestra madre es la virtud personificada, y la virtud siempre confía en el recto Juez que no puede dejar sin premio al hombre honrado, ni sin castigo al criminal.

—Sí; es cierto.

—¡Y vd. había perdido la fé?

—Al menos veía espirante mi esperanza, y por lo mismo no estaba preparado mi corazón para tanta ventura como me inunda en este instante.

—No será menor la de la hermosa Clotilde cuando vea á vd. llegar á su lado.

—¡Y dice vd. que puedo presentarme en su casa ahora mismo?

—Se le espera á vd. con la mayor impaciencia, y si quiere vd. honrarme con su compañía, iremos juntos.

—La honra es para mí, señor Turon, y admito el favor de vd. con toda la gratitud de mi alma.

—Mil gracias.

—Pero es preciso que me mude trage; estaba pintando, y los artistas nos presentaron en nuestro estudio con bastante descuido en la ropa.

—Como requiere el arte.

—Por eso temo haceros esperar.

—De ninguna manera: puede vd. entrar á vestirse, que aquí espero entretenido en ver las magníficas pinturas que abundan en esta pieza.

—¡Ah! gracias: voy, pues, á vestirme, y á dar á mi querida madre la feliz nueva de que vd. ha sido mensajero.

Y el dichoso artista, henchido de contento y de ventura, y conociendo cuán grato le sería á su anciana madre saber que iba á desaparecer la mancha arrojada por la calumnia sobre el honor de su esposo, entró apre-

suradamente á verla, á contarla todo lo que acaba de referirle D. Manuel, y á vestirse para partir inmediatamente con éste para ver á la mujer que idolatraba.

Hay seres que, dotados de un alma sensitiva y privilegiada, se elevan con el fuego del amor sobre el nivel de la mayoría de los amantes, como se remonta el águila caudal hasta la esfera del sol por encima de las demas aves: seres que han nacido para sentir: para vindicar á la especie humana de la nota de egoista, insensible y cruel, con que la acusan los desgraciados: seres para quienes la vida es la tierna pasion y el amoroso sentimiento: que necesitan del amor, como las flores del benéfico rocío, el mundo de la luz, y las plantas de los rayos solares: seres que encuentran sus aspiraciones, sus deseos, sus esperanzas, sus ilusiones y su existencia entera en un dulcísimo objeto que divinizan, á quien rodean de míficos hechizos, de seductoras formas y de atractivos celestiales.

Mientras el jóven pintor, dominado por sus profundas y gratas sensaciones, se ves-

tia elegantemente y contaba á su adorada madre la grata nueva que acababa de recibir, el anciano D. Manuel se ocupaba en admirar los bellos cuadros del estudio de Leopoldo.

De repente sus ojos tropezaron en un retrato de mujer, colocado en un caballete que se hallaba como arrinconado en un ángulo del estudio.

Aquel retrato estaba aún sin concluir, pero habia tal perfeccion artística en él, que en el instante revelaba que habia sido trazado por una mano maestra.

Don Manuel se quedó mirándolo lleno de asombro.

Pero al parecer, lo que llamaba su atencion, no era el mérito de la pintura, sino la hermosura de la persona que representaba.

Aun no acababa de examinarlo detenidamente, ni de volver de la sorpresa que se habia retratado en su semblate á la vista de aquel cuadro, cuando se presentó Leopoldo elegantemente vestido.

D. Manuel, al verle entrar, corrió á él, le agarró del brazo, y conduciéndolo enfrente

al lienzo, le preguntó con la mas viva ansiedad.

—¿Cómo se halla aquí este retrato?

—Porque lo empezó á pintar un desgraciado amigo mio.

—¿Un amigo de vd?

—Sin duda.

—¿Y no lo ha acabado?

—Ni lo acabará nunca ya; hace tiempo que está ahí abandonado.

—¿Pero vd. sabe de quién es este retrato?

—Es el de una jóven á quien se debió unir el hombre que lo ha pintado.

—¿Y sabe vd. como se llama esa jóven?

—Adela.

—¿Adela!

—¿La conoce vd?

—¿Es la misma, no hay duda!

—No comprendo.

—¿Y dónde se halla?

—Se ignora.

—¿Cómo!

—Es un retrato trasladado de la fantasía al lienzo, como he trasladado yo mil veces la imágen de mi adorada Clotilde.

—¿Es decir que nunca ha venido á este estudio?

—Nunca.

—¿Pero sabe vd. algo de su historia?

—Muy poco.

—¿Ah! entonces tal vez podrá vd. decirme lo que anhelo.

—Lo deseo ardientemente.

—¿No es hija única de una familia que vivió en la calle S***?

—Sí señor.

—¿Que desapareció la noche vispera del dia en que debió unirse al hombre que le amaba?

—Precisamente.

—¡Oh! el cielo ha guiado mis pasos.

—Pero le veo á vd. muy agitado, muy conmovido.

—Sí; ha sido un encuentro feliz que no me esperaba.

—¿Conoce vd. acaso á la jóven?

—No; però fui amigo íntimo de su buen padre, que me dejó al morir el encargo de indagar su paradero, para que recibiese en herencia los cuantiosos bienes que tenia.

—¡Cielos! Vd. es el ángel de la bienaventuranza, que Dios envía á los desgraciados para consolarles.

—Y su amante, ¿nada hizo nunca para encontrarla?

—El infeliz no ha perdonado medio alguno; pero todo ha sido inútil. ¡Nadie sabe su paradero!

—Yo también la he buscado por donde quiera que he ido: provisto de un retrato en miniatura que me entregó su padre al espirar, y por el cual conocí éste al instante que fijé en él los ojos, á todo el mundo he preguntado por ella, y nadie ha sabido darme razón de la desgraciada joven. Pero yo la buscaré, la solicitaré si es preciso, por medio de los periódicos, ofreciendo una buena gratificación á la persona que revele dónde se halla, y acaso lograré cumplir con el deseo de mi difunto y leal amigo.

—¡Ah! sí... Es imposible que Dios deje de premiar la virtud perseguida y la amistad benéfica.

—Así lo espero, D. Leopoldo. ¡Tal vez la infeliz gemirá en la miseria, confundida

entre las de la hez del pueblo, viviendo en un miserable cuarto húmedo y oscuro!

—Sería una desgracia.

—Pero yo me olvidó al hablar de ella, de otra joven que espera á vd. impaciente en este instante, y á la cual va vd. á llevar la felicidad.

—Sí, sí, partamos; pero cuente vd. siempre, D. Manuel, conmigo, para buscar á la desventurada Adela, cuya suerte está vd. encargado de mejorar.

—Acepto su proposición, y espero en la Justicia divina que lograremos encontrarla.

Y Don Manuel y Leopoldo, el primero conmovido con el encuentro del retrato, y el segundo, henchido de placer por la ventura que le esperaba, salieron de la casa, y se dirigieron hácia la de la hermosa Clotilde.

bras de consuelo neutralizar sus penas y retenerla en el mundo.

Don Emilio, sentado en un extremo de la alcoba de la paciente, y fijos los ojos en su pálido semblante, la contemplaba en silencio, con ese dolor reconcentrado que desgarraba el corazón, con ese profundo sentimiento que se revela en la mirada triste y melancólica del que vé desaparecer cuanto ama sobre la tierra.

El cuarto estaba envuelto en una media luz, suave y apacible, producida por las flotantes cortinas de exquisita gasa que velaban, extendidas, las puertas vidrieras de la callada alcoba.

Clotilde, reclinada en unos blandos almohadones, pálida como la blanca flor herida por los ténues rayos de la plateada luna, cubiertos sus redondos hombros y su turgente seno con un elegante y finísimo, caracol de muselina blanca, cuyas anchas y transparentes mangas dejaban adivinar un brazo redondo y alabastrino, digno compañero de una mano mas suave y cándida que el rayo de la aurora; recogido su abundante

CAPITULO XII.

Desauciada.

Don Emilio esperaba impaciente la llegada de Leopoldo.

Vea morir á su idolatrada protegida de amor, y temia que espirara antes de que aquel llegase.

La jóven estaba desauciada, y todos creian que su existencia no se podria prolongar por muchos dias.

Inés, inconsolable, triste y obsequiosa, se encontraba junto al lecho de la amorosa Clotilde, observando cuidadosa las menores alteraciones que se operaban en el rostro de la enferma, y procurando con sus pala-

pelo en una redecilla negra de primorosa hechura, símbolo del dolor y de la tristeza de su alma; dejando ver en su frente virginal los dulces pensamientos del ángel del pudor y de la inocencia; vagando en sus carmíneos lábios, húmedos y suaves como las hojas de la flor del granado, una melancólica sonrisa, llena de expresion y de ternura; resbalando en su nevada y finísima tez la blanda luz que, dudando penetrar por las finísimas cortinas, iba á resbalar levemente sobre el desleído carmin de sus mejillas, sombreadas por las prolongadas y sedosas pestañas de sus celestiales ojos, que proyectaban una ténue y voluptuosa línea oscura; estrechando en su pequeña y torneada mano la no menos graciosa de la amorosa Inés, parecia la diosa de la Verdad, trazada por el pincel del inmortal Apeles, bella, modesta y retirada, guardando en su corazon todos los tesoros de la virtud y del amor.

Al poner la planta en el umbral de la primavera de la juventud, habia aspirado el ardiente fuego del amor, con toda su fuer-

za, con toda su dulzura, con toda su vehemencia, con todo su irresistible atractivo; y ese amor, y ese fuego devorador trasmitido á su alma por el alma de un sér que cautivó su corazon con su celestial presencia, habia venido á destruir su energía y su salud, como destruye y consume la ardiente lava, el profundo seno del volcan en que se encierra.

La vida de Clotilde se extinguia dulcemente, como se extingue la luz que ilumina el mundo, sin esfuerzo, lentamente, como se evapora el éter, como se eleva al viento el regalado aroma de las flores.

—¿Por qué está vd. tan lejos de mí, padre mio?—Dijo la jóven con una voz mas dulce y armoniosa que el canto de las aves.—¿Teme vd. acercarse á una moribunda?

—¡Morir tú!—Dijo levantándose Landeta y acercándose conmovido y lloroso al lecho de la enferma, y besando con sus ardientes lábios la helada mano de la jóven.—¡No, hija mia! Es preciso que vivas.... que vivas para ser feliz y para que lo séamos tambien nosotros. ¿No te he dicho ya que he manda-

do llamar á Leopoldo.... al hombre que te adora con todo su corazon... al que necesita de tu vida como los peces el agua.... al que realizará todos los ensueños miríficos de tu alma?

—¡Mis ensueños! ¡mis ensueños han desaparecido, padre mio, desde que he llegado al umbral de la tumba!—Exclamó tristemente Clotilde.—El tiempo ha consumido mi energía, y el fecundante sol se presentará en el Oriente á bañar las marchitas hojas de la abatida flor, cuando ésta carece de sávia para volver á la vida!

—¡Oh! ¡No hables así, hija mia! ¡Quieres alejarte para siempre de mi querida hermana Inés y de mí, que tanto te amamos?

Clotilde fijó sus hermosos ojos llenos de ternura, y arrasados de lágrimas, en su bienhechora, le estrechó la mano que llevó contra su corazon, reclinó su rostro en su amoroso seno, y prorumpió en ternísimos sollozos.

Inés se conmovió profundamente al comprender el sentimiento que embargaba el

sensible corazon de la jóven, y mezcló su llanto con el suyo.

—¡Llora, hija mia, llora!—Le dijo.—¡Esas lágrimas desahogarán la pena que te oprime, y reanimarán tu existencia! ¡Tu dolor y tu sentimiento son justos!

—¡Ah! sí: ¡saber que vamos á dejar el mundo, donde existe el sér que nos hizo vislumbrar un eden de inagotables delicias... que vamos á morir sin haber saboreado los inefables goces del amor.... sin haber alcanzado la suprema dicha de vivir á su lado.... de escuchar á todas horas sus palabras, mas dulces y amorosas que la miel que liban las abejas en las nacientes flores.... morir en la primavera de la vida, cuando sentimos circular por nuestras venas la sangre juvenil con todo su vigor, con toda su energía.... cuando la fecunda imaginacion nos indica mil placeres desconocidos, y el mundo nos brinda los deleites inefables de una pasion correspondida.... morir dejando en el mundo á vd., tan tierna, tan amorosa, tan benévola conmigo.... viendo llorar á mi querido padre, sin poder consolarle en su amargu-

ra.... ¡Ah! ¡esto es morir dos veces.... con el alma y con el cuerpo.... con el espíritu y la materia.... con el pensamiento y el corazón!

Y la joven besó cariñosa la mano de D. Emilio, que llenó de lágrimas, y estrechó la de la tierna Inés, con la efusión de la gratitud y del amor.

—¡No, hija mía! Dijo D. Emilio con acento conmovido.—Aun te están reservados en la tierra días de gloria y de ventura.... ¿No te he devuelto tus cuadros, como preludio de tu tranquilidad? ¿No los tienes adornando esta alcoba como en los días de tu mayor contento? ¿No he mandado llamar á Leopoldo, para que su presencia reanime tu abatido espíritu, y sus palabras sean la sávia que vigoree tu existencia? Sí, Clotilde: sí, hija idolatrada mía.... Es preciso que vivas para que yo no viva con el remordimiento de haber sido causa involuntaria de tu muerte.... Cometí un error dejándome arrastrar por las apariencias, y Dios no permitirá que tenga el dolor de verte morir, cuando trato de reparar mi falta.... Ya he suplicado á Duval que ven-

ga á verme, que tengo que hablarle, y dentro de pocos instantes le haré saber mi resolución de unirme al hombre que amas; al hijo de mi antiguo y leal amigo Cabrera.... Pero ya creo que está ahí: oigo su voz.... Sí, es Duval. ¡Adios, hija mía! dá entrada en tu corazón á la alegría, para que en los nuestros no reine el luto y la afieccion.

Y al concluir estas palabras, besó la mano de la enferma que le envió una mirada dulce de gratitud, y salió á ver á Duval que, en efecto, hacia un instante que habia llegado, y le esperaba en la sala.

—¿Estás contenta, ya Clotilde?—Exclamó la hermosa Inés, apretando entre sus manos las heladas de su protegida.—Ya ves que tu constancia ha triunfado, y que vas á ver realizadas tus esperanzas de ventura.

—¡Realizadas!

Dijo Clotilde con desfallecida voz, y moviendo lánguidamente la cabeza, indicando no participar de aquella esperanza.

—¿Y por qué no?

—Porque conozco que mi vida huye por

instantes, y que es tarde ya el remedio para detenerla.

—¡Oh! no: la vista, las palabras de Leopoldo, que no debe tardar en venir á este sitio, reanimarán tu espíritu, y tu corazón verá desaparecer esa opresión, que hasta hoy ha sido el verdugo de tu vida.

—¡Dios lo quiera! Porque ahora es cuando mas que nunca quiero vivir... ahora que ha desaparecido el obstáculo que se oponía á nuestro amor.... ahora que se me brinda con la felicidad de ser del hombre que era el bello ideal de mi existencia!

—Y vivirás, hija mía; sí, vivirás para ver realizados todos tus ensueños de ventura.

—Y aun cuando dicha tan suprema no alcance, al menos podré morir tranquila y contenta, teniendo á mi lado, en los últimos instantes de mi vida, á vd. y al sér que comprenderá todo lo que le amo, todo lo que por él he padecido....

Y Clotilde besó la mano de su protectora, sobre la que fueron á rodar algunas lágrimas.

Inés la miró triste y amorosamente, y no pudo pronunciar palabra, porque el sentimiento habia puesto un nudo en su garganta.

¿Qué pasaba entre tanto con Emilio y Duval?



CAPITULO XIII.

Sed de venganza.

No bien había salido el señor Landeta del cuarto de Clotilde, cuando se encontró con Duval, que acababa de entrar á la sala.

—¿Ocurre alguna novedad, querido amigo?—Dijo el infame sócio del doctor, alargando la mano á D. Emilio.—He recibido el recado que vd. me envió para que viniese, y no he querido detenerme un momento.

—Gracias.

—¿Pero ocurre alguna novedad?

—Sí, y de una importancia extrema para la salud de mi pobre protegida.

—¿Cómo! ¿Se encuentra ya mejor?

—No; pero la novedad consiste en que he meditado un medio que considero infalible para reanimar su vida. Es el único que puede hacerla permanecer en este mundo, que se encuentra próxima á abandonar.

—¿Pero cuál es ese medio?

—Es una medicina moral, que vd. puede contribuir á proporcionármela.

—¿Yo?

—Sí, vd.

—¿Cómo?

—¡Ay, amigo mio! Vd. ha visto que he apurado todos los recursos indicados por los facultativos; que nada he omitido que pudiese contribuir al deseado enlace con vd.; que he usado de las súplicas y aun del rigor, para que arrojase de su corazon la memoria de un hombre, cuyo apellido creia manchado con la infamia; pero todo ha sido inútil. La razon y la gratitud, combatiendo de continuo su naturaleza, han concluido por destruirla y aniquilarla.... Solo, pues, queda un remedio para salvarla; pero para aplicarlo, deseo contar con la voluntad de vd., que es el motivo por el que me he to-

mado la libertad de suplicarle viniese á verme.

Duval comprendió que se trataba de hacerle desistir de su empeño en poseer á Clotilde, y aunque sintió encenderse en su corazón el fuego de la ira y del despecho, trató de dominar sus bastardos sentimientos; ocultó, bajo un exterior compasivo y amable, el enojo de que estaba poseído. Diestro en dar á su fisonomía el aire y gesticulación que requería el papel que convenia desempeñar, dejó ver en su rostro la franqueza y la amistad mas sinceras, mezcladas de un tinte de compasión evangélica, y contestó con hipócrita acento.

—¿Ha podido vd. dudar alguna vez, querido amigo, del empeño que tomo por su felicidad? El cielo es testigo de que en la alarmante enfermedad de la mujer que adoro, he padecido al par que vd.... que como vd. hubiera dado la mitad de mi sangre por que recobrase su interesante salud, y de que estoy dispuesto á los mayores sacrificios, á cuanto juzge vd. necesario para conseguirlo. ¡Cuál es, pues, ese remedio eficaz

que existe, y que para aplicarlo se desea contar con mi voluntad? Hable vd., que desde este instante lo otorgo.

—¡Ah! ¡me devuelve vd. la alegría!—Exclamó D. Emilio agradecido á la fingida generosidad de su interlocutor.—Temia con mi petición se enfriase su amistad para conmigo; pero veo, con placer, que me he equivocado, y que es grande y verdadera, como yo la deseo, como es la mia para con usted.

—Solo anhelo que se presenten motivos para afirmarle á vd. en esa opinion.

—¡Ah! el de ahora es mas que suficiente para estimar sus quilates.

—Hable vd., pues, sin titubear. ¿Qué desea. vd. que haga por la vida de la hermosa Clotilde?

—Respetar su capricho; dejar que se realicen los dorados sueños de su primer amor... preferir su existencia á la felicidad de vd.; en una palabra, renunciar al plazo puesto para su eleccion de esposo, permitiendo que se enlace con el jóven que, como ella, padece y sufre.

En el semblante de Duval se operó un cambio completo.

Desde que empezó el diálogo, se había persuadido que se trataba de que renunciase á la mano de la mujer que codiciaba; pero jamás creyó que se trataba de posponerle á su rival.

Esta circunstancia despertó su orgullo, y casi estuvo para prorumpir en una exclamacion de enojo; pero acostumbrado á dominarse, la ira retratada en su semblante fué instantánea como una exhalacion, y la afabilidad y la abnegacion volvieron á ocupar el lugar que habian abandonado momentáneamente.

—No he tenido mas que un objeto en que cifraba mi felicidad en el mundo; que absorvía todos mis pensamientos, todas mis ideas. Mi vida se deslizaba en alas de la dulce esperanza de aproximarme á ese caro objeto, de hacerme digno de él, de alcanzar su cariño á fuerza de constancia y de obediencia.... Anhelaba ardientemente encontrar la oportunidad de poderle manifestar la intensa pasion que le consagraba aun á

costa de mi felicidad, y estoy resuelto á no omitir sacrificio ninguno, si este sacrificio puede conducir á que se realice la ventura de la mujer que adoro.

—Ese rasgo de abnegacion le honra á vd. sobremanera.

—Pero antes de renunciar á mis ilusiones, á mis ensueños de ventura, á cuanto bien aspiraba en la tierra, quiero que se digne vd. contestar á una pregunta que deseo hacerle.

—¿Cuál?

—¿Cree vd. que mi renuncia á la mano de la mujer que adoro, y la promesa que le haga vd. de unirla con Leopoldo, le devolverán la salud apetecida?

—No lo sé; pero abrigo la esperanza de creerlo así.

—Yo siento no poder participar de esa lisonjera esperanza.

—Pero aun cuando á mí tampoco me halagase, ¿no debo tocar el último resorte que me queda para salvarla? ¿No la veríamos vd. y yo desaparecer del mundo, sin lograr

el fin que nos propusimos, puesto que está desauiciada de los facultativos?

—Sin embargo....

—¿Pues qué podemos perder con hacer la prueba de concederle lo que su afligido corazón anhela? La muerte contrariándola es segura, véamos, pues, si complaciéndola se evita.

Este argumento era poderoso, y Duval, no sabiendo que contestar, respondió con hipócrita abnegacion.

—Repito que todo mi afán, todo mi deseo, es verla feliz aun á costa de mi ventura; y ya que ha llegado el momento de la prueba, prueba terrible que exige el sacrificio de mi tranquilidad, de mi soñada dicha, de mi porvenir y de mi pasión, yo le dejo en la libre eleccion de que obre con forme á los sentimientos de su alma.

—¡Ah! ¡generoso amigo!

—Sí; por mucho que me cueste el sacrificio, no titubeo en consumarle: su felicidad antes que la mia: sea del hombre que ha cautivado su corazón, si esto la vuelve la salud y la alegría.... Solo un recuerdo quie

ro para mí; un recuerdo de compasion cuando mas dichosa se juzgue al lado del sér que, mas afortunado que yo, consigue la inefable dicha de alcanzar su mano.

—¡Ah! permítame vd. que entre á comunicarle este rasgo que le honra á vd. y le enaltece á los ojos del mundo y de ella.

—Sí; dígale vd. que renuncio á cuanto amé sobre la tierra, puesto que es preciso que yo sufra para que sea feliz; pero que este sufrimiento encierra en sí mismo mi mayor consuelo, porque él me hará recordar á todas horas, que he podido contribuir á la dicha del ángel mas bello de la tierra.

—Sí; voy á hacerla saber ahora mismo ese rasgo sublime de abnegacion con que le devuelve vd. la vida, y á mí la tranquilidad.

Y D. Emilio penetró en la alcoba de la enferma, satisfecho del resultado de su entrevista.

—¡La muerte es la que yo le decreto!

Exclamó furioso Duval paseándose por la sala no bien se ausentó Landeta.

—Tiempo há que debía haberse consumado.

Dijo presentándose en la pieza un hombre.

—¡Doctor! ¿Vd. aquí? No podía vd. haber llegado á mejor tiempo.

—En efecto.

—¿Ha oído vd?

—Cuanto han hablado vdes.: iba á entrar cuando me detuve á escuchar el interesante diálogo.

—Ha llegado el momento de vengar los desaires que he sufrido de esa mujer á quien conocí por mi mal.

—La cosa es bien sencilla y no presenta compromiso ninguno: aquí traigo un pomito que contiene un líquido admirable, del cual, vertiendo algunas gotas en la medicina que le he recetado, resultará la venganza apetecida.

—Es que yo quiero su muerte antes que verla en brazos de mi odioso rival.

—Ahora es cuando le veo á vd. hablar razonablemente.

—Sí, anhelo su muerte.

—Es lo que debía vd. haber resuelto hace mucho tiempo.

—Lo conozco.

—Así estaríamos ya libres de toda inquietud, disfrutando en Europa de las riquezas adquiridas, y que aquí nos encontramos siempre con el sobresalto de perderlas, y lo que es peor, de ser ahorcados.

—Sí, es verdad: cada dia, en vez de disminuirse los temores, van en aumento. La muerte cometida en el Molino de Flores, ningun resultado ventajoso nos produjo: antes por el contrario, puede descubrirse, y servir de una acusacion mas.

—Sí; fué un asesinato estéril, y cada dia estamos mas expuestos á ser acusados.

—Por eso es preciso que Clotilde sucumba: necesito saber que no existe, para abandonar sin sentimiento este país.

—Ese es el resultado que proporcionan estas gotas; lento para no inspirar sospechas, pero seguro.

—Entonces á ministrarlas antes que la compasion vuelva á ejercer su influjo en mi pecho. Clotilde era el único objeto que

me detenía en este país; muera, pues, ya que me aborrece, y marchemos á Europa á disfrutar los ahorros de nuestra industria y trabajo.

El doctor apretó la mano á Duval y penetró al cuarto de la enferma.

El seductor de la hija del baron, saboreando la venganza próxima, dirigió una mirada de ódio hácia el cuarto de la enferma, dejó asomar á sus lábios la sonrisa de los réprobos, y saliendo á la calle despechado y lleno de ira, dijo interiormente dirigiéndose hácia su casa para esperar el resultado de la medicina del doctor.

—Han llamado á mi odioso rival para hacerle comprender su felicidad y mi derrota; pero en vez de la mujer que adora, Leopoldo solo encontrará un cadáver! ¡sí, un cadáver....! ¡Yo encontraré muy pronto en la bulliciosa Europa los placeres que proporciona el oro, y seré mas feliz que lo hubiera sido uniéndome á Clotilde! Pero es preciso que nuestra partida sea pronto: Willey dice muy bien; cada dia en vez de disminuir el número de los que puedan de-

latarnos, se aumenta: la muerte ejecutada en el Molino de Flores, no ha venido mas que á aumentar la lista de nuestros crímenes, pero sin resultado favorable.... Ese asesinato solo nos ha traído mayores complicaciones y ningun remedio.... ¡Oh! sí; es preciso huir á Europa para no vivir temiendo á cada instante la vara de la justicia.... Sí; es preciso agitar el arreglo de todos mis negocios para salir cuanto antes de este país, donde todo se conjura contra mí.

Y Duval apretó el paso engolfado en sus pensamientos de fuga y de venganza.

El temor y el deseo de ponerse lejos del alcance de la justicia, sucedieron en él, al amor y á la confianza.

El, lo mismo que el doctor, consideraban el asesinato perpetrado en el Molino de Flores como un nuevo crimen, que sola habia servido para dar lugar á nuevas acusaciones.

¿Por qué?

En el capítulo siguiente explicaremos al lector los motivos que tenian para pensar de aquella manera.

Pero para dárselos á conocer, suplicamos retroceda con nosotros, por un momento, al día siguiente en que tuvo lugar el asesinato perpetrado en el Molino.



CAPITULO XIV.

Una celada.

Son las cinco de la tarde del siguiente día al que tuvieron lugar los sucesos ocurridos en el Molino de Flores.

El cielo estaba triste y nebuloso.

Un aire húmedo y frío se dejaba sentir en las calles de Texcoco, que obligaba á los transeuntes á embozarse en sus frazadas ó en sus capas.

Nunca Febrero se ha manifestado tan riguroso y glacial en las bellas regiones del Anáhuac, como se presentó ese día en que nos encontramos los acontecimientos de que vamos á ocuparnos en este capítulo.

Parecia que el crudo invierno de las he-

Pero para dárselos á conocer, suplicamos retroceda con nosotros, por un momento, al día siguiente en que tuvo lugar el asesinato perpetrado en el Molino.



CAPITULO XIV.

Una celada.

Son las cinco de la tarde del siguiente día al que tuvieron lugar los sucesos ocurridos en el Molino de Flores.

El cielo estaba triste y nebuloso.

Un aire húmedo y frío se dejaba sentir en las calles de Texcoco, que obligaba á los transeuntes á embozarse en sus frazadas ó en sus capas.

Nunca Febrero se ha manifestado tan riguroso y glacial en las bellas regiones del Anáhuac, como se presentó ese día en que nos encontramos los acontecimientos de que vamos á ocuparnos en este capítulo.

Parecía que el crudo invierno de las he-

ladas regiones del Norte de la Europa, habia pasado á situarse en aquella parte de la América, para hacer mas palpitante el favor que la Providencia ha dispensado á México, concediéndole un clima siempre igual, benigno y grato.

El sol, velado por pardas y ligeras nubes, se alejaba suavemente, enviando un rayo de tibia luz que alumbraba débil y tristemente la tierra.

Las vidrieras de los balcones, y las ventanas de las casas de Texcoco estaban cerradas.

Los habitantes de la ciudad, encerrados en sus habitaciones se ponian al abrigo de aquel molesto cambio de temperatura.

Uno que otro de esos hombres á quienes nada basta á detenerlos en su casa á ciertas horas, porque necesita la sociedad de los amigos, cruzaba á prisa la calle, tapado hasta los ojos, y entraba en alguna tienda en que tenia su tertulia, exclamando al entrar y dando fuertemente en el suelo con los piés, para calentarlos: "¡cáspita, que frio hace!"

Las calles, pues, á excepcion de esas po-

cas personas y de aquellas á quienes la necesidad les obligaba á salir de su casa, estaban desiertas.

El frio era cada vez mas intenso.

En aquellos momentos, un hombre, envuelto en su capa y embozado hasta los ojos, salia á pié de la ciudad, y se dirijia hácia el campo sin que nadie le acompañase.

En una tarde tan cruda como la que estaba haciendo, cuando todos se ponian al abrigo del frio, y en los instantes en que éste era mas terrible, extraño hubiera parecido á cualquiera ver salir á un hombre precisamente por la parte mas desierta, y encaminarse á despoblado.

Pero nadie se hallaba por aquel rumbo, y nuestro embozado, ni aun siquiera fué visto por los infelices indios que habitan en los suburbios de la poblacion, que habian cerrado las débiles puertas de sus miserables barracas de negro adobe, para ponerse al abrigo del aire húmedo y cortante que reinaba.

El hombre que hasta entonces habia ca-

minado lentamente, al verse fuera de las puertas de la ciudad, apretó el paso.

¿Era que en las calles le obligaba la fina educacion á no marchar velozmente, y que salia al campo para hacer ejercicio con libertad?

Tal vez.

¿Pero por qué vuelve la cara de vez en cuando hácia la ciudad, como recelando que álguien le siga?

¿Teme aún á los curiosos que puedan criticarle?

Pero ya no vuelve el rostro hácia atras.

Por el contrario; ahora dirige la vista hácia la campiña, y la pasea observándola atentamente, pero sin detenerse en su marcha.

De repente, separándose del camino, tomó á un lado, y se dirigió por una senda frecuentada únicamente por los campesinos.

Allí hizo alto por un instante, bajó un poco el embozo, y pareció buscar algun objeto.

La señal de satisfaccion que se marcó en

su semblante, indicó que lo habia encontrado.

Entonces volvió á emprender su marcha inclinándose un poco á la izquierda.

Ninguno transitaba por el rumbo que llevaba, ni por parte alguna de las que alcanzaba la vista.

El campo estaba solitario, y ni un pastor siquiera se llegaba á descubrir en la vasta campiña, que se extendia como una alfombra bordada de esmeraldas.

El frío habia aumentado á medida que el sol se iba alejando lentamente, y únicamente el embozado que se encontraba solo en medio de aquella soledad, parecia desafiario.

¿Pero á dónde se dirige?

Se ignora.

De repente hizo alto.

Un ancho arroyo que encuentra delante, le detiene en su marcha.

¿Retrocederá?

No: aquél hombre se ha propuesto pasar adelante, y se dispone á salvarlo.

Un largo, pero delgado tronco de árbol

que se encuentra tirado allí cerca, le presenta la manera de conseguirlo.

El embozado se apodera de él, lo coloca sobre el arroyo afirmándolo en ambas orillas, y pasa con facilidad por aquel puente improvisado.

Después de más de una hora de haber caminado á un paso siempre veloz, llegó enfrente á un espeso bosque que daba á un camino bastante ancho; al fin del cual, se veía una humilde casita de algún indio.

El embozado entró en el bosque, se quitó la capa, sacó una pistola giratoria de seis tiros, la revisó escrupulosamente, se colocó detrás de uno de los árboles del bosque, á ocho pasos del camino, y exclamó para sí:

—Por aquí tiene que pasar para llegar á la casa en que cree encontrar á la joven que busca, y su muerte es segura. Las sospechas del asesinato caerán sobre ese indio infeliz que vive solo en esa choza, y del cual me he valido para que citase á ella á D. Manuel. El indio se defenderá de la acusación; dirá que un hombre de larga barba, de espesas cejas y pelo cano que se presen-

tó en su choza, le encargó que citase para aquel punto á D. Manuel; y como hombre de esas señas no encontrará la justicia, claro es que el castigo caerá sobre el indio, en cuya choza dejé á propósito esta mañana una pistola, para que así las sospechas contra él sean más evidentes.

El lector habrá conocido por estas palabras del embozado, que éste no era otro que Duval.

Y en efecto era él.

Resuelto á deshacerse del anciano Don Manuel para no tener ya nadie que conociese sus crímenes, había ido disfrazado con su gran barba, espesas cejas y blanca peluca, á la choza que estaba próxima á aquel bosque, y que estaba habitada por un indio que vivía solo.

Duval, conociendo la sencillez de los indios, le dijo que le conducía á aquel sitio el deseo de reparar un crimen que había cometido por vengarse: que aquel crimen consistía en haber robado á un confiado padre el tesoro mayor que tenía; una tierna hija, de la cual jamás volvió á tener razón; que

arrepentido y queriendo entrar en la buena senda, porque se hallaba en una avanzada edad y próximo por lo mismo á dar cuenta á Dios de sus obras, habia resuelto dar á la jóven la libertad; que para ello se presentaba una coyuntura favorable, pues habia un hombre que estaba encargado de buscarla, indagando su paradero. Duval indicó al indio que aquel hombre se llamaba D. Manuel, y le dió las señas de la casa en que habitaba en Texcoco. Sin embargo, queriendo alejar de sí toda sospecha, propuso al indio que él se presentase como ejecutor de aquel raptó, disculpándose con que lo habia cometido en servicio de un caballero que le habia pagado á peso de oro aquel servicio; le encargó que dijese que la jóven fué conducida á su choza: y que allí vivia en unas piezas subterráneas, á donde solia ir á ver el que dispuso el raptó.

El indio puso algun reparo en prestarse á servirle; pero á la vista de una gruesa cantidad que colocó Duval en sus manos, y persuadido por éste de que nada debia temer. puesto que se trataba de una obra humani-

taria, se resolvió á desempeñar fielmente lo que se le ordenaba, y partió á Texcoco á ver á D. Manuel.

A las dos horas volvió el indio diciendo que el antiguo principal de Nuñez, habia quedado en ir á su choza á las seis, por haberle asegurado que en ese momento no se encontraría en ella el raptor con los criados que siempre le acompañaban.

Duval, pues, habia conseguido su objeto. Don Manuel iba á entregarse indefenso en sus manos.

Contento con el buen éxito, volvió á Texcoco, para que ni D. Emilio ni nadie notase su falta durante el dia, y á las cinco de la tarde, hora en que todos, preservándose del frio, estaban encerrados en sus casas, él volvía, como hemos visto, al sitio en que se habia propuesto esperar oculto á D. Manuel para despojarle de la vida.

Como hombre previsor, al retirarse por la mañana de la choza del indio habia dejado, como olvidada, una pistola corriente y de mala calidad.

Pero lejos de haber sido un olvido, fué una cosa pensada de antemano.

Así sabía que alejaba de sí toda sospecha y que recaería sobre el indio, á quien creían que le habia citado para robarle asesinandole.

¿Y cómo no lo creeria así la justicia, cuando al hacer las averiguaciones y registrar la choza encontrase en ella una pistola, arma que los indios no llevan jamás, excepto aquellos de vida sospechosa?

Duval, pues, no solo se habia propuesto privar de la existencia á un hombre honrado, como era D. Manuel, sino que estaba persuadido de que exponia á que fuese llevado á un patíbulo al infeliz indio que le habia servido.

Pero ¿qué le importaba á Duval la muerte del uno ni del otro, cuando su corazón estaba cerrado á toda idea religiosa y de humanidad?

Bien lejos de verse inquietado por remordimiento ninguno, revisó, como hemos visto, la pistola giratoria de seis tiros, limpió la llave con un pañuelo de seda, la atacó

de nuevo, se embozó en su capa, y oculto tras de los árboles, esperó impaciente el instante en que se presentase D. Manuel.

—Es imposible que se salve:—exclamó para sí, dejando asomar á sus labios una sonrisa infernal:—Para llegar á la choza tiene precision de pasar por este camino, del cual estoy á ocho pasos, y á esta distancia es imposible que yerre mi mano los seis tiros.

Y Duval asomó la cabeza, y dirigió la vista hácia el sitio por donde debia llegar D. Manuel.

—¡No parece!

Exclamó viendo que nadie asomaba á lo lejos del camino.

Y volvió á esperar.

—¿Habrá temido alguna asechanza?—Pensó luego para sí:—¡Oh! ¡eso seria el colmo de las desdichas para mí, porque entonces dejaria de acudir á la cita, y todo se habria perdido!

Y Duval esperó con una ansiedad inaudita la llegada del hombre que trataba de

hacer desaparecer de la lista de los vivos.

No pudiendo permanecer quieto en el sitio que habia elegido para herir sin ser visto, volvió á acercarse á la orilla del camino, dirijió la vista hácia el rumbo que debia traer su víctima, y se ocultó de repente al descubrir un bulto que se acercaba.

—¡El es

Dijo para sí, colocándose detras del árbol, y preparando la pistola.

Y en efecto, no se habia engañado.

El honrado D. Manuel, en cumplimiento de la promesa hecha á su amigo, marchaba hácia la choza del indio, bien ageno de pensar que se le habia tendido un lazo para asesinarle.

Los pasos del leal anciano se escuchaban ya cerca.

Duval dejó asomar á sus labios la sonrisa de los réprobos.

Iba á deshacerse del único hombre que podria delatarle.

Don Manuel llegaba al sitio dispuesto para su muerte.

Duval preparó la pistola.

El anciano se dejó ver claramente.

Duval iba á disparar; pero el arma le fué arrebatada de repente de la mano, y el anciano pasó sin saber que se habia atentado contra su vida.

Duval, al verse desarmado, volvió sorprendido la cabeza, y se sobrecogió de espanto al ver detras de sí á un hombre que le apuntaba con su misma pistola.

—¡El mendigo, voto á Briós!

Exclamó con ira á la vez que aterrado.

—Sí; en el mundo quedan dos que te acusan, hombre infiel, el anciano Don Manuel, y el mendigo, ¡voto á Briós!

Contestó Nuñez.

—¡Oh! ¡el infierno se conjura contra mí!

—Diga vd. que el cielo vela por el triunfo de la inocencia.

—¡Oh! ¡estoy perdido!

—En su mano de vd. está salvarse.

—¡Oh! yo necesitaba la muerte de ese hombre.

—Para no tener un acusador ¿no es cierto?

—Sí, porque ese hombre, estoy seguro, que me reconoció en el Molino de Flores.

—No se ha engañado vd.

—¡Luego....

—Pero aun le quedaba á vd. otro, y ese otro soy yo.

Duval se guardó muy bien de confesar que lo creía muerto, y contestó:

—Sí; yo necesito la muerte de él y la de usted.

—Y yo que tengo en mi mano la vida del que atenta á la nuestra—dijo Nuñez con calma y siguiendo apuntándole—me abstengo de quitársela.

—Es que si no me mata vd., es porque sabe que al dejar yo de existir, dejaría tambien de alentar D. Ricardo, el amante de Inés, el padre de Clotilde.

—No; nunca mancharía mis manos con la sangre de un indefenso, de un rendido: le entregaría, sí, á la justicia, para que ella obrase como le dictase su conciencia.

—El resultado para mí sería el mismo.

—Pero no se trata aquí de matar ni de

delatar á vd. He venido á ahorrarle á vd. un nuevo y estéril crimen, y á proponerle un medio que equivalga á la realizacion de sus criminales deseos.

—No comprendo lo que quiere vd. decirme.

—Voy á explicarme.

—Escucho á vd.

—El deseo de vd. es evitar que se descubra que fué vd. el falsificador de las libranzas, porque esto le costaría la vida, ¿no es así?

—Ciertamente.

—Pues bien: yo le prometo á vd. solemnemente, que ni D. Manuel, ni yo, únicos que podríamos acusar á vd., revelaremos ese secreto jamás, si en cambio vd. me promete una cosa.

—¿Cuál?

—La libertad de Ricardo.

—No; porque éste sería un nuevo acusador.

—Le prometo á vd. que respecto á su prision guardará el mismo secreto que nosotros respecto á las libranzas.

—Así lo creo.

—De esa manera deja vd. de vivir con el sobresalto continuo de ser delatado, y puede vd. gozar libremente de las riquezas adquiridas.

—La proposicion es de tenerse en consideracion.

—Es cuanto vd. hubiera podido alcanzar despojando de la vida á D. Manuel, y logrando despues quitármela á mí.

—Sin duda alguna.

—¿Conviene vd., pues, en lo que le propongo?

—De ninguna manera.

—¿Cómo! ¿Rehusa vd?

—Rehuso.

—¿Por qué?

—Porque el silencio que me promete vd. lo alcanzaré mientras tenga en mi poder á Ricardo, y dejándolo libre no tendria la seguridad que hoy tengo.

—¿Es decir que duda vd. de mi palabra?

—Le hablaré á vd. con franqueza: sí.

Núñez hizo un gesto de indignacion, y exclamó:

—Es vd. un villano.

—Por eso mismo me atengo á los hechos y no á las palabras.

—¿Qué prenda quiere vd. que le garantice de lo que le ofrezco?

—Ninguna. Me basta con Ricardo.

—Pero....

—¿No cree vd. que seria una locura que dejase yo ahora lo cierto por lo dudoso?

—Es que teniendo vd. á Ricardo preso, puede conseguirse la manera de salvarle, y entonces, libre yo del compromiso á que ahora me obligo, podré entregarle á vd. á la justicia.

—Salvar á Ricardo—dijo Duval sonriendo—es casi tan difícil como resucitar un muerto.

—¿Es decir que no admite vd. mis proposiciones?

—De ninguna manera.

—¿Nos declara vd. una guerra á muerte?

—A muerte.

Exclamó Duval con arrogancia.

—Está bien. Nada tengo que decir á vd.: adios. Voy á alcanzar á ese anciano.

—No olvide vd. que la menor palabra de D. Manuel ó de vd., será la sentencia de muerte de Ricardo.

—Sé lo que me conviene hacer. Adios.

—Adios.

Y Nuñez, dejando á Duval desarmado, salió del bosque y corrió á alcanzar á su antiguo principal.

Duval quedó abismado, sin saber qué pensar de aquella inesperada aparición de Nuñez.

Le creía muerto; él mismo le había visto hundirse en el torrente y desaparecer, y sin embargo, acababa de destruir su plan.

¿Cómo se había efectuado esto?

Vamos á manifestarlo:

Dijimos en el último capítulo en que nos ocupamos del trágico acontecimiento que tuvo lugar en el Molino de Flores, que al mismo tiempo que Nuñez se había detenido á contemplar la naturaleza junto al torrente formado por la cascada, se dejó ver también el hombre que poco antes se presentó como con intención de arrojarle al

precipicio, y que al oír la voz de otro, volvió el rostro y huyó precipitadamente.

Pues bien, cuando Inés, Clotilde y los que las acompañaban, se retiraban para volver á Texcoco, Nuñez, dejando el sitio en que le vió quedarse Duval, se dirigió á otro aun mas pintoresco, viniendo á ocupar el que él dejó, el hombre que se había presentado de nuevo sin que nadie lo siguiera.

Como la oscuridad que formaba la sombra de los árboles era extrema, el doctor confundió fácilmente á aquel hombre, que estaba de espaldas hácia él, con Nuñez, y le precipitó, como hemos visto, en el torrente, retirándose en seguida para que no notasen su falta.

Nuñez, que se hallaba cerca de allí, al oír el ruido que el cuerpo hizo al caer en el agua, se arrojó para salvarle, sin saber quién era ni lo que había sucedido.

Pero al tirarse al torrente, dió con el pecho en una de las peñas que casi se encontraban á flor de agua, y quedó casi sin fuerzas.

Por fortuna estaba muy cerca de la orilla,

y pudo llegar á ella, quedando allí desmayado por el golpe.

Por eso cuando D. Emilio y D. Manuel, seguidos de los criados del Molino le buscaron alumbrándose con hachones de brea, no le encontraron, y se persuadieron que el ahogado era Nuñez.

Cuando volvió del desmayo, era ya muy tarde; y al verse solo, empapado, y sin saber el camino, subió, haciendo grandes esfuerzos, por la parte que está encima de la capilla, y se encontró en el campo. Un indio que pasaba por allí, al verle sin fuerzas, se apiadó de él, y le condujo á su choza.

Ese indio era el mismo á quien Duval fué á ver al siguiente dia para llevar á cabo el plan inicuo que habia concebido de asesinar á D. Manuel.

Cuando entró en la choza, que era muy temprano, Nuñez, que se hallaba en la otra pieza, oyó la conversacion, y conociendo que el citar en ella á D. Manuel, llevaba un fin criminal, se propuso impedirlo á todo trance.

Duval creia muerto á Nuñez, y solo le faltaba deshacerse de D. Manuel.

Si Duval no hubiera salido tan de madrugada de Texcoco, habria sabido que el hombre ahogado en el torrente del Molino, no era Nuñez. Pero preocupado con su plan contra D. Manuel, habia salido al amanecer, y cuando volvió, se estuvo en su casa sin hablar con nadie y sin saber, por lo mismo, lo que habia pasado.

Todos, pues, menos él, sabian en Texcoco el nombre de la desgraciada víctima que habia sido sacada del fondo del torrente, á las ocho de la mañana.

Don Manuel, que no se habia separado del sitio de la catástrofe, ofreció una cantidad decente á los mozos del Molino, porque sacasen el cuerpo del desgraciado, creyendo que fuera Nuñez, y merced á su liberalidad, se logró lo que deseaba.

El cadáver fué sacado á los pocos instantes, y al reconocerle, todos dejaron escapar una exclamacion de asombro.

No era el hombre que habian creído.

Era otro muy conocido de cuantos allí estaban.

Pero Duval se hallaba en esos momentos en la choza del indio, poniendo en juego los medios de conducir á aquel sitio á D. Manuel, único sér que, en su concepto, que daba ya que pudiera delatarle, y nada llegó á saber.

Nuñez que habia oido desde la otra pieza de la choza la conversacion que Duval tuvo con el indio, comprendió al instante las perversas intenciones del amigo de Willey, y se propuso salvar á su antiguo principal.

Para conseguirlo, se resolvió á permanecer en la choza, hasta poco antes de la hora de la cita, y cuando ésta se aproximó, salió al campo, y oculto detras de un árbol, observó todos los movimientos de Duval desde poco despues que salió de la ciudad.

Pronto conoció que se dirigia al bosque; y entonces se ocultó en él antes de que llegara.

Cuando Duval penetró en la arboleda, Nuñez se hallaba detras de él, cubierto por los árboles.

Así Duval, cuando soñó deshacerse del único hombre que creia era ya el solo sabedor de sus maldades, se encontró desarmado por quien tambien podia perderle, y á quien habia juzgado muerto.

Esto le inquietó sobremanera, y quedó pensativo y con los brazos cruzados por un momento en el bosque.

Pero este abismamiento duró un instante.

Pensó que mientras estuviese en su poder Ricardo, nada se atreveria Nuñez á hacer contra él.

Conoció asimismo que obligaria á Don Manuel á guardar silencio, y esta reflexion le volvió toda su altivez y aliento.

—¡Oh! ¡nada debo temer!—Exclamó levantando erguido la cabeza.—Desean la vida de Ricardo, y esto les obligará á guardar silencio. Sí, marchemos sin ningun temor, y ya que este plan ha fracasado, meditemos en otro que nos dé un feliz resultado. ®

Y al decir esto salió del bosque y se dirigió hácia Texcoco, por el mismo camino que habia llevado.

Entre tanto que nuevos pensamientos criminales ocupaban á Duval, Nuñez, como hemos dicho, se dirigió á alcanzar á D. Manuel.

Su antiguo principal se asombró de encontrarle en aquel sitio, y entonces Nuñez le hizo conocer la causa de hallarse allí, y que el lector conoce ya; pero ocultando que fuese Duval el que habia tratado de asesinarle, llamándole con un engaño.

Le habia dicho á D. Manuel el dia anterior, y cuando se paseaban por el Molino, qué interesaba á la vida de Ricardo no delatar á Duval, y le ocultó el nombre del autor de aquel nuevo atentado, que felizmente habia fracasado, temiendo que no tuviese la suficiente calma para contenerse al tener noticia de aquel plan infuero.

El proyectado asesinato, pues, se lo atribuyó Nuñez á un hombre que dijo no haber podido conocer, por haber echado á huir al verse sorprendido.

Don Manuel le dió las gracias por haberle salvado la vida, y añadió:

—La Providencia dispuso que no fuese vd. el que ayer tuvo un fin el mas trágico en el Molino de Flores, pues á haber tenido la desgracia de perder á vd., hoy hubiera perecido á manos, sin duda, del que dispuso una infernal celada para quitarme la vida.

—Tal vez seria mas útil á la sociedad que yo el hombre que perdió la vida. Acaso él tendria una familia á quien hacia falta, cuando yo soy solo en el mundo.

—Lo sensible es su familia.

—¿Luego es cierto que la tenia?

—Y muy recomendable, segun dijeron todos al sacar el cadáver del torrente.

—¿Es decir que vd. no conocia á ese desgraciado que perdió la vida?

—No.

—Pero ¿no dijeron su nombre los que le conocian?

—Sí.

—¿Cuál?

—Diego Rondal.

—¿El esposo de Elisa?

—El mismo.

—¡Desgraciado!

—Se dice que su razon estaba trastornada, y se cree que se arrojó al torrente en un acceso de locura.

—¡Sí, sin duda!

—¡Oh! perder la razon es el mayor de los males que le pueden sobrevenir al hombre.

—¡Es cierto!

—Pero vd., señor Nuñez, ha carecido todo el dia de las comodidades á que está acostumbrado, y es preciso que lleguemos á Texcoco antes de que oseurezca.

Y D. Manuel y Nuñez emprendieron su marcha con direccion á la ciudad, sirviéndoles de asunto para una conversacion animada, la suerte de la recomendable familia de Diego.

Todos, pues, creian que éste se habia suicidado.

Sin embargo, Duval y el doctor temian que alguno hubiese presenciado el acto de arrojarle al agua.

Y este temor, unido al que les infundia el ver á Nuñez salvarse de todos los peligros, les tenia, como hemos visto en otro capítulo, en continuo sobresalto.



CAPITULO XV.

Un deber de conciencia.

En los momentos en que D. Manuel se hallaba en casa de Leopoldo haciéndole saber la resolución de D. Emilio en unirle con la hermosa Clotilde, la desgraciada Elisa, rodeada de sus tiernas hijas y vestida de rigoroso luto, yace en su humilde habitación, afligida y sin consuelo.

Desde la horrible muerte de su esposo, no se la vé salir á ninguna parte, y parece que su alma no encuentra mas consuelo que orar por él á todas horas.

Julia y Teresita que han crecido notablemente, y que se ven cada dia adornadas de nuevas gracias y virtudes, se encuentran á

su lado, uniendo sus tiernas súplicas á las de aquella amorosa mujer que no olvidaba un solo instante al hombre que tanto la habia hecho sufrir y padecer.

La muerte del desgraciado Diego habia sido un golpe terrible para ella, que nunca perdió la esperanza de verle recobrar la salud y volver á ser lo que fuera en la época feliz en que se unió á él, creyendo encontrar en el mundo las delicias de la gloria.

Pero á sus esperanzas, desvanecidas por el fin trágico de su vida, agregaba en aquel momento Elisa otro sentimiento: la convicción de que iba á perder á la hermosa Clotilde, que se habia constituido en su protectora.

Acababa de saber por el honrado Pablo, que se hallaba á las puertas del sepulcro, y esto la tenia inconsolable.

Teresita, que estaba conmovida de ver el abatimiento de su amorosa madre, y que acariciaba una de sus manos entre las tiernas suyas, no pudiendo resistir por mas tiempo al sentimiento filial que le embargaba, exclamó con sentido y cariñoso acento.

—Modera tu dolor, querida mamá: muy sensible debe serte, en efecto, el estado de peligro en que se encuentra la salud de nuestra bienhechora Clotilde; pero ¿quién dice que no podrá aliviarse?

—¿Aliviarse! ¿No has oído lo que ha dicho el honrado Pablo?

—Sí; que según ha podido saber por boca de Nuñez, será el salvarla un milagro.

—Pero ¿no puede hacer Dios es milagro?

—Sí, que lo puede hacer, hija mía.

—Y lo hará. El que cuida de los más insignificantes reptiles, no querrá privarte del apoyo de la señorita Clotilde, que ha sido hasta ahora la que ha cuidado de nuestra subsistencia y de nuestro bienestar.

—No, Teresita: nosotros no nos podemos quejar ciertamente de la misericordia del Eterno. Pablo, ese honrado labrador que salvó un día la vida de vuestro desgraciado padre, nos colma constantemente de favores, y mil veces nos ha suplicado vayamos á vivir á su hacienda de Texcoco, donde nada nos faltaría.

—Pero tú—dijo Julita—no has querido

que vayamos, porque dices que allí no podríamos recibir la esmerada educación que te has propuesto darnos.

—Es cierto, hijas mías. En el campo podríamos vivir tranquilas, sin necesidades, pero no podría proporcionar á vuestra inteligencia todos los conocimientos que constituyen la riqueza del alma.

—Nuestra excelente preceptora Amalia, dice que dentro de muy poco habremos acabado nuestra educación.

—¡Ah! sí; gracias á esa generosa mujer, tengo en vosotras dos ángeles que me consuelan en mis penas.

—¿De veras?

—¡Oh! sí

—Pues bien, no estés afligida: tén confianza como nosotras, y verás como Dios vela por la salud de Clotilde.

—Nunca le dejo de rogar por ella.

—¿Y no has visto á la desgraciada madre que le dió la vida, y que según nos dijiste, se vió precisada á dejarla en poder de seres extraños?

—Sí; la he visto.

—¿Y sabe el estado de gravedad que guarda su salud?

—Lo sabe.

—¡Infeliz!

—Sí, es muy desgraciada.

—Pero tú nos has dicho que la verdadera causa de la enfermedad de Clotilde proviene del empeño que D. Emilio tiene en unirla á un hombre que aborrece, y en separarla del jóven que ama ardientemente.

—No reconoce otro origen su enfermedad.

—¿Y no crees tú que D. Emilio, que ama á Clotilde como á una hija, desistiese de su empeño, si supiera que con eso salvaba la vida de su protegida?

—Eso lo conoce él sin duda; pero el deseo de cumplir con una palabra empeñada, le obliga á no cejar de su intento.

—Pero ese empeño es un ridículo capricho, que puede causar la muerte de una jóven recomendable y pura.

Elisa quedó en actitud meditabunda.

Las palabras de sus tiernas hijas le habían hecho acariciar un pensamiento que

ya en otra época había resuelto poner en planta, y que desechó al ver aliviada á Clotilde.

Pero en los instantes en que nos encuentra nuestra historia, la jóven estaba desahuciada, y solo veía un remedio de salvarla: hacer que D. Emilio desistiese del empeño de unirla á Duval, y enlazarla con Leopoldo.

Elisa ignoraba que esta resolución la había tomado ya el señor Landeta.

Animada con este pensamiento, y juzgando como un deber de conciencia el poner todos los medios para salvar á la jóven á quien era deudora de singulares favores, exclamó para sí:

—Es preciso ya: D. Emilio persiste en unirla á Duval, porque juzga sagrado el cumplimiento de su palabra; pero cuando sepa que esa jóven es.... Sin embargo, si llegase á oídos de la hermosa Inés que yo he ido á descubrir... ¿Y qué importa? Pero no: yo entraré cuando la bella protectora se encuentre al lado de la enferma, y pueda ver á D. Emilio á solas. Mi revelación va á sorprenderle.... pero es preciso....

lo exige así la vida de la mas pura de las jóvenes.

Y Elisa, dominada por el pensamiento que habia concebido, y resuelta á llevarla á feliz término, se dirijó á su cuarto, se arregló su hermosa y luenga cabellera, se cubrió con un pañolon de merino negro, y se dispuso á salir.

—¿Te vas, mamá?

Le preguntaron Teresita y Julia.

—Sí, hijas mias: voy á cumplir con un deber de conciencia.

—¿Cuál?

—Voy á saber por mí misma el estado que guarda la salud de vuestra protectora Clotilde.

—Ah! sí: haces muy bien, madre mia. Vé á visitarla: háblale de nosotras: dila que nunca la olvidamos, y que á todas horas rogamos á Dios por su salud.

—Sí, se lo diré así, hijas mias, y ella os lo agradecerá mucho. Adios hijas mias, adios.

—Que no tardes mucho, mamá.

—No, no: ya sabeis que no puedo estar sin vosotras.

—Ni nosotras sin tí.

—Bien, bien: adios.

Y Elisa, imprimiendo un beso en la frente de aquellos dos ángeles, salió á la calle, con direccion á la casa de D. Emilio, resuelta á revelarle el misterio del nacimiento de Clotilde, mientras las dos tiernas criaturas, dominadas de un sentimiento religioso, se pusieron de rodillas delante de una imágen de la Santísima Virgen, á rogar por la salud de la jóven desauiciada.

tor y la esperanza de ver á su lado muy en breve al hombre que adoraba le habia inundado de placer y de alegría; pero aquel placer y aquella alegría tenian algo de lúgubre y de misterioso, que helaba su corazon como el aliento de la muerte.

Don Emilio conocia, como nadie, el estado de gravedad en que se encontraba la hermosa, y habia leído en el semblante de la jóven lo que pasaba en su corazon.

—¡Está persuadida de que va á morir, y esa persuasion me aflige; porque es un funesto presagio!—Pensó para sí al verse solo en la sala.—¡Y yo soy la causa de su muerte...! Sí; mi tenacidad y mi capricho han conducido su naturaleza y su espíritu á un estado de debilidad y de caimiento que le arrastran á la tumba!....

Y D. Emilio se quedó quieto en medio de la sala, dejando ver en su semblante la afliccion y el dolor mas intensos.

Sumergido en sus tristes pensamientos, cruzados los brazos sobre el pecho y con los ojos fijos en el suelo se hallaba, cuando se abrió lentamente la puerta de la sala,

CAPITULO XVI.

El hombre propone y Dios dispone.

Don Emilio, despues de haber ensalzado la generosa conducta de Duval y su laudable abnegacion, salió á la sala diciendo á la hermosa jóven que iba á esperar á Leopoldo, en tanto que el doctor la observaba y recetaba.

Clotilde le estrechó la mano con gratitud, y una melancólica sonrisa vagó por sus labios; sonrisa que se podia traducir por estas palabras: "¡Ya es tarde!"

Y esta, en efecto, era la creencia de la jóven.

Cierto es que la resolucion de su protee-

dando entrada á una mujer de esbelto cuerpo, vestida de rigoroso luto, aunque con trage humilde, y tapándose el rostro con un pañolón negro de poco precio.

Al ver á D. Emilio, se estremeció y se detuvo junto á la puerta, como temerosa de acercarse ó de interrumpirle.

Don Emilio, al leve ruido de la puerta, levantó la cabeza, y dirigió la vista hácia ella, creyendo que fuese Leopoldo el que entraba.

Al ver á una mujer, dejó su triste actitud, y se adelantó hácia ella para recibirla.

Al aproximarse y disponerse á dirigirle la palabra, la mujer se destapó el rostro, y D. Emilio exclamó sorprendido.

—¡Elisa!

La viuda de D. Diego llevó el dedo índice á los labios, indicando silencio.

—No, nadie nos oye.—Añadió Landeta bajando la voz y revelando en su semblante la alegría mas intensa.—¡Ah! ¡cuánto anhelaba volverla á ver á vd! ¡Tan grande es mi ventura, que el alma resiste á creer en su felicidad!

—No siga vd., D. Emilio. Yo no debo escuchar esas palabras que me hielan y me espantan.

—¡Oh! ¡hace diez y seis años que no las pronuncio! ¡Diez y seis años de silencio, de tristeza y de dolor, de ausencia! Su presencia de vd. me recuerda aquel tiempo en que era yo tan feliz cuanto soy ahora desgraciado....! ¡Entonces mis palabras de amor eran acogidas con intenso placer por la mujer única que he amado sobre la tierra!

—No siga vd., D. Emilio: no siga vd., por piedad.... ¡Ah! no he venido á despertar con mi vista ese fuego que ha dormido diez y seis años, oculto en las cenizas del tiempo, y que tan desventurada hizo á la mujer que amó á vd. Un deber mas sagrado, un deber santo me trae á esta casa en este instante.... Un deber que le toca á vd. cumplir si en algo estima la tranquilidad de esa pobre mujer, cuya vida ha sido una cadena de tormentos y de lágrimas!

—¡Ah! ¡qué debo yo hacer para complacerla? ¡Hable vd., hable vd.... Mi corazón no anhela otra cosa que servirla en todo.

La puerta que comunicaba con el cuarto de la enferma, se abrió con precaucion en aquel momento.

La cabeza de un hombre, oculto detras de las cortinas, se dejó ver á poco.

Era el doctor Willey que, al descubrir á los dos interlocutores, se detuvo asombrado de encontrar allí á Elisa, y deseoso de escuchar lo que trataba con D. Emilio.

—¡Ah! Esa pobre mujer que ha vivido y vive en la pobreza, que no ha disfrutado ni un solo instante de tranquilidad desde el instante fatal en que las palabras de vd. la hicieron olvidar sus deberes, nada pide, nada quiere que envuelva un sacrificio para vd.... Su deseo es fácil de satisfacerse, porque basta para obsequiarlo la voluntad de vd.

—Juro hacer cuanto se me exija.

—¡Ah! gracias, D. Emilio: así á la grave falta, al negro borron que ella misma echó sobre su alma, y que ha tratado de borrar con diez y seis años de arrepentimiento y de lágrimas, no se agregará un nuevo re-

mordimiento que atormentaria todos los instantes de su existencia.

—¡Faltas! ¡remordimientos!

Exclamó con triteza D. Emilio.

El doctor, deseando descubrir á quien se referian, prestó mayor atención.

—¡Oh! sí; falta horrenda que yo no disculparé nunca; pero que no ha dejado Dios sin castigo.

—Es vd., muy severa en la manera de juzgar, Elisa.

—¡No! Esposa impía, faltó un dia á la fé que jurara al pié de los altares á su esposo... y aunque nadie mas convencida que yo de su sincero arrepentimiento, no por eso puedo disculparla!

—Vd. sabe mejor que nadie, Elisa—dijo tristemente Landeta—que el corazon de esa mujer jamás me ha pertenecido.

—Jamás.

—¡Cuénto lo siento!

—¡Y sin embargo, fué, y es desgraciada por vd.!

—Su desventurado esposo se habia meti-

do en una revolucion; le expulsó el gobierno fuera del país, y no queriendo llevar consigo á la hermosa jóven á quien estaba unido porque carecia de recursos, aunque yo le propuse proporcionárselos, la dejó encomendada á mi cuidado, porque me creia su mejor amigo!....

—¡Oh! ¡cuántas penas, cuántas lágrimas y cuántos remordimientos se hubiera ahorrado la infeliz si no hubiera sobrevivido á su partida! Dos años, dos años estuvo fuera el hombre á quien estaba unida, y en esos dos años tuvo un momento de ceguedad, en que las palabras de vd., que no se apartaba de su lado, la hicieron perjura y desgraciada!

—Mas para ¡qué atormentarse con ese pensamiento? Esa historia, Elisa, solo vd. la conoce en el mundo, y nada debe inquietar su corazon.

—No: hay tambien otro sér que la conoce mejor que sus mismos autores.... un sér por quien tiembla el alma de esa pobre mujer, un sér que la sigue á todas partes, que la acusa sin cesar....

—¿Quién?

—¡Dios!

—Pero Dios la ha visto arrepentida tratar de borrar aquel yerro.... Dios la vió huir de mi lado y prohibirme la entrada en su casa, como se le prohíbe al hombre que mas se aborrece.... y Dios, por último, la vió, cuando volvió su esposo, constituirse en su criada.... en su mejor amiga.... en su esclava....

—¡Oh! sí; le volvió á amar como en los primeros dias de su union, y procuró borrar su falta con sus cuidados y atenciones. Pero Dios quiso castigar su yerro, y el hombre á quien queria colmar de caricias para reparar su falta, en quien habia cifrado toda su dicha al enlazarse á él, se manifestó insensible á su ternura, abandonó el trabajo, se entregó á los vicios, y solo se acordaba de ella para atormentarla.... ¡Oh! Mucho ha sufrido y ha llorado esa infeliz.... Sus ojos han sido dos fuentes que no han cesado de verter un solo instante el llanto del arrepentimiento y del dolor! Ella le obligó á su esposo á que no volviese á ver á vd., diciéndole que ni siquiera se habia

vd. dignado hacerle una visita desde que él se ausentó. Así consiguió que sus ojos no volviesen á encontrarse con el hombre que le recordaba su fragilidad. Mas ¡ah! vd. no sabe, D. Emilio, las terribles consecuencias de su fatal yerro!

—¿Cómo!

—Vd. ignora, como todo el mundo, que de aquel momento de error existe un ángel en la tierra.... un sér inocente que nunca ha sentido el beso tierno de una madre, ni sus dulces caricias....

—¡Oh! ¡qué es lo que escucho! ¿Y dónde, dónde está ese inocente sér á quien he condenado al llanto y á la desgracia?

—Próximo á morir en esta casa.

—¿Cómo! ¡Acaso Clotilde....

—Sí; Clotilde es el padron constante de mi infamia.

—¡Nuestra hija!

—¡Sí.... nuestra hija!

Exclamó Elisa cubriéndose el rostro con ambas manos.

El doctor dejó ver en su rostro la sorpresa y la satisfacción.

—¡Cielos!

—Nadie en el mundo es sabedor de este secreto. Oculta en mi casa, sin salir de ella para nada, pues tenia una muchacha de once años para que me hiciese los recados, viví hasta dar á luz el fruto de mi desluz, que yo misma fuí de noche á colocar á la puerta de la casa de vd., frente á la cual estuve oculta hasta ver que aquella se abrió, y que mi inocente hija estaba en su poder.

—¡Ah! ¡No sin motivo le amaba yo tanto!

—Sí; Clotilde es el fruto de aquel yerro; y por eso, al saber que se halla en peligro su vida, no he titubeado en venir á suplicar que cuide vd. de ella.... que no la sacrifique vd. al capricho de quererla unir con un hombre que aborrece....

—No, no.... ¡ah! corramos á verla, Elisa!

—No: ella debe ignorar por siempre que yo le he dado la vida.

—Pero....

—Se lo pido en nombre de su pasión, que me hizo desgraciada.

—Bien; ignorará el nombre de la que le dió el ser; pero marchemos siquiera á verla.

—No; yo no debo entrar: yo no debo verla ya en este mundo.

—¿Por qué?

—Me he impuesto este castigo para hacerme acreedora al perdón del Eterno.

—¡Ah! pues bien: yo corro á salvarla.... Voy á decirle que Leopoldo va á llegar.... que está aquí ya....

Y corrió hácia la alcoba gritando.

—¡Hija adorada! ¡Clotilde!

Leopoldo y D. Manuel se presentaron en aquel momento en el umbral de la puerta de la sala, sin que nada hubiesen oído.

El doctor se dirigió en el acto hácia un ángulo de la sala, saliendo de detras de la cortina, pero sin que hiciese caso de él D. Emilio, que marchaba fuera de sí, ni notase tampoco en la llegada de Leopoldo, que permanecía con D. Manuel sin pasar el umbral.

La puerta del cuarto de Clotilde hácia donde se dirijia el afligido padre, se abrió de repente.

Una criada, pálida, temblando y sobre-

saltada se presentó en el umbral llamando á D. Emilio.

—¿Qué pasa?

Preguntó éste temiendo una funesta noticia.

—Que entre vd. inmediatamente, porque la señorita Clotilde....

—¿Qué?

Elisa, Leopoldo, D. Manuel y el doctor, fijaron la vista en la criada, esperando sobresaltados, inquietos, su contestacion.

—Acaba de quedar privada de sentido.

—¡Muerta acaso!

—Tal vez sí.

—¡Hija mia!

Exclamó D. Emilio fuera de sí, y penetrando en la alcoba de Clotilde.

Elisa quedó aterrada.

Leopoldo, pálido y como herido de un rayo, abrazó afligido á D. Manuel, y apoyó la cabeza sobre su pecho, exclamando:

—¡He venido á presenciar su muerte....!

El doctor, dejando ver en su semblante la alegría del condenado, que se complace con los padecimientos de la humanidad, se acer-

có á Elisa, y sacando un papel del bolsillo, se lo mostró diciendo en voz baja para no ser oido de Leopoldo ni del anciano, que estaban abrumados con el peso del dolor y sin ver lo que al lado de ellos pasaba.

—He oido todo.... Conozco al hombre á quien se dirijia esta carta.... O dentro de pocos dias me concede vd. su amor, ó de lo contrario publico su infamia. Su esposo ha muerto, y no puedo amenazar á vd. con enseñársela á él; pero queda el público que es mas temible que un marido.... ¡Adios!

Y el doctor se alejó, dejando aterrada y llena de dolor á la infeliz Elisa.

CAPITULO XVII.

La Caverna de Cacahuamilpa.

Al Sur de la capital de México, en el Departamento que lleva este nombre, se encuentra una de las cosas mas notables y dignas de ser visitadas por el viajero. La Caverna de Cacahuamilpa encajonada en el distrito de Tasco.

Esta Caverna, imponente y sublime, en cuyas inmediaciones se levanta pintoresca una cadena de montañas, debió servir, sin duda, á juzgar por las ruinas de un monumento, á manera de altar, que se conservan en la cima de una montaña colocada al fren-

có á Elisa, y sacando un papel del bolsillo, se lo mostró diciendo en voz baja para no ser oido de Leopoldo ni del anciano, que estaban abrumados con el peso del dolor y sin ver lo que al lado de ellos pasaba.

—He oido todo.... Conozco al hombre á quien se dirijia esta carta.... O dentro de pocos dias me concede vd. su amor, ó de lo contrario publico su infamia. Su esposo ha muerto, y no puedo amenazar á vd. con enseñársela á él; pero queda el público que es mas temible que un marido.... ¡Adios!

Y el doctor se alejó, dejando aterrada y llena de dolor á la infeliz Elisa.

CAPITULO XVII.

La Caverna de Cacahuamilpa.

Al Sur de la capital de México, en el Departamento que lleva este nombre, se encuentra una de las cosas mas notables y dignas de ser visitadas por el viajero. La Caverna de Cacahuamilpa encajonada en el distrito de Tasco.

Esta Caverna, imponente y sublime, en cuyas inmediaciones se levanta pintoresca una cadena de montañas, debió servir, sin duda, á juzgar por las ruinas de un monumento, á manera de altar, que se conservan en la cima de una montaña colocada al fren-

te de su entrada, al sangriento culto de los antiguos mexicanos.

Por la estrecha vereda que desciende por las montañas calizas en direccion á esta obra admirable de la naturaleza, se veían dos hombres á caballo.

El uno de aspecto noble, bien vestido, joven y de gallarda presencia, parecia examinar, con ojo inteligente, el interesante espectáculo que le rodeaba, en tanto que el otro, cubierta su cabeza con un sombrero ordinario de paja de inmensas alas, en mangas de camisa y ancho calzon blanco de algodón, sujeto á la cintura por una faja encarnada, silbaba una cancion popular de *Tier-racaliente*, sin cuidarse de lo que á su compañero conmovia; indiferente á cuanto le cercaba.

Ambos iban armados de pistolas y espada.

A medida que avanzaban hacia la Caverna, en la fisonomia del jinete principal se pintaban el asombro y la admiracion.

El animado cuadro que se presentaba á su vista, era grandioso y nuevo.

No era la naturaleza que copiaba en sus

preciosos cuadros de brillante colorido el excelente pincel del fecundo Velazquez, el príncipe de los pintores españoles. No sus célebres paisajes de la *vista del Pardo* ni de los *jardines de Aranjuez*, obras perfectas, acabadas con la primera mano, donde á penas están señalados los contornos de los objetos, ni cubierto el lienzo; donde la tierra el cielo, los árboles, las flores, todo está amontonado y sin detallarse; cuadros que si uno se aproxima á examinarlos detenidamente de cerca, no hallará, como en una decoracion que se toca con el dedo, mas que la incertidumbre y el caos; pero que si se retira á distancia de cuatro pasos, la confusion desaparece, el mundo se crea de nuevo, las hojas de los árboles parecen moverse al impulso de la brisa, y la naturaleza aparece exuberante, virgea, bella, sencilla y sublime. No era la perspectiva risueña que inspiraba á este gran pintor la que se presentaba á la vista de nuestros dos viajeros; era, sí, la naturaleza imponente, severa, terrible, que copiaba el poco conocido y célebre Collantes para sus lienzos, como la

vision de Ezequiel, única composicion que existe suya en el Museo de Madrid, pero tan preciosa, que esa sola página de su talento, equivale á un libro entero, escrito para inmortalizar su nombre.

El jóven y arrogante ginete llegó por fin á la boca de la Caverna, y se desmontó de su caballo.

El que le acompañaba, y que debía sin duda, servirle de guía, bajó tambien del suyo; tomó el corcel del primero, y lo amarró, junto con el suyo, á la entrada del sitio que parecia se disponian á visitar.

El principal de nuestros personajes se detuvo delante del grandioso objeto que tenia á la vista, asombrado de la grandiosa portada de aquel palacio subterráneo, debido á la sola voluntad del Supremo Artifice.

La longitud de la base de la entrada era de ciento treinta piés: la altura del arco natural que formaba la imponente entrada, no bajaba de veintisiete varas, ni de cincuenta su admirable anchura. El atrevido arco de esta colosal portada, la forman enormes rocas, dispuestas con tal gusto y

perfeccion, como si hubieran sido colocadas por el mas entendido arquitecto, con objeto de revelar al mundo los adelantos del arte arquitectónico.

A los lados de esta inmensa boca, que indica la vasta capacidad de su interior, dispuso la caprichosa y fecunda naturaleza, con capas paralelas á aquella gigantesca bóveda, las mas perfectas curvas para sostener el enorme peso de aquella gran montaña que gravita sobre ella.

Nuestro jóven viajero, despues de haber examinado detenidamente el sublime espectáculo que tenia á la vista, ordenó, al que le acompañaba, encendiese dos grandes hachas de brea de varias que llevaban á prevención, y tomando una en la mano y su compañero la otra, penetraron á aquel antro, tan digno de conocerse como poco visitado.

Nuestros personajes marchaban en el mayor silencio, caminando sobre un piso de tierra suelta y menuda, sin hallar piedra ni obstáculo alguno que interrumpiese su paso.

Despues de haber andado un espacio co-

mo de cuarenta varas, penetraron en el primer salon, ancho, espacioso, de liso pavimento como una tersa alfombra, y tan vasto, que apenas la luz que arrojaban las dos hachas bastaba á disipar las densas tinieblas que lo velaban.

El arrogante jóven se conmovió á la vista del grandioso espectáculo que se iba desarrollando poco á poco á sus ojos, á medida que iba familiarizándose con la oscuridad de aquel recinto.

Nada mas admirable, nada mas grande, nada mas sublime que el bello horror de esa naturaleza salvaje que ostenta en toda su fuerza, en todo su vigor, en toda su enegía, el poder de quien la hizo brotar de su divino pensamiento.

Preciosas y caprichosas figuras estalagmitas figurando esbeltas columnas, árboles y plantas, embellecian aquella espaciosa estancia, conocida por el "*Salon del Chibo*," á causa de la preciosa estalagmita que, junto á una pirámide, se ostenta en la forma de aquel animal mamífero.

La admiracion del jóven viajero se au-

mentaba á medida que la vista, familiarizándose con la opaca luz que vertian las hachas, podia analizar la multitud de objetos que le cercaban por todas partes.

El salon en que se hallaba, tenia sesenta varas de largo, cincuenta y seis de ancho, y casi igual de altura.

Sorprendido de la magnitud de aquel primer departamento, que podia considerarse como el vestíbulo de la Caverna, levantó los ojos, y su asombro subió de punto, al descubrir en la elevada bóveda, infinidad de brillantes cristalizaciones estalácticas, imitando espléndidos cortinajes bordados de finísimas perlas, ó un blanco pabellon nubífero, tachonado de resplandecientes estrellas.

Aquel era un panorama de un género nuevo y desconocido, fantástico y sublime, que realizaba las miríficas descripciones de las *Mil y una Noches*.

La vista no acababa jamás de contar los objetos que en mil caprichosas formas se sucedian, como se cambian en los sueños

las figuras que nos presenta la excitada fantasía.

Ya en medio de las sombras vagarosas, contra las cuales luchaba impotente la luz de los hachones, se descubria elevándose aérea y magestuosa, como el ángel del misterio, una esbelta estalagmita, en la forma de una bellissima hurí, envuelta en su ropaje blanco; ya la aterradora figura de un esqueleto que se levanta de la tumba cubierto con su triste sudario; aquí las enhiestas palmeras, de vistosas hojas, ostentando las redondas gotas del rocío; mas allá los deliciosos baños de alabastro y las bruñidas fuentes por donde salta cristalina el agua; en otra parte, ligeras columnas de elegante hechura, que se pierden en la oscuridad de la bóveda; y por todas partes, urnas, tazones, arbustos y pilastras blancas, sin término y sin guarismo.

Nuestro curioso observador entregó su hacha al que le acompañaba, abrió un cuaderno elegantemente empastado que llevaba debajo del brazo, sacó un lápiz, y se pu-

so á trasladar al papel los objetos que mas vivamente habian herido sus sentidos.

El eriado miraba con asombro y curiosidad la exactitud con que brotaban del lápiz del jóven viajero los objetos mas notables que se encontraban repartidos por el espacioso salon.

Despues de haber bosquejado las principales estalagmitas, se dirijieron por un espacioso pasadizo que estaba en armonía con la suntuosidad de la estancia que acababan de dejar, á otro salon mucho mas imponente y magestuoso que el primero, donde la natureleza, pródiga en la ostentacion de sus mas raras bellezas, presentaba los objetos mas raros y curiosos que la imaginacion mas viva pudiera concebir.

Al penetrar en este segundo salon, la vista queda gratamente sorprendida ante los raros caprichos formados por las constantes filtraciones.

A los pocos pasos, y á la mano derecha de esta magnífica estancia, se descubre una escarpa, adornada con sólidos escalones, parecidos á los de una cascada artificial, reme-

dando el espato calizo las amarillentas y trasparentes linfas congeladas en un pavimento de bruñido y sólido cristal incrustado de menudas perlas.

Allí se ven preciosas estalagmitas, figurando blancas azucenas y colosales lirios de bruñidas corolas, vistosas coliflores que parecen ostentar las gotas del rocío; gigantes cas pirámides, que se pierden en la espaciosa bóveda de donde cuelgan como flotantes pabellones de nevada gasa, las estalácticas, con las cuales van á unirse muchas veces las estalagmitas que se elevan de la tierra.

Pero la figura mas notable de este inmenso salon, cuya longitud no baja de ciento veinte varas, es la que representa una estatua egipcia, pero tan perfecta, que parece debida al cincel del mas hábil escultor de la antigua Grecia.

Nuestro jóven viajero estaba asombrado á la vista de aquel espectáculo tan grandioso y nuevo para él.

Absorto en sus contemplaciones, meditaba en los siglos que debian haber trascur-

rido para haberse ido formando con las leves gotas del agua filtrada por los intersticios de las piedras, aquellas inmensas pilastras, aquellos cortinajes, aquellas estatuas, flores, tazas y animales, tan artísticamente acabados.

Profundamente conmovido con el sublime espectáculo que presenciaba, y despues de haber trasladado al cuaderno las estalagmitas mas notables, se dirijió hácia un arco magestuoso que se encuentra á la entrada de otra estancia no menos rica en fenómenos naturales que las que acababa de recorrer.

En esta sala, que tendrá treinta varas de largo y treinta y cinco de altura, se encuentran varias figuras que sorprenden y admiran.

Allí las apariencias y las ilusiones fantásticas se reproducen á cada instante en la mezcla de sombra y de luz de los hachones. Al lado de un anciano, de blanca y larga barba, vestido con el traje de los antiguos patriarcas, que sostiene en sus descarna-

dos brazos á un tierno infante, se levanta, envuelta en un sudario blanco, una momia, cuyas formas descarnadas se marcan perfectamente en la nevada tela que le cubre. En otra parte se destaca, no ficticia, sino realmente, como brotado de la tierra, la figura de un enorme perro de San Bernardo, que parece custodiar aquel recinto, y que es la estalagmita que debe dar nombre á aquel salon. En la elevada bóveda véase multitud de brillantes estalácticas figurando régias colgaduras de plata, festoneadas de perlas y de rubíes; y aquí y allá, sobre el terso pavimento de menuda arena, altas y esbeltas pirámides, que se elevan como las columnas de un suntuoso templo.

Nuestro jóven viajero, mudo de asombro y sin despegar los lábios, penetró en otro soberbio salon, seguido de su fiel criado.

En esta espaciosa estancia, que tiene ciento tres varas de largo, cincuenta y cinco de anchura, y setenta de alto su admirable bóveda, se descubren soberbios y graciosos obeliscos adornando su extremidad,

y una preciosa estalagmita, figurando una inmensa coliflor.

El silencioso viajero, despues de haber apuntado en su cuaderno lo mas digno de atencion, se dirijió al quinto departamento ó sala, cuya principal estalagmita representa una gran concha, colocada horizontalmente. Aquí, siguiendo sus investigaciones, notó que la galería iba disminuyendo poco á poco su longitud, y cuando menos lo esperaba, se presentó á sus ojos una cornisa elevada gradualmente á lo largo de la pared, descubriéndose desde su imponente altura una extension, casi circular, de sesenta varas de diámetro. Finas columnatas, de orden jónico y corintio, se elevan gallardas y magestuosas á sostener atrevidamente el medio arco que forma la curva que nace del centro, y otras mil de igual gracia y valentía, colocadas con artística simetría, rodean y reciben el peso de este natural corredor, presentando un conjunto que sorprende y admira.

Todos los objetos que formaban aquel admirable panorama, los veía envueltos en el

explendor y brillantez del espato y el cristal de roca.

Cuanto le rodea es una sucesion de maravillas, que forman el conjunto grandioso é indescrptible que hacen conocer al hombre la Omnipotencia de Dios y la pequeñez humana. Pero en medio de aquel espectáculo mirífico, en medio de aquellos inimitables caprichos de la rica naturaleza, el encanto viene á recibir un rudo golpe al notar el corte irregular con que termina la cornisa, el insondable abismo de profundos precipicios que llenan de horror el alma.

El curioso viajero, que hasta allí habia manifestado una serenidad grande, se detuvo de repente, y vaciló un instante sobre si debia seguir adelante ó retroceder.

Pero poco se detuvo en esta consideracion.

Su corazon, de un temple sereno y valeroso, recobró bien pronto su natural dominio, y continuó su marcha, aunque por el piso bajo de donde se desprende la grandiosa columnata, sobre la cual descansa la cornisa.

De repente, una montaña brillante y blanca, cual si de bruñida plata fuese, viene á interrumpir su marcha. Su falda se compone de menuda y relumbrante arena, extraordinariamente húmeda, y que hace difícil el acceso á la cima. Pero aunque el personaje que nos ocupa advierte lo falso y débil del piso, sube intrépido por él, y unas veces hudiéndose con el peso de su cuerpo, otras resbalando y deteniéndose, logra por fin, auxiliado de la luz que despiden los hachones, descubrir la cima, en la cual se levanta una frondosa arboleda estalagmita, cuyas cristalizadas hojas dan sombra á un profundo pozo de transparentes linfas á quien los gigantescos árboles rodean.

El corazon de nuestro jóyen se conmovió de asombro.

El diámetro de la montaña encerrada en aquel salon, no bajaba de ochenta y ocho varas.

A la vista de un espectáculo tan nuevo en su género, y de fenómenos tan raros y colosales formados por el agua gota á gota,

su corazon se sintió bañado de un sentimiento religioso.

Afectado aún por las grandiosas emociones de lo que habia visto, continuó su marcha, y se encontró en el sexto salon cuya principal estalagmita representa un gran candelabro de plata, guarnecido de preciosas y brillantes perlas.

Sin detenerse mas que el tiempo necesario para copiar este objeto, penetró en la sétima estancia conocida con el nombre de *Panteon*, y aquí su asombro creció á un grado supremo.

El primer objeto con que se encontró su vista, fué una admirable estalagmita en forma de un torreon antiguo, de una inexpugnable fortificacion. A larga distancia de él, y colocados con órden regular, se descubrian multitud de urnas, mausoleos, y otros monumentos sepulcrales, por los que se ha dado al salon el nombre que lleva; robustos cipreses y sauces de abundantes hojas, que parecian cubiertos de nieve, se encontraban esparecidos por aquel espacioso recinto, que

con tanta perfeccion remedaba un lúgubre y silencioso camposanto.

La admiracion de nuestro héroe iba en escala progresiva á medida que recorria los salones.

Casi no se atrevia á dar crédito á sus ojos de lo que veía y palpaba.

Parecíale todo un sueño fantástico, y que se encontraba trasportado por la fantasia á una cueva encantada de las descritas por los visionarios autores de los libros de caballerías.

Un pavoroso silencio reinaba por todas partes, silencio imponente que solo era interrumpido por el continuo golpeo de las gotas de agua, que filtrándose por los intersticios de la alta bóveda, continuaban elaborando sin cesar las estalagmitas, y comenzaban á formar otras nuevas de hechura caprichosas, que dentro de algunos siglos cambiarán el aspecto de aquellos subterráneos salones.

Anhelando conocer cuanto encerraba en su profundo seno aquella maravillosa Caverna, entró al octavo salon, cuya principal

estalagmita remeda el tronco de un palmero seco; visitó el noveno, donde hay una concrecion con el aspecto de una piña; pasó al décimo, que por sus revueltas y tortuosidades se llama el *Laberinto*, y desde el cual empieza el mal piso, y se detuvo á descansar en el undécimo, conocido por el de *la fuente*, llamado así por el depósito pequeño, pero perenne, de agua potable y fresca, formado por las filtraciones, y que es muy agradable acercar á los labios despues de un viaje tan penoso por aquellos subterráneos, donde la temperatura sube á 28 grados de R.

Nuestro jóven sacó del bolsillo un vaso de goma, y bebió de aquella limpia y cristalina agua, que estaba convidando á refrescar.

En seguida, y despues de haber descansado un instante, se dirijió, por uno de los dos desfiladeros de corta extension, al salon duodécimo á que ambos conducen, grandioso por su capacidad y por la inmensa elevacion de su imponente bóveda.

Allí no se cansa la vista de admirar mi-

llares de graciosas grutas, elaboradas por las aguas calizas, que cayendo gota á gota, en distintas direcciones, remedan, heridas por la luz de las hachas, encendidas perlas, ó menuda lluvia de oro, que descende de las flotantes nubes de luciente plata.

Pero nada mas sublime y grandioso, nada mas admirable y sorprendente que las pirámides monumentales que se destacan desde el suelo hasta tocar la altísima bóveda, en los salones trece y catorce de este palacio, formado por la naturaleza en las entrañas de la tierra. Aquellas altísimas torres, aquellos gigantesco árboles, aquellas sólidas columnas repartidas por las galerías subterráneas, tan extensas, que la luz de los hachones, por muchos que sean, dudan romper sus espesas sombras, producen una sensacion tan profunda, tan tierna y religiosa, que es preciso conservar por toda la vida.

El personaje que nos ocupa, dijo al que le acompañaba que le siguiera, y penetraron en el décimo quinto salon que es el úl-

timo de aquella admirable Caverna, y uno de los mas vistosamente decorados.

Al llegar á él, le parece al viajero que penetra en un grandioso templo católico, por la multitud de estalácticas en forma de blancos tubos unidos, que remedan perfectamente la figura de un órgano. A un lado, y para que la ilusion sea completa, parece levantarse un altar, sosteniendo la figura de un santo apóstol, envuelto en su blanco trage talar, y colgando de la elevada bóveda se ven robustas estalácticas de variadas y coprichosas formas, que imitan las graciosas molduras que adornan los régios techos de los alcázares Persas.

El personaje que nos ocupa volvió á abrir su lujoso cuaderno, y se puso á dibujar una de las estalagmitas de mas delicado gusto.

El hombre del bajo pueblo le alumbraba, y miraba silencioso y con curiosidad los pequeños bocetos, que con una rapidez asombrosa concluía.

De repente, al dar vuelta á la hoja el dibujante para delinear nuevas estalagmitas, dejó escapar el eriado una exclamacion de

sorpresa al ver dibujada con admirable maestría la cabeza de una jóven y hermosa mujer.

—¿Qué es lo que ha visto vd. que así le sorprende?

Le preguntó el dibujante, continuando su trabajo.

—La cara de esa señorita que está en esta otra hoja.

—¿Le parece á vd. bien?

—Perfectamente. Ahora sí digo que es su merced el hombre de mas talento en el mundo.

—¿Por qué?

—Porque la verdad, señor amo, solo le falta hablar á ese retrato.

—¿Y cómo sabe vd. que solo le falta hablar?

—Porque conozco á la señorita.

—¿Vd. la conoce?

Dijo el jóven dejando de dibujar, y mirando con interes á su interlocutor.

—¡Vaya si la conozco! Como que durmió una noche en mi pobre casa.

—¿De veras?

Exclamó con ansiedad el jóven.

—Sin duda: en el callejon de Recábdos: le llevó mi hija cuando la justicia entró en posesion de cuanto tenia D. Felipe Flan.

—¡Ah! ¡la confunden, como yo la confundí, con la mujer que es su exacta semejanza!

Exclamó el viajero dejando ver en su rostro el desencanto y la tristeza.

—Pero yo era un pobre albañil;—continuó el hombre del pueblo sin haber puesto cuidado en las palabras del jóven ni en el cambio que se operó en su semblante;—y al siguiente dia tomó un cuarto en la misma casa de vecindad, hasta que viéndose sin *tlaco*, se fué á otra viviendita, donde la visité varias veces con mi hija, que habia sido su criada en casa de D. Felipe. ¿No es verdad que es la misma, señor amo Nuñez?

—No amigo mio, ¡no es ella!

Contestó con amargura Nuñez.

—¿Cómo! ¿No es la señorita Soledad?

—Sí; la señorita Soledad es en efecto; pero no es ese el nombre de la jóven que representa.

—Bien; ya sé yo que esa señorita se llama tambien de otra manera; pero es la misma.

—¿Es posible! ¿Vd. sabe que tiene otro nombre?

Le interrumpió Nuñez, volviendo á brillar en sus ojos la ansiedad mas intensa.

—¡Vaya! como que se lo oí pronunciar á un padre que la visitaba y socorria.

—¿Y cómo la llamaba ese sacerdote?

—Adela.

—¡Adela!—Exclamó Nuñez dejando caer abatida la cabeza sobre el pecho:—¡Era ella misma! ¡Era la jóven á quien seguí anhelante hasta su casa! ¡La misma del concierto....! ¡Ah! ¡cómo pude desconocerla! ¡cómo pude creer que pudiese ser otra que la que amaba mi corazon! ¡Y yo que la traté con despego.... con crueldad.... con indiferencia.... casi con desprecio! ¡Oh! la infeliz me habrá maldecido....! ¡habrá detestado mi nombre! ¡Oh! ¡es preciso que la vea.... que me justifique con ella, que me arroje á sus piés pidiéndole perdon por mi

torpezal Si; la veré en cuanto vuelva á México.... Mañana mismo, y al oirme, se convencerá de mi inocencia, y me perdonará.

—¿Conque vd. ignoraba....

—Todo.... todo lo ignoraba. ¿Y dónde vive esa jóven?

—Nadie sabe á dónde se haya mudado.

—¿Pues no dijo vd. hace un instante que su casa estaba enfrente á la de vd?

—Sí señor; pero desde la noche del pronunciamiento de los *polkos* desapareció.

—¿Ella?

—Si, señor amo.

—¿Y despues?

—No ha vuelto á ella, ni se ha tenido razon de á dónde se ha ido.

—Pero ¿á nadie le dijo á dónde se iba?

—A nadie.

—¿Ni nadie tampoco la vió marcharse?

—Eso sí.

—¿Y quién?

—Varios vecinos.

—Pues ellos sin duda sabrán en qué sitio se encuentra.

—No señor.

—Pues qué, ¿ninguno de ellos la acompañó?

—Ninguno.

—¿Es decir que se marchó sola?

—Eso no.

—¿Cómo!

—La vieron irse con un caballero muy bien puesto.

—¿Con un caballero!—Exclamó Nuñez, herido profundamente por una emocion profunda que le oprimió el pecho; emocion horrible de pena y de dolor, nacida de la fatal creencia que cruzó de repente por su imaginacion de que Adela amaba á otro... que se habia olvidado de él.... ¿de él que aún la amaba! ¿de él que no la habia olvidado un solo instante. Sin embargo, Nuñez no se atrevia á culparla.—¿No soy yo, pensó para sí—culpable de ese cambio en su corazon? ¿No la vi cariñosa y tierna conmigo, indicarme la casa en que vivia, y por la cual jamás volví á pasar, engañado por el nombre de Soledad que llevaba? ¿No ha tenido mil motivos para creerse herida por mi conducta que, aunque leal y noble de mi

parte, á ella le debe haber parecido incalificable, puesto que no debia dudar de que yo sabia que era Adela, la misma Adela que juró ser mia hasta la muerte? ¡Oh! sí.... yo soy el que debo aparecer culpable á sus ojos, y no ella á los míos....! La noche del concierto, cuando apoyada en mi brazo la ví esperar una palabra de cariño, ¿no permanecí mudo á su lado, y la conduje á la sala manifestando la mas alta indiferencia? ¡Ah! sí.... ¡yo he desgarrado, sin saberlo, aquel corazon tierno, cuya fidelidad no tengo derecho á reclamar, puesto que cometí la torpeza de no leer en la dulce y expresiva mirada de Soledad, la irresistible de mi idolatrada Adela!

Y Nuñez quedó abrumado con aquel pensamiento.

El hombre del bajo pueblo, que ignoraba lo que sufría el corazon del artista, dijo viéndole meditabundo.

—Parece que la noticia que he dado á su merced, señor amo, le ha sorprendido.

—Sí, mucho:—dijo Nuñez tomando un

aire mas resignado.—Pero ¿está vd. seguro de que se fué con un caballero?

—Segurísimo.

—Y, ese caballero, ¿quién era?

Preguntó con ansiedad Nuñez.

—Como era de noche, nadie le vió el rostro.

—¿Y nadie le siguió para conocerle?

—¿Cómo quiere su merced que le siguieran, cuando se fué en coche con la señorita?

—¡Oh!—Exclamó Nuñez afligido—;la ingrata no era digna del amor vehemente, incommensurable de que era objeto, no.... ¡La mujer que ama de veras, no puede admitir el amor de otro hombre, aun cuando crea infiel á la persona á quien entregó entero su corazon! ¡No.... Adela no era digna de ese acendrado cariño... de esa especie de culto con que era amada! Y sin embargo....

Nuñez iba á decir que sin embargo la amaba aún mas que cuando la juzgaba fiel y sufriendo, padeciendo por su amor; pero se contuvo por no dar á conocer su secreto á quien no podia comprenderle, y dejó caer

la cabeza sobre el pecho con el mas profundo abatimiento.

—Ya veo que por lo que he dicho, se ha puesto triste su merced:—dijo el hombre del pueblo.—¿Es algo de su merced acaso, la señorita Adela?

—Sí;—contestó Nuñez sin poder reprimir por mas tiempo los sentimientos de su alma.—Es mi vida, mi aliento, mi gloria, mi consuelo y mi dicha. ¡Sin ella no hay felicidad para mí, ni hay paz, ni alegría, ni esperanza!

—Pero si su merced llega á saber dónde se halla....

—¿Y qué me importa ya saber dónde se encuentra?

—¿No?

—¿No me acaba vd. de asegurar que se marchó con otro caballero?

—Sí, señor amo.

—¿Y no preba eso que su corazon es de ese hombre, y no mio?

—¿Quién sabel?

—¿Cómo! ¿duda vd?

—¿Y por qué no?

—¿Luego sospecha vd. quién fué por ella.

—No, señor amo; pero tengo una razon para creer que no era su amante.

—¿Cuál?—Preguntó Nuñez con ansiedad, y concibiendo una esperanza.

—Que nunca la visitó ninguno.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Cómo lo sabe vd?

—Porque lo hubieran dicho los vecinos, sospechando que se hubiese marchado con él.

Esta observacion le pareció muy lógica á Nuñez; pero no le satisfizo enteramente.

Amaba con todas las veras con que ama el alma por primera vez, y aunque la noticia de que nadie la habia visitado, halagaba su amor propio, y le tranquilizó algo el corazon, sin embargo, no llenaba todo su anhelo.

—Pues si nadie la visitaba—exclamó dudando de la inocencia de Adela—¿cómo fué ese hombre por ella?

—Porque tal vez fué enviado por el vir-

tuoso sacerdote, que la socorria en sus necesidades y miseria.

—¿Será posible!—Exclamó Nuñez, sintiendo aligerarse su pecho de la opresion aguda que le quitaba la respiracion.—¿Habia un ministro del Señor que la socorria?

—Sí señor; un sacerdote muy bueno, como le dije á su merced antes; un santo; su mismo confesor.

—¡Cielos! ¡qué ventura!

—Y ese padrecito, sepa tal vez dónde vive; y con irle á ver y preguntarle....

—¡Ah! tiene vd. razon.—Dijo Nuñez, con cibiendo una esperanza.—¿Y vd. conoce á ese sacerdote?

—Sí, señor amo.

—¿Cómo se llama?

—El padre Enrique.

—¡El padre Enrique! ¡Ah! le conozco mucho. Iré á verle, sí; le preguntaré por ella, y Dios tal vez permitirá que terminen mis penas.

—Yo le acompañaria á su merced, señor amo; pero como me vine á este pueblito con mi familia, y vivo de acompañar á los via-

jeros, que de cuando en cuando vienen á visitar esta Caverna, no puedo alejarme.

—No, no hay necesidad; yo sé dónde vive y nada me ocultará. Pero salgamos inmediatamente de aquí, que quiero montar á caballo y ponerme al instante mismo en marcha para México.

—Está muy bien, señor amo.

Nuñez cerró el cuaderno, tomó el hacha, y se dispuso á salir de aquella sala, cuando llamó su atencion una cosa estraña que se movia.

Era una estalagmita como de una vara de ancho que empezaba á formarse, y que iba levantándose poco á poco del suelo como la tapa de una caja.

—¿Qué vé su merced con tanta atencion, señor amo?

Dijo el gufa notando la actitud de Nuñez.

—¿No ve vd. levantarse poco á poco aquel trozo de piedra?

—En efecto;—contestó el interrogado poniéndose pálido, y erizándosele el cabello.

—¡Huyámos!... tal vez sea el leopardo ó la

serpiente de cascabel que se han presentado ya dos veces á los viajeros.

—¿Y vd. dá crédito á ese cuento inventado por los que siempre quieren dar á la relacion de sus viajes algo de terrible y de maravilloso?

—No mucho; porque la verdad yo nunca me he encontrado con huéspedes de esa naturaleza. Pero ¿no advierte su merced que la piedra se va levantando cada vez mas?

—Sí; pero silencio.... Apaguemos los hachones, porque me parece haber visto el resplandor de una luz asomar por debajo de la estalagmita.

—Dice bien su merced; ahora lo veo perfectamente.

El guía apagó las hachas, y todo quedó en la mayor oscuridad.

Núñez, conteniendo la respiracion y preparando una pistola de seis tiros, tenia fijos los ojos en la movable estalagmita.

De repente la cabeza de un hombre asomó por la especie de tapa que se habia levantado, y miró hácia todas partes.

El corazon del guía tembló de pavor creyendo que era algun ser maléfico, duende ó trasgo que salia del averno.

Asombrado y sobrecogido de terror iba á dejar escapar una exclamacion; pero Núñez le tapó la boca, y agarrándole del brazo le llevó detras de una columna donde se quedaron ambos en observacion de lo que pasaba.

La cabeza fué asomando cada vez mas; luego se dejó ver medio cuerpo; y por último un hombre salió de debajo de la estalagmita.

Núñez quedó sorprendido al verle, y en su rostro se pintaron las señales de la indignacion y del ódio.

—¿Es él!..

Dijo para sí, y acarició en sus manos la pistola.

El hombre que acababa de salir, despues de mirar hácia todas partes, se inclinó sobre la boca del agujero por donde habia llegado, y pronunció con voz fuerte un nombre.

A poco se vió iluminar el hueco de la trampa por la luz que del fondo de la tier-

ra se elevaba. El hombre se inclinó un poco mas, metió el brazo por el agujero, tomó un hachon que le daba algun otro personaje que Nuñez no podia ver, articuló algunas voces de despedida, dejó caer de golpe la tapa, y en seguida, provisto de la luz, se encaminó con direccion á la salida de la Caverna.

Nuñez y su guía dejaron el escondite, y echaron á andar de tras de él, favorecidos por la opaca luz de su hacha.

El nuevo personaje que era corpulento y de hereúlea musculatura, iba armado de espada y de puñal.

Nuñez que parecia dominado de una idea fija, mandó al que le acompañaba que se quedase un poco atras, hasta que le llamase; el mozo obedeció; se sentó sobre una estalagmita, y Nuñez encendió una de las hachas, la tomó en la mano, y se adelantó á paso veloz hasta ponerse á distancia de tres varas del individuo á quien seguia.

Este, bien ajeno de pensar que era observado tan de cerca, marchaba descuidado y aprisa como quien está familiarizado con el terreno que pisa, sin fijar la atencion en

ninguno de los objetos que á su paso encontraba.

No bien habia penetrado en el contiguo salon de los monumentos colosales que dejamos descritos, pasando por un tránsito curvilíneo en su planta, cuando Nuñez, dando un salto, se colocó á su lado pronunciando su nombre.

El sorprendido personaje dió un paso en direccion opuesta á la que le hablaban, y echando mano á la espada exclamó sin poder distinguir, á causa de la mezcla de sombras y de opaca luz que envolvian la estancia, las facciones de su adversario.

—¡Un asesino.... un traidor!

—En su justicia el Señor ha dispuesto que este dia, ceda, ó sufra muerte impía un asesino, un traidor.

—¡Nuñez!

Exclamó aterrado aquel hombre, reconociendo por la voz á su temible contrario.

—Sí, señor Duval.... Soy Nuñez; el an

tigo mendigo á quien la fortuna ha conducido á este sitio para favorecer la inocencia, ó purgar la tierra de un infame que deshonra á la humanidad.

—Me ha vendido algun perjuro por el oro que vd. le ofreceria para descubrir donde me hallaba.

—No; la Providencia es la única que ha querido poner término á vuestras maldades. Sí; la Providencia puso en mi corazon el deseo de conocer esta Caverna, y al visitarla como un simple artista buscando distraccion á mi pena, estaba bien ageno de pensar que encontraria en sus profundos antros al falsificador de firmas, al carcelero de Ricardo, y al que trató de asesinar á D. Manuel.

Duval concibiendo la idea de quitar la vida al que de otra manera podria perderle, miró hácia todas partes para ver si álguien le acompañaba.

No descubriendo á nadie, porque, como hemos visto, el guía se habia quedado por órden de Nuñez muy atras, creyó fácil des-

hacerse alevosamente de su contrario, y su pecho respiró con libertad.

El jóven artista, juzgando que buseaba un sitio por donde huir, añadió:

—En vano mira vd. por todas partes. Ya no puede vd. escaparse de mis manos: conozco el sitio por donde vd. ha salido; le he visto alzar la tapa de la cueva, y la hora de la justicia ha sonado.

—Sí, dice vd. bien;—exclamó Duval rechinando los dientes de rabia:—la hora de la justicia ha sonado; estamos solos.... los crímenes del falsificador, del carcelero y del asesino, están pidiendo otro crimen: la muerte del miserable que trata de descubrirlos.

Y al pronunciar estas palabras se arrojó con la velocidad del rayó, y blandiendo el agudo puñal, sobre Nuñez, quien no teniendo tiempo para sacar la espada, paró los primeros y terribles golpes con el cuaderno, retrocediendo de su furioso enemigo que, con los ojos encendidos por la ira y enrojados por la siniestra luz que arrojaba el hacha que llevaba en la mano izquier-

da, parecia la diosa de la Discordia y madre de la Destruccion, anhelando saciar su sed de venganza y de exterminio.

Nuñez, á pesar del peligro inminente en que se encontraba, no quiso llamar á su guía que, retirado de aquel salon, ignoraba lo que estaba pasando.

Tenia demasiado valor y amor propio para dar lugar á que se atribuyese á cobardía cualquiera de sus actos, y prefirió arrostrar todas las consecuencias de aquella lucha desigual, á la idea del deshonor que podria resultarle de haber pedido auxilio combatiendo contra un hombre solo.

Confiado en la superior agilidad que reconocia sobre su contrario, dió un salto hácia atras sin volver la espalda, arrojó la téa que llevaba en la mano y que entorpecía sus movimientos, y antes de que Duval avanzase lo que él habia retrocedido en un instante, logró sacar la espada, y esperó ya tranquilo á su furioso antagonista.

Duval dejó escapar una terrible maldicion al encontrar á su contrario dispuesto

á recibirle, y conociendo que el puñal era ya inútil, echó á su vez mano de la espada.

Conocia muy bien la superioridad de su enemigo en el manejo de aquella arma; pero era ya imposible retroceder.

No le quedaba mas arbitrio que entregarse en poder de Nuñez, ó de luchar con él hasta matarle ó morir.

Lo primero era humillante para su altivo corazon. Optó, pues, por lo segundo, y no titubeó en atacarle con un ímpetu y energia, que hubiera desconcertado á cualquiera otro que no hubiera sido el diestro y sereno Nuñez.

—¡Oh! ¡va vd. á morir á mis manos!

Exclamó el sócio de Willey, tirando furibundas y repetidas estocadas.

—¡Se olvida vd. de la plazuela de San Lázaro y de la facilidad con que sé desarmar á mis competidores?

Contestó Nuñez, parando con facilidad los golpes, y sonriendo con una sangre fria, que aumentaba la rabia de su contrario.

—Pero hoy mi mano está mas segura y preparada.

Exclamó Duval. Pero aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando vió saltar la espada de su diestra, y caer á larga distancia á un diestro golpe de su antagonista, que le puso la hoja de la suya al pecho, diciéndole:

—Está vd. desarmado y soy dueño de su vida. Cuando se arrojó vd. sobre mí como un vil asesino para herirme alevosamente, pude con una voz mia hacer venir en mí sócorro quien sujetase á vd. como á un frenético; pero no lo hice, porque quise probarle á vd. que soy noble y generoso con mis enemigos.

—Bien; ¿qué quiere vd. hacer de mí? ¿qué intenta vd?

—Salvarle á vd. aún.

—¿Salvarme!

Dijo Duval sonriendo burlescamente y con acento incrédulo y algo irónico.

—Sí, salvarle, por mas que dude vd. de mi generosidad. Yo puedo en este momento desenbrir á la justicia el subterráneo de que le he visto á vd. salir, y en donde á mi entender está encerrado el desgraciado

amante de Inés: puedo, por lo mismo, denunciar á vd. como falsificador de firmas y como asesino, sin comprometer la vida del hombre con la que hasta ahora me habia vd. amenazado; puedo, en una palabra, perder á vd., sin temor de recibir daño alguno; y sin embargo, no quiero perjudicarle; mi corazon se resiste, sin saber por qué, á dar ese paso que sería la sentencia de su muerte.

—Pero estoy seguro que para usar de esa generosidad que me sorprende, me impondrá vd. alguna condicion.

—Una sola.

—¿Cuál?

Núñez sacó su cartera, y presentándole un lápiz y señalándole una hoja, le dijo.

—Escriba vd. aquí que se me entregue en el acto al preso Ricardo.

—¡Oh! ¡imposible!

—En ese caso lo conseguiré llamando á la justicia que penetrará en el subterráneo, y que á pesar de mi anhelo por salvar á vd., le conducirá á una prision.

Duval comprendió toda la fuerza de aque-

lla observacion, y se puso á meditar lo que hacer debia.

—He dicho á vd.—continuó Nuñez—que estoy acompañado; y á una voz que dé, acudirá mi guía y partirá á dar aviso á la autoridad, mientras yo me quedaré aquí custodiando á vd.

Duval reflexionó que lo mas prudente era obsequiar el deseo de su contrario.

Nuñez iba, en efecto, á llamar en alta voz al que le habia acompañado, pero Duval, viendo que lo iba á perder todo si no accedia en el instante mismo, exclamó:

—Bien; no llame vd. á nadie; escribiré la orden.

—Perfectamente. Aquí tiene vd. el lápiz y el papel.

—Solo quisiera que agregase vd. á su favor, otro no menos importante, que se lo agradeceré en el alma.

—Estoy dispuesto á ello.

—Que exija vd. de Ricardo un sepuleral silencio con respecto á este asunto.

—Se lo ofrezco á vd. bajo mi palabra de

honor, y se lo pediré en nombre de su adorada Inés.

—Bien. Por mi parte prometo tambien abandonar dentro de breves dias este país, donde ya no podria vivir sino en continuo temor y sobresalto.

—Es el paso mas acertado que puede vd. dar.

—Precisamente mi visita al subterráneo, á donde va vd. á penetrar, no reconoce otro motivo que el de haber venido á disponer el arreglo de todo para emprender mi viaje á Europa.

—Lo celebro infinito.

—Pero, ¿y ese criado que ha venido con vd., no podrá descubrir á la autoridad el secreto y perderme?

—Me encargo de su silencio gratificándole largamente.

—Nada tengo que objetar.

Dijo Duval, y se puso á escribir.

Despues de haber concluido, le presentó el papel á Nuñez para ver si estaba á su satisfaccion.

—Está perfectamente.

Dijo el jóven artista guardando la cartera en el bolsillo.

En seguida llamó al guía.

Duval estaba disfrazado con su larga barba, sus grandes cejas, su cana peluca, y no temia ser conocido.

Al presentarse el hombre del bajo pueblo, le dijo Nuñez:

—Tengo que desempeñar un asunto, y va vd. á quedarse aquí cuidando á este caballero.

—Está muy bien.

Contestó el guía que iba armado de pistola y espada.

—Pero antes tengo que darle á vd. algunas instrucciones.

Y Nuñez le llevó á un lado, y le dijo en voz bajo algunas palabras.

Mientras el artista hablaba con su humilde guía, Duval, con ojo penetrante, examinaba á éste detenidamente, y concibió una esperanza que operó en su semblante un cambio completo.

Pensó que no le seria difícil sobornar á aquel hombre que iba á quedar custodián-

dole: que seria fácil inclinarle á su favor colocauo en su mano alguna fuerte suma, y aun convertirle en contrario de Nuñez, á quien en tal caso podria aprisionar en el mismo subterráneo á donde se disponia á penetrar, y despojarle allí de la vida.

Esta idea halagó su corazon, y casi seguro de que se realizaria su pensamiento, esperaba con impaciencia el momento de quedarse solo con su rústico custodio.

Así se disponia á corresponder á la generosidad del jóven artista.

¡Le sentenciaba á muerte, cuando él le acababa de perdonar por cuarta vez la vida.

Nuñez, despues de haber hablado en secreto con el que le habia servido de guía, añadió en alta voz.

—Le he dicho á vd. lo que debe hacer; pero al mismo tiempo le ordeno que al menor movimiento que haga, á la mas insignificante señal que indique que trata de huir, dispare vd. sobre él las pistolas.

—Así lo haré, señor amo.

—Lo veremos:—dijo para sí Duval:—las

balas de plomo cederán, estoy seguro de ello, á las de oro con que pienso combatir.

Nuñez, impaciente por desempeñar pronto su comision y volver en el instante á Méjico para preguntar al padre Enrique por la hechicera Adela, tomó una de las hachas, y preguntó á Duval:

—¿Cuál es la señal para que me abran la tapa del subterráneo?

El amigo del doctor, no queriendo hacer público el secreto, se acercó á su vencedor, y le dijo en voz baja lo que deseaba.

El jóven artista se despidió, y se dirigió hácia el salon de *los órganos*.

Duval le miró alejarse sin apartar de él la vista.

El vigilante custodio, con la pistola preparada, estaba pendiente hasta de los mas leves movimientos del personaje encomendado á su cuidado.

Este, al ver desaparecer entre las estalagmitas al que le habia vencido y perdonado, se propuso poner en planta el proyecto de ganar con oro á su centinela.

—Muy poco—le dijo—debe producir el

servir de guía á los que de tarde en tarde vienen á visitar esta Caverna.

—Casi nada, señor amo. Como que se pasa mucho tiempo para que venga algun viajero.

—Pues entonces, ¿de qué vive vd?

—Soy albañil, señor amo; y suelo hacer algunas obras muy ligeras en el pueblo.

—¿Y tiene vd. familia?

—Sí, señor amo; tengo á mi mujer y cuatro hijos.

—¿Y no aspira vd. á que sean felices, á que no vivan en la miseria, á que sean ricos?

—¡Ay, señor amo! ricos no pueden ser los que no encuentran proteccion.

—¿Es decir que vd. quisiera encontrar alguno que le diese la mano.

—¡Ojalá, señor amo! Pero ¿quién me habia de querer favorecer á mí?

—Yo, por ejemplo.

—¡Su merced!

—¿Y por qué no? ¿Quiere vd. ser rico?

—¿Cómo?

Duval, que vió despierta la ambicion de riquezas en el hombre encargado de su cus-

todia, concibió las mas lisonjeras esperanzas de atraerle á su servicio, y le expuso hábilmente lo que deseaba.

El humilde albañil escuchó asombrado las halagüeñas proposiciones que le abrian las puertas de la abundancia, y quedó reflexionando un momento.

—Ayúdeme ahora—pensaba para sí Duval—á triunfar de mi temible adversario, que despues fácilmente podré yo deshacerme de él.

Entre tanto Nuñez habia llegado á la tapa que cubria el subterráneo.

Ejecutó lo que Duval indicó era preciso hacer para penetrar en él.

Poco despues la estalagmita se levantaba y daba paso al jóven artista, que por una escalera de caracol descendia á otra caverna artificial, bien ageno de pensar que su vencido y perdonado enemigo proyectaba su muerte.

La tapa del subterráneo volvió á cerrarse.
¿Qué sucedió despues?

CAPITULO XVIII.

Tras el pesar la alegría.

Estamos en una sala decentemente amueblada: un elegante piano inglés de cola, ocupa uno de los costados: finísimas sillas, elegantes sofás, un espejo de cuerpo entero y varios cuadros de gran mérito, forman el adorno.

Junto al espejo y encima de la mesa en que descansa éste, se vé un quinqué de graciosa hechura, cuya clara luz ilumina la pieza.

Un jóven de arrogante presencia y vestido con elegancia y gusto, acaba de ponerse

todia, concibió las mas lisonjeras esperanzas de atraerle á su servicio, y le expuso hábilmente lo que deseaba.

El humilde albañil escuchó asombrado las halagüeñas proposiciones que le abrian las puertas de la abundancia, y quedó reflexionando un momento.

—Ayúdeme ahora—pensaba para sí Duval—á triunfar de mi temible adversario, que despues fácilmente podré yo deshacerme de él.

Entre tanto Nuñez habia llegado á la tapa que cubria el subterráneo.

Ejecutó lo que Duval indicó era preciso hacer para penetrar en él.

Poco despues la estalagmita se levantaba y daba paso al jóven artista, que por una escalera de caracol descendia á otra caverna artificial, bien ageno de pensar que su vencido y perdonado enemigo proyectaba su muerte.

La tapa del subterráneo volvió á cerrarse.
¿Qué sucedió despues?

CAPITULO XVIII.

Tras el pesar la alegría.

Estamos en una sala decentemente amueblada: un elegante piano inglés de cola, ocupa uno de los costados: finísimas sillas, elegantes sofás, un espejo de cuerpo entero y varios cuadros de gran mérito, forman el adorno.

Junto al espejo y encima de la mesa en que descansa éste, se vé un quinqué de graciosa hechura, cuya clara luz ilumina la pieza.

Un jóven de arrogante presencia y vestido con elegancia y gusto, acaba de ponerse

los guantes blancos de cabritilla, y se dirije á una mesa para cojer el fino anteojo de teatro que ha dejado sobre ella.

En la fisonomía simpática de este jóven se ven impresas la alegría y la felicidad.

Una venerable anciana, sentada en el sofá, le contempla con maternal satisfaccion, y en su rostro, donde se reflejan la pureza y la sensibilidad del alma, se deja ver una dulce sonrisa de placer.

—¿Estás contento ahora, querido Leopoldo?

—¿Y cómo no estarlo, madre mia, cuando Dios se ha dignado enviarme todas las felicidades apetecidas? ¿No ha quedado ya limpio de toda mancha el buen nombre de mi honrado padre? ¿No se encuentra ya casi restablecida la hermosa Clotilde, con quien debo unirme al fin, despues de tantos padecimientos, sustos y contrariedades? ¿No nos van á ser devueltos por D. Manuel, aunque yo me he opuesto á ello, los treinta mil pesos, de que mi buen padre se desprendió para que su pobreza hiciese comprender

que no era él quien habia cobrado las libranzas que falsificó un malavado?

—Sí; todo se presenta favorable, y yo me alegre por tí, hijo mio, porque así no te veré triste y abatido pasar las noches en continua vela, padeciendo sin cesar como has vivido hasta aquí.

—Sí, Dios quiso que el último sobresalto recibido al ser conducido á casa de D. Emilio, por D. Manuel, fuese compensado con inapreciables bienes.

—Aquel momento debió ser terrible.

—Espantoso, madre mia. Cuando la criada, al tiempo de presentarnos, se dejó ver en la puerta de la alcoba de Clotilde, llamando afligida al señor Landeta, y dijo que tal vez habia espirado, yo quedé sin respiracion, frio, mortal. Por fortuna aquel estado de profundo dolor duró poco, porque presentándose de nuevo en la sala D. Emilio, y corriendo hácia mí revelando en su rostro la alegría que sentia su corazon, me dijo: "Entre vd., entre vd.: vive; espera á vd., y su presencia le volverá la salud." Estas palabras me volvieron la tranquilidad,

y henchidó de placer y de amoroso anhelo, penetré en la alcoba de la hermosa mujer que me esperaba, dulce y risueña, como un ángel que se detiene á las puertas de la eternidad, para recorrer de nuevo con la persona amada, los floríferos verjeles de la vida.

—Sí; tú presencia le debió ser tan grata, como repugnate la de Willey, que trataba de alejarla de tu lado, asegurando que en Europa recobraría la salud.

—Sí; la vista de ese hombre que se presentó en la alcoba en un momento en que Clotilde con mas anhelo me esperaba, la sobresaltaron de una manera terrible, heló la sangre de sus venas, y falta de respiración, quedó desmayada.

—Desmayo que temieron fuese la muerte.

—¡Ah! sí; pero por fortuna volvió pronto en su conocimiento, me vió á su lado, tierno y cuidadoso, y sonriendo de placer al mirarme junto á ella, su corazón se ensanchó, su pecho respiró con libertad, y el llanto de placer que vertieron sus ojos, fué el dulce bálsamo que mitigó su dolor.

—Sí; ese llanto y tu presencia ejercieron

mas poder en ella que lo que hubiera ejercido la medicina que le acababa de recetar el doctor.

—Las medicinas se proscribieron, por mi consejo, desde aquel instante, y aun la que le habia preparado Willey, y que no la tomó por haberse desmayado, la arrojé yo mismo, como innecesaria, puesto que su enfermedad no reconocia otro origen que su amor, hasta entonces contrariado.

—¿Y vió el doctor que la arrojaste?

—Por fortuna se habia marchado despues de disponerla, ordenando que se le diese despues de su desmayo, y así no vió él la poca fé que yo tenia en ella.

—Me alegro que no haya presenciado el desaire que hacias á su ciencia, porque de lo contrario podria creerse ofendido.

—Todo lo contrario: el doctor cree que Clotilde tomó la medicina, porque así se lo hemos hecho creer, y tal vez se imagina que á los efectos de ella se debe la casi resurrección de la enferma.

—Ese fué un paso muy político.

—Sí; se trató de no herir en lo mas mí-

nimo la susceptibilidad del facultativo, y para manifestarle que se hacia el debido aprecio de su ciencia, se le dejó que siguiese recetando, aunque sin dar á la enferma ni una sola de las cosas ordenadas, puesto que veíamos á la hermosa Clotilde restablecerse sin necesidad de darla á tomar ninguno de los remedios confeccionados en las boticas.

—¿Y nada de eso ha llegado á saber Willey?

—Absolutamente nada: así es que su amistad con D. Emilio no ha encontrado motivo para entibiarse, y sigue frecuentando la casa como lo tenia de costumbre, aunque ya no receta desde que la enferma se ha dado de alta.

—¡Oh! ha sido, en efecto, una resurreccion la de Clotilde.

—Ya vé vd., madre mia—dijo sonriendo Leopoldo—si soy un excelente doctor en medicina, puesto que con solo mi presencia alivio y curo á los desauiciados.

—En tu medicina tenia yo mas fé que en todas las otras.

—Y ha sido tan eficaz, que voy á tener la dicha esta noche de acompañar al teatro á Clotilde, que sale por primera vez á presenciari un espectáculo público.

—La sola idea de que vas á pasar uno de los instantes mas felices de la vida, me inunda el alma de placer.

—Vd. no ha tenido la bondad de querer acompañarnos.

—Por ahora no, hijo mio.

—Manifestaban Inés, Clotilde y D. Emilio tanto anhelo porque nos acompañase vd....

—Yo les agradezco mucho su atencion, hijo mio; pero será otra noche: cuando esté de vuelta tu excelente amigo Nuñez.

—A quien tengo que reprender cuando venga, porque no me ha escrito desde que se fué, y creo que ya es tiempo de que haya llegado á la gruta de Cacahuamilpa. ®

—No habrá tenido tal vez oportunidad.

—No le disculpe vd., madre mia, cuando sabe el cuidado con que quedé, pues conozco la gruta, y sé que el descuido de no llevar un buen guía ó las suficientes hachas,

es suficiente para que no se acierte á salir de ella.

—Pero Nuñez habrá llevado guía y provision de hachones.

—Como es tan temerario, temo muchas veces que se haya resuelto á penetrar solo.

—No lo creas: Nuñez, aunque de un valor extraordinario, no es imprudente.

—Pero es lo cierto que no ha escrito, y que en vez de tener el consuelo de recibir noticias tuyas, cuento el sentimiento de que haya llegado hoy el señor Duval.

—¿Está ya aquí?

—Sí; llegó esta tarde, y tambien nos acompaña al teatro.

—Eso poco debe importarte ya, puesto que está resuelto que Clotilde sea tuya, y él ha renunciado á su mano.

—Sin embargo....

—¿Y á dónde se fué?

—Lo ignoro; porque no tuve la curiosidad de preguntárselo á D. Emilio. Ya vd. vé, pues, si compensa la llegada de mi antiguo rival la falta de cartas de mi mejor amigo.

—Cierto que no. Pero van á dar las ocho, hijo mio, y te esperan.

—¡Ah! sí; ¡me es tan grata la conversacion de vd., y estoy siempre tan contento á su lado, madre mia, que se me ha pasado el tiempo en un instante.

—¡Gracias, Leopoldo!

—¡Adios, madre mia!

—¡Adios! ¡que te diviertas y consagres un recuerdo á esta pobre anciana!

—No uno, sino mil, madre mia.—Dijo Leopoldo estrechando en sus brazos á la amorosa anciana, con toda la efusion del amor filial.—¡Sí; mill porque vd., madre mia, es para mí el tesoro de mas valía que existe en la tierra.... el sér mas amoroso y tierno de mi corazon... sér, cuyo amor no puede suplir ningun otro amor del mundo.... ni aun el de la mujer misma que idolatramos....

—¡Gracias, Leopoldo, gracias!—Dijo la anciana profundamente conmovida.—Tus sentimientos son dignos y elevados, y Dios por eso los ha premiado, como premia el

mas generoso de los padres el acendrado amor de los hijos.

Y la anciana imprimió un beso en la frente de Leopoldo, que salió enviándole una mirada de cariño.

Aquella venturosa madre quedó bendiciendo á Dios porque le habia dado un hijo agradecido y amoroso, mientras éste, pensando en ella, acusando de ingrato á Nuñez, y sintiendo encontrarse con Duval, se dirigió á la casa de Clotilde.

¡Acusaba á Nuñez porque no le habia escrito!

¡Y tenia razon en acusarle?

El lector ha visto á Nuñez descender en la gruta de Cacahuamilita, á un subterráneo, mientras Duval concibió la esperanza de dejarle allí sepultado, ganando con oro al mozo que le custodiaba.

¿Consiguió su infame objeto?

¿Quedó encerrado allí para siempre el generoso Nuñez, que le habia perdonado la vida?

CAPITULO XIX.

Un momento de error.

De rodillas, afligida, y en el mas profundo recogimiento religioso, se vé á una hermosa mujer orando ante una preciosa imagen de la Madre de Dios, en el momento augusto de su soledad.

Un traje humilde y negro envuelve las gallardas formas de su cuerpo esbelto: en su sereno rostro, dulce y melancólico como el recuerdo de un bien pasado, se reflejan el sincero dolor y la cristiana esperanza; de sus bellos ojos, dulces y apacibles como la luz del alba, ruedan blandamente algunas brillantes lágrimas, que mojan silenciosas su angelical semblante; de sus carmíneos

mas generoso de los padres el acendrado amor de los hijos.

Y la anciana imprimió un beso en la frente de Leopoldo, que salió enviándole una mirada de cariño.

Aquella venturosa madre quedó bendiciendo á Dios porque le habia dado un hijo agradecido y amoroso, mientras éste, pensando en ella, acusando de ingrato á Nuñez, y sintiendo encontrarse con Duval, se dirigió á la casa de Clotilde.

¡Acusaba á Nuñez porque no le habia escrito!

¡Y tenia razon en acusarle?

El lector ha visto á Nuñez descender en la gruta de Cacahuamilita, á un subterráneo, mientras Duval concibió la esperanza de dejarle allí sepultado, ganando con oro al mozo que le custodiaba.

¿Consiguió su infame objeto?

¿Quedó encerrado allí para siempre el generoso Nuñez, que le habia perdonado la vida?

CAPITULO XIX.

Un momento de error.

De rodillas, afligida, y en el mas profundo recogimiento religioso, se vé á una hermosa mujer orando ante una preciosa imagen de la Madre de Dios, en el momento augusto de su soledad.

Un traje humilde y negro envuelve las gallardas formas de su cuerpo esbelto: en su sereno rostro, dulce y melancólico como el recuerdo de un bien pasado, se reflejan el sincero dolor y la cristiana esperanza; de sus bellos ojos, dulces y apacibles como la luz del alba, ruedan blandamente algunas brillantes lágrimas, que mojan silenciosas su angelical semblante; de sus carmíneos

labios, frescos y suaves como las tersas hojas del clavel cuando ostenta las temblantes gotas del rocío, se elevan al trono del Señor duleisimas palabras, demandando piedad y consolacion. Sus redondas y blancas manos descansan enclavijadas y en actitud religiosa contra el pecho, y su mirada tierna y expresiva no se aparta un solo instante del rostro celestial de la Virgen sin mancha.

Al verla enlutada y de rodillas en la callada alcoba, envuelta en la tibia claridad de la escasa luz de una triste vela, próxima á acabarse, llorosa y abatida, orando fervorosa ante la tierna Madre de los afligidos, parecia un ángel desterrado del cielo, que suspira por volver á la patria de los bienaventurados.

Al menos se debia creer que el mundo no le brindaba las gratas delicias y los seductores encantos con que halaga y seduce al hombre al poner la planta en el umbral de la risueña juventud.

Aquella mujer debia padecer, sin duda, y padecer horriblemente.

Y era realmente así.

Modelo de virtud y de pureza, con un talento claro y despejado, y un corazon recto y celoso de sus deberes, aquella mujer habia cruzado el sendero de la vida, tranquila y serena, como un arroyo límpido por entre las flores que embalsaman la atmósfera.

Nunca hija mas obediente y tierna concedió el amor á los sagrados lazos del matrimonio.

Jamás esposa mas amante y cariñosa condujo Himeneo al pié de los altares.

Antes de unir su suerte á la del hombre que interesó su alma, era el modelo que, como perfecto y digno de imitarse, presentaban los padres de familia á las jóvenes de su edad.

Enlazada al sér que escogió su corazon, fué dechado de amor y de fidelidad conyugal. ®

Entonces, como antes, la modestia y el candor acompañaban de continuo su gracia y su belleza. El encanto seductor de sus hechiceros ojos iba siempre cubierto con el velo de la dulce timidez y del célico pudor.

Ella comprendia que el santuario del amor debe estar decorado con las bellos atavíos del respeto, de la decencia, de la afabilidad y de la sencillez, si quiere ser dulce y duradero.

Conocia que la simple naturalidad, era preferible á la afectacion inventada por el arte, cuando la inocencia y la sinceridad del corazon acompañan á la primera; y que nunca otras palabras que las de la razon, regladas por la prudencia y el cariño, deben salir de los dulces labios de una esposa que quiere convencer por medio del agrado, que jamás ofende y que siempre persuade cautivando.

La falsedad y la intriga estaban proscritas de su alma noble y generosa, como bastardos recursos que manchan y afean el corazon de la mujer, donde solo deben anidarse la ternura y la respetuosa ingenuidad.

Fiel observante de estos rectos principios, y amando á su esposo con toda la passion de una alma virginal, su vida se habia deslizado por largo tiempo risueña y tranquila, como la brisa leda por la tersa su-

perficie de un dormido lago. Pero á aquella época de paz y de ventura, empezó á suceder otra de pesares y de inquietud.

El amado consorte que se condujo al principio con la honradez y el cariño que le hicieron digno de la mano de aquel ángel, empezó á descuidar los asuntos de su casa de comercio por entregarse á los de la política en que invertia gruesas sumas de su capital.

A las finas atenciones, al amor y á la deferencia hácia su esposa, reemplazaron la indiferencia, el despego y el abandono.

Al amor al trabajo, sucedió el amor al juego y la disipacion.

La hermosa mujer, amante como en los primeros dias de su union, empleó todo su cariño y su talento, su afabilidad y su ternura en atraer á su esposo á la senda del bien de que se habia separado, pero nada alcanzó.

La política y el juego absorbian por completo el pensamiento de aquel hombre que empezó á odiar la virtud y el amor de su mujer, porque en aquella virtud y en aquel

amor le parecía encontrar una reconvenccion á la opuesta conducta que él observaba.

Bien pronto las pérdidas tenidas en el juego y los fallidos planes de sus empresas políticas, arruinaron su casa de comercio, le hicieron presentarse en quiebra y le volvieron irascible y adusto con su esposa.

Nunca se acordaba de ésta sino para arrancarle alguna de sus alhajas y venderlas, con objeto de poner su importe al azar de una carta.

La desventurada consorte sufría y lloraba.

Su dulce y cariñoso carácter no era susceptible de otros sentimientos que de los de la compasion y el dolor.

Su alma, lejos de abrigar ira, indignacion y zelos, contra el que tan inicuamente correspondia á su cariño, solo sentia la amarga pena de verse olvidada del ingrato que le negaba sus caricias.

Una noche recibió un recado de él donde le decia que estaba preso por una conspiracion en que le habian cogido, que al dia siguiente debia salir desterrado del país, y

que pensaba permancer durante su destierro en Buenos—Aires, su ciudad natal.

La hermosa mujer corrió afligida á verle y á decirle que le seguiria.

—Te lo prohibo expresamente;—le contestó el adusto esposo:—No tengo dinero para llevarte. Ademas, quiero ir solo, porque muy pronto he de volver, si como espero, cae este gobierno. He escrito á un íntimo amigo, que te atienda durante mi ausencia en todo lo que necesites, y solo te he llamado para despedirme de tí.

—¡Diego! ¡Diego!—Exclamó llorando la inconsolable mujer:—¡Tan odiosa te es ya mi compañía, que no quieres que participe los trabajos que te esperan! Si te enfermas, ¡quién, como yo, cuidará de tu salud, de que nada te falte! Irémos á Buenos—Aires, donde has nacido, ó á España, si te place, al país que visitaste cuando tuve la dicha de conocerte, y donde aún me quedan algunos bienes, que bastarán á nuestra felicidad, si tú quieres que vayamos á vivir á él.

—Me incomodan tus lágrimas, Elisa.—Dijo con aspereza Diego.—Te he dicho que

mi voluntad es que permanezcas aquí hasta mi vuelta, que será pronta, y no permito que me hagas observacion ninguna. Don Emilio Landeta se ha encargado de proporcionarte las cantidades que necesites para mantenerte decentemente durante mi ausencia, las cuales le serán pagadas despues religiosamente, y solo te toca obedecer. Por lo mismo, puedes ya retirarte, porque yo voy á descansar para ponerme temprano en camino. Adios.

Y sin esperar que la infeliz le dirijiese la palabra, mandó al centinela que la mandase salir porque iba á entregarse al sueño.

Elisa sintió desgarrado el carazon con aquel inmerecido desprecio.

Amaba á su esposo, y ni una palabra de consuelo ni de amor le consagraba el ingrato al ausentarse.

A la vista de aquel terrible desengaño, el llanto bañó sus mejillas, y la amargura prensó su angustiado corazon.

Al siguiente dia, cuando sola, abandonada y afligida, rogaba á Dios por la felicidad de su esposo, por su pronta vuelta y por

que en su corazon se encendiese, con la ausencia, el amor apagado por la pasion al juego, entró á visitarla y á ponerse á sus órdenes D. Emilio Landeta.

Era este entonces un hombre de treinta y cuatro años, de gallarda presencia, de finos modales, de franca y expresiva mirada, de blonda cabellera, de distinguidas maneras y de amena conversacion.

Al acercarse á Elisa, se quedó admirado de tanta belleza, y le expuso sencilla y cortesmente el objeto de su visita.

—No tenia— añadió despues —la honra de conocer á vd.: una buena amistad me ha unido siempre á su esposo. Antiguas relaciones de comercio con el honrado padre de Diego, que luego me recomendó á su hijo desde Buenos-Aires, me han hecho que le consagre constantemente un aprecio verdadero, y que haya sentido sus desgracias en el comercio como si hubiese sido realmente mias. Cuando tuvo la dicha de unirse á vd., me dió aviso desde España, de su feliz enlace, así como de su

llegada al venir á México; pero tuve precision de salir para mis haciendas en aquellos dias, y como desde entonces hasta mi regreso trascurrieron algunos meses, me pareció extemporánea la visita, y me privó de la satisfaccion de conocer á vd. Sin embargo, mis relaciones de amistad con Diego, á quien veía todos los dias en su casa de comercio, continuaron con el mismo vigor, y á la noticia de su quiebra, le ofrecí mi bolsillo y cuanto yo tenia. Hoy, pues, que por motivos que lamento, se ha dignado ocuparme, considero como mi mayor felicidad poderle manifestar una insignificante parte de mi inmenso aprecio, obsequiando su deseo, y poniendo á disposicion de vd. doscientos pesos que recibirá vd. todos los meses para atender á sus gastos durante todo el tiempo que durase su ausencia.

—Esa cantidad es demasiado crecida, y puede reducirse á la mitad ó á la cuarta parte. Ninguno mejor que vd. conoce el estado que guardan los intereses de mi esposo, y yo, aunque agradezco en el alma la generosidad de vd., no puedo aceptar una

mesada que jamás se encontraría en disposicion de pagar.

Don Emilio admiró la delicadeza y rectos principios de Elisa, y lamentó interiormente la desgracia de verla unida á un hombre que no sabia apreciar el tesoro de virtud y de belleza que poseía.

Aquel rasgo de sinceridad y de franqueza, manifestado con la modesta sencillez de una alma sin doblez y candorosa, cautivaron el generoso corazon de D. Emilio, siempre dispuesto á practicar el bien.

Llevado de un deseo noble y franco en favor de aquella mujer, cuya suerte se le confiaba, pero temiendo á la vez que rehusase aceptar el servicio que anhelaba prestarle, pensó que para vencer sus escrúpulos, el medio mejor y mas expedito era fingir que tenia en caja fondos, que D. Diego depositó en otro tiempo á rédito en su casa, única suma que se salvó del naufragio que sufrió el resto del capital.

Dominado de esta laudable idea con que abria la puerta á la admision de su oferta,

evitando todo motivo de sonrojo, contestó á las observaciones de la hermosa Elisa.

—Nada tiene vd. que agradecerme. Yo no hago mas que poner en manos de vd. una ligera parte de la suma que su esposo de vd. depositó en mi casa en época mas brillante para él. De manera que si algo le sobra á vd. de los doscientos pesos que cada mes recibirá religiosamente, como me dejó encargado, vd. tendrá la bondad de ir guardando la cantidad que sea para entregársela á mi amigo Diego cuando vuelva.

Elisa que, como hemos dicho, era una mujer de claro talento, comprendió la manera fina y delicada que habia adoptado aquel hombre generoso para hacerle aceptar una mesada que le ponía al abrigo de todas las necesidades; y tratando de evitarle aquel sacrificio hecho en aras de la amistad, pero sin dar á entender que ponía duda en las palabras que con respecto á las órdenes de Diego le habia dicho, hizo algunas observaciones que creyó justas y prudentes.

Don Emilio contestó á todas ellas con una

amabilidad y dulce benevolencia irresistibles que, apoyándolas siempre en la supuesta órden recibida de Diego, acabaron por decidir á Elisa á que aceptase.

Don Emilio sintió en su corazon ese inefable placer, todo espiritual, que experimenta el alma despues de haber practicado una buena accion.

Las desgracias, la hermosura y las virtudes de aquella mujer le habian conmovido, y sintió hácia ella, no esa pasion bastarda y sensual, que muere tan pronto como se realiza un deseo, sino ese cariño tierno, puro, que cifra sus encantos en la felicidad de un sér angelical y desgraciado, en enjugar sus lágrimas, en aliviar sus penas, en recoger sus suspiros; ese cariño dulce, íntimo, desinteresado, siempre igual, siempre tranquilo, cimentado en los tiernos afectos de generosidad, de abnegacion y de piedad que embellecen el alma de algunos séres que vindican á la humanidad de los terribles cargos de cruel y de egoista.

Don Emilio salió satisfecho del servicio

que acababa de prestar á la virtud, á la belleza y á la amistad reunidas.

Elisa quedó altamente agradecida á aquel favor con tanta delicadeza y desinterés prestado.

—Ahorraré cuanto me sea posible—exclamó enternecida al verse sola—para enviárselo á mi querido Diego, que necesitará mas que yo de este dinero. ¡Sí; mucho mas que yo que de nada necesito mas que de su cariño.... de su amor.... de saber que no es desgraciado! ¡Así verá que le amo.... que me intereso por él.... que no le olvido ni un instante....! y cuando vuelva, cuando haya visto que todo mi anhelo, que todo mi afán ha sido el deseo de su bien, tal vez compadecido de mis lágrimas, se consagra á corresponder á mi ardiente pasión, como en los tiempos felices en que fuí el centro de atracción de todas sus ideas, de todos sus deseos!

Así pensaba aquella virtuosa mujer que no habia recibido de su esposo mas que ingratitude y desprecios.

Don Emilio, cautivado del fino trato y

agradable conversacion de Elisa, no encontraba momentos de mas placer que aquellos que llegaba á pasar en su grata compañía.

Al principio las visitas fueron cortas y en determinados dias; pero cuando el trato continuo, el talento y la hermosura de la esposa de Diego se dejaron ver con mas franqueza, aquellas fueron mas frecuentes y largas, hasta que acabaron por ser diarias.

La presencia de Elisa se habia hecho para D. Emilio una necesidad, pero una necesidad imperiosa del corazon.

Cuando algun negocio importante le impedía visitarla, estaba inquieto, triste, de mal humor, encontraba un vacío en su corazon que ningun objeto lo podia llenar.

Don Emilio se asustó con esta exigencia del alma.

El honrado amigo de Diego no pudo menos de conocer, con espanto, con vergüenza y con remordimiento, que amaba á la mujer del hombre que le habia encomendado su honra y su buen nombre.

Reprendíase á sí mismo de su debilidad, se proponia arrancar aquel sentimiento bas

tardo del corazón y no volver á presentarse en casa de Elisa; pero sus resoluciones cedían al imperio de la frágil naturaleza, y á poco de haber creído tomar una determinación invariable, la quebrantaba sin poder resistir al deseo de verla.

La esposa de Diego ignoraba lo que pasaba en el corazón de aquel hombre que, conociendo los sagrados deberes que le imponía la amistad, se guardaba muy bien de manifestar el fuego criminal que le abrasaba. Así es que viéndole siempre respetuoso, atento y servicial con ella, llegó á cobrarle ese sincero cariño que engendra la gratitud, y que nos hace apreciable la compañía de la persona en quien se ven reunidas tan bellas cualidades.

Sin embargo, la pasión de D. Emilio era cada vez mas vehemente, mas terrible, mas intensa. Amaba á Elisa con toda la energía, con toda la fuerza, con todas las veras de su alma, y la llama de su amor no podía permanecer por mas tiempo oculta.

Don Emilio, en uno de aquellos momentos en que el corazón reventando de amor

y de pena rompe los diques de la consideración y el temor, se arrojó á los piés del idolo que embellecía su existencia, y le confesó su inextinguible pasión.

Elisa, asombrada de aquella declaración, le hizo presente, con la mayor dulzura, el deber que de respetarla se había impuesto al aceptar el cargo de un amigo que le confiaba lo que tiene en mas estima un esposo.

—¡Ah! sí....—Exclamó D. Emilio arrebatado por el delirio del amor:—¡Conozco que soy el hombre mas criminal del mundo.... un miserable que abusa de la confianza que ha inspirado al mas leal de los amigos....! Pero ¡ah! perdóneme vd., Elisa.... perdóneme vd. por piedad! Yo había hecho esfuerzos inauditos por ahogar en mi pecho esta pasión que insensiblemente se ha ido enseñoreando de toda mi alma, de todo mi sér, de toda mi existencia! Pero el volcán encerrado en mi pecho, que me abrasaba, que me consumía, tuvo que hacer la explosión.... tuvo que arrojar la lava que le devoraba! Sí; yo tenía una necesidad imperiosa de expresar lo que sentía.... porque el

silencio me prensaba el corazon, me ahogaba, me hubiera matado.... Era preciso que dijese á vd. que la adoro.... que la idolatro con toda la fuerza de una pasion inextinguible, verdadera; con la energía, con el delirio con que se ama por primera vez.... porque vd. es, Elisa. la primera mujer que yo he amado.... la primera que ha interesado mi corazon.... la primera que he visto bella y virtuosa, como los ángeles del cielo! Porque vd. es el encanto de mi existencia... la vision perfecta, aérea, vaporosa, que me presentaba en sueños la imaginacion como al ser predestinado por Dios para que yo amase.... para que viviese con el balsámico aliento de su hechicera boca, con la luz de sus divinos ojos.... para que me embriagase con su seductora mirada.... con la dulce armonía de su acento.... para que nuestras almas, henchidas de amor, se mezclasen, se confundiesen.... se enlazasen para no separarse jamás.... para formar una sola....!

Y los ojos de D. Emilio estaban cubiertos de lágrimas, de ternura y de amor, al pronunciar estas palabras.

Elisa le volvió á suplicar con una voz mas dulce que la brisa matinal, que dominase el devorante fuego de su desgraciada pasion; que le compadecia, que le perdonaba, pero que le pedia, en nombre de la amistad, en nombre de aquel mismo amor que decia consagrarle, respetase la memoria del desgraciado Diego, á quien nada quedaba sobre la tierra mas que el amor y la virtud de su esposa.

Don Emilio, contenido por aquella súplica, dulcificó sus palabras, suplicó que no le retirase su aprecio por la declaracion que, arrastrado de la ardiente pasion que le devoraba, acababa de hacerle, y se despidió triste y abatido, llevando en su pecho mas que nunca grabada la imágen de aquella mujer que atesoraba en sí sola todos los encantos de su sexo, y en cuyo rostro celestial se veían admirablemente combinadas la modesta sencillez y la respetuosa dignidad, el claro talento y la candidez del alma, la inocencia y la capacidad, la franca urbanidad y la moderacion de la virtud.

Atraído por las seductoras gracias de

aquella mujer, D. Emilio continuó sus visitas con el mismo afán, con el mismo empeño, revelando en su semblante los sufrimientos del corazón, y en sus melancólicas miradas, la pasión íntima y la terrible agitación de su abrasado pecho.

Entre tanto, D. Diego, entregado en su destierro al detestable vicio del juego, no tenía para su hermosa mujer ni una palabra de cariño ni de gratitud. Desde su partida no le había escrito, y Elisa lloraba á sus solas el olvido de su ingrato consorte, cuya memoria no se apartaba de su mente un solo instante.

—¡Me desprecia.... me aborrece.... no se acuerda de mí!

Solia exclamar la infeliz cuando nadie la escuchaba; y las lágrimas y los sollozos daban salida á la amarga pena que le prensaba el corazón.

Así trascurrieron algunos meses.

En uno de esos momentos en que el alma se encontraba triste y conmovida con la consideración de la ingratitud, D. Emilio, tierno y apasionado como siempre, une

al sentimiento de la hermosa el suyo, toma parte en sus penas y le dirige palabras de consuelo y de compasión, que conmueven á la hermosa.

¡Oh...! ¡qué terrible contraste existía entre el adusto carácter de D. Diego, su brusco acento, su altivez y sus desprecios, y la fina educación, la dulzura, la afabilidad y cariño de Landeta!

En aquel, la pasión al juego había acabado con todos los generosos sentimientos del alma. En éste, el amor, ese afecto fecundo en poesía, en elocuencia y ternura, comunicaba á sus palabras una dulzura irresistible, una suavidad conmovedora, que cautivaba halagando.

El primero, desatento y rudo, no había tenido para su esposa mas que desprecios y desaires cuando se encontraba á su lado; indiferencia y olvido en la ausencia: el segundo, anhelante por complacerla, buscaba todas las ocasiones de servirla, de atraerse su voluntad, de complacerla en todo.

Elisa sola, abandonada, lloraba la ingratitud del hombre que le había jurado amar

hasta la muerte! ¡Nada sabia de él!... Ni un solo renglon, ni una sola letra le habia escrito!...

Don Emilio la atiende, está á su lado, estrecha entre sus manos la redonda y blanca de la hermosa... su aliento quema sus mejillas... y las lágrimas de amor se mezclan con las del sentimiento y la pena....

Era uno de esos instantes de abandono, de dulzura, de languidez y de voluptuosidad en que la razon ofuscada por el velo de un placer desconocido, no ejerce dominio alguno sobre el alma. Uno de esos momentos en que la brisa, la luz, el aire que se aspira, el ruido de las palabras y la agitacion del pecho, adormecen con su delicioso encanto, nos fascinan... nos enloquecen... nos embriagan....

Elisa fué víctima de ese instante.

Pero cuando pasado aquel delirio, pesó todo el tamaño de su falta, la indignacion ocupó el lugar del cariño, y exaltada, furiosa y sin consuelo, mandó salir de su casa y que nunca se presentase en ella; al que no habia sabido respetarla y compadecerla.

En vano trató D. Emilio de vencer aquella resolucion.

Elisa, firme en su propósito, no permitió que volviese á pasar el umbral de la puerta, y se propuso expiar un solo momento de error, con todos los sacrificios que mas duros y terribles considerase.

Y nunca omitió ninguno.

Desde el instante en que miró empañado el brillo de su virtud, rehusó recibir la mesa destinada á cubrir sus necesidades, y redujo sus gastos á lo que le producía el trabajo de costura á que se dedicó desde entonces, suplicando á sus amigas le enviasen á su casa lo que habian de dar á coser á una persona extraña.

Aquel rasgo de abnegacion hizo comprender á D. Emilio todo el daño que con su pasion habia causado á la mujer que, desde aquel instante detestó su memoria y no tuvo momento de paz y de tranquilidad.

En vano, arrepentido, trató de persuadirla que, pues rehusaba su amor, no rehusase la cantidad destinada á sus necesidades.

En vano tambien hizo esfuerzos por vol-

ver á visitarla. Elisa se negó á todo; y para evitar que continuase en su empeño, le escribió un papel donde echándole en cara su deslealtad hácia el mas confiado de los amigos, le amenazaba con poner en conocimiento de su esposo cuanto habia pasado.

Esta amenaza obligó á D. Emilio á no insistir, y la hermosa continuó sola y retirada, llorando á todas horas su desventura.

Por fortuna de Don Emilio, en el papel no constaba que á él se dirigía, pues habiéndosele caído de su cartera, pasado algun tiempo, y encontrándolo por casualidad el doctor Willey, hubiera podido sazar grandes ventajas de él amenazándole como hemos visto que le amezaba á Elisa.

La triste esposa de D. Diego, resuelta á sostenerse por sí sola, trabajaba dia y noche, solo interumpia su faena para enjugar el llanto que nublaba sus hermosos ojos.

Pero ¿para qué continuar la relacion de los padecimientos de esta pobre mujer que aun no comprendia qué especie de vértigo se habia apoderado de ella para haberle

ofuscado por un momento hasta el grado de hacerle olvidarse de sí misma.

—¡Oh! ¿por qué, Dios mio—exclamaba la infeliz—no me quitaste la vida antes de que la manchase con el olvido de mis deberes! Libre mi alma entonces de los remordimientos que hoy la inquietan, la afligen y la atormentan sin cesar, se hubiera presentado á tus ojos menos indigna de tu compasion y de tu misericordia.... ¡Dios mio, Dios mio.... piedad de mí.... piedad de esta desgraciada! Tú ves que mi arrepentimiento es tan grande como mi culpa.... culpa que quisiera borrar con toda la sangre de mis venas.... con todos los latidos de mi corazon.... con toda mi existencia.... Si mis lágrimas, si el renunciar á todas las comodidades de la vida, á todos los goces, pueden servir de expiacion á mi falta.... si el sacrificio de mis afectos mas íntimos y tiernos, y la abnegacion mas absoluta de mí misma, tienen á tus ojos algun mérito, yo inmolo entero mi corazon en aras de la penitencia, como un ligero abono de mi enorme culpa.

Y aquella infeliz mujer, retirándose de la sociedad, rehusando recibir favor ninguno de Landeta, encerrándose en su habitación, de donde solo salía á cumplir con sus deberes religiosos, trabajando noche y día para ganar el sustento, y pidiendo á Dios á todas horas el perdón de su falta, correspondía con sus obras á las promesas de penitencia y de abnegación que habían pronunciado sus labios.

Pero aun le faltaba por cumplir el más cruel de los tormentos para un corazón sensible y tierno como el suyo. Al fin llegó á ser madre; y al dar á luz, sin testigo ninguno á la inocente Clotilde, pues solo tenía para que le hiciese los recados una muchacha de diez años, que nada podía sospechar, tomó en brazos al triste fruto de su falta; le cubrió de besos y de lágrimas, le envolvió cuidadosamente en limpios pañales, y saliendo muy avanzada la noche de su casa sin ser vista, se dirigió á la de D. Emilio, temblándole el corazón, y pálida como un cadáver.

—¡Hija de mis entrañas!—exclamó bañada

en llanto al llegar enfrente á la puerta del edificio en que vivía Landeta.—¡Tú madre infeliz va á dejarte abandonada! ¡pero no porque no te ame, hija mia.... no porque no sienta desgarrado su corazón que contigo queda.... sino porque no debe cohibir el techo de un engañado esposo el fruto de un desgraciado desliz! ¡Ah! ¡cuando te digan que fuiste expuesta á la puerta de un poderoso, no acuses de cruel á la desventurada que te echó al mundo, ni maldigas su nombre! ¡antes compadécete de ella... del dolor que le abrumba.... de los suspiros que exhala.... del sacrificio que hace de separarse de tí para siempre.... para no llamarte jamás su hija.... para renunciar á que le des el dulce nombre de madre! ¡Sí; compadécete de ella.... porque lo que parece crueldad, desamor y abandono, es terrible sacrificio, tormento expiatorio de mi culpa! ¡Adios, hija mia... adios! Ahora que te puedo dar este nombre dulcísimo, que jamás volveré á darte.... ahora que te puedo estrechar contra mi amante y afligido pecho, quiero repetir tan tierna palabra y llenarte

de besos y de caricias, de abrazos y de lágrimas....!

Y Elisa, desolada y afligida, besó mil y mil veces la frente serena y virginal de aquel ángel inocente, derramó sobre él copioso llanto, colocó sobre su pecho un papel escrito, llamó á la puerta de la casa, imprimió sobre sus labios un ósculo maternal, y diciéndole adios por la última vez, volvió á llamar, y se colocó á larga distancia de la casa, en el hueco que formaba una puerta, esperando, sin ser vista, el resultado del paso que acababa de dar.

Poco tardó en abrirse la puerta; un criado de D. Emilio se presentó en ella, y al ver una criatura recién nacida, se inclinó á recogerla, le acarició compadecido, entró con ella á su cuarto, y al ver el papel que tenía en el pecho, subió á dar parte de lo que ocurría al señor Landeta.

El papel estaba concebido en estos términos:

“Una infeliz madre implora la caridad de vd., D. Emilio. Pobre y miserable, no tiene con que mantener ni educar á ese ángel

abandonado.... Apíadese vd., pues, de él, ya que la Providencia le ha colmado de bienes de fortuna y le ha concedido un corazón generoso! Anegada en llanto se lo suplica la mas desgraciada de las mujeres, que nunca se presentará á hacer valer sus derechos de madre, á los cuales renuncia desde este instante.”

Mientras D. Emilio se encontraba leyendo este papel, Elisa, desgarrado el corazón y anegada en lágrimas, se alejaba de aquel sitio en que dejaba el objeto mas caro de su alma.... la hija de su corazón!

Desde entonces, abatida, triste y sin consuelo, no hacia mas que rogar á Dios por la felicidad cumplida de su hija idolatrada y por la pronta vuelta de su esposo.

Así trascurrieron mas de dos años.

Elisa sabia que su hija, á quien habian bautizado régicamente, y á quien habian puesto por nombre Clotilde, crecía feliz y muy querida al lado de la bondadosa Inés y de D. Emilio, y esto templaba, en parte, su terrible pena.

Don Diego que, alzado el destierro, vol-

vió al lado de su esposa, lejos de dedicarse al trabajo y á otra vida menos disipada que la que habia originado su destierro, se entregó de nuevo al juego, y siguió tratando con el mismo despego á su mujer que, tratando de reparar su falta, no perdonaba medio alguno de complacerle y de servirle.

—¿Por qué te encuentro tan pobre y trabajando?—Le preguntó el primer día que llegó.—¿No ha querido servirte D. Emilio?

—Sí... balbuceó Elisa;—pero yo me ensucé de recibir la mesada, porque no quise causarte gasto ninguno durante tu ausencia.

—¿Gasto, gasto!—Contestó con acento brusco y de mal humor Diego.—Si no querías gastar, podrias haber ido guardando lo que te diese para cuando yo llegase.

—Ademas, temí molestarle, y....

—Lo que creo es que no habrá tenido gran empeño D. Emilio en obsequiar mi deseo. Está bien; yo me guardaré muy mucho de volverle á pedir otro favor, ni de visitarle en mi vida.

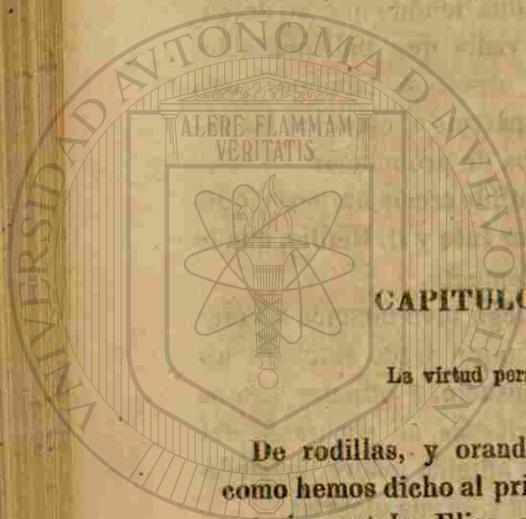
Elisa sintió ensancharse su pecho con aquella resolución.

Al principio habia temido que se descubriese algo en la visita que indispensablemente haria su esposo á Landeta; pero aquel temor desapareció al escuchar las palabras que acababa de pronunciar.

Entre tanto Clotilde crecia hermosa, querida y halagada por Inés y D. Emilio, que le amaban entrañablemente.

La esposa de Diego tuvo también á Teresita y Julia, que fueron desde entones los dos ángeles de consuelo, á quienes hemos visto tiernas y cariñosas, no separarse del lado de su tierna y afligida madre, tomando parte en sus penas y en sus alegrías.

Los demas acontecimientos, hasta el momento en que nos encuentra esta historia, el lector tiene ya conocimiento de ellos, y por lo mismo volveremos á tomar el hilo interrumpido al principio de este capítulo. ®



CAPÍTULO XX.

La virtud perseguida.

De rodillas, y orando fervorosamente, como hemos dicho al principio del capítulo anterior, estaba Elisa, enlutada y anegada en lágrimas.

La noche era oscura, aunque serena.

Junto á ella dormían en su mismo lecho Teresita y Julia.

Un suspiro, que no pudo reprimir, despertó á la primera, que abrió sus hermosos ojos para fijarlos en el tierno sér que oraba.

—Hoy estás muy triste, mamá.

Dijo la graciosa niña incorporándose en el lecho y acariciando con sus lindas ma-

nos las redondas y suaves de Elisa, en cuyo apacible semblante estaba pintado el intenso dolor y la profunda melancolía.

—Sí, Teresita; estoy triste... ¡triste, porque veo el horizonte de vuestro porvenir, incierto y oscuro como el caos!

—¿No nos has dicho mil veces que confiamos en la Omnipotencia, y no fué ella la que salvó la vida de nuestra protectora Clotilde, que volvió á la vida, cuando pocos momentos antes se temía su muerte?

—Ciertamente que sí. ¡Ah! El placer que sentí cuando saliendo D. Emilio por D. Leopoldo le introdujo al cuarto de la enferma diciéndole que vivía, solo es comparable con el pesar que poco antes me desgarraba el corazón temiendo su muerte.

—Sí; debió ser tan grande como el que yo sentí cuando me contaste la aventura. ¿Y tú no entraste á saludarla?

—No, hija mía.

—¿No?

—Salí al instante de la sala al saber la feliz nueva de que vivía.

—¿Y por qué no entraste siquiera á verla?

—¡Verla! — Exclamó tristemente Elisa, que se había impuesto el terrible sacrificio de no ver jamás el bello rostro de aquel fruto de su desgracia.

—¿No la quieres mucho?

—¿Qué si la quiero! Como se quiere la felicidad.... mas que á mi vida.... como os quiero á vosotras, hija mia.... á vosotras á quienes amo con delirio... con toda el alma!

—Pues siendo así, no comprendo por qué no entraste á verla, á decirle que la amamos; que nos acordamos mucho de ella.... que á todas horas rogamos á Dios por su salud y su felicidad.

—Porque.... —Y Elisa, buscando una disculpa que justificase su conducta con Clotilde, contestó abrazando y besando á Teresita. —Porque estaba impaciente por veros á vosotras, á quienes había dejado solas.... por daros la agradable noticia de que vivia.... de que iba á ser feliz....

—¡Ah! ¡fué por nosotras! ¡Cuán buenas eres, mamá!

—¡Y qué madre no lo es con sus hijos!

—Ya ves, pues, que debes estar alegre y no triste, mamá.

—Sí, pero mi presente tristeza reconoce otro origen.

—¿Y no quieres que yo lo sepa? ¡No merezo ya tu confianza?

Dijo con sentimiento la interesante niña.

—Sí, Teresita; ¡pero para qué quieres escuchar mis penas? ¡No es mejor que te duermas, hija mia!

—¡Dormirme cuando tú padeces y velas! No; mientras dormia, yo escuchaba tus suspiros, veía tus lágrimas, oía tu bracion y queria consolarte.... ahora que ya he despertado, te acompañaré hasta que te recojas, hasta que te vea mas tranquila.... ¿Me lo permites, madre mia?

—¡Hija de mi corazón! —exclamó Elisa besando enternecida á aquella hermosa niña.—¡Tus filiales sentimientos me inundan de felicidad! ¡Sí, quédate conmigo.... acompañame, y ahuyenta con tu dulce voz las fantasmas terrorosas que me asaltan! ¡Tú, Teresita, y tu querida hermana que duerme tranquila en este instante, sois dos án-

geles á quienes comunico todas mis penas para encontrar consuelo.... sois el único bien que me resta sobre la tierra, y el único tambien que amo y que prefiero á todas las riquezas, y á mi vida!

—¡Ah! ¡cuán buena eres, madre mia!

Exclamó Teresita besándole en la frente.

—Por eso cuando pienso que habeis quedado huérfanas.... que si yo muero quedareis abandonadas.... en la miseria.... se me prensa el corazon con el peso de la amargura.

—¡Solas! no. ¡Cómo podríamos vivir ni un solo dia si tú nos faltases, madre mia! No; no pienses nunca en eso: considera que hay un sér que nos cuida con el cariño mas intenso.... un sér que nos proporciona casa, vestido, alimento.... todo; y esto debe tranquilizarte. ¡O desconfias tambien de nuestra inolvidable Clotilde!

—¡Yo! ¡yo desconfiar de ella!—Exclamó Elisa conmovida profundamente.—¡Ah! no; jamás! Clotilde es la mas virtuosa, la mas tierna, la mas caritativa de las jóvenes! Pero va á enlazarse á un hombre; va á con-

traer nuevas obligaciones, y acaso se verá en la imposibilidad de seguir haciendo los sacrificios que hasta aquí.

—¡Va á casarse!

Dijo tristemente Teresita.

—Sí; va á unirse á un hombre que ama, bueno, de talento, que hará su felicidad.... á un entendido artista que la idolatra... que respetará su voluntad... sus disposiciones... pero á quien tal vez le parecerá conveniente suplicarla que suspenda el favor que nos dispensa.

—¿Y ella accederá á esa súplica?

—Sí, hija mia, accederá por duro que le sea el sacrificio de abandonarnos. Cuando una mujer virtuosa pronuncia el juramento de hacer feliz al esposo que ha elegido, al hombre que deposita en ella su honor, su ventura y su felicidad, debe sembrar de dulces flores el camino de su vida, satisfacer cariñosa el mas ligero de sus deseos.... embriagarle con la hechicera sonrisa de sus labios y la dulce mirada de sus ojos, ávidos de adivinar lo que puede halagarle.... cau-

tivarle con las tiernas palabras de la mas cordial deferencia, y ser el ángel tutelar de su existencia.... Brindarle á todas horas la pasion de la fiel amante y la sincera amabilidad de la invariable amiga.... usar del lenguaje mas persuasivo y tierno, cuando se trata de advertirle algun error.... manifestar en el semblante el placer de estar á su lado, y en las acciones el regocijo y la ternura del corazon. La modestia, el pudor y la limpieza deben ser su mas bello adorno; y si es madre, si el cielo le concede esta gracia, no debe consentir que otra mujer dé el alimento al ángel inocente de su amor, sino que ella lo alimentará cariñosa sin privarle del precioso sustento. Sí, hija mía, la buena madre, la que ha recibido una educacion religiosa y moral, la que no quiere que sus hijos se inoculen con la sangre de gentes mercenarias, se goza en el cuidado de ellos, y fijando los ojos en el celestial semblante del tierno querubin que se sonrie al oprimir con sus delgados labios el pecho del sér que le ha dado la vida, busca en su apacible rostro las faccio-

nes del hombre á quien se ha unido, para que el corazon palpite con el placer del primer amor, acariciando la ventura de ver crecer al fruto, cuya flor nutre con su sangre.

—¡Ah! entonces se olvidará de nosotras... de nosotras que tanto le queremos....

Exclamó con tristeza la inocente niña.

—No; ella no, hija mia... el corazon me dice que Clotilde nos amará como nos ha amado hasta aquí; pero sus deberes de esposa tal vez le impongan el sacrificio de no enviarnos la benéfica mesada con que atenderíamos á nuestras necesidades.

—¡Somos muy desgraciadas, madre mia!

—¿Por qué, Teresita?

—Todas las personas que se interesan por nuestra suerte, desaparecen ó se casan. Clotilde se verá obligada á desatendernos. Soledad, la pobre Soledad, que nos ama con todas las veras de su alma, y que mil veces partió su alimento con nosotras, se ignora dónde se encuentra.

—¡Desdichada jóven, y desdichado tambien del hombre generoso, de su amoroso

primo D. Félix, que en su mayor infortunio veló por ella como un tierno hermano.

—¡Y qué, es cierto que le han sentenciado á muerte?

—Sí, hija mia; va á sufrir la terrible pena del asesino, cuando todos los que le conocen están seguros de su inocencia. Pero las pruebas hablan contra él, y los jueces, que no pueden leer en las conciencias, cumpliendo con su deber, le han condenado á que muera. Se dice que muy pronto debe entrar el infeliz en capilla, y si es así, dentro de breves dias habrá volado su alma á la eternidad.

—¡Tan bueno, y morir como un criminal!

—Nadie comprende los altos decretos de la Providencia. Ya ves, pues, hija mia, que no debemos llamarnos desgraciadas, cuando hay otros calumniados y gimiendo, sin culpa, en una estrecha prision.

—Es cierto.

—Y aunque me ves afligida temiendo que Clotilde se vea obligada á retirarnos su proteccion, porque así lo disponga su esposo, que no lo espero, siempre me queda el

consuelo de saber que el honrado Pablo, ese indio generoso que salvó un dia á nuestro padre, y que despues hizo que nada se economizase para hacerle un entierro digno, nunca nos abandonará.

—¡Oh! sí, es muy bueno ese hombre: siempre nos envía desde Texcoco, frutas, legumbres y gallinas, y cuando viene á México, jamás se ausenta sin informarse de nuestra salud.

—¡Dios le premiará esa generosidad. Pero duérmete, hija mia; duérmete: tienes que levantarte muy temprano mañana para disponerte para los exámenes, y no conviene que yo te robe estas horas de sueño.

—Estoy tan contenta hablando contigo, que pasaria sin sentir toda la noche.

—Gracias. Pero duérmete, que yo voy á cerrar la puerta, y á disponer vuestra ropa para que os presentéis mañana lo mas compuestas que me sea posible.

Teresita besó á su mamá, volvió á acostarse, y á poco se quedó profundamente dormida.

Elisa permaneció contemplando un rato

aquellos dos ángeles, cuyo porvenir tanto le inquietaba. En su pensamiento volvió á fijarse la idea de la triste horfandad en que quedarían si ella les faltaba, y el llanto asomó á sus ojos.

—¡Dios mio. Dios mio!—exclamó luego arrepentida de su poca fé.—¡Perdóname si te he ofendido! Tú lo has dicho ya. Si cuidas de las avecillas del campo, ¿cómo has de abandonar á la criatura hecha á tu imagen, á quien amas mucho mas que á ellas? Y Elisa, alentada con aquella cristiana consideracion, se dirigió á la pieza contigua para cerrar la puerta que daba al patio, y entregarse despues al reposo.

Ya iba á echar la llave, cuando la puerta se abrió dando entrada á un hombre envuelto en un grueso capote.

Elisa dió un paso atras asustada al verle.

El hombre llevó el dedo índice á los labios indicando que guardase silencio, y desatapándose el rostro se manifestó á Elisa.

—¡Willey!

Exclamó la viuda de Diego, sobrecogida de espanto.

—Sí, vuestro adorador que viene á cumplir con la palabra que dió en casa de Don Emilio, de hacerle á vd. una visita.

—¡Oh! salid al momento, ó doy voces pidiendo auxilio.

—Puede vd. hacerlo:—respondió el doctor con la mayor sangre fria, echando mano al bolsillo y sacando una carta—segura de que cuando estén reunidos los que acudan en su socorro, escucharán la lectura de este curioso papel.

—¡Dios mio!

Dijo Elisa reconociendo el que ella habia escrito á Landeta.

—¡Por qué no llama vd?—Repuso sonriendo burlescamente el doctor.—No se detenga vd. por mí: vamos, no hay que tenerme consideracion.

—Pero ¿qué es lo que vd. intenta? ¿qué objeto le trae á vd. á mi casa á esta hora inoportuna?

—El mas importante para mí.

—¡Cuál?

—El conseguir su amor.

—¡Imposible! ¿No le he dicho á vd. mil veces que le aborrezco?

—Sí; lo he escuchado muy repetidamente:—contestó Willey sin alterarse.—Pero lo que nunca he oido de sus labios, es que aborrezca vd. su buen nombre, ni el elevado concepto de las personas que le distinguen con su amistad; y como yo soy árbitro de que le desprecien ó continúen dispensándole su aprecio, he venido á que tenga vd. la bondad de decirme cuál de ambas cosas prefiere vd. en lo sucesivo.

—Ninguno tiene mas motivos que vd., cuya pasion he visto con horror, para conocer que prefiero mi honra á mi vida.

—Es que sabe vd. que yo poseo una prueba de que no siempre ha pensado vd. de la misma manera.

—Siempre.

—¿Aun cuando le visitaba á vd. D. Emilio? Preguntó sonriendo Willey.

Elisa bajó los ojos ruborizada.

—¿Por qué guarda vd. silencio?—Añadió el doctor.

—¡Siempre!—Volvió á repetir Elisa con

dignidad y energía, herida por el tono insultante y burlesco del doctor.—¡Siempre! Si hubo un infame que abusó de un instante de vértigo para ofenderme, ni mi voluntad ni mi corazon lo pertenecieron jamás: yo le arrojé de mi lado como al hombre mas detestable de la tierra, y he tratado de expiar con diez y seis años de penitencia, de lágrimas y de sufrimientos, un momento desgraciado.

—¿Y por qué negarme á mí lo que no se negó á otro hombre á quien se aborrecia de igual manera?

—Señor Willey — dijo Elisa altamente ofendida—tenga vd. la bondad de poner fin á un diálogo que no me permite sostener por mas tiempo mi delicadeza.

—Bien; voy á obsequiar su deseo; pero antes me veo precisado á repetir la proposicion que le hice á vd. á mi llegada. ¿Desea vd. conservar el aprecio de la sociedad, ó quiere vd. atraerse para siempre su desprecio? Para lo primero, no tiene vd. mas que corresponder á la ciega pasion que me avasalla, y que le hará á vd. dueña de este pa-

pel que compromete su decoro: para lo segundo, bastará la repulsa que haga vd. á mi amor, pues los renglones, por vd. trazados, pasarán á las manos de cuantos hoy la distinguen con su amistad.

—¡Oh! ¿seria vd. capaz de semejante infamia?

—Estoy resuelto á ello. Elija vd., pues, entre mi amor y el desprecio de la sociedad.

—La eleccion está hecha. El desprecio de las personas que me distinguen, será una nueva desgracia que se la ofreceré á Dios como otra expiacion de mi falta: el amor de vd. seria mi tormento y mi condenacion.

—Medítelo vd. detenidamente.

Dijo Willey sonriendo con calma.

—Lo he meditado ya.

—¿Es decir que nada le importa á vd. caer del aprecio y de la estimacion de Clotilde? ¿que le es á vd. indiferente pasar á sus ojos por la mujer mas criminal del mundo?

—¡Clotilde!—exclamó Elisa poniéndose pálida como un cadáver.—¡Oh! ¿seria vd.

capaz de presentarme ante ella, como una miserable? ¿como una infame? ¿imposible.... imposible!

—Ella será la primera, en cuyas manos ponga este papel, si se empeña vd. en rechazarme.

—¡Dios mio.... Dios mio!

Exclamó afligida aquella mujer desgraciada, que no ambicionaba sobre la tierra mas que poseer el cariño de la amorosa joven á quien no podia dar el dulce nombre de hija.

Willey comprendió toda la magnitud del sacrificio, y creyendo que no podria resolverse á perder el amor del hechicero ser á quien habia dado la vida, añadió para obligarla á acceder á su infernal deseo.

—Pero no solamete á Clotilde, á esa joven que la tiene á vd. por modelo de virtud, le haré saber el crimen que pesa sobre la mujer á quien tanto distinguia, sino tambien patentizaré con estas letras á Julia y Teresita, á esos dos ángeles de inocencia y de candor, la negra mancha que imprimió vd. sobre su honra.

—¡Qué escucho! — Pronunció aterrada Elisa.—¡Deshonrar á una madre delante de sus hijas!

Y se quedó abrumada con el peso del dolor y de la vergüenza.

El doctor creyó seguro su triunfo.

—Sí;—dijo con acento firme disimulando la esperanza que halagaba su corazón;—vuestro amor para mí, ó el ódio y el desprecio de ellas para vd.

—¡Oh! ¡no puedo.... no puedo! ¡Ambas cosas son superiores á la muerte misma!

—Y sin embargo, es preciso que elija vd. una en este momento.

—¡Piedad.... piedad, señor Willey!

—La tendré siempre que la tenga vd. de mi pasión. Corresponda vd. á ella, y el secreto quedará encerrado en mí como en un sepulcro; pero si continúa vd. en su repulsa, esos dos ángeles sabrán—dijo alzando la voz para atemorizar á Elisa—que la mujer á quien deben la vida, la mujer á quien han creído dechado de todas las virtudes, fué un día una esposa infame....

—¡Oh! ¡por Dios, callad!

Exclamó Elisa sin dejarle acabar la frase, asustada y temblando, temiendo que sus tiernas hijas despertasen y oyesen las palabras del doctor.

Este volvió á pronunciar otras que helaron la sangre de aquella perseguida mujer, creyendo que así le obligaría á ceder.

Elisa, pálida y asustada, corrió al cuarto de sus hijas para ver si dormían, y Willey sonrió de esperanza, no dudando ya de que el temor de verse humillada ante sus hijas, acallaría los gritos de su conciencia y de su deber.

A esta esperanza se asoció de repente otra idea que le hizo creer en un triunfo infalible.

Elisa, al correr al cuarto de sus hijas, había dejado sobre una silla el pañuelo que había estado llevando con frecuencia á la boca para reprimir sus suspiros, y el doctor, al advertirlo, concibió una idea infernal para alcanzar lo que anhelaba.

Pensó, y con razón, que Elisa, al volver

á salir, tomara el pañuelo y lo aproximara á la boca para sofocar sus suspiros.

Vertiendo, pues, en él, un narcótico activo, lo aspiraria Elisa sin remedio, y presa una vez de un pesado sueño, que le impediria defenderse y gritar, podria cumplir lo que tanto anhelaba su impuro corazon.

Del pensamiento á la ejecucion del plan, no pasó un segundo. Willey corrió á tomar el pañuelo, sacó en el instante un pomo que llevaba en el bolsillo, y vertió en él primero algunas gotas de un líquido que no exhalaba olor ninguno, y propio, por lo mismo, para que nada advirtiese la víctima.

Elisa, despues de haberse persuadido de que sus hijas dormian, salió á donde estaba el doctor, y le suplicó que se alejase para no interrumpir el sueño de sus tiernas criaturas.

Willey, que estaba convencido de que para vencer á Elisa no necesitaba ya de recurrir á la amenaza, sino de esperar á que llevase el pañuelo á los labios, fingió acceder al ruego de la mujer que trataba de cubrir de baldon, y contestó:

—Me habia propuesto no desistir de mi empeño, y que escogiese vd. de una vez entre aparecer como una mujer infame á los ojos de sus hijas, ó acceder á mis súplicas; pero no quiero ya que esta resolucion sea hoy mismo, no: quiero dejar á vd. el tiempo suficiente para que medite detenidamente sobre un punto de tanta importancia para usted.

—¡Ah, gracias, señor doctor!—exclamó Elisa tomando el pañuelo y disponiéndose á llevarlo á la boca: Willey experimentó un placer satánico.—Una madre no puede resolverse á aparecer delante de sus hijos con una mancha infame, ni una mujer honrada á manchar su vida con una accion que reprueba la conciencia; y vd. que comprende esta verdad; vd. que, aunque extraviado por una terrible pasion, ama la virtud, y conoce todo lo que esta tiene de apreciable, estoy segura de que en vez de volver á verme para saber la resolucion que he tomado, vendrá á manifestarme la noble resolucion de que ha desistido del empeño que en este instante manifiesta.

Y Elisa llevó el pañuelo á los labios para contener un suspiro.

Willey sintió en su alma un placer satánico al persuadirse de que habia aspirado y seguia aspirando el activo narcótico.

—Sí; estoy cierta—continuó Elisa—que el hombre que ha empezado por concederme unos dias para la resolucion de lo que de mí se exigia hace un instante con tanto imperio, meditará á sus solas el inmenso sacrificio que se me pide, y que preferirá á mi tormento, la franca amistad de una mujer agradecida.

Y Elisa siguió aspirando en el pañuelo que acercaba á los labios, el terrible narcótico que iba á entragarla sin defensa en los brazos del malvado Willey, que se gozaba interiormente con un próximo y seguro triunfo.

De repente se sintió desvanecida, y su rostro se puso pálido como el papel.

—¡Dios mio!—Eclamó asustada.—¡No sé lo que me pasa! ¡mis ojos se nublan y mis miembros desfallecen! ¡Doctor, doctor, socorredme.

El doctor se puso delante de ella, cruzó los brazos, y dejó asomar á su rostro una sonrisa que hizo comprender á Elisa el origen de su caimiento.

—¡Oh! ¡me habeis perdido!—añadió la infeliz con voz casi imperceptible, arrojando el pañuelo de su mano.—¡Habeis colocado en este lienzo un terrible narcótico que me va á dejar sumida en un profundo sueño.... sin defensa!

El doctor avanzó otro paso mas, y volvió á sonreirse, pero sin pronunciar una palabra.

Elisa quiso levantarse para huir, pero no pudo: su cuerpo estaba sin fuerza ni vigor, y ni aun pudo levantar los brazos para rechazar á Willey, que se aproximó á ella para tomarla una mano.

—¡Ah! sois un infame, doctor—dijo mas bien con el aliento que con la voz, la desgraciada viuda de Diego—no teniendo poder para retirar su mano que Willey acariaba entre las suyas y la acercaba á sus impuros labios.

Aquella era una agonía espantosa para la virtuosa Elisa.

Sentia en su mano los ardientes besos de aquel hombre que le causaba espanto; sentia cerca de su rostro el infero aliento que exhalaba de su impío pecho; miraba en sus ojos pintada la pasion de los réprobos, y la infeliz se veía impotente para hacer el mas leve movimiento.

Hizo esfuerzos supremos para apartar su mano de las del verdugo de su tranquilidad, y no pudo.

Quiso gritar pidiendo socorro, y su voz fue á morir entre las palabras de amor que le dirigia aquel inicuo sér que se gozaba con el triunfo del vicio sobre la virtud.

Trató de volver el rostro para dirigir la vista hácia el cuarto en que dormian sus inocentes hijas, pero no pudo; y á su pesar se vió precisada á soportar la vista de Willey, que tenia fijos en ella sus ojos inyectados en sangre.

Elisa se estremeció ante aquella mirada en que brillaba la lujuria, y ni aun tuvo

fuerzas para cerrar los párpados y evitar aquella mirada impura.

Elisa conoció que no le quedaba ya remedio humano que la defendiese de aquel hombre, y elevó su corazon á Dios, pidiéndole interiormente su auxilio.

Willey, que comprendió que oraba, dejó asomar una sonrisa impía á sus labios, y para burlarse de la fé de aquella desgraciada, la acarició entre sus brazos.

—Ya vé vd.—le dijo en voz baja y de una manera que heló la sangre de Elisa— que Dios no escucha su oracion, que la abandona, que la entrega en mis brazos para que yo disfrute los deleites que anhelaba.

Y Willey estrechó la cintura de su víctima, que sin fuerzas para moverse, seguia pidiendo interiormente á Dios que la salvase de aquel infame.

El doctor, viéndola sin defensa, inclinó su rostro para colocar sus labios en el pálido y hermoso de Elisa.

La desgraciada tembló al notar la intencion de su perseguidor.

Un golpe se oyó en la puerta.

Willey, volvió la cabeza sorprendido.

Elisa recobró la esperanza.

La puerta volvió á sonar con nuevos golpes, dados por alguno que llamaba.

El doctor se levantó asustado y guardó silencio, teniendo fija siempre la vista en la puerta, y maldiciendo al importuno que á tan mala hora para él llamaba.

—¡Oh! ¡y se me ha olvidado cerrar la puerta.

Pensó para sí Willey.

—Adelante.

Dijo con voz casi imperceptible la afligida Elisa, que veía en la persona que llamaba el auxilio de la Providencia, cuyo favor habia implorado.

La puerta se abrió, y á poco se dejó ver el indio Pablo.

El corazón de Elisa se inundó de felicidad.

El del doctor latió de ira y de despecho.

La desgraciada bendijo al cielo interiormente, y con desfallecida voz suplicó á Pablo que se acercase.

Este obedeció al instante, y con el interés de un verdadero amigo, le preguntó:

—¿Está vd. mala?

—Sí;—contestó el doctor antes de que hablase Elisa, y dirigiendo á esta una mirada amenazadora.—Para descansar de los agudos dolores de cabeza que han dado en atormentarla de noche y la privan del sueño, dice que ha aspirado, para dormir tranquila, un activo narcótico que le ha producido la postracion en que la encontramos. Por fortuna llegué yo á tiempo, y he podido evitar que el mal sea mayor, dándole una medicina que neutralizase los efectos del narcótico, aunque siempre será imposible salvarla de que sea por un instante presa de un profundo sueño.

—Sí.... es verdad....—Dijo Elisa con desmayada voz, y encontrando ya torpeza en pronunciar las palabras, y tratando de ocultar la infamia de Willey, para que éste no se vengara publicando su falta.—Traté de tener una noche menos penosa que las anteriores, y aspiré un narcótico que vertí en ese pañuelo.

—Que yo le arranqué de las manos—exclamó Willey—y lo arrojé al suelo, temiendo sus efectos terribles.

—¡Es cierto!

Dijo Elisa con fatigado acento, y próxima ya á un profundo letargo.

—¡Oh! ¡qué imprudencia....!—Exclamó Pablo.

—Pero aun hay remedio para evitar que el narcótico continúe en sus efectos.—Dijo Willey concibiendo la esperanza de hacer salir de allí á Pablo y quedarse solo con Elisa, que iba perdiendo notablemente sus fuerzas.

—¡Cuál?—Preguntó Pablo.

Willey sacó su cartera, escribió con lápiz en una de sus hojas una receta, la arrancó al instante, y dándosela á Pablo, le dijo:

—La aplicacion de esta medicina, si es que vd. tiene la bondad de ir por ella á la botica, en tanto que yo le aplico otros remedios.

Pablo iba á obedecer; pero Elisa comprendió la intencion del doctor, y asustada exclamó con trabajoso acento.

—No.... no.... seria tarde.... No se vaya vd. Pablo.... no se vaya vd....

—Pero....

—Se... lo... ruego....

—Bien, me quedaré. Habia venido á invitar á vd. á que marchase con sus dos tier-nas hijas á pasar en mi rancho algunos dias para que se distrajesen, y por lo mismo permaneceré aquí hasta que vuelva vd. de su letargo, y me diga si tiene la bondad de admitir mi humilde oferta.

—¡Gracias... gracias...!

Exclamó Elisa, tranquila ya de ver que nada debia temer de Willey.

Este maldijo interiormente la llegada del indio Pablo.

Veía frustrados sus inícuos planes en los momentos mismos en que se habia encontrado próximo á realizarlos.

Elisa tenia fijos los lánguidos ojos en Pablo, y la palidez de la muerte, causada por el narcótico, velaba su semblante.

De repente se estremecieron todos sus miembros.

Un frio glacial circuló por sus venas.

Su vista fué amortiguándose por grados. Hizo otro estremecimiento, y quedó profundamente dormida.

Pablo se cruzó de brazos, esperó de pie, y enfrente á ella, á que volviese de su le targo.

El doctor hizo un gesto de desesperacion.

Se veía obligado á renunciar á sus bastar dos deseos, cuando veía realizado la mitad de su plan, y esto le desesperaba.

Hubiera querido poder marcharse para evitarse aquel tormento; pero consideró que esto podia despertar sospechas en Pablo, respecto al narcotismo de Elisa, y se vió precisado á permanecer allí, frente á su víc tima, pero sin poder dañarla.

Pablo y Willey eran, el uno, el génio del bien; y el otro, el génio del mal; alentando distintos sentimientos.

Eran el ángel bueno y el ángel malo, co- locados uno frente al otro, en los instantes mas solemnes.

Eran el San Miguel y el ángel rebelde, oprimiendo aquel con su planta al rey de las tinieblas y del crimen.

CAPITULO XXI.

La Jamaica.

Entre las agradables costumbres que ha- cen de México un país risueño y encanta- dor, un oasis florífero y delicioso en medio de las convulsiones políticas que le han agi- tado, se encuentra una que está en armonía con el carácter jovial, dulce y amable de sus hijos, con lo poético de su exuberante suelo, con sus limpios horizontes, con sus pintorescos valles y su trasparente cielo. Esta costumbre es la conocida con el nom- bre de *jamaicas*, que consiste en reunirse en algun jardín particular de la ciudad, va- rias familias de fina educacion y buen hu-

Su vista fué amortiguándose por grados. Hizo otro estremecimiento, y quedó profundamente dormida.

Pablo se cruzó de brazos, esperó de pie, y enfrente á ella, á que volviese de su le targo.

El doctor hizo un gesto de desesperacion.

Se veía obligado á renunciar á sus bastar dos deseos, cuando veía realizado la mitad de su plan, y esto le desesperaba.

Hubiera querido poder marcharse para evitarse aquel tormento; pero consideró que esto podia despertar sospechas en Pablo, respecto al narcotismo de Elisa, y se vió precisado á permanecer allí, frente á su víc tima, pero sin poder dañarla.

Pablo y Willey eran, el uno, el génio del bien; y el otro, el génio del mal; alentando distintos sentimientos.

Eran el ángel bueno y el ángel malo, co- locados uno frente al otro, en los instantes mas solemnes.

Eran el San Miguel y el ángel rebelde, oprimiendo aquel con su planta al rey de las tinieblas y del crimen.

CAPITULO XXI.

La Jamaica.

Entre las agradables costumbres que ha- cen de México un país risueño y encanta- dor, un oasis florífero y delicioso en medio de las convulsiones políticas que le han agi- tado, se encuentra una que está en armonía con el carácter jovial, dulce y amable de sus hijos, con lo poético de su exuberante suelo, con sus limpios horizontes, con sus pintorescos valles y su trasparente cielo. Esta costumbre es la conocida con el nom- bre de *jamaicas*, que consiste en reunirse en algun jardín particular de la ciudad, va- rias familias de fina educacion y buen hu-

mor, á pasar alegremente un dia destinado al contento, al baile y al placer.

Para conseguirlo cumplidamente, se improvisan á ambos lados de las calles que forman el jardín, ligeras y pintorescas tiendas de flores y enramada, donde las señoritas, despojadas de sus elegantes vestidos de seda, y disfrazadas con algun gracioso traje popular, obsequian con helados, horchata, dulces, *tamales* (1) y *atole* (2) de leche, que fingien vender graciosamente, á los concurrentes que, vestidos tambien al uso del pueblo y provistos de vistosas fichas de marfil, que se les da á la entrada, se acercan á las floríferas tiendas á comprar con ellas, y á tener un rato de agradable conversacion con las lindas vendedoras que embellecen aquel pensil, que la misma Flora envidiaria.

Nadie penetra en estos recintos de flores y de aromas, de luz y de alegría, mas que las finas y escogidas personas que han al-

(1) Masa endulzada, hecha de maíz, y muy sabrosa, que se envuelve en hojas del mismo.

(2) Líquido sacado del maíz, mezclado con leche, y endulzado.

canzado la dicha de ser convidadas por alguna de las que han dispuesto la deliciosa *jamaica*.

Allí los dulces acordes de la alegre música se asocian al blando murmurio de la perfumada brisa que mece las hojas de los copudos árboles, al manso ruido de las fuentes y al melodioso canto de las canoras aves, que parecen dominadas del general contento: allí los jóvenes de ambos sexos, bailando los unos las alegres sonatas populares con hechicera gracia, vendiendo otros y comprando los dulces y la horehata con que cada vendedor ha provisto abundantemente su florífera tienda para obsequiar á cuantos á ella se acerquen; fingiéndose algunos, agentes de policía para dar lugar á la broma de conducir al amigo que gusten á una enramada prision, donde los carceleros, que son varios señores y no pocas señoritas, le ponen grillos de olorosas flores y le sirven en doradas copas el espumoso Champaña, realizando así los deleites de la deliciosa Janja, donde es fama que la naturaleza brinda al hombre todos sus preciosos dones.

La vez primera que alcancé la dicha de asistir á una de esas *jamaicas* de la fina sociedad, mis ojos quedaron deslumbrados, y mi corazón conmovido. Allí se armonizaban admirablemente los placeres y la franqueza del campo, con las comodidades y abundancia de las grandes ciudades. El perfume de las silvestres flores y las suaves esencias del tocador se asociaban dulcemente para embalsamar la atmósfera.

Por desgracia esta costumbre, tan grata y deliciosa, ha ido decayendo de día en día á causa de las continuas convulsiones políticas, que han acabado con el humor festivo y la tranquilidad que antes reinaban en la deliciosa region de Anáhuac.

Pero dejemos consideraciones, y trasladémonos á la *jamaica* que tenia lugar en el jardín de D. Emilio, el día en que nos encuentra nuestra historia.

Resuelta ya la union de Clotilde con Leopoldo, y deseando proporcionar á la primera todo el solaz y distraccion que acudiesen al restablecimiento de su salud, ya bastante mejorada, habia dispuesto el señor Landeta

aquella diversion, á la cual habia convidado á lo mas selecto de la ciudad.

El jardín era grande, hermoso y bien cultivado.

Largas calles, orilladas de copudos árboles y de bellísimos rosales, conducian á una espaciosa glorieta, sombreada por elevadísimos álamos blancos que, circundándola por todas partes, juntaban sus sonantes ramas á una inmensa altura, formando una verde y fresca bóveda, por donde dudaban penetrar, tibia y dulcemente, los limpios rayos del fulgente sol.

Una hermosa fuente, en medio de cuya inmensa taza se veía á Neptuno, robusto en las formas, de varonil presencia, de larga barba y lacio cabello cano, de pié sobre una preciosa concha con ruedas, tirada por cuatro fogosos caballos marinos, teniendo en una mano las riendas y en la otra el poderoso tridente, se encontraba en el centro rivalizando en belleza con la que se ostenta en el espacioso paseo del Prado de Madrid.

Al pié de los copudos álamos que circun-

daban esta deliciosa glorieta, formando con sus robustas ramas un esmaltado techo, se levantaban airosas y risueñas, engalanadas de verde enramada y de vistosas flores, improvisadas y elegantes tiendas, ocupadas por lindas señoritas, vestidas con el airoso traje popular, realizando un encantado pensil de pintorescas grutas, habitadas por aéreas y vaporosas ninfas.

Pero no solo al rededor de la glorieta, sino también entre los árboles que orillaban todas las perfumadas calles del jardín, se veían otra multitud de estas pintorescas tiendas, donde las flores menos seductoras eran las que ostentaban las preciosas plantas, pues quedaban eclipsados sus colores por los de las bellas y lucientes rosas, que dentro de las poéticas grutas recibían con afabilidad, las visitas de los galantes caballeros que, provistos de labradas fichas de marfil, se acercaban á comprar la fresca limonada, escanciada por las seductoras sirenas del país de Moctezuma.

Todo respiraba placer y contento en

aquel sitio que realizaba los cuentos de las Mil y una noches.

La música, el canto de las aves, el murmurio de las fuentes, el dulce acento de las jóvenes, el suave movimiento de las hojas acariciadas por la brisa, las inquietas mariposas que agitan sus pintadas alas libando el néctar de las flores, el limpio azul del claro cielo, la preciosa alfombra de esmaltada grama que adornaba el suelo, todo concurría y se asociaba para imprimir á aquella alegre fiesta todo el aire de vida y novedad, de atractivo, de franqueza y sencillez, que con tan brillante colorido suelen pintarnos los poetas.

Aquí, en una aromática y enramada tienda, en cuyo frontis se lee en letras doradas: "A la Primavera," se vé una graciosa horchatera, con sus hermosas trenzas colgando, vestida con cortas enaguas de riquísimos pañuelos de seda de la India, bordados de oro y lentejuela, terciado el rebozo calandrio, y ostentado un pié en abreviatura, oprimido por un zapatito verde, despachando en brillantes y finos vasos la blanca y sabro-

sa horchata. Allá una linda *tamalera* de ojos negros y purpurina boca, dejando ver dos hileras de blancos y menudos dientes, envidia de las perlas, exclama sin cesar con acento mas blando y dulce que las auras, "aquí hay tamales cernidos, mi alma, de chile, de dulce y de manteca, donoso, pasen á merendar." No lejos de ella se descubre á una simpática confitera, despachando, en primorosas cajitas, las almendras garapiñadas, el rico dulce de coco, el *camote* (1) cubierto, y cuanto de mas exquisito puede apetecer el paladar mas regalado.

Los hombres, por su parte, tampoco habian descuidado nada de lo que podía contribuir á dar á la fiesta un aire popular.

Quién, cubierta la cabeza con un sombrero de paja de inmensas alas, en mangas de camisa, sujeto el pantalón ancho por una banda encarnada de seda, sacando del estómago una voz ronca y extraña, sentado sobre un petate, y teniendo delante varias canastas con regaladas y variadas frutas,

(1) Patata de Málaga, confitada.

gritaba desahogado: "al tostado de urno (1); aparen, aparen, cuántos cuartillos lleva." Quién con el cabello en agradable desorden, y parado junto á la puerta de su enramada tienda, exclama con ronco acento: "Pasen niñas á beber el Ometusco; dónde va la niña; entren á refrescar;" y quién, acompañado de varios que fingen ser sus mozos, despacha en otra gruta los helados mas exquisitos.

En un sitio de la huerta, que formaba un bosque de naranjos y limoneros, se descubria una casita de madera de agradable apariencia, en cuya portada se leian estas palabras: "Penitenciaria." Estaba rodeada de pintoresca enramada y de blancas y amarillas campanillas de los campos: su techo, construido de verdes ramas, ostentaba multitud de bandas de colores, de que pendian rústicas jaulas con canoras aves de brillante plumaje. En cada uno de los ángulos de esta pieza habia una mesita rústica, en que varias encantadoras jóvenes, airosamente vestidas, servian á los presos el aromático café en doradas tazas, y en bri-

(1) Imitando á la gente baja que dice *urno* por horno.

llantes copas el espumoso champaña, no sin haberles puesto primero con sus redondas manos, preciosos grillos de fragantes rosas.

Una comision de cinco hombres, que representaba la policia, recorria todos los puntos del jardin, llevando por espada cada individuo, un rico salchichon, y por pistola una botella de generoso jerez.

Nada habia allí que no fuera selecto y escogido. Vendedores, compradores, criados, horehateras, gendarmes y carceleras, todos pertenecian á lo mas granado de la sociedad.

Solo los músicos, ajustados para que tocasen todo el dia, pertenecian á la clase baja, y se complacian en ver bailar á los jóvenes de la fina sociedad con indecible gracia y perfeccion, las alegres sonatas populares, imitando exactamente el aire y los movimientos de la gente del pueblo.

Las tiendas, el baile y la penitenciaría, estaban llenas de gente que acudia á tener un momento de agradable conversacion con las ninfas que dentro se encontraban, y mu-

chos rogaban á la complaciente policia que les condujesen á la prision, para ser engri-llados por las sirenas encargadas de la custodia.

Pero entre las risueñas tiendas que circundaban la glorieta principal, y que semi-ocultas entre los árboles y enramada remedaban otros tantos nidos de blancas palomas, llamaba la atencion una por su graciosa sencillez y su delicado gusto.

Sobre la portada, se descubria un elegante rótulo, formado con violetas naturales que contenia estas palabras: "A la Flora Mexicana." Las paredes, el techo, el mostrador, los asientos, el pavimento, y cuanto, en fin, constituía aquella risueña mansion, estaba formado con bellisimas y fragantes flores, perfectamente combinadas.

Sobre el mostrador, y colocados en vistosos jarrones de porcelana de China, y en brillantes vasos de colores, llenos de agua cristalina, se veían preciosos ramilletes, hechos con una gracia cautivadora.

El rótulo que, como hemos dicho, se ostentaba en la puerta, correspondia perfec-

tamente con la gracia y belleza que resaltaba en la hechicera jóven que, entre aquel pensil de ramilletes, personificaba á la ninfa Cloris, á quien Céfito dotó de eterna juventud, le dió el imperio de las flores y el nombre de Flora.

Era una mujer de dulce fisonomía y hechiceros ojos, en cuyo ovalado y pálido rostro, apacible y grato como la luna, se dejaba conocer que habia padecido una de esas enfermedades del corazon, tan comunes en las mujeres dotadas de finos y tiernos sentimientos.

Su traje era airoso y bien cortado, como el que llevan las ricas campesinas del Anáhuac, y que consistia en unas finísimas enaguas cortas de raso azul celeste, con flores doradas, sujetas á la flexible cintura por una banda de seda con borlas de oro, que colgaban graciosamente por detras. Su pequeño pié, lo calzaba un zapato de raso blanco, que ostentaba encima de la punta, una flor de oro, primorosamente bordada: su turgente seno veíase cubierto por una finísima camisa de Holanda, con preciosos

dibujos de seda de variados colores, y un rebozo punzó, que hacia resaltar mas y mas la blancura de su suave cútis, descansaba graciosamente sobre sus redondos hombros, mórvidos y blancos como sus torneados brazos. Su hermoso y abundante pelo, que en dos trenzas le caía sobre su ebúrnea espalda, estaba sujeto en sus puntas, por una cinta encarnada, que resaltaba sobre el color azul de sus airosas enaguas; y en su poética cabeza, veíanse prendidas, con gracia, dos hermosas rosas, una blanca, y encarnada la otra, que llamaban la atencion por sus limpios colores y la belleza de sus hojas.

El mostrador de esta florífera tienda, estaba lleno de galantes jóvenes, que acudian ó comprar esos lindos ramilletes, para tener el placer de hablar con la encantadora diosa de los pensiles.

Solamente dos hombres, lejos de aproximarse á ella, se mantenían á regular distancia, sentados debajo de unos árboles, y retirados del resto de la concurrencia.

El adusto ceño de sus rostros, las mira-

das recelosas que dirijian de vez en cuando á su derredor para ver si álguien se acercaba á ellos, y la conversacion que en voz baja sostenian, daban á entender que trataban de algun asunto extraño al motivo de aquella alegre fiesta.

—Estoy anhelando que la diversion termine, porque me ahoga la ira.

Exclamó uno de ellos.

—Pues no hay mas que armarse de paciencia — contestó el otro — y aguantarse hasta el fin, porque el retirarnos despues de haber concurrido, seria llamar la atencion de todos, y muy particularmente de D. Emilo, que lo traduciria por un grosero desaire.

—Pero ¿quién tiene calma para ver la alegría de la mujer que nos aborrece, los obsequios que le tributan, y la satisfaccion insultante de un rival?

—Eso debió vd. haberlo meditado antes de haber aceptado el convite.

—¿Es decir que no hay mas remedio que aguantar?

—No queda otro.

—¡Excelente diversion

—¿No le dije á vd. con tiempo, que era mejor no admitir el convite, pretestando cualquier negocio? ¿No está resuelto el salir de México mañana mismo, puesto que nada tenemos que esperar aquí de bueno, y sí mucho que perder?

—Es verdad; pero yo queria verla siquiera por la última vez, y á ello me impulsaba un resto de esperanza, de que tal vez Leopoldo pereceria en el último lazo que le tendimos anoche.

—¡Vana esperanza! A ese hombre le protege Luzbel, lo mismo que le protege á ella. Leopoldo sale ileso de todos los ataques que le dirijimos, y vd. ha visto que para Clotilde no hay venenos eficaces. Cualquiera de los que mezclé en las medicinas que le recetaba durante su enfermedad, hubieran acabado con la vida de la persona mas sana y robusta, y ella, que estaba débil y espirante, ha recobrado la salud, cuando yo le daba á beber la muerte.

—Es cierto; y yo celebro que Clotilde

no haya sucumbido, pues si en un momento de frenesí y de zelos decreté su muerte, mi rencor y mi ódio solo deben alcanzar al afortunado rival por quien me deja.

—Es decir que á ella....

—A ella no deseo la muerte, sino que no pertenezca á nadie sobre la tierra, puesto que á mí no me es dado alcanzar la dicha de poseerla.

—Ese rasgo de generosidad me admira.

—¿Qué quiere vd! la belleza de las mujeres ejerce sobre mi corazon un sentimiento de piedad, que contrasta con todos los demas actos de mi vida.

—Confieso que, con respecto al bello sexo, pensamos de muy distinta manera.

Yo, cuando he agotado todos los medios de alcanzar mis fines, apelo al rapto.

—Pero vd. mismo sabe, por experiencia, que un rapto no siempre es coronado con la satisfaccion de un deseo. Por ejemplo, Luz y Adela, que están hace algun tiempo bajo el poder de vd., no han sucumbido aún.

—Por lo que hace á Luz, esta noche será mia, estoy seguro.

—¿Cómo!

—Le he preparado un nuevo cuarto, donde he colocado las sillas y butacas de resortes que mandé traer, y que, como dije á vd., sujetan al individuo que se sienta en ellas, sin dejarle movimiento ninguno.

—Y ella, ¿nada sospecha?

—Absolutamente nada; y como voy á decirle que le he dispuesto aquella pieza, porque salgo mañana para Europa, y anhe-lo que sus padres la encuentren en un sitio decentemente amueblado, necesito que vd. me acompañe, para que así se persuada de que es cierta mi resolucíon, pase á la pieza dispuesta, en donde al verse sola, indispensablemente se sentará, quedándose sin defensa.

—¡Ah! ¿vd. va á ser feliz!

—Es preciso celebrar mi salida de México, dando una leccion de moral.

—¿Y con Adela, qué piensa vd. hacer?

—Esa va caminando ya para Veracruz en una litera, custodiada por nuestros sócios de fabricacion, como caminaba nuestro preso Ricardo, segun me habeis referido,

y del cual pensó vd. sacar un rescate que no se ha verificado.

—¡Ricardo!

Exclamó aterrado Duval; pues el lector habrá conocido ya que los interlocutores no eran otros que el personaje que acabamos de nombrar y el doctor Willey.

Duval, como hemos dicho otras veces, habia ocultado á su sócio todos los actos de su vida pasada, para no verse obligado á dividir con él los bienes adquiridos antes de asociarse; pero no pudiendo evitar que supiese la prision de Ricardo, le refirió que la habia dispuesto, con objeto de venderle la libertad por una crecida suma, que el preso jamás consintió en dar.

—¿De qué se estremece vd? ¿Teme vd. que aún hable?—Preguntó sonriendo el doctor:—¡No me ha asegurado vd. que....

—Sí; le he asegurado á vd. la verdad.... Ni él ni el mendigo, hablarán ya; pero....

—Pues tampoco tenemos que temer nada de Félix, que está ya en capilla, y que dejará de existir en los mismos momentos en que abandonemos la capital.

—Es verdad.... y sin embargo, la sangre vertida me inquieta.... me atormenta....

—¿Remordimientos?—Dijo riendo el doctor.—Ya son tardíos, señor Duval.

—La idea de que ese hombre va á morir mañana inocente, y por mi causa, me hiela la sangre, sin saber por qué.

—¿Está vd. hablando de veras?

—Con toda sinceridad.

—Entonces preciso es decir que es vd. incomprendible.

—¿Por qué?

—Porque ahora se horroriza vd. de una víctima que no le puede comprometer, y anoche dispuso vd. que se asesinasen á Leopoldo.

—Confieso mi conducta contradictoria.

—Escrúpulos de beata. Félix es el único que aun puede hablar; y nosotros lo que debemos procurar es, que no hable, al menos mientras no salgamos de Veracruz.

—Lo conozco.

—En Europa se le quitarán á vd. todos esos escrúpulos, en medio de los festines y los goces que proporciona el dinero. Ade-

mas, la mayor parte de nuestros bienes, que constan en fincas, los hemos vendido á condicion de recibir el dinero en Lóndres, para donde llevamos libranzas; y si antes de abandonar el país se descubriesen nuestras gracias, todo lo perderiamos á la vez que la vida.

Esta reflexion ahogó los escrúpulos de Duval, que exclamó:

—Es cierto: la sangre de ese hombre mas, no aumenta el peso de la que ya he vertido: acallemos, pues, el grito de la conciencia, ya que la muerte de D. Félix es nuestra salvacion.

—Eso se llama pensar bien. La conciencia es una fantasma que solo debe asustar á los niños y á las mujeres. Pero silencio, que por esta calle se acercan D. Emilio y Leopoldo.

En el semblante de Duval se pintó el ódio y el rencor.

—Sí;—contestó con satánica sonrisa;—ahora no se separan ni un solo instante.—Y luego, rechinando los dientes, añadió:—¡Ah! ¡maldigo el momento en que usé de la ge-

nerosidad de devolver á D. Emilio su fortuna! ¡Si yo le hubiera dejado envuelto en su ruina, hoy seria Clotilde mia.

—Callemos, que aquí están, y no nos han visto.

Dijo el doctor; y Duval dejó de hablar, deseando que no fijasen la atencion en ellos.

Don Emilio y Leopoldo, unidos del brazo, y en animada conversacion, se acercaban sin dirigir la vista al sitio en que los dos despechados amigos se encontraban.

En el rostro de los primeros estaban retratados la alegría del corazon y el placer de la amistad.

—Si, D. Leopoldo—decia en alta voz D. Emilio;—estoy íntimamente persuadido de que mi querida hija va á ser con vd. la mas feliz de las mujeres. Ya lo ha empezado á ser desde que la presencia de vd. y sus palabras la arrancaron del borde del sepulcro, donde yo la habia conducido, mal aconsejado de injustos informes. ¡Oh! ¡y qué hermosa está hoy en su aromática tienda de ramilletes, animado su rostro por la fé en el dulce porvenir que la espera, al lado del

hombre á quien no ha dejado de amar un solo instante!

—Como yo tampoco la he olvidado un solo momento, D. Emilio. Ella era y es el centro de todas mis aspiraciones; y al ver que han terminado los temores y los recelos, cediendo su lugar á las venturas de la gloria, me parece que todo no es mas que un delicioso ensueño, del que temo despertar.

—No, no despertará vd. de él, querido Leopoldo: es la realidad que durará tanto como la vida. En vd. está señalar el día del enlace que vd. ha querido retardar hasta la llegada de su fiel amigo Nuñez.

Duval y Willey se miraron.

—Sí; á pesar de que cada minuto que trascurre me parece un siglo, no quiero llegar al colmo de la felicidad hasta que él no llegue, para que sea testigo de ella, y tome parte en el regocijo general. De otra manera seria manifestarme poco agradecido á los altos y numerosos servicios que me ha prestado.

—Bien; esa prueba de gratitud le honra

á vd. mucho, para que yo trate de que vd. la atropelle. Pero Nuñez hace algunos días que debia estar aquí, y me tiene cuidadoso su tardanza. ¿Le habrá sucedido alguna desgracia?

Duval y el doctor volvieron á mirarse.

—A mí tambien me ha asaltado varias veces ese temor. Sin embargo, espero que la tardanza de mi leal amigo reconozca un origen mas lisonjero.

—¿Cuál?

—La Caverna de Cacahuamilpa es inmensa, encierra bellezas de primer orden, y tal vez se habrá detenido á visitarla escrupulosamente.

—¡Dios lo quiera!

—La duda de vd, aumenta mi recelo.

—Temo, porque vd. y Nuñez tienen bastantes enemigos, y bien pudiera alguno, sabiendo que emprendia ese viaje, haberle seguido, y oculto en la caverna, á donde nadie podia verle, saciar impunemente una venganza derramando su sangre.

Duval se puso pálido, y el doctor le apretó la mano.

—¡Oh! ¡qué horrible pensamiento!—Exclamó Leopoldo inmutado:—Pero no.... eso es imposible.... La noticia de una desgracia, hubiera llegado ya á nuestras oídos.

—Quiero persuadirme de que así es. Esperemos, pues, otros cuatro días, y si al espirar ese plazo no parece....

—Entonces iré yo mismo á ver lo que ha pasado, para unirme inmediatamente á Clotilde.

—Muy bien. Pero aligeremos un poco el paso, y aproximémonos á la tienda de la hermosa Flora, que estará esperando impaciente á su tierno Céforo.

Dijo D. Emilio con aire jovial y sonriéndose.

—No menos lo está—contestó en el mismo tono Leopoldo—el ministro y cortesano de la Primavera, por ver á la encantadora Cloris.

Y se alejaron, dirigiéndose hácia la pintoresca gruta que ocupaba la hermosa Clotilde.

Duval, al verles á bastante distancia, dió

una patada en el suelo, apretó los puños, y exclamó sin poder reprimir su cólera.

—¡Oh! ¡venganza! La consideracion de la felicidad de ese hombre seria mi infierno en Europa.

—Allí no presenciara vd. su dicha, y su imaginacion estará demasiado ocupada con otros objetos seductores, que le robarán todos los instantes de la vida.

—¡Oh! no: los zelos y la ira me dominan, y necesito la muerte de Leopoldo para que la memoria de su ventura no vaya á acabar los placeres que me brinda la Europa.

—Pero es preciso reflexionar que en los momentos en que vamos á alejarnos de este país, no es conveniente ocuparnos de un asunto tan peligroso que podría traer acaso funestas consecuencias.

—¿Tiene vd. miedo?

—Eso, jamás; pero....

—Nada, nada, Willey: lo he resuelto, y es preciso que ese hombre muera esta noche misma, para que yo emprenda tranquilo mi viaje.

—¿No hay indulto para él?

—No lo hay.

—Pues bien, morirá, y morirá de una manera que se atribuya á muerte repentina y natural.

—¿Cómo!

—Yo traigo un líquido que el que lo aspira, muere al instante como herido por un rayo.

—Bien; pero ¿cómo hace vd. que ese líquido lo aspire Leopoldo, sin que vd. se comprometa?

—Fácilmente.

—¿Cómo?

—¿No ha visto vd. que trae para la hora de salir de la diversion, que será de noche, un lujoso tapaboca, con que indispensablemente se cubrirá para abrigarse?

—Sí.

—Pues bien: ese tapaboca está en la pieza que se ha convertido en guarda-ropa, y con verter en él la cantidad necesaria del líquido, tiene que aspirar la muerte al cubrirse la boca, sin que ni remotamente se atribuya su trágico fin á persona humana.

—¡Oh! ¡sublime idea! Sin embargo....

—¿Qué?

—Puede fallar, como falló el resultado que se propuso vd. con Elisa, segun vd. mismo me ha contado.

—El deseo no se realizó, en efecto, porque se presentó Pablo; pero el líquido obró como era preciso que obrase; y si en vez de darla un narcótico, le hubiese aplicado al pañuelo lo que aplicaré al abrigo de Leopoldo, Elisa no existiría ya.

—¿Es decir que es eficaz ese líquido?

—Sin igual.

—Bueno.

—Pero antes de aplicarlo, necesito que me acompañe vd. á donde tengo á Luz, para que así se persuada que trato de dejarla en libertad, puesto que me es preciso partir para Europa, y penetre sin recelo en la pieza en que me espera la felicidad.

—Acompañaré á vd. á donde quiera.

El doctor iba á contestar, cuando vieron que D. Emilio, despues de dejar á Leopoldo con su amada, se dirijia hácia ellos.

—¿Dónde se oculta vd. amigo Duval?—

Dijo al acercarse tendiéndole la mano.—No le he visto á vd. hace mas de una hora.

—Estábamos gozando de la grata sombra de estos árboles, y hablando del sentimiento que nos causa abandonar este país donde tan marcadas pruebas de deferencia hemos recibido.

—¿Y por fin está resuelta la marcha para mañana?

—Definitivamente.

—Lo siento que no la suspenda vd. hasta que se realice la union de mi querida hija, cuya felicidad ha deseado vd. siempre.

Duval disimuló el disgusto que aquellas palabras le causaban, y contestó:

—Sí; su felicidad he preferido siempre á la mia.

—Y ella le está á vd. muy agradecida: pero acerquémonos á la glorieta principal, porque va á dar principio la mesa.

Duval y el doctor no pudieron jescusarse, y siguieron á D. Emilio al sitio indicado.

La comida, para que correspondiera á los trages con que se habia disfrazado la mayor parte de la concurrencia, era al es-

tilo del país. El *mole de guajolote*, (pavo en salsa); los chiles rellenos; (pimientos rebozados con huevo y con carne picada dentro); las sabrosas *enchiladas*, el *guajolote* relleno; los *frijoles* gordos; el pulque de piña; el de naranja, el de almendra y el natural, todo estaba en abundancia.

Los músicos, colocados al borde de la fuente, tocaban escogidas sonatas, en tanto que tenia lugar la comida.

Leopoldo se habia colocado al lado de Clotilde para tener el gusto de hablar con ella y de servirla. A Duval le habia tocado el sitio de enfrente, y cada obsequio de su rival, era un dardo que le clavaban en el pecho.

Cuando algunas libaciones de confortativo licor habian ido á dar cocimiento al alimento, empezaron los brándis en verso y prosa que son la vida de las mesas.

D. Emilio brindó por la amabilidad de la escogida concurrencia que se habia dignado aceptar el convite, por el grato motivo que les habia reunido en aquel sitio, y por la próxima union de su querida hija con el

distinguido artista con quien se envanecía la patria.

Duval disimuló la ira que le devoraba; y apuró la copa.

Concluida la comida, se dirigieron á tomar café y vinos generosos, á un magnífico cenador, situado debajo de unos sauces llorones.

El sol empezaba ya á declinar, y el ambiente que se respiraba era grato y perfumado.

Los jóvenes, dando el brazo á las lindas compañeras á quienes habian servido, salieron á recorrer las sombreadas calles del delicioso jardin.

Clotilde, apoyada en el de Leopoldo, salió risueña y seductora por junto á Duval que palideció de ira.

Ya se disponia á seguir á la feliz pareja, cuando se presentó en el cenador, vestido de rigoroso luto el anciano D. Manuel, el antiguo principal de Nuñez.

—¿Por qué tan tarde, querido amigo?

Le dijo D. Emilio saliéndole al encuentro y tendiéndole la mano.

—Porque me habian dado señas muy particulares de la jóven Adela, á quien sabe vd. que busco hace tiempo para anunciarle la fortuna que ha heredado.

El doctor escuchó atentamente.

—¿Y la encontró vd?

—No, por desgracia. Fuí al callejon de Recabados donde me digeron que vivia, y allí supe que habia salido la noche del pronunciamiento de los polkos, y que nadie ha vuelto á saber de ella.

—Pero está vd. cierto de que era Adela?

—Sí; porque aunque el nombre con que me la dieron á conocer no era el mismo, las señas correspondian en un todo, y estoy cierto que la hermosa y desgraciada Soledad de que me hablaron, no es otra que la heredera de las riquezas que dejó mi amigo.

El doctor apretó la mano de Duval.

—¿No es esa jóven la novia de Nuñez?—
Preguntó D. Emilio.

—La misma.

—Pues á mí no deja de tenerme tambien

con bastante cuidado la tardanza de este último.

—¿Pues qué, aun no viene de Cacahuamilpa?

—No señor; y mucho temo que le haya sucedido una desgracia.

Duval miró con inquietud al doctor.

—Lo sentiría infinito. ¿Y Clotilde y Leopoldo, por dónde andan?

—Paseándose en el jardín como dos enamoradas tórtolas. Pero voy á mandar que le sirvan á vd. alguna cosa. ¿Qué quiere vd. tomar?

—Una taza de café únicamente, porque hace media hora que comí.

Don Emilio sirvió una taza de café á su antiguo amigo, se puso él otra, y ambos se sentaron entregados á una animada conversacion.

Entre tanto los últimos rayos del sol se ocultaban en el lejano horizonte.

Duval, impaciente y zeloso de su afortunado rival, hizo una seña al doctor para que le acompañase, y ambos, saliendo del cena-

dor, se alejaron sin que ni D. Emilio ni D. Manuel fijasen la atencion en ellos.

—¿Qué tiene vd?

Le preguntó el doctor.

—El infierno dentro del pecho.—Exclamó Duval rechinando los dientes.—La desesperacion de los condenados. Necesito la muerte de Leopoldo.

—Le he prometido á vd. que dejará de existir esta misma noche, y mi promesa será cumplida.

—¡Oh! sí.... lo necesito.

—Pero antes es preciso que me acompañe vd. á la casa en que tengo presa á Luz.

—Sí, vamos; pero que sea pronto para volver en el instante y ver realizada mi venganza.

Y apoyándose en el brazo del doctor, se dirigió á la puerta de la calle.

La noche habia cerrado completamente.

Al poner el pié fuera del jardín, una voz se dejó escuchar, que le hizo palidecer.

Era la de un vendedor de papeles que, levantándose lúgubre y terrible, formulaba

estas tristes palabras: "¡El diario del ajusticiado!"

Duval se estremeció, creyendo ver delante de sus ojos al inocente Félix, que le aplazaba desde el ensangrentado patíbulo para el tribunal de Dios.

El doctor, notando su terror, le dijo:

—¡Vuelve vd. á ser presa de las ridículas preocupaciones, mamadas en la niñez? Confieso que hoy está vd. desconocido. Vamos, séamos lo que hemos sido siempre. No nos dejemos dominar por trampantojos. El infierno y la gloria están en el mundo.

El hombre que marchaba pregonando el papel para venderlo, pasó entonces por junto á ellos, gritando con robusto acento:

—¡El diario de D. Félix el ajusticiado!

Duval se puso cadavérico; aquella voz penetró hasta lo mas profundo de su corazón, helándole la sangre.

—Es vd. un niño:—exclamó Willey al notar su terror.—Pero tal vez nos tenga estó mas cuenta, porque así dejará vd. que Leopoldo disfrute las caricias de la jóven que vd. soñó poseer un dia.

Aquellas palabras, dichas intencionalmente por el doctor para exaltar el ánimo de su amigo, produjeron el efecto deseado.

—¡Jamás, jamás!—Gritó Duval, dominado por los zelos—¡He jurado que morirá, y morirá!

Y apoyándose resueltamente en el brazo del doctor, se dirigió con éste á la casa en que gemia inconsolable la desventurada Luz.

Sin embargo, Duval sentia un terror invencible.

Su rostro estaba desencajado y pálido.

La voz del hombre que gritaba "El diario del ajusticiado," sonaba aún en sus oídos, y el eco de aquella voz resonaba en su corazón.

Duval hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y disimuló su terror.

Willey, dominado por la infernal pasión de la lujuria, dejaba ver en su rostro el placer que inspira la esperanza de una próxima felicidad.

Eran dos réprobos, temiendo el uno el

castigo, y anhelante el otro saciar sus torpes pasiones.

Y estos dos réprobos se acercaban al sitio en que gemía un ángel; un ángel indefenso... un ángel á quien trataban de engañar con una libertad mentida, para arrojarlo en el cieno!

¿Triunfaron al fin?

Los acontecimientos que iremos narrando darán contestacion á esta pregunta.

CAPITULO XXII.

De la mesa á la boca...

El ejército mexicano que tan bizarramente habia combatido en la Angostura contra las mejores tropas norte-americanas, se dirijia á México despues de haber permanecido en San Luis algunos dias descansando de las fatigas de aquella gloriosa, aunque sangrienta expedicion.

Era necesario atender á la parte de Oriente, por donde el general Scott se presentaba amenazante con las tropas invasoras que se habian apoderado de Veraacruz, y los infatigables soldados mexicanos, que habian luchado en la Angostura, marchaban, ha-

castigo, y anhelante el otro saciar sus torpes pasiones.

Y estos dos réprobos se acercaban al sitio en que gemía un ángel; un ángel indefenso... un ángel á quien trataban de engañar con una libertad mentida, para arrojarlo en el cieno!

¿Triunfaron al fin?

Los acontecimientos que iremos narrando darán contestacion á esta pregunta.

CAPITULO XXII.

De la mesa á la boca...

El ejército mexicano que tan bizarramente habia combatido en la Angostura contra las mejores tropas norte-americanas, se dirijia á México despues de haber permanecido en San Luis algunos dias descansando de las fatigas de aquella gloriosa, aunque sangrienta expedicion.

Era necesario atender á la parte de Oriente, por donde el general Scott se presentaba amenazante con las tropas invasoras que se habian apoderado de Veraacruz, y los infatigables soldados mexicanos, que habian luchado en la Angostura, marchaban, ha-

ciendo jornadas increíbles, al encuentro del enemigo.

Después de muchos días de incesante marcha, llegaron á una jornada de la capital, y la esperanza de que iban á descansar en ésta algunos días, les hizo olvidar todas las pasadas penas y privaciones.

Los oficiales mexicanos caminaban contentos, halagados con la risueña idea de que dentro de muy breves horas tendrían el gusto de abrazar á sus familias, que les esperaban con impaciencia.

En la vanguardia, y como deseando ser los primeros en saludar á la hermosa ciudad de México, marchaban á caballo, y á un lado de la tropa, dos jóvenes de simpática figura: eran un elegante capitán, en cuyo rostro se dibujaban la franqueza y los nobles sentimientos del corazón, y otro, cuyo sencillo uniforme indicaba pertenecer al cuerpo médico del ejército.

—Cuanto mas cerca estamos de México, mas largo me parece el camino, querido Rafael.

Dijo el simpático capitán, dirigiendo la vista á su compañero.

—Y eso, D. Juan, que no tiene vd. en ella ningún deber sagrado que cumplir, como tengo yo á quien un malvado arrebató su felicidad.

—Cierto: pero como he formado empeño en ayudar á vd. á encontrar de nuevo esa felicidad, mi impaciencia por contribuir á ella, crece á medida que nos acercamos, á donde espero que la encontrará vd.

—Gracias, amigo mio.

—Si vd. hubiera escrito á Nuñez ó á Leopoldo, diciéndoles en poder de quién gime cautiva la joven desgraciada que le arrebataron á vd. de su lado, cuando estaba próximo á unirse á ella, todo estaria ya terminado, y Luz se hallaria libre del poder de ese infame Willey, á quien vd. juzgaba un excelente amigo.

—No, D. Juan: no convenia que yo confiase ese secreto á una carta, y ya le he dicho á vd. otras veces las razones que he tenido para ello.

—Sin embargo....

—No, D. Juan. Willey, á quien ahora desgraciadamente conozco por un perverso, habrá tomado todas las precauciones que toman los malvados para que no se descubran sus delitos, y estoy seguro que una de ellas seria interceptar todas las cartas que se dirijieran á Nuñez y Leopoldo, con quienes sabe me une una amistad íntima.

—¿Y si no ha cruzado por su mente esa idea?

—Si no ha cruzado, podia cruzar, y yo estaba en la obligacion de evitar nuevos males.

—Cierto.

—Yo queria caer sobre Willey, como cae la voz de Dios sobre la conciencia del criminal, á quien nadie ha visto cometer su crimen; y aunque es cierto que para conseguirlo me he esperado sufriendo las penas mas terribles, no estoy arrepentido de mi silencio, puesto que se acerca el instante de presentarme á él, que tal vez saldrá á recibirme, bien ageno de pensar que he descubierto su inicuá maldad.

Y no se habia engañado Rafael. Willey,

como él se habia figurado, ocurría todos los dias de correo á la estafeta, para ver si venia alguna carta para Nuñez ó Leopoldo, y apoderarse de ella.

La prevision, pues, de Rafael, habia sido salvadora.

—Yo me alegraré—dijo D. Juan—que como vd. se imagina, Willey, lleno de confianza, y fingiendo una verdadera amistad, salga á recibir á vd. para que nos ahorre el trabajo de buscarle.

—Sí, vendrá, no tenga vd. duda de ello: vendrá á decirme que no ha perdonado medio alguno para descubrir el paradero de mi amada Luz; que ha recorrido toda la ciudad; que ha escrito á sus amigos; pero que todo ha sido inútilmente.... Sí, vendrá á decirme esto como me decía cuando yo no dudaba de su sinceridad.... Pero ahora que conozco su traicion; ahora que conozco su infame alma, su perfidia y su traicion.... ahora me apoderaré de él, le diré que es un infame, y no le soltaré hasta que no me lleve al sitio en que tiene al sér mas puro de la tierra.

—Y yo acompañaré á vd. para que no logre escaparse de sus manos, en caso que lo intente.

—Bien, amigo mio.

—Así va á recibir antes el golpe que el amago.

—Escribiendo hubiera espantado la caza, y así caigo sobre ella, que viene á colocarse bajo mis tiros.

—Sí; ahora que veo próximo el desenlace de este drama, conozco que la prudencia exigia obrar de la acertada manera con que vd. ha obrado. Escribir á Nuñez ó á Leopoldo, encomendándoles obrar en el asunto, hubiera sido exponerse, en efecto, á que la carta hubiera sido interceptada por Willey, y á que éste se pusiese en salvo, llevando á Luz á otro sitio que no hubiéramos descubierto jamás.

—¡Oh! ¡estoy impaciente por llegar! Cada instante me parece un siglo que me falta para salvar á la mujer que adoro.

—Pero siglo en que nada debe vd. temer por su virtud, ni por el cambio de su amor.

—¡Oh! eso no. ¿Puedo dudar ya de la

fortaleza de su alma, ni de su invariable pasión, cuando los caracteres trazados sobre este pañuelo, que siempre llevo junto al corazón, me demuestran su fé ardiente y su constancia? ¿No dice en ellos—añadió sacando el pañuelo en que estaban trazados aquellos caracteres—que aborrece á Willey, el cual jamás conseguirá vencer su virtud?

Y Rafael besaba aquel precioso lienzo en que habia escrito tan consoladoras palabras la desventurada Luz.

—Sí; y la resolución de una mujer virtuosa y enamorada, nadie es capaz de cambiar en el mundo.

—No, nadie; y Luz es una de esas mujeres tiernas y sensibles, que prefieren la muerte á cualquier acción que no esté en armonía con el deber de la conciencia.

—Y su constancia encontrará bien pronto la justa recompensa.

—¡Oh! sí.... dentro de poco podré salvarla.... estrecharla contra mi corazón.... volverla al lado de sus amados padres, y espe-

rar en la felicidad que habia huido de mi alma!

Y Rafael, animado con aquella dulce idea, caminaba impaciente por llegar á México.

Sus ojos estaban fijos en el rumbo por donde de un instante á otro se esperaba descubrir la grandiosa ciudad con las elevadas torres de sus magníficos templos.

Don Juan, lo mismo que él, miraba hácia el fin del camino, esperando que se presentase á su vista la suntuosa capital de los antiguos emperadores aztecas.

Tambien él tenia recomendables personas á quienes visitar, y entre ellas se contaban las que formaban la familia de la hermosa Elisa, cuya hija Teresita era el tierno pimpollo que, como dijo á Rafael cuando marchaban á la Angostura, habia elegido para que, mas tarde, cuando fuese flor delicada y bella, embalsamase los felices dias de su existencia.

La de D. Juan no era mas que una idea que habia cruzado por su mente cuando fué presentado por el indio Pablo en casa de Elisa; pero aunque no era mas que una

idea que no podia inquietarle en lo mas mínimo, sin embargo, deseaba llegar pronto á México, para ver los progresos que en belleza habia hecho aquel tierno capullo, que manifestaba ostentar con el tiempo todos los atractivos de la mujer que le dió la vida.

El de Rafael era un deseo vehemente; una necesidad la de llegar á México.

El de D. Juan era un capricho, una curiosidad sin importancia.

Pero á este capricho y esta curiosidad se agregaba otro motivo muy poderoso en D. Juan para llegar á México.

Apreciaba con todas las veras de una sincera amistad á Rafael, y queria ver el fin de sus padecimientos.

Este noble sentimiento le obligaba á tener fija la vista en el extremo del camino, por donde esperaba ver presentarse la ciudad.

Rafael marchaba con el mismo afán.

De repente, creyó descubrir por entre los claros de los árboles y perdiéndose entre las nubes, las torres de un suntuoso templo que se presentaba en el horizonte.

Rafael contuvo la respiracion, miró con ávidos ojos, temiendo engañarse, y convencido de que no se equivocaba, exclamó lleno de júbilo:

—¡Allí está México!

A estas palabras, toda la vanguardia fijó la vista en el rumbo de la capital, y prorumpió en exclamaciones de alegría.

Rafael, henchido de placer y de esperanza, estrechó la mano de D. Juan.

En aquellos instantes, un ayudante del general, llegó corriendo á donde estaba el jefe que mandaba la vanguardia, y le comunicó una orden.

El jefe mandó á su tropa dar media vuelta á la derecha, y el ejército empezó á contramarchar por el camino que habia traído.

¿Qué habia pasado?

Lo diremos en breves palabras.

Veracruz habia caído en poder del invasor, quien marchaba avanzando sobre México: para contener su marcha era preciso oponerle una barrera, y esta barrera era el ejército.

Santa-Anna, con una actividad que le

honrará siempre, habia organizado una fuerza respetable, y la habia enviado al encuentro del enemigo. Conociendo, sin embargo, que aquella fuerza no era suficiente, envió un extraordinario al general que venia de S. Luis, para que, sin entrar á México, se dirigiese al camino de Veracruz, cortando por Zumpango.

Esta orden fué obedecida en el acto, como hemos visto; y aquellos sufridos soldados que hacia un instante habian acariciado la dulce idea de descansar en México, se vieron precisados á alejarse; sucediendo á la esperanza de descanso, la realidad de nuevas penosas marchas, para ir de nuevo á luchar en defensa de la patria.

Rafael, al tener que renunciar á sus sagrados proyectos, y ver desaparecer de nuevo á sus ojos las altas torres de los templos de la ciudad, donde dejaba á su amada en poder de un malvado, exhaló un profundo suspiro, inclinó la cabeza sobre el pecho, y caminó en su caballo, ocultando las lágrimas que brotaban de su prensado corazón.

Don Juan trató de consolarle; pero ¿qué

fuerza podian tener sus palabras, cuando el alma estaba herida de una manera repentina, íntima y terrible?

¿Hay acaso consuelo posible para un corazón en que se acaba de derramar toda la amargura reservada á los desgraciados?

Rafael habia acariciado la esperanza de salvar, dentro de breves instantes, á la mujer que amaba, y aquella esperanza miró alejarse, al perder de vista las torres de la ciudad en que gemia cautivo el ángel de su amor.

El desventurado jóven volvió á pensar en que dejaba en poder de un malvado al ser mas puro de la tierra, y tembló en llegar tarde ya para salvarlo.

¿No podia Willey valerse de un medio infame para manchar su honor?

Rafael se vió sorprendido por esta idea, y tembló.

¿Volveria á tiempo para salvar á su amada?

El desventurado volvió á exhalar otro suspiro, y caminó en silencio, entregado al mas profundo dolor.

No sabia el desgraciado, el medio infame que habia dispuesto Willey para triunfar de la virtud de la mas pura de las jóvenes.

No sabia que en los mismos instantes en que él se veía precisado á alejarse para ir á combatir en defensa de la patria, el doctor tenia preparada una lujosa estancia para la desventurada Luz, adornada con vistosas sillas y butacas de construccion diabólica, que la privarian de toda defensa.

No sabia nada de esto, ni tampoco sabia que al siguiente dia, Willey habia dispuesto ponerse en camino para Veracruz con Duval, donde se embarcaria para Europa, dejando á Luz entregada á la vergüenza y á la desesperacion. No, nada de esto sabia Rafael, porque á haberlo imaginado siquiera, hubiera abandonado en el instante sus filas, y hubiera corrido á salvar á su amada, aun cuando le hubieran fusilado luego por desertor.

Pero el valiente jóven estaba muy lejos de saber el peligro inminente en que se hallaba el honor de su idolatrada Luz, y persuadido de que el encuentro con los inva-

sores no podia tardar muchos dias, quiso esperar á que se efectuase, para que no se pudiese atribuir su ausencia á cobardía, y volar despues á salvar á su amada.

Y esto sucede siempre. Mientras los hombres de hidalgos sentimientos, se constituyen en esclavos de su deber, y se sacrifican en aras del honor, los malvados, poniendo en juego todos los ardides, aprovechan los instantes y las ocasiones para alcanzar sus infuenos fines.

Y esto acaecia con Rafael y Willey.

El primero, por cumplir con el deber santo de defender la patria, aplazaba para otro dia el asunto mas importante para su corazon.

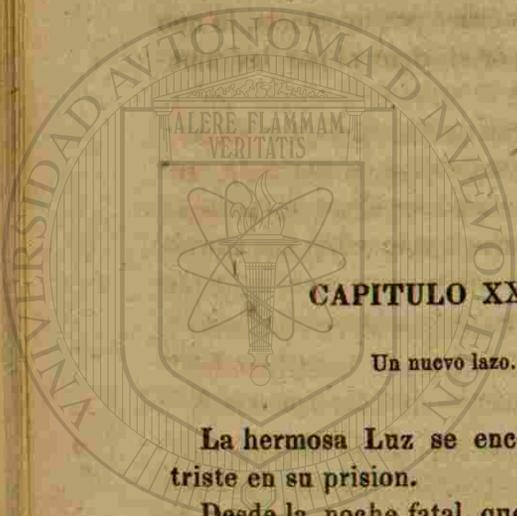
El segundo, sordo á la voz de la conciencia, aprovechaba aquellos momentos en disponer todo lo necesario para triunfar de la virtud de Luz.

Rafael marchaba al encuentro de los enemigos de la independendencia de su país.

Willey, acompañado de Duval, salia, como hemos visto, de la *jamaica*, y se dirijia

á la prision en que gemia su inocente víctima, para alcanzar, por la astucia, lo que no consiguió por el rigor ni por las amenazas.

¡Pobre Luz!



CAPITULO XXIII.

Un nuevo lazo.

La hermosa Luz se encontraba sola y triste en su prision.

Desde la noche fatal que le arrancaron del lado de sus padres y de su amante, la infeliz no habia vuelto á respirar el aire puro de los campos ni de los paseos.

Encerrada en el estrecho cuarto á donde el doctor la habia conducido para triunfar de su virtud, su rostro habia perdido el sonrosado color que le animaba, y sus ojos la brillante luz de su dulcísima mirada.

Era una flor privada de los rayos vivificantes del sol y de las brisas primaverales

Temerosa á todas horas de ser víctima del hombre que habia jurado su deshonra, la desventurada no tenia ni un solo instante de reposo.

La mayor parte de las horas del dia las pasaba en fervorosa súplica al Eterno, y las noches, casi en continua vela, despertando sobresaltada al mas ligero ruido que escuchaba.

Era una vida de inquietud y de sobresaltos, que destrufan su salud y marchitaban su hermosura.

Sin tener noticia alguna de las personas que mas amaba sobre la tierra, sin respirar otro ambiente que el escaso que penetraba por la estrecha ventana á la que le vimos asomada una dia, y que ahora está cerrada con doble reja para que no pueda ser vista de la calle, su existencia era un continuo martirio, al cual la muerte era preferible.

Dios, sus padres, y el tierno amante que adoraba con todas sus potencias, eran los seres que ocupaban su imaginacion.

Rafael habia sido el primer hombre que

habia hecho latir su corazon de amor, y aquel sentimiento era tan profundo, tan intenso, que no podia separarse de ella, como no puede separarse de la olorosa flor el regalado aroma que la enriquece.

La memoria de aquel sér que le hizo presentir en este mundo las dichas de la gloria, le arrancaba á todas horas amorosas lágrimas, que habian dejado en sus mejillas la triste huella de su paso.

—¡Dios mio, Dios mio!—Exclamaba en el instante en que nos halla nuestra historia.—¿Hasta cuándo habrás dispuesto que duren mis penas? ¡Muy criminal debo ser, cuando tú, tan misericordioso, has descargado tu rigor sobre esta infeliz mujer! ¡Sí; muy criminal debo ser! ¡Pero yo te ruego, Padre amantísimo, por la restauradora sangre derramada en el salvador madero por tu Divino Hijo, y por el precioso llanto de tu Santísima Madre, que te dignes poner término á mis padecimientos..... que aplaques la fuerza de tu justicia, y que me arranques del poder del hombre que atenta á mi virtud!

Y el rostro de la jóven se miró bañado de repente por el fuego de la fé y de la esperanza.

—¡Ah! no: tú no me abandonarás.—Continuó como inspirada por un presentimiento celestial.—El que vela por la vida de la humilde hormiga que se arrastra bajo nuestros piés, no permitirá que mancillen la honra de una criatura, pecadora sí, pero que le ama con todas las veras de un corazon cristiano. ¡Ah! sí: yo espero que mis renglones, aquellos renglones eseritos con singular trabajo, sobre el pañuelo blanco que arrojé por esa ventana, habrán caido en manos de una persona religiosa y compasiva, que habrá cumplido con la súplica que en ellos se le hacia. ¡Por qué tarda, pues, mi inolvidable Rafael, en venir á salvarme? ¡Me habrá olvidado acaso! ¡Estará ausente de México, ocupado en la campaña contra los Norte-Americanos, como el infernal doctor me ha asegurado? ¡Lo primero es imposible! ¡Los hombres virtuosos como Rafael, solo aman una vez, y para siempre! ¡Habrá muerto, pues, víctima de una

bala enemiga, en el sangriento campo de la Angostura?

Y Luz se puso pálida con aquel pensamiento, que heló la sangre de sus venas.

Un frío mortal se extendió por todos sus miembros, que la hizo estremecer y que se comunicó hasta la raíz de su cabello.

El ruido de la puerta, que en aquel instante se abría, aumentó su terror.

Preocupada como estaba su imaginación por la espantosa idea que le había asaltado, se sobrecogió de espanto al ver penetrar por ella al doctor acompañado de Duval.

La joven se levantó cadavérica del sitio en que oraba, y sin ser dueña para sobreponerse al miedo que le dominaba, se puso de un salto en el extremo de la alcoba, mirando con ojos desencajados, y temblando como una cervatilla, al hombre cuya sola presencia le causaba horror.

Wiley, tomando un tono dulce, y dando á su fisonomía toda la amabilidad de que era susceptible, le dijo sin moverse del sitio en que estaba, procurando de aquella manera inspirarla alguna confianza.

—No se alarme vd. con nuestra visita, encantadora Luz, porque á ella no vengo como otras veces, impulsado por el amor frenético que me avasallaba, y martirizaba á vd., sino con el ardiente anhelo de que se digné perdonar mis extravíos pasados antes de dejarla á vd. en libertad para que vuelva al lado de sus queridos padres.

Luz escuchó con placer estas últimas palabras; pero recelando que envolviesen un lazo para perderla, continuó en el mismo sitio sin moverse y sin despegar los labios.

El doctor conoció lo que pasaba en el corazón de su víctima, y añadió, dando á su acento toda la expresión de candorosa ingenuidad que juzgó conveniente, y dejando abierta la puerta de la pieza para inspirarla confianza.

—Los hombres todos tenemos errores de que después nos avergonzamos y arrepentimos. Incurriendo en uno de ellos ofendí á vd.: conociendo mi falta, trato de repararla. Mañana parto para Europa, y no contando con el cariño de vd. para que me

siga, he resuelto que vuelva vd. al seno de su familia.

La jóven continuó retirada y con el mismo recelo.

—Veo que duda vd. de la sinceridad de mis palabras;—continuó el doctor.—Pero vd. sabe muy bien que soy demasiado franco. Cuando anhelé su posesion, le abrí mi alma sin ocultar ninguno de sus afectos. ¿Por qué no habia de usar ahora de igual franqueza? Si me condujese á este sitio el bastardo deseo que hasta aquí, en vez de dejar abierta la puerta y de permanecer á la distancia á que me quedado, el amigo que me acompaña y yo, la sujetaríamos á vd. sin que nadie pudiera salvarla. Pero, repito, que mi objeto no es, por fortuna, ya el que hasta hoy me ha tenido sin razon y sin reposo, sino el de ver cómo combinamos la manera de que vuelva vd. al seno de su familia, sin que yo pase jamás ante ella por criminal y mal amigo.

La jóven se calmó algun tanto con aquella advertencia.

Pensó que si, en efecto, el doctor hubie-

ra tratado de vencerla, de nada le hubiera servido retirarse unos cuantos pasos, que aquellos hombres los hubieran salvado de un salto.

La vista de la puerta, que permanecia abierta, argüia en pro de este pensamiento; y renaciendo en su alma poco á poco la tranquilidad perdida, su fé religiosa atribuyó á la oracion que acababa de elevar al Eterno, aquel paso practicado por el doctor.

Sin embargo, aunque mas serena y animada, no se atrevió á moverse del sitio en que se habia colocado.

—Le suplico á vd.—agregó Willey—que se acerque, hermosa Luz, porque á la distancia en que nos hallamos, no seria prudente tratar el asunto delicado que nos ocupa. Nada tiene vd. que temer: mi resolucion de partir mañana, está tomada, y solo deseo que, en vez de pasar á los ojos de su familia de vd. por un infame criminal, pueda presentarme al despedirme, como salvador y libertador de la hermosa jóven, cuya desaparicion lloran.

Luz, conociendo que la distancia á que

se encontraba no disminuía ni aumentaba el peligro, se resolvió acercarse, calculando que la mejor manera de obligar á obrar bien, era manifestar confianza á la misma persona á quien se teme.

—Creo en la sinceridad de las palabras de vd., señor Willey; y por lo mismo me acerco.—Dijo Luz llegando modestamente á donde ellos estaban.—¿Qué gloria le resultaría á vd. de engañar á una débil mujer faltando á su promesa?

—Un remordimiento mas que me guardaré muy bien de no echar sobre los muchos que, por desgracia, pesan sobre mi conciencia.

Exclamó el doctor cada vez mas respetuoso y atento.

—¡Ah, señor Willey! ¡Si viese vd. con qué placer le escucho! Ahora conozco que las acciones de los hombres, mas que su hermosura, conquistan nuestro aprecio. Sí; porque ahora, al verle convertido á vd. de perseguidor en amigo, siento suceder al temor y al sobresalto con que le veía, el aprecio y la gratitud.

Duval que, mientras la jóven se mantuvo retirada en el fondo del cuarto, no pudo examinar sus facciones, se quedó admirado de su belleza y gallardía.

—Le he dicho á vd., hermosa Luz—dijo Willey—que mañana salgo para Europa; pero antes quiero reparar, en parte, los pesares que he causado á vd. y á su familia, haciendo que vuelva vd. al seno de ella, y á ser la esperanza del hombre que hasta hoy miré como rival, y á cuya sincera y franca amistad, tan ingratamente correspondí.

—¡Ah! todos olvidaremos las penas y las amarguras pasadas, para no acordarnos mas que de este rasgo de abnegacion y de generosidad que lleva la alegría al corazon de una familia que bendecirá á vd. constantemente.

—No aspiro á tanto, sino á llevar el convencimiento de que no me aborrece.

—¡Oh! yo le prometo á vd. que su gratitud será eterna.

—Eso me tranquiliza; pero para poderme

presentar á ella antes de partir, es preciso que vd. permita que yo haga el papel de su libertador y no el de raptor que me pertenece.

—¡Cómo me he de oponer á una cosa que le recomienda á vd. y que en nada me ofende!

—¡Ah! ¡veo que es vd. la mas generosa de todas las mujeres!

Luz, al notar la afabilidad con que era tratada, y pintados en el rostro de su interlocutor la sinceridad y el arrepentimiento, no dudó de que el cielo, compadecido de sus penas, habia escuchado sus súplicas.

Alentada con esta idea, fijó la vista en Duval que, en aquel instante, tenia clavados en ella los ojos, con una mezcla de compasion y de interes, que vertió la confianza en el corazon de la jóven.

Aquel hombre, siempre adusto para todos, parecia haber cambiado de repente de naturaleza ante aquel ángel que contemplaba como á la vision aérea que visita al jóven en sus ensueños de amor.

Luz creyó notar en su mirada la bondad

y el sincero cariño, y se sintió inclinada hácia él.

—Para conseguir el objeto que me he propuesto—añadió el doctor—he pensado que el señor que está presente, y que es un leal amigo, que tambien marcha á Europa en mi compañía, se dirija á la casa de vd. diciendo á sus queridos padres que la hemos traído á vd. de una casa de San Angel, donde la tenian á vd. encerrada, y que la hemos conducido á ésta, á donde pueden venir inmediatamente ellos mismos por vd.

—¡Ah! sí.—Exclamó henchida de júbilo la jóven deponiendo ya todo temor, y mirando cada vez con mas confianza y cariño á Duval, que le contemplaba conmovido y en silencio.

—Pues no perdamos tiempo:—dijo Willey disponiéndose á salir.—Iremos los dos á comunicar la fausta nueva á su familia, en tanto que vd. se serena de su sorpresa.

—¡Ah! gracias, gracias... señor Willey.—Exclamó la jóven, no quedándole ya duda de que se trataba de salvarla.—La generosa accion que acaba vd. de practicar, le dan

un lugar distinguido en mi agradecido corazón.

—Esa distincion me es mas agradable ahora, que me hubieran sido sus caricias, arrancadas por la violencia.

—Pues cuente vd. que durará mientras durare mi vida.

—Gracias. Pero en este cuarto, que tiene todo el aspecto de una prision, no puede vd. esperar la llegada de sus padres. Para desvanecer toda sospecha, le he dispuesto á vd. otra pieza mas decente, á donde suplico á vd. se digne pasar, en tanto que nosotros volvemos de desempeñar nuestra comision, y en compañía de ellos.

Luz que habia adquirido una consoladora confianza con la presencia de Duval, que veía ademas el respeto del doctor, y que, por último, pensó que si intentaran algo contra su honra, lejos de sacarla de aquel sitio el mas retirado, la retendrian en él, no titubeó en obsequiar el deseo de Willey.

Al penetrar en la nueva habitacion, el corazón de la jóven se sintió bañado de mayor cofianza y seguridad.

Los elegantes muebles que en la pieza habia, su higiénica ventilacion, los ricos sillones y sofás que la adornaban, todo argüia en favor de las palabras del doctor.

—Adios, hermosa Luz—dijo éste;—dejamos á vd. por un momento. Si en tanto que dura nuestra ausencia se le ofreciese á vd. algo, abierta queda la puerta de esta pieza para que pueda vd. llamar á los criados, si no quiere vd. hacer uso de la campanilla.

Esta noticia llenó de regocijo y confianza á la jóven. ¿Podia dudar ya de la sinceridad de las palabras de aquel hombre, que se alejaba dejándola en libertad de salir de la estancia, cuya puerta quedaba abierta?

—¡Ah! ¡señor Willey!—exclamó henchida de reconocimiento.—¡Nunca olvidaré la dicha que me proporciona vd. en este instante! Corra vd., corra vd. por Dios á anunciar sin tardanza á mis afligidos padres la fausta noticia que les devolverá la felicidad; y vd., hombre generoso, que le acompaña—añadió dirijiéndose á Duval—vd. que va á partir para Europa en su compañía; vd., en cuyo rostro he leido desde el instante que

se presentó, el interes y la compasion, sentimientos que me han inspirado una confianza ciega y una gratitud profunda, vd. reciba como una prueba de mi reconocimiento este medallon que llevo al cuello, y que donde quiera que esté le recordará mi gratitud intensa.

Y la jóven se quitó un medallon que habia conservado siempre como una alhaja de inestimable precio, y se lo entregó á Duval, que lo recibió conmovido.

Era la primer vez de su vida que la compasion habia penetrado en su alma.

La virtud y la belleza de aquella jóven le habian causado una impresion desconocida y respetuosa

—Lo conservaré, señorita;— dijo con acento tierno y temblando de emocion— como una joya que me haga amable la virtud y aborrecible el vicio.

Y triste, y como á pesar suyo, se alejó de allí, acompañado del doctor, enviando una mirada afectuosa y compasiva á aquella jóven, á quien dejaba en manos de un malvado.

Luz correspondió á aquella mirada, con otra de gratitud; y al verse sola en la pieza, cayó de rodillas, dando gracias al Eterno por la próxima dicha que esperaba alcanzar.



CAPITULO XXIV.

Asechanzas á la virtud.

Al verse fuera de la pieza aquellos dos hombres que parecían el azote de la humanidad, se quedaron mirándose el uno al otro.

—¿Qué le ha parecido á vd. la jóven, señor Duval?

Preguntó el doctor.

—Un ángel.

—¿Es decir que merece la pena de que haya trabajado tanto tiempo por alcanzar, lo que dentro de un momento conseguiré?

—¡Ah! ¡cuánto mas valiera, doctor, que desistiese vd. de ese pensamiento!

—¿Desistir? ¡Está vd. loco?

—Al contrario: la vista de esa jóven me

ha hecho recobrar el juicio, y nunca como ahora he conocido toda la fealdad del paso que intentá vd. dar para triunfar de su virtud.

—El diablo predicador.

—No; lo digo como lo siento.

—Veo, señor Duval, que vuelven á vd. las ridículas ideas que esta tarde invadieron su corazon.

—No lo puedo negar: la presencia de esa jóven, su hermosura, su aire de virtud, de candor y de confianza, todo me hace tomar un vivo interes por ella; y si supiese que mi ruego tendria alguna influencia para con vd., yo le suplicaria á vd. que lo que se le anunció para inspirarla confianza y hacerla caer en el lazo que se le ha tendido, se realizase religiosamente, devolviéndola la felicidad.

—Veo con sentimiento que se va haciendo demasiado compasivo el corazon de vd.

—Es decir que está vd. resuelto á perderla?

—Como vd. ha resuelto deshacerse de Leopoldo.

—Pero....
 —¡No me dijo vd. hace un instante, que era preciso hacerle desaparecer esta misma noche de la lista de los vivientes, para que el recuerdo de su felicidad no acibarase sus placeres en Europa?

—¡Oh! Eso sí.
 —Quiero que reciba vd. una leccion, para que en lo sucesivo sepa vd. cómo se debe atacar una plaza inexpugnable como la de Clotilde.

—¡Ah! no: yo no quiero ser testigo de la desgracia de la inocente Luz: su afabilidad, su juventud, su celestial belleza, su candor y su ternura me han conmovido, y no quiero que me crea un infame.

—¿Habla vd. con seriedad?

Dijo Willey mirando con asombro á su interlocutor.

—Hablo con todas las veras del alma:— contestó éste.—Haced, pues, con ella todo lo que querais, ya que mi súplica no tiene ningun poder para hacerle cambiar de resolucion; pero no quiero presenciar su desesperacion y sus lágrimas. En la calle es-

pero el resultado, y en ella aguardo á vd. para disponer nuestro viaje, y volver á la reunion de Landeta para deshacernos de Leopoldo.

—Bien: no quiero detener á vd. ni trato de catequizarle para que presencie mi triunfo. Adios, pues, y esperad en la calle, mientras yo humillo la altivez de la que veces mil me ha despreciado.

Y el doctor, despues de dar la mano á Duval, que bajó en dos saltos la escalera, se dirigió sobre las puntas de los piés, para no hacer ruido. hácia el cuarto en que se hallaba la jóven.

Al llegar á la puerta de la pieza, se detuvo, y asomó cautelosamente la cabeza para ver qué hacia.

La hermosa Luz seguia orando de rodillas, bañado su rostro por la luz celestial del placer y de la esperanza.

Willey retiró la cabeza para no ser visto, y permaneció quieto, esperando á que acabase de orar.

Entre tanto Duval, cruzado de brazos y arrimado á la puerta de la casa contigua,

permanecía cabizbajo, entregado á tristes reflexiones.

La memoria de sus víctimas volvió á fijarse en su imaginacion de una manera viva, y palideció.

—¡Ah! ¡soy muy criminal!—pensó:—y esa jóven, esa jóven que me juzgó dotado de un corazon generoso y compasivo, que se desprendió de este medallon para que piense en su gratitud, tambien va á sucumbir por mi causa! Por mi causa, sí; porque si yo no hubiera asociado á ese hombre en mis asuntos, no hubierá tenido elementos para llevar á cabo el rapto que consumó. ¡Y ya no hay remedio! ¡Quisiera salvarla; pero soy impotente para hacerlo, porque ese hombre me denunciaria! ¡Oh! ¡si yo la hubiese podido advertir que no se sentase... que en aquellas lujosas sillas estaban su vergüenza y su deshonra!

Y Duval continuó quieto en el mismo sitio, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Pero ¿cómo tengo valor.—continuó des pues de un momento—para fijar la aten

cion en las viles acciones de los demas, cuando la idea de la desgracia de Clotilde y la muerte de Leopoldo, preocupan mi imaginacion? ¡Ah! ¡soy un criminal incorregible, puesto que conociendo el mal que otros causan, no evito las desgracias que yo preparo á mis víctimas!

Y se quedó meditabundo.

Willey, á su vez, esperaba impaciente, al lado de la puerta, á que la hermosa jóven acabase su accion de gracias al Eterno.

Estaba persuadido de que terminada que fuese, la confiada Luz, fatigada y sin recelo, iria á sentarse en uno de aquellos sillones, que estaban dispuestos de una manera infame para sujetarla.

Pero la jóven seguia orando sin dar señales de levantarse del sitio en que yacia de rodillas.

El doctor se mordió los labios, y temió que fracasase su plan, tan diestra y hábilmente dispuesto.

De repente notó que cesaba el rezo, y volvió á asomar la cabeza.

Luz se levantaba en aquel instante, y el doctor acarició la esperanza de que se dirijiese á tomar asiento, que era el objeto de todos sus afanes.

La hermosa, deseando descansar, se acercó á un sillón.

Willey sonrió de placer.

Luz apoyó la mano sobre el respaldo del asiento y se quedó de pié, con los ojos fijos en un punto, como entregada á profundas reflexiones.

La impaciencia del doctor crecía á medida que la jóven continuaba en aquella actitud.

Pasado un momento, la hermosa levantó la mano que tenía apoyada en el respaldo, y se dispuso á sentarse.

La alegría de los réprobos brilló en el rostro del que esperaba.

Pero casi en el mismo instante hizo un gesto de disgusto.

Luz, inquieta por el afán que tenía de ver á su familia, y con la memoria de que muy en breve podría unirse al hombre que adoraba, se levantó cuando iba á sentarse,

pareciéndole que las horas pasan mas veloces cuando el que espera se encuentra en movimiento.

Willey, al notar aquel cambio de pensamiento, hizo un gesto de impaciencia.

La jóven, bien agena de pensar que era el objeto de la atención de su raptor, avanzó serena hácia la puerta.

Willey se estremeció.

No sabía qué hacer, si permanecer allí, ó retirarse precipitadamente.

Lo primero le parecía exponerse á perderlo todo, si por desgracia Luz se aproximaba y le veía.

Lo segundo, pues, juzgó mas conveniente.

Pero cuando se resolvió á hacerlo, ya la jóven se hallaba á corta distancia, y se vió precisado á permanecer quieto, para no alarmarle con el ruido de sus pasos.

La jóven se detuvo casi en el umbral de la puerta, pensando si seria conveniente salir ó permanecer en la pieza.

El doctor, pálido y conteniendo la respiración, se arrimó á la pared cuanto le fué posible.

La hermosa dió vuelta en aquel instante, dirigiéndose al centro del cuarto.

Willey respiró con libertad.

Luz, cansada de esperar de pié, volvió á acercarse al sillón.

En el rostro del que espiaba, se retrató la esperanza.

De repente se oyeron casi á la vez un ruido extraño y un agudo grito lanzado por la jóven.

El doctor asomó la cabeza, exhaló una exclamacion de alegría; y penetrando en la pieza, y cerrando tras sí la puerta, exclamó con satánico placer, que hizo estremecer á la desdichada jóven, que se veía sujeta fuertemente por los brazos del sillón.

—¡Ya es mia!

CAPITULO XXV.

Sin esperanza.

Mientras tenian lugar los acontecimientos que llevamos narrados en el capítulo anterior, Duval permanecia en la calle en espera de su infame amigo.

Viendo que tardaba en bajar, se puso á pasearse en la misma acera, pero sin alejarse mucho, para hacer menos pesado y largo el tiempo.

La noche, tranquila y serena, formaba contraste con las negras borrascas que combatian su agitado espíritu.

Ninguna persona transitaba por la calle. El silencio que reinaba por todas partes era sepulcral.

La hermosa dió vuelta en aquel instante, dirigiéndose al centro del cuarto.

Willey respiró con libertad.

Luz, cansada de esperar de pié, volvió á acercarse al sillón.

En el rostro del que espiaba, se retrató la esperanza.

De repente se oyeron casi á la vez un ruido extraño y un agudo grito lanzado por la jóven.

El doctor asomó la cabeza, exhaló una exclamacion de alegría; y penetrando en la pieza, y cerrando tras sí la puerta, exclamó con satánico placer, que hizo estremecer á la desdichada jóven, que se veía sujeta fuertemente por los brazos del sillón.

—¡Ya es mia!

CAPITULO XXV.

Sin esperanza.

Mientras tenian lugar los acontecimientos que llevamos narrados en el capítulo anterior, Duval permanecia en la calle en espera de su infame amigo.

Viendo que tardaba en bajar, se puso á pasearse en la misma acera, pero sin alejarse mucho, para hacer menos pesado y largo el tiempo.

La noche, tranquila y serena, formaba contraste con las negras borrascas que combatian su agitado espíritu.

Ninguna persona transitaba por la calle. El silencio que reinaba por todas partes era sepulcral.

Las puertas de las casas estaban cerradas, y solo en una que otra tienda, de triste aspecto, de las que se encuentran en el humilde barrio que nos ocupa, se veía la opaca luz de alguna flaca vela, colocada dentro de algún negro farol de papel, colgado del sucio techo.

De repente se oyeron pasos en el extremo de la calle.

Duval levantó la cabeza, y descubrió el bulto de dos hombres que traían aquella dirección.

Fijó la atención en ellos, y por el trage que vestían, conoció que eran dos personas de la alta sociedad.

Esto le sorprendió sobremanera.

Y en efecto, la presencia, en aquel barrio y á la hora que era, de dos personas del círculo á que revelaban pertenecer aquellas, debía sorprenderle.

Por aquel rumbo solo habita gente pobre que no ha entrado en la moda de la levitina ni del frac, y por lo mismo pensó que los que se acercaban debían traer algún objeto muy particular.

Para otro hombre, cuya conciencia descansase en las buenas acciones que ha practicado, la presencia de aquellos dos transeúntes no hubiera sido mas que un objeto de ligera curiosidad; pero para Duval que temía á todas horas la aclaración de sus crímenes, era un motivo de alarma y de temor.

—Qué buscarán por aquí?

Murmuró entre dientes.

Y el primer pensamiento que le asaltó le hizo estremecer.

Don Félix se hallaba en capilla y próximo á ser conducido al patíbulo. ¿Había podido revelar algo que indicase quiénes eran los asesinos de Flan?

Duval palideció con esta idea.

Sabia que muchas veces los crímenes mas ocultos se descubrían de una manera inesperada y providencial.

Su imaginación le presentó en aquel mismo momento mil casos en que la causa de la inocencia había triunfado, cayendo el castigo sobre los verdaderos culpables,

cuando mas seguros se creian de haber engañado á la justicia.

—Sí;— añadió interiormente dominado por el temor que despertaron en su alma aquellos ejemplos—estos dos hombres pueden ser muy bien dos encargados de la justicia. Habrán sabido tal vez dónde nos hallamos, y vienen á sorprendernos en la casa del doctor.

Y dominado por esta idea, trató de alejarse de aquel sitio para salvarse.

Pero era imposible separarse ya de allí, sin llamar á su vez la atención de los que se acercaban.

—¿Qué hacer?—Pensó inquieto y sobresaltado.—Penetrar en la casa de Willey para avisarle del peligro y esconderme en ella, es entregarme á mis enemigos, que sin duda vienen á apoderarse de los que la habitan.

Y dirigió á todas partes la espantada vista, buscando un punto por donde pudiera salvarse.

Las dos personas que se acercaban estaban ya á pocos pasos.

—¡Ah! ¡tal vez esta puerta no esté cerrada con llave!—Pensó mirando la que se encontraba contigua á la del doctor.—¡Véamos!

Y sin detenerse, y rápido como una exhalacion, se lanzó sobre ella, la empujó, y en su semblante brilló la alegría mas intensa.

La puerta se abrió: Duval penetró por ella; volvió á cerrarla prontamente, y ansioso de saber lo que pasaba, se quedó junto á ella mirando por el agujero de la cerraja.

Los hombres hicieron alto allí mismo.

Duval temió que le hubiesen visto entrar, y se propuso hacer por dentro toda la fuerza necesaria para impedir que abriesen la puerta en caso de que lo intentasen.

Pero nada de esto fué necesario.

Desde las primeras palabras que pudo escuchar, comprendió que nada tenia que temer.

Sin embargo, siguió aplicando el oido, y oyó atentamente el siguiente diálogo, que sostenian fuera los dos interlocutores.

—¡Seguimos adelante?

—Sí, porque de esa manera podremos empezar á preguntar desde la última casa de la calle, hasta dar con la que buscamos.

—Tiene vd. razon, porque de esa manera se ahorra mas tiempo.

—Vd. preguntará en una acera, mientras yo hago lo mismo por la otra.

—Perfectamente.

Y los dos interlocutores se alejaron con direccion al fin de la calle.

Duval, que habia permanecido quieto y con el oido pegado á la cerraja, quedó tranquilo al ver que nada tenia que temer.

—Andan buscando á algun amigo.—Dijo; y volvió á aplicar el oido á la cerradura para cerciorarse de que se habian alejado.

Nada se oía.

La voz de los dos individuos habia cesado.

El ruido de sus pasos se escuchaba lejano, Duval, pues, se persuadió de que nada debia temer, y se dispuso á salir.

De repente llamó su atencion un objeto. El zaguan en que habia entrado daba á

un agradable patio, con árboles y enramada, en el cual se veía á una mujer de esbelto cuerpo y decentemente vestida, ocupada en quitar la ropa que habia tendido sobre unas cuerdas, por la tarde, para que se secase.

La luna brillaba en aquel momento, limpia y esplendente.

La mujer estaba de espaldas hácia Duval, y por lo mismo no habia visto á éste.

El sócio del doctor, sin cuidarse de ella, iba á avanzar, cuando la mujer, con algunas piezas de ropa en la mano, dió vuelta para dirigirse á su cuarto.

Los ojos de él y los de ella se encontraron entonces, y los dos dejaron escapar con sorpresa un nombre.

—¡Amalia!

—¡Duval!

Y la preceptora retrocedió algunos pasos horrorizada.

Luego, como si le amenazase un gran peligro, trató de huir.

—¡Ah! no... no te alejes por piedad!— Exclamó Duval cerrándola el paso.—Fuí

muy criminal contigo; pero yo necesito tu perdón en estos instantes, que serán los últimos que permanezca en este país en que tú te quedas.

—¡Mi perdón! ¡Y qué vale mi perdón, si con tus obras te atraes el aborrecimiento de Dios? ¡Tiempo hace que yo te he perdonado la sangre de mi padre y mi desgracia!

—¡Ah! siempre tan buena como cuando mi corazón no estaba aun agobiado por el horrible peso del crimen! Pero ¿qué ha sido de tí desde el instante en que horrorizada de mi infamia, huiste de mi lado? ¡Ah! no me niegues la última gracia que te pediré en mi vida! ¡Quiero conocer todos los padecimientos que por mí has sufrido, para tratar de expiarlos! ¡Sé que un mar de sangre me separa de tí.... pero á este mar de sangre quiero poner un camino de penitencia para llegar á Dios!

—Bien: mi historia no será larga; pero prométeme que tan luego como la haya terminado, te alejarás para que no tenga el dolor de ver delante de mis ojos al asesino de mi padre.

—¡Ah! ¡te lo prometo, virtuosa Amalia.... te lo prometo!

—Esta es la última vez que nos vemos y que nos hablamos.

—Sí.... ¡la última!

—Escucha, pues, todas las consecuencias que trajo tras de sí el primer paso que diste en la senda del crimen.

—¡Habla.... habla, por piedad!

—Cuando llegué á saber que no solamente habias derramado la sangre de mi padre, sino que un falso sacerdote nos habia unido, me retiré horrorizada de tu lado, y fui á ocultar mi dolor y mis lágrimas á un humilde pueblo cercano á esta capital. Allí, habitando una casita, y sin otra compañía que la de una mujer que tomé para que me ayudase en lo mas preciso, viví algun tiempo con lo que me producian las alhajas que traje de Haití, y que iba vendiendo poco á poco. Triste era mi situacion; pero mi amargura se aumentó terriblemente cuando el cielo me hizo madre de dos inocentes criaturas, fruto de nuestra falsa union.

—¡Madre!

Exclamó sorprendido Duval.

—Sí; madre de dos ángeles, que nacian condenados á ignorar el nombre del sér que me habia hecho desgraciada para siempre.

—¡Oh! ¡he sido muy criminal! Pero continúa, continúa.

—Nunca creí que el corazon pudiera tener tanto amor, y pasion tan profunda y acendrada, á los fratos nacidos de un enlace ilegítimo. Pero ¡ah! ¡cuán dulces son esos objetos! ¡Cuánto ama una madre á los hijos de sus entrañas, aunque tenga que llorar la causa de haberles echado al mundo! Celosa de su amor, jamás consentí que pecho alguno, que no fuese el mio, los alimentase. Todo mi afán, todo mi cariño estaba concentrado en aquellos dos séres inocentes, y el dinero que me daban por mis joyas, lo dedicaba á comprar decente ropa con que vestirlos. Así trascurrió un año, hasta que un día me encontré con que la criada que me servia, habia huido por la noche, llevándose todas mis alhajas.

—¡Qué infamia!

—Yo quedé triste y abatida, no por mí, sino por aquellas tiernas criaturas que se quedaban en la miseria mas espantosa. Nada me quedaba ya; ropa, dinero, joyas, todo se llevó la despiadada mujer en quien yo habia depositado mi confianza. ¡Oh...! ¡aquel fué un golpe atroz para mí! Sin alimento.... triste.... con la salud quebrantada por los padecimientos y privaciones, ¿cómo sustentar á mis amados hijos...? Entonces resolví servir: la vida de aquellos dos ángeles me interesaba aun mas que la mia, y para que no pereciesen de hambre, me diriji á varias casas solicitando destino. Pero nadie quiso recibirme: mis hijos eran el obstáculo que encontraban todos para admitirme. ¡Mis hijos! ¡Ah! ¡Entonces resolví pedir limosna!

—¡Limosna!

Exclamó Duval conmovido.

—¿Sabes tú lo que es pedir limosna...!

¡Ah! ¡felices los que no se han visto precisados á pedirla! Es la pena mayor, es el tormento mas terrible que existe en la miseria humana.... ¡Pedir limosna....! Solo

por los hijos puede sufrir una madre las humillaciones y los desprecios con que el mundo trata al mísero mendigo....! Pero mi suerte no se mejoró con aquel sacrificio.... Mis pobres criaturas se morían de hambre; eran unos miserables esqueletos que sufrían sin que yo les pudiese proporcionar alivio alguno! Sin embargo, era preciso remediar su suerte, aunque para ello fuese necesario hacer un gran sacrificio. Sí; era preciso, y medité. Entonces concebí la idea de apartarme de ellos, en tanto que buscaba los medios para que mejorase su posición.

—¿Y qué hiciste?

—Informada de que dos matrimonios que abundaban en virtudes y riquezas, carecían de hijos, no titubé en exponer, de noche, y á la puerta de cada uno, á los frutos desventurados de mis entrañas.

—¿Qué esuecho!

—La noche estaba oscura y triste como mi corazón; y yo envuelta en sus sombras, y arrimada á una esquina, esperaba impaciente á que las puertas de las dos casas, que por fortuna estaban en una misma ca-

lle, se abriesen. El frío era intenso.... ¡Mis dos criaturas lloraban, y yo también lloraba! Poco despues miré llena de júbilo abrirse las puertas de ambos edificios, salir de una y otra una criada, recoger á mis queridos hijos, y entrar con ellos cerrando la puerta tras ellos. ¡Ah! era madre; y al dejar á aquellos ángeles.... al separarme de ellos, sentí dentro de mi pecho un dardo agudo que me traspasaba el corazón.

—¿Y esos hijos?

Preguntó Duval.

—Ignoro dónde están.

—¿Cómo!

—Yo, anhelando hacer algunos ahorros para volver á recogerlos, salí de México, sirviendo á una familia que marchaba á Durango; pero la desgracia que me perseguía, Dios sin duda que trataba de poner á prueba mi resignación, dispuso que antes de llegar á aquella ciudad nos acometiesen los indios bárbaros, y cayésemos cautivos. En poder de esas hordas feroces permanecí por muchos años, y cuando hace aun poco tiempo pude volver á México, y me acer-

qué á la casa en que vivian esas familias, supe que habian salido de la capital, y aunque pregunté por el punto en que se hallaban, nadie supo darme razon de la nueva poblacion en que habitaban.

—Pero ¿no les colocaste á tus hijos, al abandonarles, alguna señal que te los hiciese reconocer algun dia?

—Sí, una.

—¿Cuál?

—Un medallon en que estaba grabado el nombre de cada uno.

—¿Un medallon?

Exclamó Duval admirado.

—Sí; un medallon de metal blanco, primorosamente labrado.

—¿Y qué nombres eran esos?

Preguntó con ansiedad y todo conmovido Duval.

—Luz era el uno.

—¿Luz!

Dijo el socio del doctor poniéndose pálido como la muerte.

—¿Qué te pasa?

Preguntó Amalia notando la mutacion

que se habia operado en el semblante de su interlocutor.

Duval, sin escuchar la pregunta, y sacando apresuradamente el medallon que le habia entregado la hermosa cautiva, se lo mostró á Amalia, preguntándole:

—¿Es este alguno?

—Oh! sí.—Gritó fuera de sí de alegría la desdichada mujer.—¿Quién te lo ha dado? ¿Dónde está la jóven que lo llevaba?

—¿Al borde de la deshonra!—Exclamó fuera de sí Duval.—¿Ah! es preciso salvarla.... ¡salvar á nuestra hija!

Y sin escuchar la voz de Amalia, y guardando al instante el medallon, salió á toda prisa á la calle; empujó la puerta de la casa del doctor; subió en dos saltos las escaleras; y encendidos de ira los ojos, se presentó, blandiendo un puñal, en la pieza donde se encontraba Luz, dejando escapar una exclamacion de ira.

El infame Willey, que en aquel mismo momento se dirijia sobre su víctima para envilecerla, se detuvo sorprendido.

La jóven, al ver á Duval, dió un grito de

esperanza, y exclamó bañada en lágrimas:

—¡Salvadme.... salvadme!

—¡Sí.... la salvaré!—Dijo Duval:—Y tú, infame, perece bajo el agudo filo de mi puñal.

Pero al mismo tiempo que se arrojaba sobre el doctor para herirle, éste sacó una pistola y le apuntó.

¿Qué pasó después?

CAPITULO XXVI.

El sentenciado á muerte.

¡Por qué está agolpado ese gentío á la puerta de ese vasto y sólido edificio, donde gimen los criminales?

¡Por qué ese afán y esa ansiedad por colocarse en buen sitio?

¡Va á tener lugar algun alegre espectáculo, que regocije á la humanidad?

No, nada de eso.

Esa agitacion, ese bullicio y ese anhelo por colocarse en punto principal y elevado, reconoce por causa un acontecimiento desgraciado.

Un hombre está condenado á caminar al patíbulo, y todos ansian verle y conocerle.

esperanza, y exclamó bañada en lágrimas:

—¡Salvadme.... salvadme!

—¡Sí.... la salvaré!—Dijo Duval:—Y tú, infame, perece bajo el agudo filo de mi puñal.

Pero al mismo tiempo que se arrojaba sobre el doctor para herirle, éste sacó una pistola y le apuntó.

¿Qué pasó después?

CAPITULO XXVI.

El sentenciado á muerte.

¡Por qué está agolpado ese gentío á la puerta de ese vasto y sólido edificio, donde gimen los criminales?

¡Por qué ese afán y esa ansiedad por colocarse en buen sitio?

¡Va á tener lugar algun alegre espectáculo, que regocije á la humanidad?

No, nada de eso.

Esa agitacion, ese bullicio y ese anhelo por colocarse en punto principal y elevado, reconoce por causa un acontecimiento desgraciado.

Un hombre está condenado á caminar al patíbulo, y todos ansian verle y conocerle.

No es la compasion la que allí les ha con-
ducido, sino la curiosidad; el deseo de ver,
para contar despues si marchaba abatido ó
con valor á la muerte, si contrito ó impe-
nitente, y dar razon de su figura, del traje
que llevaba, y hasta de las mas ligeras cir-
cunstancias que acompañaron al último ins-
tante de su vida.

Próximos al sitio en que se alza el espanto-
so patíbulo, se ven multitud de personas
á caballo, esperando el momento de la eje-
cucion; coches de alquiler llenos de gente,
sobre cuyos techos están sentados algunos
amigos de los aurigas; gran número de car-
ros, cuyos conductores que dejan subir al
pueblo bajo á los primeros, se han detenido
allí para presenciar la sangrienta escena
que va á tener lugar; y una infinidad de ha-
rapientos muchachos que, encaramados en
los árboles se constituyen en vigías de lo
que pasa en cuanto abarca la vista.

Al ver aglomerado allí á un pueblo ente-
ro, esperando con avidéz que llegue el mo-
mento de que se presente el reo, una idea
triste le asalta al hombre humano y pensa-

dor que viene á helar su corazon. La indi-
ferencia con que la sociedad mira el hor-
roroso fin de uno de sus miembros.

A todos los concurrentes á esos sangrien-
tos dramas les parecen largos los instantes
que aun faltan para que el reo camine al
patíbulo, en tanto que el desventurado pre-
so que va á dejar su familia, sus amigos,
sus hijos tal vez, siente que las horas res-
balan sobre su cabeza con una rapidez es-
pantosa, y vé las puertas de la eternidad
delante de sus ojos.

—Ya son las siete y cuarto, y la ejecucion
estaba anunciada para las siete.

Decia uno del bajo pueblo que estaba
embozado en su zarape, á otros tres de ma-
la catadura que estaban en su compañía.

—De veras que sí; y eso es engañar al
público: por eso me *cuadran* los ingleses de
Inglaterra, por la *esautitud*.

—¿Y qué, es verdad lo que cuentan?

Añadió uno de los cuatro.

—¿Qué, valedor?

—¿Que es persona decente?

—De levita y reloj, nada menos.

—¡Y luego dicen que nada mas los *probes* semos maletas!

—Unos tienen la fama y otros cargan la lana, valedor.—Dijo el del zarape.—En todas partes cuecen habas.

—Y ese las coció gordas, porque asesinar á su *prencipal* es de *al tiro una mala acción*.

—¿Su principal?

—Y su protector á la vez.

—No saben lo que dicen estos hombres.

Dijo una jóven que estaba cerca de aquel corro, y que por el trage parecia ser criada de alguna casa particular.

—Callate, por Dios.

Le advirtió otra que con ella estaba.

—No quiero; porque es la mayor injusticia hablar mal de un hombre que es inocente.

Los del corrillo volvieron la cara hácia la jóven.

—¡Inocente!

—Sí señores, inocente.

—Ya no estamos en tiempo de Herodes. en que se mataban inocentes.

—Pues estaremos en los de Pilato; pero yo les aseguro á vdes. que lo es.

—¿Vd? ¿Pues qué, es vd. su confesora?

—Déjense vdes. de burlas. Yo estaba sirviendo en la casa del señor Flan, cuando tuvo lugar ese crimen; y aunque las apariencias le acusan, yo juraria, como dije al juez que me interrogó entonces, que no podía ser ese jóven el asesino.

Aquellas palabras despertaron la curiosidad de los cuatro y la atención de las personas que se hallaban cerca.

Al escucharlas, todos se agruparon al redor de la jóven, y la miraban con ese interés que despierta la persona á quien creemos iniciada en algun secreto.

—¿Con que vd. estaba sirviendo en casa del señor Flan, el día de la desgracia?

Le preguntó una mujer de las muchas que se habían acercado á escucharla.

—Sí, señora.

—¿Pos quién jué el que le asesinó?

Dijo el del zarape.

—Eso es lo que nunca se ha llegado á

sospechar; pero no me cabe duda de que D. Félix, lejos de matar al hombre que le colmaba de favores y de distinciones; hubiera dado por él, mil y mil vidas.

—Así sucede muchas veces—contestó la mujer:—que justos pagan por pecadores.

—Al menos que si lo del asesinato es tan cierto como el otro delito de que le acusan, yo me atrevería á jurar que es inocente.

Dijo un hombre que estaba embozado en una frazada, y que se habia acercado á oír la conversacion.

—¿Y cuál es el otro delito?

—Pues ¿qué, no han leído vdes. el papel que venden del ajusticiado?

—No.

—Pues allí se le acusa de monedero falso; y lo que es eso, yo sé bien quién era el que entregaba esas sumas en casa del señor Flan.

—¿De veras?

—Cállate, Margarito.—Le dijo una linda jóven del bajo pueblo que iba con él, vestida con lujosas enagnas bordadas, de fino rebozo calandrio, y cuyo diminuto pié lo

llevaba calzado por un zapato de raso verde, con una flor de oro en la punta.—¿Qué te importa á tí el que se le acuse de ese delito mas?

—Nada; pero me gusta que á cada cual se le dé lo que es suyo; y como en eso de la moneda falsa á mí *mesmo* me la daba el *doitor*, pues siendo nosotros los que conduciamos la plata, creyendo que era buena, nos pagaban con la *mesma*....

—Mira que si te oye alguno de la policía....

—¿Y qué me importa? Yo digo la verdad; y como yo no soy culpable....

El hombre del bajo pueblo que así se expresaba, era aquel mismo conductor que, zeloso de Willey, habia comunicado en la feria de Tlalpam á sus amigos la noticia de haber partido varios pesos que le salieron falsos, y cuyas palabras escuchó Félix, sin saber quién las pronunciaba.

La jóven que iba con él, era la graciosa Federacha, á quien el lector conoce ya.

—¿Ven vdes. si tengo yo razon para creer que es inocente?

Dijo la jóven que habia servido en casa de Flan.

La voz de un muchacho que gritó: "¡ahí sale!" hizo que todos fijasen la vista en la puerta de la cárcel, y que interrumpiesen el diálogo.

La idea de que era inocente, introdujo la compasion en el pecho de los que habian escuchado las palabras de la jóven, y tenian doble afan por conocer al sentenciado á muerte.

El acompañamiento lúgrube empezó á salir pausadamente, precedido de la campanilla que acompaña siempre estos actos imponentes y desgarradores.

Ocho soldados, colocados á uno y otro lado, marchaban al paso de una caja destemplada, que en su sordo sonido indicaba que un desgraciado caminaba al patíbulo.

Un hombre vestido de negro, ostentando el escapulario del Señor de la Misericordia, que le caia sobre el pecho y la espalda, y llevando en alto un óvalo que indicaba las obras de misericordia, seguia al de la campanilla; y poco despues, pálido y macilen-

to, pero sereno y resignado, se dejó ver el desventurado Félix, al lado del venerable sacerdote Enrique, que le iba exortando y dirijiendo palabras de conformidad y de consuelo.

El inocente jóven las escuchaba con recogimiento religioso, y besaba con fervor el dorado Crucifijo que llevaba en sus manos.

Aquellos eran los últimos instantes de su vida, y queria dedicarlos exclusivamente para emprender el viaje á la eternidad.

Moria en la primavera de su vida, cuando el mundo brinda sus mas seductores placeres al hombre, cuando le ofrece todos sus tesoros.

Y el desventurado levantó con languidez los ojos, y los dirijió sobre la multitud, para ver por la última vez ese mundo en donde dejaba á la hermosa Soledad, cuya memoria dulce y pura, le acompañaba en sus postreros instantes.

Acaso creyó encontrarla allí, triste y llorosa, queriéndole enviar el último adios de despedida.

Pero nada vió.

Sus ojos solo encontraron rostros extraños que nada le decían: miradas de curiosidad, sin compasion y sin piedad.

El infeliz no descubrió mas que á un público que le creía criminal y le acusaba.

¡El único sér que conocia su inocencia no estaba allí!

Entonces bajó la vista, velada por las lágrimas que le arrancara la memoria de Soledad, y continuó su camino, entregado todo á Dios, ante quien iba á comparecer dentro de pocos instantes.

—¡Tú, Eterno Padre, que lees en lo profundo del corazon del hombre....—Decía para sí lleno de fé cristiana:—tú que miras mi inocencia.... tú que sabes que jamás se han manchado mis manos con la sangre de mis semejantes, ábreme las puertas de tu gloria.... no me rechaces de tu lado, como me rechaza horrorizada en este instante la sociedad, que me confunde con los asesinos! Tú lo has dispuesto así, Dios mio.... Tú has resuelto en tus inescrutables fines, que yo muera cargado con el peso de una acusacion terrible, y yo acepto gustoso esa

muerte para acatar tu sagrada voluntad! Sí; yo la acepto, y te la ofrezco en desagravio de mis culpas! ¡No me abandones, pues, Salvador mio... no me alejes de tí, por piedad!

Y D. Félix besó con fervoroso fuego el Crucifijo que llevaba en sus manos.

En su semblante brilló la luz de la fé que acompaña al justo en sus últimos momentos.

El padre Enrique, que conocia su inocencia, y que marchaba á su lado, animándole á sufrir la muerte con resignacion cristiana, puesto que así lo habia dispuesto Aquel, cuyos inescrutables fines debe acatar la criatura, iba pronunciando al oido estas palabras del salmista, que el inocente jóven repetia con viva fé.

“Señor; ¿por qué se han multiplicado los que me atribulan? muchos se levantan contra mí.

“Mas tú, Señor, eres mi amparador, mi gloria, y el que levantas mi cabeza.

“Con mi voz llamé al Señor: y me oyó desde su monte santo.

“No temeré yo los millares de pueblo

que me rodean: levántate, Señor, ¡sálvame, Dios mío!

“Apládate de mí, y oye mi oracion.

“Da, Señor, oídos á mis palabras, y oye mi clamor.

“En la mañana me pondré en tu presencia, y veré.

“Apládate de mí, Señor, porque estoy enfermo: sáname, Señor, porque mis huesos están conmovidos.

“Vuélvete, Señor, libra mi alma: sálvame por tu misericordia.”

Y D. Félix volvió á besar la imágen del Salvador, y continuó en religioso recogimiento, caminando hácia el sitio de la ejecucion, repitiendo interiormente todas las dulces palabras del padre Enrique.

—Pobre jóven!—Exclamó la mujer que vimos dirigir poco antes una pregunta á la que fué criada de Flan.—Se conoce en la dulzura de su fisonomía y en la tranquilidad de su semblante, que posee una alma limpia y noble.

—¡Ah! ¡cuánto siento que no me haya

visto!—Dijo la criada.—Yo queria que fijasen en mí los ojos para que leyese en mi semblante mi aprecio, mi gratitud y mi compasion....

Y henchida de pena y de dolor, seguia con la vista al que en época no muy lejana habia contemplado distinguido en la sociedad.

Don Félix marchaba con resignacion católica, escuchando con religiosa atencion las palabras del digno sacerdote que iba á su lado y le habia confesado.

Al llegar al cuadro formado por algunas compañías de tropa, colocada en el sitio en que iba á tener lugar la ejecucion, el preso levantó los ojos, y sus miembros se estremecieron.

Acababa de descubrir, á muy pocas varas, el cadalso en que iba á morir ignominiosamente.

Un sudor frío bañó su frente.

Su corazon se oprimió dentro del pecho, y su faz se demudó.

El sacerdote se esforzó entonces en alen-

farle, y sus palabras, que llevaban el consuelo de la religion, la esperanza de una vida mejor y siempre dulce, le alentaron.

—¡Sí, sí... Dios me espera en la gloria!

Exclamó Félix inflamado por la fé; y avanzando con la tranquilidad del justo, llegó al pié del patíbulo.

Al poner la planta en el primer escalon, sintió un sacudimiento interno, su piel se atirantó, y el frío de la muerte penetró hasta la médula de sus huesos.

El inmenso gentío que invadía todo el Egido, donde era la ejecucion, tenía fija la vista en él, sin dirijirla, ni por un instante, á otro sitio.

Félix subió los escalones que le faltaban, permaneció en pié, y dirijiéndose á la multitud, pronuació con clara y firme voz estas breves palabras:

—Muerdo inocente del delito que se me imputa; pero no acuso á nadie: las apariencias hablan altamente contra mí, y la justicia, que tiene la obligacion de juzgar por las pruebas, me castiga. ¡Dios perdone al que vertió la sangre de mi querido princi-

pal, como yo le perdono! Solo anhelo que los que me escuchan, se persuadan de mi inocencia, para que mi nombre no pase á la posteridad, confundido con el de los criminales, sino con los de los desgraciados... ¡Esto os pido á las puertas de la eternidad, y que rogueis por mí al Supremo Juez, ante quien voy á comparecer en este instante!

Un silencio sepulcral sucedió á estas palabras.

El jóven acusado dirijió la vista hácia la campiña y el magestuoso bosque de Chapultepec, que se descorrían á lo lejos, enviándoles el último adios: elevó los ojos al cielo con fé viva y como demandando compasion: besó el Crucifijo con ardiente fervor, y se sentó resignado en el funesto banquillo del patíbulo.

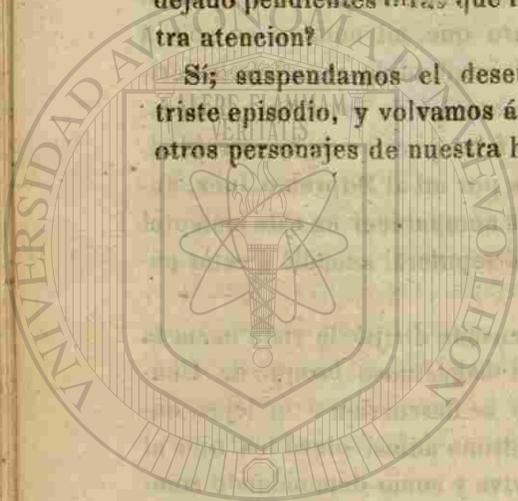
El digno padre Enrique, colocado á su lado, rezaba en alta voz.

El verdugo, cubierto el rostro con un antifaz, le vendó los ojos con un pañuelo, le pidió perdon, y le puso el instrumento de muerte al cuello.

Pero ¿para qué continuar en la relacion

de esta escena aterradora, cuando hemos dejado pendientes otras que reclaman nuestra atención?

Sí; suspendamos el desenlace de este triste episodio, y volvamos á ocuparnos de otros personajes de nuestra historia.



CAPITULO XXVII.

Antes de morir.

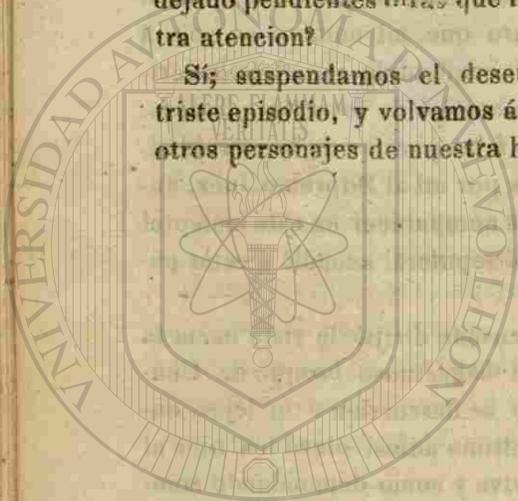
Dijimos que al saber Duval por el medallón que mostró á la afligida Amalia, que Luz era su hija, penetró en la pieza en que iba á ser víctima de la bastarda pasión de Willey, arrojándose sobre éste con el puñal levantado.

La hermosa jóven dejó escapar una exclamación de esperanza, y le rogó que le salvase.

El doctor, lejos de intimidarse ante el peligro que le amenazaba, sacó una pistola de seis tiros para detener á su contrario.

de esta escena aterradora, cuando hemos dejado pendientes otras que reclaman nuestra atención?

Sí; suspendamos el desenlace de este triste episodio, y volvamos á ocuparnos de otros personajes de nuestra historia.



CAPITULO XXVII.

Antes de morir.

Dijimos que al saber Duval por el medallón que mostró á la afligida Amalia, que Luz era su hija, penetró en la pieza en que iba á ser víctima de la bastarda pasión de Willey, arrojándose sobre éste con el puñal levantado.

La hermosa jóven dejó escapar una exclamación de esperanza, y le rogó que le salvase.

El doctor, lejos de intimidarse ante el peligro que le amenazaba, sacó una pistola de seis tiros para detener á su contrario.

Pero Duval estaba ciego de ira; y sin atender á la superioridad del arma del infame, se dirigió resueltamente sobre él para matarle.

Willey dió entonces un salto hácia atrás, colocándose detras del sillón de su víctima, y cuando su antagonista avanzaba, disparó á quema-ropa su pistola.

A la explosion sucedió un grito de muerte.

El cuerpo de un hombre cayó revolcándose en su sangre.

Este hombre era Duval.

El doctor, temiendo que á la explosion del arma acudiese la justicia, se puso de un salto fuera de la pieza, bajó de otro la escalera, y al verse en la calle, se alejó diciendo:

—¡Aun me queda Adela! Es preciso abandonar ahora mismo la ciudad, y marchar tras ella....

Amalia, que al desaparecer Duval, trató de seguirle para saber dónde estaba la hija de sus entrañas, entró en la casa del doctor cuando éste salia con la pistola en la mano, sin fijar la atencion en nada.

La afligida madre entró desolada en el cuarto, temiendo una desgracia, dió un grito de horror al ver en tierra y ensangrenado al hombre que la hizo desgraciada, y en seguida corrió hácia la jóven, que habia quedado desmayada en el sillón en que se hallaba presa.

—¡Hija mia.... hija mia!—Exclamó la amorosa madre haciendo pedazos los brazos del sillón que la sujetaban.—¡Vuelve en tí! Nada temas.... estás libre.... libre al lado de de tu amorosa madre!

Y Amalia cubria de besos y de caricias á la jóven, que no podia verla ni escucharla.

Duval, sin poderse levantar, pero dirijiendo enternecido la vista hácia su adorada hija, que continuaba desmayada, exclamó:

—¡Ah! ¡siquiera la he salvado! ¡Amalia, hazla feliz! No sepa nunca que su padre ha sido un desgraciado criminal que te hizo infeliz á tí, Amalia! ¡á tí la mas digna y pura de las mujeres! ¡No, no le digas que yo soy el autor de sus dias y de tu desgracia, porque entonces me aborreceria, y su ódio me afligiria aun en la tumba! Ella me cree

su salvador.... un hombre que le inspiró confianza y aprecio desde el instante que me vió, y yo anhelo bajar al sepulcro con su aprecio.... con su cariño.... con su simpatía, ya que no me es dado darla una sola vez el nombre de hija! ¿Me lo prometes, Amalia?

—Sí, te prometo que nunca la sacaré del error en que está de creerte un hombre digno de su aprecio.... Soy madre, y conozco cuán duro sería, aun para el corazón más empedernido, morir llevando á la tumba el horror de sus hijos!

—¡Ah! gracias, Amalia, gracias.... ¡Dios, que lee en este momento, en lo más íntimo de mi alma, vé el hondo pesar, el verdadero arrepentimiento de mi corazón en haberte hecho sufrir en este mundo.... He sido un criminal; pero el cambio de sentimientos que se ha operado de repente en mi alma, me hacen creer que si conservase la vida, expiaría voluntariamente, por toda ella, todos mis delitos, consagrándome á hacer el bien de mis semejantes. ¡Oh! Dios que me inspira estos nobles sentimientos antes de espirar, se ha dignado enviarme el

dulce arrepentimiento para que mi alma no se pierda.... ¡Bendito él sea! ¡Sí, bendito; porque el grato consuelo que me envía, me revela su perdón y su misericordia! Y tú, Amalia, tú que eres un ángel, á quien he ofendido cruelmente: tú que has nacido para practicar la virtud, me concederás también una palabra de perdón para que baje tranquilo á la tumba....

—Mi perdón lo has tenido siempre.—Exclamó Amalia sin separarse de su hija, á quien procuraba con sus caricias y atenciones hacer volver de su desmayo.—Sí.... siempre; porque las penas, las desgracias, y la pobreza que me han acompañado constantemente, las acogía como un justo castigo en expiación de mis culpas.

—¡Culpas tú, Amalia! ¡Culpas tú, en cuya alma residen todas las virtudes! ¡Oh! ¡tu perdón me tranquiliza y vierte en mi pecho el bálsamo de la esperanza! Al bajar á la tumba llevo siquiera el consuelo de que no maldecirás mi nombre, y de que no arrancarás del corazón de nuestra hija el sentimiento de cariño hácia este desgraciado,

que nunca debe saber que fué su padre....

—¡Sí! te conservará su gratitud, y tu nombre sonará en sus labios como el de su salvador!

—¡Gracias, Amalia, gracias!

—Pero silencio, que se acercan sin duda algunos.

No bien acabó Amalia de pronunciar estas palabras, cuando la casa se llenó de gente, que entró atraída por el tiro que se había escuchado.

La autoridad del barrio dió orden de que inmediatamente se hiciese comparecer á todos los que habitaban la casa para tomar las primeras declaraciones, y entre tanto empezaron éstas por el herido.

Duval confesó sinceramente lo que había pasado entre Willey y Luz: que él se había prestado á acompañarle para que aquel consiguiese su infernal objeto; pero que luego, arrepentido, y tocado por Dios en la conciencia, subió dispuesto á salvarla, lo que consiguió recibiendo aquella herida mortal.

Duval, como el lector ve, solo ocultó que

Luz fuese su hija, porque quería librarla de aquella mancha.

Los agentes de policía que habían salido de la estancia para hacer comparacer á todos los de la casa, volvieron diciendo que á nadie habían encontrado.

La mujer que había hecho de carcelera, había huido al saber el funesto acontecimiento.

Solo Doña Anita, llevada de su curiosidad, había subido; y al ser interrogada, dijo que nadie había entrado por la puerta de la calle que ella cuidaba, mas que el doctor y Duval; que el segundo salió á poco dejando dentro al primero; que luego volvió á entrar agitado; que en seguida se escuchó el tiro de la pistola; que tras esta detonacion salió el doctor huyendo, llevando en la mano el arma fatal; y que, por último, añadió, la señorita Amalia, y cuantos allí estaban, habían entrado despues á saber lo que había sucedido.

La declaracion de la jóven, que merced á los enidados de la hermosa preceptora,

recobró los sentidos, vino en apoyo de la de la casera.

En virtud de ello, Amalia, que llena de dicha por el hallazgo del tesoro que mas amaba en la tierra, recibia de la hermosa Luz, á quien se habia dado á conocer, el dulce título de madre y las mas ardientes pruebas de su amor filial, alcanzó que se le permitiese retirarse á su casa, llevando en su compañía á la tierna hija de su corazon.

Luz, agradecida al singular favor que de Duval habia recibido, é impelida hácia él por un sentimiento desconocido que ella no se podia explicar, porque ignoraba el lazo íntimo que unia su alma á la de aquel hombre, se acercó á él, le estrechó la mano con muestras de la mas profunda gratitud, y le dijo con una voz dulce y expresiva:

—A vd. le debo lo que mas ama la mujer sobre la tierra. ¡Vd. ha sido el ángel que la Providencia me envió en el instante del peligro, para entregarme en los brazos de una cariñosa madre, que bendecirá el nombre de vd., como lo bendeciré yo toda mi vida...! Siento hácia vd. el cariño de una

buená hija hácia su desgraciado padre, y como tierna hija elevaré mis ruegos á Dios para que le conserve la vida! Permítame vd., pues, que antes de partir, le dé á vd. el nombre de padre, y esté vd. firmemente persuadido de que su memoria será tan grata para mi corazon, como la del sér mas querido de la tierra. ¡Adios, padre mio, adios!

Duval, al escuchar aquel nombre dulcísimo de los labios de la que en realidad era su hija, sintió bañado su corazon de una delicia inefable, y bendijo interiormente á Dios, porque de una manera tan visible le hacia patente su misericordia.

—¡Ay, hermosa Luz....!—Exclamó Duval conmovido profundamente.—¡Vd. no puede comprender todo el bien que derraman en mi pecho esas dulces palabras de cariño, dictadas por la gratitud! ¡Vd. me dió un medallon, que yo pensé conservar en Europa, como un recuerdo de su bondad y de sus virtudes; pero ahora que voy á morir, se lo devuelvo á vd. como una memoria que deja un desgraciado padre á su hija....!

¡Sí... á su hija! porque mi sentimiento hácia vd. es puro y dulcísimo, como el que consagra el hombre á los séres á quienes dió la vida!

La autoridad manifestó que era preciso conducir al herido al hospital, y Duval añadió sacando el medallon, y poniéndolo en manos de la hermosa Luz:

—Puesto que vd. se ha dignado darme el nombre de padre: ¡adios hija mia, adios! Aquí tiene vd. la prenda que vd. me dió en prueba de gratitud, y que yo le devuelvo para que cada vez que en ella fije sus ojos, consagre un recuerdo de compasion á quien desde la eternidad rogará á Dios por su ventura.

Y Duval estrechó la mano de la jóven profundamente conmovido: sus ojos se llenaron de lágrimas, y un tierno suspiro exhaló su corazon.

Luz le envió una mirada de cariño, y acompañada de Amalia salió de la estancia, dirigiendo sus ojos por la última vez, desde la puerta, al hombre que le habia salvado,

Duval recogió con avidez aquella mirada, y exhaló un suspiro al ver desaparecer á los dos séres que habian conmovido su corazon.



CAPITULO XXVIII.

Le conciencia.

En cuanto Amalia y Luz salieron del cuarto en que había tenido lugar la sangrienta escena entra Willey y Duval, éste empezó á perder su fuerza á causa de la sangre que manaba de su herida, y poco despues quedó desmayado.

La autoridad ordenó entonces que se trajese una camilla; y fué conducido en ella al hospital de S. Pablo.

El médico del establecimiento reconoció la herida, y declaró que era mortal.

Sin embargo, hizo escrupulosamente la curacion, y encargó el mayor esmero en la asistencia.

Duval volvió al cabo de una hora de su letargo; pero la debilidad, causada por la sangre que había perdido, unida á las ideas causadas por el encuentro de Amalia y de su hija, le hicieron estar en un continuo delirio toda la noche.

A eso de las tres de la mañana pareció hallarse un poco tranquilo, y poco despues vino á quedar en un profundo sueño.

Los encargados de cuidarle, procuraron que no se hiciese el mas ligero ruido.

Merced á este cuidado, el herido descansó cuatro horas.

Eran las siete de la mañana cuando Duval abrió los moribundos ojos.

Dirigió la vista á todas partes para reconocer el sitio en que se hallaba, y pareció que hacia esfuerzos para poder hablar.

El juez encargado de tomarle algunas declaraciones, que no pudieron practicarse en el momento de verse herido, y que había estado junto á él toda la noche esperando á que estuviese en disposicion de decir algo, se acercó cuanto le fué posible.

—¿Se ha salvado esa jóven?

Fueron las primeras palabras que con moribunda voz pronunció el herido.

Aunque criminal, era padre; y la memoria de su hija, á quien vió en peligro, preocupaba su imaginacion.

—Sí, señor, se ha salvado.—Le contestó el juez.—Vd. mismo le arrancó del poder del malvado que trataba de perderla, y en defensa de la virtud recibió vd. esa herida.

—¡Ah! sí.... es verdad.

—Y toda la noche, y aun esta mañana, ha enviado esa jóven á saber por el estado de la salud de vd.

—¡Gracias, Dios mio, gracias! ¡No era yo digno del supremo bien con que me inundas en este instante!

Y Duval sintió bañado su corazon por el bálsamo consolador que vierte el convencimiento de la piedad de los séres que amamos en la tierra.

En aquel instante penetraron en la sala en que se hallaba el herido, dos hombres que revelaban en su traje y sus maneras pertenecer á la buena sociedad.

Eran los mismos que la noche anterior cruzaron por el barrio de la Palma, obligando á Duval á que se ocultase, temiendo fuesen agentes de policia.

El herido fijó la vista en ellos, y exclamó sorprendido, aunque con débil voz:

—¡Aquí, al espirar, los dos!

Uno de los aludidos, jóven de simpática fisonomía y gallarda presencia, se acercó al herido, le apretó la mano con interes, y le dijo prontamente al oido estas palabras, que solo Duval pudo oir:

—Gracias debeis dar á Dios que nos ha llegado á enviar, á poderos perdonar, aquí, al espirar, los dos.

—¡Ah! ¡gracias, señor Nuñez!—Dijo Duval de manera que todos le oyeran.—No son ya un secreto mis maldades, y la mortificacion que me cuesta publicarlas, quiero que sirva, en parte, de expiacion á mis culpas. Yo he tratado mil veces de privarle á vd. de la vida, y vd. tiene la bondad de perdonarme....! Este perdon embalsama mi

existencia, ya próxima á acabar, y si igual favor pudiese esperar de D. Ricardo....

—Ricardo—dijo el otro individuo que habia entrado con Nuñez—ha olvidado la prision en que le ha hecho vd. gemir por muchos años, y desea que Dios le perdone al comparecer á su presencia, como él lo perdona y compadece.

—¡Es vd. muy generoso, D. Ricardo, y ahora conozco cuán criminal fui al privarle á vd. de la libertad!

—Todo ha pasado ya. El porvenir me sonrie de nuevo, y ya hubiera sido feliz, si cuando salí de la caverna de Cacahuamilpa, libertado por mi amigo Nuñez, no hubiera caido enfermo, y permanecido en Cuernavaca, hasta verme restablecido, que es lo que ha motivado nuestra tardanza, hasta anoche que llegamos á esta capital.

—¡Anoche!

—Pero, decid:—Exclamó Nuñez:—¿qué es lo que se ha hecho del doctor? ¿en dónde está? Anoche, al ruido de la detonacion de una pistola, entramos en la casa en que fué vd. herido por él; pero le habian conducido

á vd. ya á este sitio, y cuando llegamos, se encontraba vd. delirando, impidiendo así que le preguntásemos por él. Por eso ahora, anhelando saber dónde se encuentra, para arrancar de su poder á la infeliz Adela, hemos vuelto á este sitio para que vd. nos diga en dónde tiene oculta á la mujer que adoro con toda el alma.

—El doctor—contestó Duval con débil voz—debió partir sin duda, en el acto de herirme, con direccion á Veracruz, pues todo lo tenia dispuesto para el viaje. Con respecto á la jóven por quien vd. pregunta, la habia hecho salir anticipadamente de México en una litera, con rumbo al mismo puerto.

Estas palabras helaron el corazon de Nuñez, y le dejaron como herido de un rayo.

Ellas le hicieron comprender toda la magnitud de su desgracia, porque la sintió precisamente cuando creyó llegar á las puertas de la felicidad.

Pero vuelto luego de su anonadamiento, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, levantó la cabeza con energía, y recobrando la fé,

que por un momento le habia abandonado, se dirigió á Ricardo, diciéndole:

—Salgamos inmediatamente á caballo en su persecucion.

Y sin detenerse un instante salieron de la pieza del herido.

Duval les envió una mirada de gratitud y de compasion.

Se acusó de ser causa de los males de ellos, y exclamó con acento del mas profundo arrepentimiento:

—¡Dios mio, haz que salven á esa jóven para que mis delitos sean menos enormes! ¡Es el único sér que aun gime por haberme asociado á ese hombre! ¡Pero no!—Añadió como asaltado por una idea espantosa:—No es el único sér que padece por mi causa.... aun hay otro que me impide morir tranquilo.... ¡Sí... hay otro! ¡Un hombre... sí, un hombre que debia morir hoy por mi causa!

Y se estremeció.

—¡Un hombre!

Preguntó el juez recogiendo con avidez todas sus palabras.

—¡Sí.... un inocente!

Dijo con desfallecida voz el moribundo.

—¿Su nombre?

Le interumpió el juez con afan.

—¡Félix!

—¿Félix Huerta?

—Sí.

—¿El jóven que debió ser ejecutado á las siete?

El herido hizo una señal afirmativa.

—¿Pues qué, no es él acaso el asesino del señor Flan?

—¡No!

Respondió casi con el aliento Duval.

—¿Qué escucho!—Exclamó el juez con inquietud.—¿Pues quién?

—Yo.

—¡Usted!

—Y el hombre que me ha herido y que era mi cómplice.... Voy á comparecer ante el Supremo Juez, y no quiero llevar sobre mí la sangre de ese inocente, si es que aun es tiempo de salvarle!

Y Duval volvió á quedar callado.

El esfuerzo que habia hecho para ha

blar, y la emoci6n que sentia, agotaron sus fuerzas.

—¡Dios mio!—Dijo el juez levantándose y sacando el reloj.—¡La ejecucion estaba dispuesta para las siete, y han dado ya! ¡Ah! ¡corramos al sitio del suplicio! ¡tal vez llegue á tiempo! ¡tal vez logre salvar la vida de un inocente!

Y el juez, montando en un coche que le esperaba á la puerta, y dejando al herido entregado al cuidado de un confesor que escuchaba sus culpas, ordenó al cochero que hiciese caminar á los caballos á toda prisa, y se dirijió inquieto hácia el Egido.

—¡Habrá perecido ya?

Decia interiormente; y sacaba á cada instante la cabeza por la portezuela para ver si aun le faltaba mucho para llegar.

Al acercarse á Corpus-Cristi, calle que está recta á la Acordada, en que estaba la cárcel, vió que la gente estaba agolpada hácia el lado del paseo de Bucareli.

Esto le hizo creer que el sentenciado á muerte habia llegado ya al patibulo.

El pecho se le oprimió con este pensa-

miento, y mandó al cochero que violentase el paso, aunque reventasen los caballos.

El auriga obedeci6, y pronto se encontraron enfrente de la Acordada.

El preso, en efecto, habia salido ya de ella para sufrir la pena de muerte.

¿Se habia ejecutado ésta?

El juez tembló temiendo haber llegado tarde, y gritó de nuevo al cochero para que apresurase la marcha.

El cochero agitó á los corceles; pero cuando mas aprisa iban los caballos, el carruaje tropezó con un guarda-canton, que estaba cerca de la Acordada, y rompiéndose uno de los ejes, la rueda saltó, inutilizando el coche.

Este contratiempo, en momentos tan criticos, era altamente sensible.

El juez saltó del carruaje y dirijió la vista hácia el sitio á que habia pensado llegar á tiempo.

Un vuelco dióle el corazon dentro del pecho ante el espectáculo que se presentó en aquel instante á sus ojos, y su rostro se cubrió de una palidez mortal.

El reo estaba ya sentado en el patíbulo. La distancia que le separaba de él era aun bastante larga, y era por lo mismo imposible salvarle.

—¡He llegado tarde!— Exclamó afligido, y sin embargo, lejos de detenerse ante aquella desconsoladora reflexion, se dirigió velozmente hácia el sitio del suplicio.

Pero por mucho que agitase el paso, no podia llegar á tiempo.

Aun le separarian algunos centenares de varas del sitio de la ejecucion, cuando el verdugo acababa de colocar el instrumento de muerte al cuello del desdichado Félix.

El ministro de la muerte puso las manos en el fatal instrumento para dar la terrible vuelta.

El juez aun estaba á larga distancia, y el gentío le impedía llegar.

Félix sintió en su cuello la mano del verdugo, que arreglaba la argolla que debía poner término á su vida.

Un frio glacial circuló por todas sus venas, y se encomendó á Dios con toda su alma.

El ejecutor de la justicia iba á poner fin á su vida.

Un hombre del bajo pueblo, que estaba cerca del patíbulo y confundido entre la multitud, gritó en aquel momento:

—¡Esperad! ¡ese hombre es inocente! ¡Yo conozeo al falsificador!

El padre Enrique detuvo entonces la mano del verdugo.

El oficial encargado de presenciar la ejecucion, se acercó entonces á saber el motivo que habia detenido el golpe del verdugo.

En aquellos momentos logró el juez llegar al sitio del suplicio, y exclamó con firme y claro acento:

—No le mateis.... no le mateis.... es inocente.

A aquella voz, el oficial dirigió la vista hácia el que hablaba, y al reconocer á uno de los jueces de mas elevada posicion, mandó suspender la terrible ejecucion.

—¡Es inocente! ¡es inocente!

Repitió alborozada la multitud.

El sacerdote que habia confesado al pre-

so, y que conocía la rectitud de su conciencia, se inclinó hácia él, y le abrazó diciendo:

—¡Hijo mio.... está vd. libre! ¡Dios ha permitido que se descubra su inocencia!

Félix creyó despertar de un sueño al escuchar aquellas palabras; miró al digno ministro del Señor para cerciorarse de que era realidad cuanto le pasaba; contempló al numeroso gentío que agitaba los pañuelos saludándole; sintió sus manos y su garganta libres del hierro que les oprimiera; descubrió la campiña verde y deliciosa, como cuando se había despedido de ella, y al cerciorarse de la verdad, cayó de rodillas dando gracias á Dios por su infinita misericordia.

El juez entre tanto se había acercado al jefe encargado del mando de la tropa, le expuso en pocas palabras lo que había pasado; pidió bajo su responsabilidad llevar al jóven para presentarlo al gobernador; el oficial accedió á la solicitud de un hombre tan respetado y conocido en la sociedad; y poco despues Félix penetraba con él en un

cochê que habia mandado traer el juez, y se dirijia, en compañía de su salvador, á la casa del gobernador.

¿Quién habia sido el hombre del pueblo que, confesando la inocencia de Félix, hizo detener el golpe fatal de muerte, dando así lugar á que llegase el respetable juez que conocia al verdadero criminal?

Don Margarito: el amante de la Federación: aquel que, zeloso del doctor, manifestó en Tlalpam su conviccion de que Willey era monedero falso; el mismo á quien vimos mezclarse en la conversacion de aquel grupo en que se hallaba la que fué criada de Flan, y que al salir Félix para el patíbulo, indicó la inocencia del que era tenido como miembro pernicioso de la sociedad.

Así la Providencia se valió de un sér el mas humilde, para descubrir lo que dos malvados habian ejecutado sin testigos, con el mayor secreto, y dejando indicios que hiciesen caer la acusacion del crimen sobre un inocente.

Félix, conmovido aún por el recuerdo de la terrible escena que acababa de pasar,

marchaba en el coche con el digno juez, y mereciendo mil finas atenciones de tan celoso funcionario, hacía la casa del gobernador.

El padre Enrique, mirando en aquel admirable suceso la mano del Criador, se dirigió hacia el templo de S. Fernando á darle gracias por su misericordia.

Y Margarito, rodeado de un numeroso pueblo, se entretenía en contar la manera con que había descubierto que Willey era monedero falso, y que al ver sentado á Félix para recibir la muerte, sintió que su conciencia le gritaba que no le dejase morir, y que por eso confesó que era inocente.

Todo, pues, había terminado de una manera inesperada y feliz.

Y para que nada faltase á aquel admirable cuadro, en aquellos mismos instantes, Duval, arrepentido y contrito, acababa de espirar, absuelto por un ministro del Señor, después de haber dispuesto, ante un escribano, que se devolviesen á Leopoldo los treinta mil pesos de las libranzas cobradas en nombre de su buen padre, y señalando

otras gruesas cantidades para que fuesen entregadas á las diversas personas que nombró.

Al saber su muerte, Amalia y la agraciada Luz, cayeron de rodillas ante una imagen de la Virgen, á rogar por el descanso de su alma.

CAPITULO XXIX.

Accion de Cerro-Gordo.

El doctor, en cuanto se vió en la calle, corrió á su casa, recogió cuanto pudo en alhajas, dinero y papeles; montó en un caballo, y salió de la capital antes de que pudiesen sospechar que él era le matador de Duval.

Su afan era llegar á Veracruz.

La plaza estaba sitiada desde el dia 9 de Marzo, por los Norte-Americanos, y habia pensado reunirse á ellos para volver triunfante á la capital, y recoger todo lo que se habia visto obligado á abandonar en su precipitada fuga.

Con la muerte de Duval, podian los gira-

dores de las libranzas, que tenia en su poder, cambiar de pensamiento, y no quiso exponerse á recibir el terrible golpe de que al presentarse á cobrarlas, se las respaldasen por un nuevo aviso.

El génio del mal, que parecia empeñado en protegerle, hizo que encontrase al ejército invasor en marcha hácia México, apoderado de Veracruz por capitulacion el 27, y se agregó á él como voluntario de caballería.

Pronto su instruccion, su conocimiento del país y del idioma, y el valor que habia desplegado en algunos encuentros parciales, le alcanzaron el grado de capitán.

Los sócios subalternos que habian salido conduciendo á Soledad hácia el puerto, recibieron orden de venir con el convoy de tras del ejército, como simples particulares que traian una enferma en la litera.

El general Santa-Anna, con la actividad que le era característica, habia reunido en Cerro-Gordo un ejército de 14 mil hombres, para contener los avances del enemigo y vencerle en una batalla.

Las brigadas de los generales Pinzon y Rangel, las compañías de nacionales de Jaapa y Coatepec, mandadas por el valiente capitán Mata, y la sufrida y benemérita división que había combatido en la Angostura, fueron llegando al campo, deseando medir sus armas con las de sus odiosos contrarios.

Estos se presentaron á los pocos días en el Plan del Rio, y los mexicanos activaron, en lo posible, los trabajos de las fortificaciones.

El teniente coronel Robles, cuya reputación, como hombre de saber y de valor, estaba bien sentada en el ejército, y cuyo nombre se había hecho notable durante el sitio de Veracruz, había mandado alzar al borde de los tres ramales de las lomas de la derecha, un parapeto que tuviese por principal objeto, puesto que se carecía de elementos para construirlo sólidamente, marcar las líneas en que, colocadas las piezas de artillería, y ordenada la infantería, los fuegos fueran desde aquel punto eficaces para barrer á bala y metralla el terreno que te-

nían que cruzar los invasores para asaltar las posiciones. El coronel Cano, infatigable también y lleno de ardor pátrio, había cortado el camino en el punto que éste cambia de dirección á la falda derecha del Telégrafo, y colocó allí una batería de grueso calibre, practicando á la vez un camino cubierto que conducía á las posiciones de la derecha. No con menos acierto había formado el general Alcorta una tala circular en la cima del cerro mencionado, en la cual situó una batería de cuatro piezas de á cuatro. En el centro de esta obra, flameaba vistoso, y enardeciendo con su vista el corazón del soldado, el pabellón nacional. Mas á la izquierda, solo se veían espesísimos breñales y barrancas, que el general Santa-Anna daba por cierto ser inaccesibles.

El ejército enemigo había acampado sobre el camino, enfrente á las posiciones de la derecha, como á tres cuartos de legua de distancia.

Era la noche del 17 de Abril.

Los Norte-Americanos, despues de ha-

ber intentado un ataque para reconocer las posiciones de sus contrarios, se habian retirado rechazados vigorosamente por las tropas mexicanas.

Los invasores descansaban en sus tiendas de las fatigas del combate, para volver al siguiente dia á dar uno decisivo y sangriento.

Solo un capitán de caballeria permanecia sentado en la suya hablando con un hombre, que por su traje revelaba no pertenecer al ejército.

—Dentro de pocos dias estaremos en la capital.—Decia el primero apurando un trago de vino de una botella que tenia al lado, y que se la ofreció luego á su interlocutor.—Mañana será la batalla, y despues ya no encontraremos dificultad ninguna en el camino.

—Lo que es el ejército, no; pero ¿quién nos libra á los que venimos en el convoy, de la guerrilla del padre Jarauta, de ese español que se ha propuesto no dejarnos dormir tranquilos?

—¿Tiene vd. miedo, acaso?

—Por mí, no.

—Pues ¿por quién?

—Por el tesoro que nos ha dado vd. á guardar.

—Gracias.

—Ya vé vd., señor Willey, que si llegase á caer la litera en que viene Adela en manos de él, ó de cualquiera otro guerrillero mexicano, de los muchos que hay, todas las esperanzas de vd. en conseguir el amor de esa jóven, por quien tanto ha gastado, vendrian por tierra en un instante.

—Lo sé; y por lo mismo no sucederá: al primer tiro que yo escuche hácia ese rumbo, acudiré inmediatamente.

—Lo que es por nuestra parte, siempre estaremos vigilando.

—Sí; es preciso no dejarse sorprender.

—Llevamos ya nueve dias de estar enfrente al enemigo, y esta inaccion, que atribuyen á cobardía los contrarios, ha dado bríos á las guerrillas, y á los que estamos algo retirados, cuidados muy serios.

—Le aseguro á vd. que mañana será la

accion decisiva, y que despues nada tendremos que temer.

—Dios lo quiera.

—¿Y Adela cómo se encuentra?

—Triste y hermosa como siempre.

—¿Y sigue maldiciendo mi nombre?

—Ahora mas que nunca; porque dice que á los males que por vd. sufre y á la crueldad con que la sacó vd. de su casa, reune vd. el delito de haberse unido á las filas de los que destruyen su patria, olvidándose de los favores que ha recibido vd. en este hermoso país.

—Ya haremos de manera que se le vaya quitando su rencor contra mí.

—Pronto se docilitará.

—Lo que le encargo á vd. es, que á nadie se le permita hablar con ella.

—De eso no hay cuidado.

—Que todos crean que es mi mujer, y que va enferma.

—Así lo decimos.

—¿Y le ha dejado vd. bien custodiada?

—Mis dos compañeros no se apartan de su lado; y si yo me he separado estos ins-

tantes, ha sido porque era preciso que viniese por dinero para nuestros crecidos gastos.

—Puee ya lleva vd. lo necesario ahora.

—Y algo mas.

—¿Desea vd. otra cosa?

—Nada, si no que Dios nos dé la victoria mañana.

—Así lo espero. ¿Y dónde anda Eugenia, la leal carcelera de Luz? Se me presentó en cuanto llegó de México, y no la he vuelto á ver.

—Es que está muy ocupada.

—¿Y en qué?

—Con lo que sacó de servir á vd. ha puesto una magnífica cantina entre los trenistas, y viene ganando el dinero que quiere.

—Me alegro infinito.

—Adios, señor Willey.

—Adios.

Y el doctor, no bien se alejó el hombre con quien habia estado hablando, se acostó vestido y armado en su tienda de campaña, para descansar las horas que faltaban de la noche.

Entre tanto, en el campamento mexicano, se trabajaba con actividad.

Los entendidos jefes de ingenieros, Robles y Cano, hacían en el cerro las fortificaciones más urgentes; y el general en jefe hizo subir á él dos piezas de á doce y una de á diez y seis, servidas por inteligentes artilleros.

Para no perdonar diligencia alguna que pudiese contribuir al triunfo, envió una orden al general Arteaga, que en el mismo día 17 había llegado á Jalapa con su brigada, compuesta de los batallones activos y de Guardia Nacional de Puebla, para que se pudiese inmediatamente en marcha hácia Cerro-Gordo.

Todo era animación en el campo mexicano.

En vez de tiendas de campaña, se habían levantado ligeras barracas, que daban una vista pintoresca al campamento.

Junto á una de éstas se paseaba un joven oficial, de franca fisonomía, del brazo de otro joven que, por sus insignias, indicaba ser médico del ejército.

—Hoy ha sido día de gloria y de satisfacción para vd., querido Rafael.

—Sí, amigo D. Juan. Apenas acababa de recibir la carta de mi leal amigo Nuñez, donde me comunica la grata nueva de estar Luz libre de las garras de su inícuo raptor, cuando la victoria ha venido á sonreírnos, rechazando al enemigo.

—Ahora no deseará vd. la muerte, como en la Angostura.

—No: ahora, D. Juan, quiero vivir para amar, para ser feliz y hacer la felicidad de la mujer más virtuosa de la tierra.

—¿Y vd. nada ha podido averiguar ni escribir á Nuñez, con respeto á la simpática Adela?

—Nada; tengo ese sentimiento.

—¿Pero el padre Enrique que fué su confesor?

—Ignora lo que ha sido de ella.

—Es decir que lo único que se sabe, por lo que confesó Duval al morir es, que el raptor fué Willey, y que la hizo salir hácia Veracruz en una litera.

—Eso es lo que Nuñez me escribe en su carta.

—Yo lo sospechaba desde hace mucho tiempo.

—Y yo me alegro de que él sea.

—¿Por qué?

—Porque mañana le buscaré en el combate para obligarle á que me confiese el sitio en que la oculta.

—Vd. es médico, y su profesion reclama sus cuidados al lado de los heridos.

—Pero....

—Nada. Buscarle, combatir con él, vencerle y obligarle á que ponga en libertad al hechicero sér que tiene cautivo, me toca á mí que soy militar, y lo haré con todo el placer de mi corazón.

—Gracias.

—Estoy seguro de que D. Félix, el antiguo dependiente de Flan, ahora que se halla libre, no perdonará medio alguno para entrar á la que daba el dulce título de prima, y quiero ver si yo logro, antes que él, llevar la feliz nueva al generoso Nuñez.

—¡Pobre Félix! También ha padecido

bastante por causa de nuestro enemigo común.

—Como que se vió ya en las garras del verdugo.

—Cierto; pero por fortuna aquel susto le ha sido recompensado generosamente, segun me escribe Nuñez en la misma carta que he recibido.

—¿De veras?

—Hoy es uno de los primeros capitalistas de México.

—¿Cómo?

—Registrando la justicia los papeles del señor Flan, sobre cuyos bienes se echó el gobierno creyendo que habia muerto sin testar, se encontró un testamento en toda forma, donde nombraba por herederos de cuanto tenia, á su dependiente y á Soledad, cuyo verdadero nombre es Adela.

—¿Será posible?

—No cabe duda.

—¿Qué felicidad!

—Así es que el gobierno ha tenido que devolver los bienes, y D. Félix se encuen-

tra hoy girando todo el capital, ínterin aparece la jóven.

—¿Quiere decir que Nuñez está llamado á ser poderoso?

—En cuanto aparezca Adela, y se enlace á ella.

—¡Oh! ahora mas que nunca deseo que llegue la hora del combate para buscar á ese infame Willey, y arrancar de sus manos á su inocente víctima.

—Y la arrancaremos.

—De esa manera su matrimonio con Nuñez, y el de vd. con la hermosa Luz, se efecturá en un mismo dia.

—Así se lo escribo.

—¿Y de Leopoldo y Clotilde, qué le dice á vd?

—Que el valiente artista ha diferido su enlace con la jóven que idolatra, para despues de terminada la campaña abierta contra el invasor; pues teniendo el deber de combatir en defensa de la patria, juzga imprudente unirse á la mujer que ama, condenándola á vivir en continuo sobresalto

por su vida, en los instantes que debe consagrársela toda entera.

—Y piensa en eso con la rectitud y juicio que acostumbra.

—Su espera será bien corta, porque vencido, como espero, mañana el enemigo, tendrá éste que huir á reembarcarse, y la paz quedará afianzada para siempre.

—Esa misma esperanza me halaga.

Un toque de corneta interrumpió aquel diálogo.

—Es órden.—Dijo el jóven oficial.—Voy á ver lo que ocurre.

—Y yo á visitar á los heridos que tuvimos en la accion de esta tarde.

—Adios, D. Rafael.

—Adios, D. Juan.

Y el intrépido jóven se acercó al general Santa-Anna, que se ocupaba en persona, en aquel momento, en situar una bateria á la orilla del camino, á la boca de una hermosa barranca, casi delante del cuartel general. ®

Algunos cañonazos disparados del cerro del Telégrafo, por órden del general Vaz-

quez que mandaba aquel punto, manifestaba que los Norte-Americanos se ocupaban en establecer, amparados por las sombras de la noche, alguna batería en el cerro de la Atalaya, hácia donde se dirijian los disparos.

Y en efecto era así.

El invasor trabajaba con asombrosa actividad, y hacia sus preparativos de ataque para el próximo día.

Los mexicanos estaban impacientes porque éste llegase.

Por fin amaneció el día 18.

El estruendo del cañon enemigo fué la salva con que se saludó á la aurora.

La batería que, durante la noche, habian conseguido colocar en la Atalaya los invasores, fué la primera que rompió sus fuegos sobre el cerro del Telégrafo, que contestó por su parte, con vigor y acierto.

El general Santa-Anna acababa de situar la batería, de que antes hicimos mencion, á la orilla del camino, y los ingenieros Robles y Cano construían, bajo los fuegos ene-

migos, obras ligeras en la falda del cerro del Telégrafo.

Las posiciones de la derecha y del centro de la línea, estaban defendidas por las mismas valientes fuerzas que desde antes habian estado en ellas: al 1º y 2º Ligeros, que al amanecer habian bajado á tomar el rancho, se les ordenó que subiesen al cerro, lo que efectuaron en el acto: la derecha, la volvió á ocupar el 6º de infantería, que contaba con gente entusiasta y bien dispuesta: el 4º de línea, que tan bizarramente se habia conducido el día 17, quedó defendiendo el mismo sitio en que tan severa leccion habia dado al invasor. Sobre el camino se situó la caballería que habia llegado por la noche de Corrar-Falso, apoyando su derecha enfrente á una batería muy bien dotada, que se acababa de establecer y que se hallaba sostenida por el batallon de infantería número 11, mientras los cuerpos ligeros, 3º y 4º, permanecian formados tambien en el camino, dispuestos para marchar al sitio que se les señalase.

Este era el órden que el ejército mexica-

no guardaba antes de que saliese el sol. A los primeros rayos de la luz del día, comenzó el fuego de cañon, que fué siendo mas nutrido entre los cerros, llegando á su cederse los disparos de cañon con una prontitud extraordinaria. Los invasores, provistos de todos los elementos de guerra, que traian en abundancia, lanzaban como una constante lluvia, granadas, cohetes y toda clase de proyectiles sobre el cerro y el camino, causando no pocas víctimas, pero sin lograr disminuir en lo mas mínimo el entusiasmo de los que defendian aquellos puntos. Los Norte-Americanos, queriendo aprovechar aquellos instantes en que creian á los mexicanos dominados del terror que causa el ver constantemente sobre nuestras cabezas el elemento de muerte que amenaza destruirnos, avanzaban formados en varias columnas por detras de la Atalaya, y por las escabrosidades del frente de la izquierda mexicana, procurando presentar el menos flanco posible. Dispuesta de esta manera la fuerza invasora, á eso de las siete de la mañana, una de sus columnas, al mando

del general Twigs, emprendió el ataque sobre el Telégrafo.

Establecida la batería de la izquierda por el activo general en jefe Santa-Anna, que recorria todos los puntos con una intrepidez sin ejemplo, marchó sin detenerse á las posiciones de la derecha, observando siempre los movimientos del enemigo. Al pasar la batería que se hallaba en el centro, se detuvo un instante, y notando desde aquel punto el nutrido fuego de cañon que hacian las tropas mexicanas, envió un ayudante, recomendando al general Vazquez que economizase las municiones para emplearlas con mas provecho cuando se acercase el invasor, y que pudiese á su gente al abrigo de los fuegos enemigos. Cuando el general Santa-Anna, de vuelta de visitar todos los puntos, se hallaba próximo al Telégrafo, se rompía un vivo fuego de fusilería, y activo y previsor, hizo que inmediatamente subieran los batallones 3º y 4º ligeros, en auxilio de los compañeros de armas que defendian heroicamente aquel punto.

Los Norte-Americanos, cubriéndose con

los árboles, arbustos y maleza que abundaban en el terreno que traían, y dividiéndose en tiradores, avanzaban á paso veloz para que sus víctimas fueran menos.

Sobre los ligeros parapetos que se habian empezado á construir esa misma mañana y que apenas estaban comenzados, marchaba resuelto el invasor, haciendo todos los esfuerzos posibles por desalojar de ellos al 3º de línea, 2º ligero, y parte del 4º, que se defendían con notable valor.

No menos esfuerzos hacían los invasores sobre la izquierda del Telégrafo, que estaba defendida por el 4º de línea, y sobre la derecha, donde, como la tarde anterior, se hallaba el 6º de infantería, tratando de rechazar al enemigo como lo habia hecho la víspera. Pocos instantes después de comenzado el combate, la artillería dejó de obrar, á causa de la proximidad á que estaban los combatientes, y solo se hizo uso de la fusilería, que hacia un fuego tan vivo, como era el ardor de la lucha.

La muerte, extendiendo sus negras alas, se mecía encima de uno y otro campo, sem-

brando de víctimas la tierra, y la caprichosa victoria, gozándose en la sangre que al fombraba el suelo, dudaba á qué ejército inclinarse, si al que defendía la justicia, ó al que intentaba la usurpacion.

Pero entre tanto las balas cruzaban en todas direcciones, y mil y mil proyectiles huecos descendían de una espesa nube de humo, en que se hallaban envueltos los combatientes, sedientos de contraria sangre. Los soldados mexicanos, mandados por dignos oficiales, habian resuelto morir antes que abandonar el punto que defendían, y rodeados por todas partes de enemigos, caían á centenares, vendiendo caras sus vidas. No se contaban menos víctimas entre las filas Norte-Americanas; pero á los soldados invasores que morían, reemplazaban inmediatamente otros, mientras no habia gente con que cubrir los huecos que en los cuerpos mexicanos dejaba la muerte.

El valiente comandante de artillería, Palacios, que habia hecho prodigios de valor, cayó herido en quel momento, atravesado el cuerpo por varias balas enemigas, y el ge-

neral Vazquez marcaba, con una muerte gloriosa, la senda que deben seguir los guerreros. Al lado de estos preclaros defensores de la patria, caían centenares de intrépidos soldados y de pundonorosos oficiales, que morían por la mas justa de las causas. Muerto el general Vazquez, sucedióle inmediatamente en el mando el general Uraga, que habia sido su segundo; pero como se hallaba ocupado en aquel momento en defender la falda izquierda del Telégrafo al frente del 4º de línea, que era su batallón, el mando lo tomó el general Baneneli, cuyo cuerpo, el 3º ligero, habia permanecido como dereserva, cubierto de los fuegos con la misma cima del cerro. El combate era cada vez mas tenaz y sangriento. El 2º ligero y el 3º y 4º de línea, que habian sostenido una lucha terrible, sufriendo un fuego mortífero, habian tenido considerables bajas, y el último, casi habia perdido toda su oficialidad. Esto alentó á los invasores, y haciendo nuevos esfuerzos, y cargando mayor número de gente, que entraba de refresco en el combate, lograron al fin apode-

rarse sucesivamente de las obras bajas de las posiciones que habian sido defendidas con heroísmo, y que solo se abandonaron cuando la muerte habia destrozado los batallones mexicanos. Apoderados de las obras bajas, emprendieron los invasores la ascension al cerro para asaltar la última cumbre.

Al verlos marchar, arrojando una lluvia de balas y de metralla, algunos reclutas que defendían la posición, empezaron á abandonar sus filas, y bajaban por la parte opuesta, tratando de confundirse con los heridos que se retiraban; pero aquellos pocos no encontraron imitadores, y aun ellos mismos volvieron luego á subir para entrar en combate, merced á que el general Santa-Anna, para impedir aquel desorden y no cundiera el mal ejemplo, envió á dos ayudantes, quienes por la fuerza y el estímulo del entusiasmo, consiguieron que volviesen á subir los fugitivos.

Entre aquellos ayudantes pundonorosos, se encontraba el intrépido D. Juan, quien arengado á los soldados, y penetrando á ea-

ballo en el sitio del peligro, inflamó con su valor el corazón de los que le escuchaban.

Satisfecho con el éxito de su primer paso, y queriendo con su ejemplo infundir en los soldados el desprecio á la muerte, al ver aproximarse á un trozo de caballería enemiga, cuyo jefe venia muy adelante de ella, avanzó solo sobre él, deseando medir sus armas con un oficial enemigo.

Este, á su vez, se arrojó sobre D. Juan.

—¡Willey!—Exclamó el valiente jóven al reconocerle.—¡Ah! el cielo te envía para que pagues de una vez todos tus crímenes.

Y D. Juan se lanzó con la espada desnuda sobre su contrario, tratando de derribarle del caballo y hacerle prisionero para obligarle luego á que confesase dónde tenia á Adela.

El doctor, sin responder palabra, paró el golpe dirijido por su temible contrario, y le dirijió á su vez furibundos tajos, que apenas tuvo tiempo para evitarlos.

Don Juan echó mano entonces á una pistola, apuntó á quema-ropa á su contrario,

y sin darle tiempo á que sacase las suyas, disparó sobre él....

Willey quedó firme en su caballo.

La pistola del jóven mexicano estaba en el suelo.

Don Juan, rodeado de enemigos.

Varios soldados del doctor, que habian venido por los costados sin ser vistos, llegaron al sitio de aquel combate personal cuando el jóven oficial disparaba sobre su adversario; pero un golpe dado en el arma por uno de los soldados, hizo que aquella cayese al suelo sin herir á Willey.

Don Juan se vió perdido; pero no perdiendo para nada su sangre fria y su valor, echó mano á la espada, y se propuso abrirse paso, ó vender cara su vida.

Willey, deseando acabar pronto con el que habia osado salirle al encuentro, se arrojó sobre él, frenético de ira.

Un arrogante jóven mexicano, sin insignias militares, que vió desde el punto en que estaba, la desigual lucha que sostenia D. Juan, dejó á medio vendar á un herido á quien acababa de curar, montó de un salto

en un brioso caballo, y mas veloz que el guila, se precipitó, armado de dos pistolas de seis tiros, sobre los invasores, penetró hasta donde se hallaba D. Juan, disparó sus armas sobre los que rodeaban á éste, derribó á dos que le tenían ya asido, y obligó á retroceder algunas varas á Willey.

—¡D. Rafael!—Dijo D. Juan al que habia ido en su auxilio.—¡Ah! gracias: á su lado de vd., nada temo ya.

El doctor que, con la inesperada aparicion de un contrario, se habia sorprendido retirándose algunos pasos, volvió pronto de su estupor; y arengando á sus soldados, volvió á rodear por todas partes á los dos leales amigos.

Willey, al reconocer á Rafael, al amante de Luz, se sintió halagado con la idea de vengar los desprecios y la pérdida de aquella hermosa, con la muerte del hombre á quien amaba.

Este infernal pensamiento redobló su fuerza y su valor, y lanzando un grito de ira, se precipitó con su gente sobre aquellos dos leales amigos, que se sintieron abruma-

dos por todas partes de enemigos que descargaban sobre ellos furibundos golpes.

Rafael se acordó, en aquellos terribles instantes, en que la muerte le amenazaba, de la hermosa Luz, á quien habia soñado ver muy pronto.

Pero este pensamiento, lejos de amenegar su valor, aumentó su energía, y se propuso morir con honra para que su memoria fuese digna del sér que idolatraba.

—Ríndanse vdes.:—Exclamó Willey, estrechándolos con sus soldados, y sin dejarles casi espacio para moverse.

—Sí; pero será despues de verter tu sangre, infame y falso amigo.—Contestó Rafael dirijiéndole un pistoletazo, cuya bala pasó sin tocarle.

—La tuya es la que va á teñir en este instante el terreno que pisas, y Luz volverá á mi poder, cuando nos apoderemos de la capital.

Y Willey descargó su cortante espada sobre la cabeza de su contrario, quien alzando el brazo para detener el golpe, recibió una profunda herida.

Pero entre tanto que D. Juan y Rafael luchan con el valor de dos leones, cercados por todas partes de cazadores que les cierran el paso, la infantería invasora se había aproximado á los puntos defendidos por las tropas mexicanas, y el ataque se hizo general y sangriento en aquel punto.

Los batallones mexicanos resistieron con valor aquel empuje, pero viéndose oprimidos por fuerzas numerosas, empezaron de nuevo á desorganizarse, sin atender la voz de sus oficiales.

El general Baneneli, entre tanto, apelaba al último recurso, mandando calar bayoneta á sus soldados que, ufanos de tomar por fin parte en un combate que solo habían escuchado, hicieron esta operación levantándose llenos de brío para acudir á donde se les llamaba; pero sorprendidos de encontrarse desde luego brazo á brazo con el enemigo, tan superior en número, rodeados por todas partes, aterrORIZADOS instantáneamente, se desordenaron en este momento, y en vano su jefe apuró todos los esfuerzos para contenerlos. Envueltos, él mismo, los

jefes de ingenieros y otros oficiales que, con espada en mano trataban de ordenarlos, rodaron materialmente por la pendiente opuesta del cerro, atropellados por la multitud que, como un torrente, se despeñaba desde la altura.

En aquel momento, D. Juan y Rafael, hacían esfuerzos supremos por abrirse paso por entre los soldados invasores que, mandados por Willey, continuaban luchando contra aquellos dos héroes, que se defendían con una heroicidad sin ejemplo.

De la herida de Rafael, recibida en el brazo izquierdo, manaba en abundancia la sangre, y apenas podía manejar las riendas del caballo, mientras con la mano derecha blandía la espada que había sacado para quitarse los repetidos golpes de sable que descargaban contra él.

Don Juan, resuelto á morir matando antes que rendirse, cerró contra Willey, con la convicción de que muerto el oficial, los soldados cederían; pero uno de éstos asestó con su cortante sable tan fuerte golpe so-

bre la cabeza del brioso corcel que montaba el intrépido joven, que el caballo cayó sin vida, quedando D. Juan desmontado y aturdido con la caída.

Willey lanzó un grito de triunfo; pero conociendo Rafael el peligro que corría la vida de su amigo, y que para salvarle y poder huir, era preciso propocionarle otro corcel, arrojó al suelo la espada, y sin cuidarse de cubrirse de los golpes que le asestaban, sacó la pistola, que la había colocado al cinto, la disparó sobre el enemigo que tenía mas cerca, lo tendió muerto á sus piés, y diciendo á D. Juan que montase en el caballo del ginete que acababa de exhalar su último aliento, disparó todos sus tiros sobre el enemigo, consiguiendo así que D. Juan montase, y sin dar lugar á que los que les tenían cercados volbiesen de su sorpresa, lograron abrirse paso, derribando á otros dos invasores.

Willey, al ver escapársele de entre las manos la presa que creía segura, rugió como un leon, y siguió el alcance de aquellos dos leales amigos, prometiendo á los que le

acompañaban un premio si se conseguía alcanzarlos y matarlos.

Don Juan y Rafael, conociendo la imprudencia que sería esperar á un número tan crecido de contrarios, acercaron las espuelas á los ijares de sus corceles, y se dirijieron hácia el sitio en que sus compañeros de armas sostenían el combate. Pero ambos se quedaron mudos de espanto ante la escena que se presentó á su vista.

Las tropas mexicanas, no pudiendo contener el torrente de los numerosos batallones Norte-Americanos, que asaltaron sus débiles parapetos, abandonaban sus posiciones.

—¡Todo se ha perdido.—Exclamó Don Juan.

Y era verdad.

“Sobre la cumbre del cerro, dicen los Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados-Unidos, se veía entonces, en medio de una columna de humo denso, una multitud de Norte-Americanos, circundados de la rojiza luz de sus fuegos, dirijidos sobre la enorme masa de hombres

que se precipitaba por la pendiente, cubriéndola como de una capa blanca, por el color de sus vestidos. Éra aquel horrible espectáculo como la erupcion violenta de un volcan, arrojando lavas y cenizas de su seno y derramándolas sobre su superficie.

“Entre el humo y el fuego, sobre la faja azul que formaban los Norte-Americanos al derredor de la cima del Telégrafo, flameaba aún el pabellon mexicano abandonado. Pero bien pronto, en la misma asta, por la parte opuesta, se elevó el pabellon de las estrellas, y por un instante flotaron entrambos confundidos, cayendo por fin el primero, desprendido con violencia, entre la algarazara y el estruendo de las armas de los vencedores, y los ayes lastimeros y la grita confusa de los vencidos. Eran los tres cuartos para las diez de la mañana.”

—¡Oh! ¿por qué no ha permitido Dios, que muera antes de presenciár nuestra desgracia!

Exclamó D. Juan deteniendo su caballo, y viendo flamear la bandera de los Estados- Unidos.

—No hay que desesperar, amigo mio:— le dijo Rafael.—La victoria no siempre sonríe al mas valiente: nuestro ejército se ha batido con heroísmo, pero la línea que ocupaba era demasiado extensa, y el enemigo ha podido colocar triple gente en los puntos acometidos. La batalla, pues, ha sido desgraciada, pero gloriosa.

—Sí; pero el resultado es fatal para el país entero, que esperaba afianzar en una sola batalla el triunfo de la justicia y la paz anhelada.

—Y ese triunfo lo alcanzará.

—¡Oh! ¡es mi solo anhelo!

—Pero no nos detengamos por mas tiempo en este sitio: marchemos á unirnos á nuestros compañeros que se retiran tal vez para buscar una posición ventajosa donde empeñar una nueva batalla.

—Sí, marchemos.

Y D. Juan y Rafael acercaron las espaldas á sus corceles, y se dirijieron á incorporarse á la tropa que estaba ya á gran distancia.

“Por la parte de la derecha de la línea mexicana, se lee en los mismos Apuntes para la historia, el enemigo se había presentado durante el ataque del Telégrafo, y avanzando en columna sobre la posición del centro, intentaba asaltarla para hacerse á la vez dueño de todos los atrincheramientos. El capitán de navío, Godinez, comandante de artillería, había convenido con los comandantes respectivos de las tres posiciones, en dejar que avanzasen los enemigos sobre cualquiera de ellas, sin hacerles fuego sino hasta que estuviesen á muy corta distancia, teniendo á prevención las piezas cargadas con metralla. La columna Norte-Americana, compuesta de los voluntarios, al mando del general Pillow, se aproximaba mas y mas, sin que de las líneas mexicanas saliese un tiro; pero no bien estuvo á una distancia conveniente, cuando una descarga cerrada de todas las piezas de artillería, que cruzaban sus fuegos en aquel punto, acompañada de un vivo fuego de fusilería en las tres posiciones, hizo un estrago horrible en los enemigos, les

desordenó, y les obligó á huir apresuradamente.

“Antes de que pudieran reorganizarse, y cuando la tropa mexicana no había sufrido el mas leve daño, el Telégrafo había sucumbido, y los invasores, que se habían apoderado de él, descendiendo por su falda derecha, sobre la batería del camino, de que no llegaron á hacer uso los mexicanos, cortaron enteramente aquellas posiciones, que quedaron envueltas por todas partes y dominadas por el cerro, desde donde el enemigo les dirigía sus fuegos. El general Ja-bero ya no intentó ninguna resistencia, y capituló, entregándose con toda la fuerza que mandaba.

“Al perderse el Telégrafo, el 6.^o de infantería se había replegado á las posiciones de la derecha, donde capituló con los demas cuerpos.

“Entre tanto una columna enemiga, mandada por el general Worth, atravesaba aquellas barrancas y breñales de la izquierda, que se habían calificado de inaccesibles,

y se aproximaba á la batería que se habia establecido ese mismo dia, única que quedaba á las fuerzas mexicanas. El general en jefe dió orden al general Canalizo para que cargase con la caballería; pero el bosque impedia absolutamente el que se ejecutase esta operacion. La columna avanzaba á pesar del fuego de cañon que se le hacia, dirijiéndose á salir al camino, más á la izquierda de la batería, para cortar la retirada. Sin embargo, cuando se hubo aproximado bastante, se desprendieron mas de doscientos tiradores, cuyas descargas hicieron desaparecer sucesivamente, como de un soplo, las dotaciones de las piezas mexicanas, servidas por los artilleros y por una partida de coraceros, á la que se mandó desmontar para que auxiliase la batería. El primer ayudante, Velasco, jefe de los coraceros, tuvo la gloria de sucumbir al pié de ella. Los tiradores avanzaban de frente sobre ella, entre tanto que la cabeza de la columna se hallaba ya muy cerca del camino; y la caballería mexicana, viéndose próxima á ser cortada, se retiró velozmente por

el camino de Jalapa. El último esfuerzo lo hicieron entonces Robles y los valientes oficiales de artillería, Malagon, Argüelles y Olzinger, quienes envueltos ya por todas partes, hicieron ronzar las piezas hácia la izquierda, dirijiéndolas sobre la cabeza de la columna, momentos antes de que los tiradores, que se precipitaron sobre ellas á la bayoneta, las hiciesen suyas y las volviesen sobre sus contrarios.

“El general Santa-Anna, acompañado de algunos de sus ayudantes, se dirijia por el camino de la izquierda de la batería, cuando saliendo ya del bosque la columna enemiga, le impidió absolutamente el paso con una descarga que le obligó á retroceder. El coche del mismo general, que salia para Jalapa, fué acribillado á balazos, muertas las mulas y hecho presa del enemigo, así como un carro, en el que habia diez y seis mil pesos, recibidos el dia anterior para el socorro de la tropa. Roto ya todo vínculo de mando y de obediencia, obraba solo el deseo de salvacion, y agitándose en un espantoso remolino, se agolpaban desespera-

dos al estrecho paso del desfiladero, que baja al Plan del Rio, por donde el general en jefe se habia dirigido con los jefes y oficiales que le acompañaban.

“Horrible era el descenso por aquella vereda estrecha y escabrosa, por donde se precipitaban miles de hombres, disputándose el paso desesperadamente, y dejando un reguero de sangre sobre su camino. El enemigo, dueño ya del campo, asestaba sus tiros sobre los fugitivos, acrecentando mas y mas el terror de la multitud que se arrojaba por el desfiladero, impulsada á cada instante por nueva velocidad y aumentando la confusion.”

Don Juan, disgustado con la vida por aquel inesperado revés, debido, no á la falta de valor de los mexicanos, pues combatieron entonces como siempre, con admirable arrojo, sino á causas que dependian del arte de la guerra, marchaba el último de todos, deseando que una bala enemiga, de las muchas que pasaban silbando sobre su cabeza, pusiera término á sus dias.

Rafael iba á su lado tan triste como él;

pero con la esperanza de vengar muy pronto aquel revés con una victoria decisiva sobre el invasor.

¿Y Willey?

Willey, conocedor del terreno, que habia previsto el rumbo que llevarian en su retirada el amante de Luz y el joven capitán, en vez de perseguirlos, como hasta entonces, trató de hacerles creer que desistia de su empresa, y desapareciendo, cortó por una vereda, y rodeando con una fuerza de veinte hombres el camino, logró ocultarse en un sitio cubierto de árboles, por donde indispensablemente pasarian D. Juan y Rafael.

Estos marchaban, como hemos dicho, detras del ejército, abrumados con el peso de la desgracia, y dejando á sus caballos caminar al paso.

Willey y sus soldados les esperaban emboscados, dejando pasar á la columna mexicana, que marchaba por el camino.

Rafael traia á la memoria las gracias de su amada, y temia presentarse á su presencia sin el laurel del triunfo.

Don Juan temia que se le acusase de cobarde por no haber muerto en el campo de batalla como otros muchos que habian tenido la gloria de sucumbir.

La distancia que á estos dos amigos les separaba del resto de la fuerza que iba delante, era de un cuarto de legua.

Ambos caminaban bien ajenos de pensar que marchaban hácia donde les esperaba el enemigo.

El caballo que montaba Rafael, se detuvo de repente receloso, moviendo inquieto las orejas.

Lo mismo hizo el corcel en que montaba D. Juan.

Los dos amigos dirijieron entonces la vista para ver qué causa motivaba el recelo de sus caballos.

Los ojos de ambos se fijaron en el bosque.

Entonces vieron moverse la maleza que crecía entre los árboles.

Y los dos iban á echar mano á sus armas, cuando vieron salir de repente, de la espesura, á Willey y los suyos.

Una descarga seguida del quejido de un moribundo se escuchó á poco.

A esa descarga y á ese quejido se siguió el precipitado galopar de los caballos de Willey y de sus soldados, que volvian á su campo.

Un silencio profundo reinó despues.
¿Qué habia pasado?



CAPITULO XXX.

La madre y la hija.

Eran las dos de la tarde del 9 de Agosto de 1847.

Dos mujeres, hermosas como la esperanza y la fé, se encontraban en una de las casas del barrio de la Palma. Eran Amalia y Luz que se consideraban los seres mas felices de la tierra, desde la noche en que la segunda fué arrancada del poder del infame Willey.

La humilde habitacion de la bella maestra, se habia convertido, para las dos, en una mansion de verdaderas delicias, porque mansion de verdaderas delicias es sin

duda aquella en que reside el amor correspondido, y Amalia y Luz se embriagaban en ese amor puro, dulce y desinteresado, que existe en el corazon de una excelente madre para con su querida hija, y en el alma de ésta para el tierno sér á quien debe la vida.

Querer, pues, describir las caricias, las palabras carifosas, las protestas de amor, los suspiros, los abrazos, los besos y las lágrimas que se cruzaron entre aquellos dos felices séres desde el instante que se descorrió del velo del pasado, seria profanar los sentimientos mas íntimos y delicados, los afectos mas dulces y tiernos del corazon.

Amalia era feliz cuanto puede ser la mas amorosa de las madres, cuando se encuentra al hijo adorado que lloraba perdido.

Luz, cautivada por la ternura, la belleza, y los sentimientos hidalgos de la mujer á quien debia, primero la vida, y despues la honra, que habia estado próxima á perder para siempre, estaba orgullosa de poder dar el dulce nombre de madre al hechicero

sér, que en su meliflúo acento, en la mirada de sus serenos ojos, en sus delicadas expresiones y en su belleza, revelaba el corazón de un ángel.

Pero no por esto se olvidó de los seres que le habían cuidado desde la niñez.

Habia sabido por Amalia que se habían ausentado de México durante su prision y ambas resolvieron continuar indagando el lugar en que estaban para escribirles cuanto había pasado.

Solo faltaba, pues, para que la felicidad de Luz fuese completa, la vuelta de su amante Rafael, de quien no había vuelto á tener noticia desde la desgraciada accion de Cerro-Gordo.

Después de este lamentable revés, Santa-Anna había hecho reconcentrar todas sus fuerzas en la capital, y Luz temió por la vida de su amante al no verle llegar con ninguno de los cuerpos.

¿Qué había pasado?

La afligida jóven preguntó; pero nadie de los que llegaban le supo dar razon de él. Le habían visto en la retirada quedarse

muy atras con Don Juan; pero ignoraban si había perecido, ó si se había quedado en S. Martin, como médico de uno de los cuerpos que estaban en observacion de los movimientos de los invasores.

Esto tenia en continuo sobresalto á la hermosa Luz. Habia oido hablar de una emboscada puesta por los Norte-Americanos para apoderarse de algunos oficiales que se habían quedado muy atras en la retaguardia; pero ignoraba, como lo ignoraban los mismos que lo contaban, que el oficial norte-americano que había dispuesto aquella celada era Willey, y que los individuos á quienes se propuso sorprender, eran Rafael y D. Juan.

—Nada temas, hija mia:—le decia Amalia en los instantes en que nos halla esta historia.—Estoy segura de que Rafael se encuentra en la division que quedó de observacion en S. Martin, y que lo tendremos aquí dentro de pocos dias.

—¡Dios lo quiera! Pero si es cierto que vive, ¿cómo se explica ese silencio, guardado desde la sangrienta accion de Cerro-

Gordo, y en los instantes en que me debe considerar mas cuidadosa?

—Tal vez hayan sido interceptadas sus cartas por alguna guerrilla enemiga.—Contestó Amalia tratando de consolar á su hija, aunque ella participaba de sus mismos temores.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

La jóven iba á exponer las razones que tenia para creer como imposible que hubiesen sido interceptadas las cartas por el enemigo, cuando se oyó el estampido de un cañon, disparado en la Plaza de Armas.

Era la señal convenida para que los cuerpos de nacionales y del ejército se presentasen en sus cuarteles con las armas en la mano.

Amalia y Luz sabian, como todo México, aquella disposicion; pero á pesar de eso temblaron y palidiecieron.

A la detonacion de la pieza de artillería, siguió el toque de generala; y poco despues las músicas de los cuerpos que habian estado reunidas en la plaza, partieron por las

calles tocando marchas y dianas, seguidas de un inmenso pueblo, entusiasta y dispuesto á combatir.

Los vivos á la nacion, y los mueras á los yanques, eran los gritos únicos que resonaban por todas partes.

El ejército se puso en un instante sobre las armas, y los batallones de nacionales, Victoria, Hidalgo, Bravos, Independencia, Mina y otros, se encontraron á poco formados en sus respectivos cuarteles, dispuestos para salir.

Se sabia positivamente que desde el dia siete de Agosto empezaron á salir de Puebla, dejando allí una corta guarnicion, las divisiones de Twiggs, Quitman, Worth y Pillow, y todos anhelaban el momento de combatir contra ellas.

México presentaba en esos instantes un aspecto de fuerza y de vigor, que hacia presentir en el triunfo de la justicia que le asistia en aquella lucha.

Las calles estaban llenas de gente que corria á las armas, y de curiosos que pre-

guntaban la distancia á que se hallaban los Norte-Americanos.

Las puertas de las casas, los balcones, las azoteas y las ventanas, se veían cubiertas de señoras, de niños y de ancianos, que no pudiendo ir á empuñar una espada ó un fusil, animaban con sus palabras á los que se disponían al combate.

En estos momentos de animación y de entusiasmo en que todo el mundo se entregaba á las más lisonjeras esperanzas, solo había dos seres que permanecían quietos en su estancia, sin tomar parte en la alegría general.

Y estos dos seres eran Luz y Amalia.

La primera no podía desechar de su imaginación la triste idea de que alguna fatal desgracia le había sobrevenido á Rafael para privarle de sus cartas; y la segunda, participando del mismo temor, sufría, porque veía padecer á la hija de sus entrañas.

De repente oyeron ruido de pasos en el patio, de alguno que se acercaba á la habitación en que estaban.

Amalia volvió la cabeza, fijó la vista en

la persona que se dejó ver en aquel momento en la puerta de la sala, y exclamó:

—¡Hay nuevas de Rafael, señor Nuñez! Este, que iba vestido con el uniforme de oficial de caballería de nacionales, exclamó:

—Ningunas, hermosa Amalia: he preguntado á todos, y nadie me ha sabido dar razón, ni de él, ni de D. Juan.

—¡Lo vé vd., madre mia!—Exclamó Luz afligida.—Sin duda fué de los que sucumbieron en la acción de Cerro-Gordo.

—¡Oh! yo abrigo aún la esperanza de que e volveremos á ver.

—¡Mi corazón ha perdido ya esa esperanza!—Dijo la hermosa Luz, sintiendo agolparse á sus ojos las lágrimas.—¡Su prolongado silencio me anuncia que sucumbió para siempre!

Y la tierna jóven se llevó el pañuelo á los ojos para enjugarse el llanto.

Amalia le estrechó enternecida contra su corazón.

Los gritos de ¡viva México! ¡mueran los

yankes! y las músicas militares que pasaban por la calle tocando alegres piezas, volvieron á escucharse en aquel instante.

—¡Adios! — Dijo Nuñez al llegar á su oído los ecos de la música.— Esa es la señal para que volemos á nuestros cuarteles, y marchar en seguida en busca del enemigo, que ha salido de Puebla, y avanza sobre esta capital. Yo he querido ponerme á las órdenes de vdes. antes de partir, y por eso he venido á saber si algo tienen vdes. que mandarme.

—¡Sale usted también? — Le preguntó Amalia.

—Dentro de un instante, así como mi amigo Leopoldo, de quien ya otras veces he tenido el gusto de hablar á vd., y que ha suspendido su enlace hasta que termine la campaña.

—Dios quiera—exclamó la hermosa Luz afligida—que no pierda la vida en un encuentro, como la ha perdido sin duda el sér que animaba la mía, y que no vea Clotilde desaparecer su ventura en los instantes en que soñaba realizar sus miríficos ensueños,

como soñé yo, para despertar en el llanto y el dolor

—Eso es imposible:—Dijo Nuñez con un acento de convicción profunda.—Dios que ha destruido felizmente todos los obstáculos presentados por ese hombre, no dejará, estoy seguro, sin terminar su obra, castigando al culpable, y premiando la virtud. Yo salí en su persecucion la noche en que desapareció de México; pero me llevaba varias horas de ventaja, y tuve que volver sin darle alcance. Pero hoy que el invasor se acerca; hoy que Willey, unido á los enemigos de nuestra patria, viene sediento de sangre y de rapiña, se encontrará en su camino con la hoja de mi espada, y le obligaré con ella á que me confiese dónde tiene á Adela, y á que me entregue á Rafael y D. Juan, á quienes sin duda tiene prisioneros.

—¡Ah! sus palabras de vd. hacen revivir mi muerta esperanza.—Exclamó la hermosa Luz.

—¡Oh! estoy seguro de que el corazón no me engaña. Pero ¿qué miro?—Dijo Nuñez asombrado, y fijando de repente los

ojos en el medallon que Luz dió á Duval, y que éste devolvió á la jóven cuando cayó herido, y que la jóven llevaba en aquel momento colgado al cuello.—¿Quién le ha dado á vd. ese medallon?

—¿Lo ignora vd?

—¡Oh! responda vd., por piedad, hermosa Luz: ¿quién le ha dado á vd. ese medallon?

—Duval.

—¡Duval!

—Sin duda. Pero ¿por qué se asombra usted?

—Porque....

Y Nuñez estaba pálido y temblando.

—Acabe vd.

—A ver.

Y el jóven se acercó con ansiedad á examinarlo.

—¡Ah! ¡no es élla!

Exclamó despues de un instante.

—¿Cómo! ¿qué quiere vd. decir!—Exclamó agitada á su vez Amalia.

—Este tiene el nombre de Luz; y el que ella lleva....

—¿Qué! Acabe vd....

Dijo Amalia cada vez mas sobresaltada.

—Tiene el suyo.

—¿Cuál?

—El nombre de Adela.

—¡Adela....!—Dijo conmovida y fuera de sí la preceptora.—¿Y dice vd. que es igual á este su medallon?

—En un todo, menos en el nombre.

—¡Dios mio!

Dijo Amalia palideciendo.

—Pero ¿qué tiene vd?

Preguntó Nuñez, notando la repentina mutacion que se operó en el semblante de la preceptora.

—¿Qué he de tener?—contestó inquieta y afligida:—que la jóven que tiene ese medallon.... la mujer que vd. ama.... la que gime en poder de ese malvado Willey, es..

—¿Quién?

—¡Mi hija!

—¡Mi hermana!—Exclamó Luz sorprendida.

—¿Qué escucho!—Dijo Nuñez no menos admirado.

—Sí; yo solamente le habia contado á vd. el encuentro de mi hija, pero no la circunstancia del medallon. Pero Adela, la infeliz Adela, es la otra hija de mi corazon, cuyo paradero ignoraba!

—Pues pronto, se lo juro á vd.—exclamó Nuñez con fé ardiente—le estrecharé vd. en sus brazos, y habré arrancado la vida á su infame perseguidor. Adios, el toque de corneta me llama á reunirme á mis compañeros: tenga vd. confianza en el buen éxito de la justa causa que defendemos.

Y el valiente jóven, lleno de entusiasmo, de enojo contra el vil doctor, y ardiendo en deseos de medir con él sus armas en el campo de batalla, se ausentó para irse á unirse con sus bravos compañeros.

Amalia quedó sorprendida con aquel desagravio.

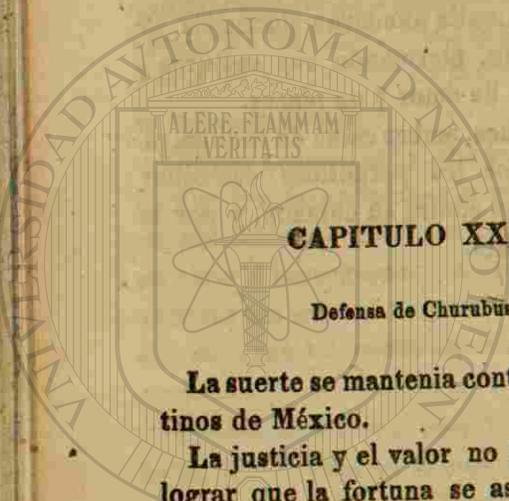
Luz, conmovida tambien, se arrojó en los brazos de su amorosa madre, exclamando:

—¡El cielo le devuelve á vd. sus dos hijas, y á nosotras una madre como no hay otra en el mundo, cuyo amor es el único

bien que me queda en la tierra, si por desgracia ha muerto Rafael!

Y Luz y Amalia quedaron abrazadas un corto instante, mezclando sus suspiros y sus lágrimas, de amor y de placer.

Poco despues, ambas caian de rodillas pidiendo á Dios les permitiese estrechar pronto á Adela contra su corazon, y por la vuelta de Rafael.



CAPITULO XXXI.

Defensa de Churubusco.

La suerte se mantenía contraria á los destinos de México.

La justicia y el valor no habían podido lograr que la fortuna se asociase un solo instante á ellos.

En aquella guerra, una de las más dignas que han sostenido los mexicanos, como son todas aquellas donde se trata de defender la independencia del país en que se ha visto la luz primera del sol, no fué necesario que el gobierno impusiese penas, ni recurriese á la fuerza para formar ejércitos.

Los comerciantes, los artesanos, los literatos, los artistas, los labradores, los hacen-

dados, los estudiantes, los empleados, los ricos y los pobres, todos acudieron voluntariamente á tomar las armas en defensa de la patria invadida.

No había un solo mexicano que no se aprestase al combate, resuelto á morir antes que recibir la ley del invasor.

A mí, que hacia poco que acababa de llegar de España, me tocó presenciar aquellas escenas de heroísmo, de abnegación y de desprendimiento en que rivalizaban los mexicanos.

El batallón Victoria, como ya hemos dicho en otro capítulo, lo componía la gente más granada, selecta y rica de la sociedad: el batallón Hidalgo, los empleados de todas las categorías, personas todas de esmerada educación: "Independencia," los impresores, periodistas, abogados, y gente aficionada á las letras: el batallón de "Bravos" y el de "Mina," estaban compuestos de honrados artesanos; y todos, en fin, de gente apuesta, ágil y vigorosa, que llevaba la inteligencia en la frente, y el patriotismo y la fé en el corazón.

Eran excelentes soldados, dispuestos á morir antes que á soportar el yugo amonoso de los invasores; y éstos hubieran perecido, sin salvarse uno solo, en la primer batalla, si los mexicanos hubieran contado con generales tan entendidos como valientes.

Pero el arte de la guerra es una ciencia; y cuando las cuestiones se resuelven por ésta, el triunfo no es del mas valiente, sino del que mas sabe sobre el punto que se cuestiona.

Los mexicanos en la Angostura, en Cerro-Gordo, en Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec, combatieron como héroes, derramaron á torrentes su sangre, hicieron retroceder por momentos al enemigo, pero al fin la mayor ciencia de éste en la guerra, el ojo perspicaz de su general en jefe en descubrir la parte vulnerable de la línea mexicana, acababa por alcanzar la victoria, haciendo estériles los esfuerzos, los rasgos mas notables de valor, de millares de víctimas que se sacrificaban en aras de la patria.

En las batallas sucede lo que en el juego

de ajedrez: el que mejor mueve las piezas, alcanza el triunfo.

Si en vez de presentar batallas campales como aconteció en toda aquella guerra desgraciada, pero gloriosa, los mexicanos se hubieran propuesto defenderse en poblaciones fortificadas, los Norte-Americanos jamás hubieran llegado á la capital de México: Puebla hubiera sido su sepulcro.

La primer batalla que se libró á los invasores al entrar en el valle de México, y á la vista de la capital, fué en Padierna, pequeña aldea, poco distante de S. Angel, mandada por el general Valencia.

La accion se empeñó el dia 19 de Agosto, á las dos de la tarde, y duró casi hasta la caída del sol, quedando dueños de sus posiciones los mexicanos, y retirándose los invasores para continuar la batalla al siguiente dia.

En este hecho de armas, honroso para México, pereció, victima de su patriotismo y de su arrojo, el valiente general Frontera, al lanzarse con su caballería sobre el enemigo.

Al amanecer del día 20, las tropas invasoras que habían acampado cerca del sitio del combate, avanzaron, en tres columnas, sobre la división de Valencia.

Núñez, Leopoldo, Félix y Ricardo, que para estar juntos habían pasado al cuerpo de caballería de nacionales, presenciaban la acción desde Churubusco, punto encomendado á la guardia nacional, y anhela- ban volar al socorro de sus compatriotas.

Pero esto hubiera sido faltar á las órdenes del general en jefe, que les había ordenado permanecer en aquella importante posición.

El general Valencia recibió al enemigo con valor, creyendo que en su auxilio volarían algunos cuerpos del ejército de reserva; y alentado con esta esperanza, combatía con indecible esfuerzo.

—¡Oh! ¡cuánto diera por encontrarme en la refriega!—Decía Núñez á sus tres amigos que, como él, contemplaban el bélico ardor de los combatientes.—Allí, sin duda, está el infame Willey, y podría arrancarle

la vida después de haberle obligado á que me volviese la mujer que adoro.

—Eso podrá hacerlo su merced, aun cuando no tomemos parte en la acción por ahora.

Le dijo un campesino que llegaba en aquel momento á caballo, al sitio donde se hallaban.

—¡Oh! ¡Pablo!—Exclamó Núñez tendiendo la mano al que acababa de hablar.— ¡Cree vd., en efecto, que tendré lugar de medir mis armas con las del monstruo que maldigo!

—Sin duda alguna.

—Pero ¿cómo!

—Si la victoria corona el valor de nuestros soldados en Padierna, la retirada de los yankees será desastrosa y desordenada, dando lugar á que siguiendo su alcance todo el ejército, vd. persiga á su cruel enemigo, le mate, y salve de su poder á lo joven que, según tengo entendido, camina en el convoy dentro de una litera.

—¿Será posible?

—Lo sé por mí mismo.

—¿Cómo!

—Buscando al capitán D. Juan, á quien tanto quiero, así como á D. Rafael, de quien no se ha tenido noticias desde la acción de Cerro-Gordo, pasé al campo enemigo para ver si estaban prisioneros, y como mi trage infunde confianza, lo recorrí todo.

—¿Y qué descubrió vd?

—Respecto á D. Juan y D. Rafael, nada; pero ví en la retaguardia del ejército invasor, marchar entre los trenes y equipajes una litera, en donde me dijeron que llevan enferma á la esposa de Willey, y como sabemos que no tiene esposa, luego me figuré que es la señorita Adela.

—¡Oh! esa noticia me colma de esperanza. Seguido de algunos cuantos valientes, fácil me será caer sobre la retaguardia del enemigo, y mientras este vuelve de su sorpresa, matar á los que custodian la litera, sacar de ésta á mi hermosa Adela, colocarle sobre mi caballo, y entrar sin tropiezo en la ciudad.

—¡Ah! cuente vd. conmigo para esa empresa.—Dijo Ricardo.

—Y conmigo.—Añadió Félix.

—Y con nosotros.—Agregaron Leopoldo y Pablo.

—¡Gracias! Admito gustoso la cooperación de tan valientes caballeros.

—Y si después de salvar á la señorita—dijo Pablo—conseguimos hacer prisionero á Willey, tal vez logremos volver á ver á mi amo D. Juanito y á D. Rafael, á quienes tal vez tendrá presos.

—¡Si es que no los ha asesinado!—Exclamó Nuñez con profundo sentimiento.—¡Oh! eso sería inícuo; pero todo lo temo de él. Y la pobre Luz que ha padecido tanto, ¿qué será de ella si cuando espera alcanzar el premio á sus largos tormentos, recibe la noticia de la muerte del hombre que idolatra?

—Se morirá de pena, sin duda.—Dijo Leopoldo.—Pero ¿qué veo!—añadió dirigiendo la vista hácia el sitio del combate, atraído por las continuas descargas que se oían;—¿por qué el general en jefe no nos manda correr en auxilio de nuestros compatriotas? ¿No ven vdes. el considerable nú-

mero de enemigos que circunda por todas partes á la valiente y corta division del general Valencia? ¿Será posible que presenciemos la desigualdad de ese combate, con la calma fria del espectador indiferente?

Y aquellos intrépidos jóvenes dirijieron la vista hácia el ensangrentado sitio en que mexicanos y yankees, confundidos y revueltos, luchaban con arrojo y constancia admirables.

El combate era terrible.

El general Valencia habia sostenido el choque del enemigo con admirable denuedo, persuadido de que pronto seria auxiliado por el general en jefe; pero viéndose abandonado y acometido por todas partes, por fuerzas muy superiores en número, no tuvo otro remedio, para no perder estérilmente la corta fuerza que le quedaba, que emprender la retirada.

Núñez dejó escapar un grito de desesperacion al ver triunfante al ejército invasor.

—¿Y qué importa que haya adquirido alguna ventaja?—Exclamó Ricardo sin perder su serenidad.—Mejor: así podremos

tomar parte nosotros en la accion, porque sin duda han de venir sobre este punto.

—Con efecto:—advirtió Leopoldo.—Miro sus columnas avanzar hácia este sitio.

—¡Ah! El corazon me anuncia que la victoria va á sonreirnos este dia.—Exclamó Núñez, afirmándose en los estrivos y acariciando la crin del brioso caballo que montaba.—Sí; el corazon me anuncia tambien que va á sucumbir al golpe de mi espada el infame Willey, de cuyo poder arrancaré á la hermosa mujer que labrará mi felicidad.

Entre tanto que tenia lugar este diálogo, la derrota se habia hecho general en la corta division de Valencia.

Los enemigos seguian su alcance por la misma ruta que ella traia.

Los soldados, perdida la moral, hacian la retirada en tropel, acerbillados por las descargas de las columnas invasoras que los seguian de cerca; y en este estado de confusion y de desorden, llegaron al punto de Churubusco, donde se encontraban Núñez y sus valientes amigos.

Los jefes que quedaron sosteniendo la retaguardia, fueron el general Perdigon y el coronel Zerecero, quienes hicieron una honrosa defensa en Zotepingo, cayendo prisionero el primero, y logrando el segundo salvarse por extraviados senderos.

Los Norte-Americanos, vencido aquel obstáculo, siguieron adelante para emprender el ataque del Puente de Churubusco.

Nuñez y sus amigos, que como dejamos dicho, pertenecían á la caballería de la guardia nacional, conociendo que en aquel punto la mejor arma para defenderlo era el fusil, desmontaron de sus caballos, los ataron á un árbol que se encontraba distante, y se colocaron entre las filas de los infantes.

Por una mala combinacion, la division que venia de Coyoacán, se encontró al pasar el Puente, distante quinientas varas del convento de Churubusco, con la que se retiraba de S. Antonio, perseguida por las fuerzas invasoras del general Worth, que la daban alcance.

El general Santa-Anna colocó una batería de cinco piezas en la cabeza del Puen-

te, protegida por todas las compañías de S. Patricio, compuestas de irlandeses que habian desertado de las filas invasoras y que habian tomado parte por México, y el batallon de Tlapa.

El tránsito estaba obstruido por dos carros de municiones: por encima de ellos, por entre las ruedas, por los piés de las mulas que los tiraban, pasaban todos confundidos y en masa, dejando abandonada en la calzada de S. Antonio, la mayor parte de las municiones, que con actividad habia procurado salvar el general Alcorta; pero el general Santa-Anna previno no pasara por al Puente ningun carro, hasta que lo verificase la tropa, motivo por el cual se perdieron las municiones.

En estos momentos, las fuerzas de Worth, al abrigo de los carros de las municiones abandonadas, avanzaron sobre el Puente.

Nuñez y sus amigos, lo mismo que todos los que defendian aquel punto, esperaron con serenidad al enemigo.

Este avanza en columna hasta muy cerca de los parapetos: la infantería y artillería

mexicana, con una granizada de balas la despedazan y hacen vacilar: uno de los cañones mexicanos incendia á la vez dos de los carros de municiones, abandonados en frente á la batería. Se escucha un estallido horrible, y sus fragmentos se reparten en todas direcciones, causando estragos formidables.

Los Norte-Americanos forman una nueva batalla enfrente á la posición, y se hace general el combate: dos líneas de humo se marcan en el aire; dos rastros de sangre se señalan en el campo. El bizarro coronel Gayoso, del 1.º ligero manda romper con su música una alegre diana, y en este momento cae herido.

Núñez, Ricardo, Leopoldo, Félix y Pablo, se encuentran en todas partes desafiando la muerte y alentando á sus compañeros de armas.

Los valientes nacionales que ocupan el convento de Churubusco, están resueltos á defenderlo á todo trance.

Una nueva columna invasora se interpone entre el Puente y el convento, amagan-

do envolver las dos posiciones. El general Santa-Anna toma el 4.º ligero y parte del 11 de línea, y se dirige á la hacienda de los Portales, un cuarto de legua á retaguardia, con objeto de contener los avances de los flanqueadores. Sitúa algunos infantes en la azotea de una casa que se levanta junto á la calzada, circunda su pié con el resto de la fuerza, y comienza el fuego en este punto.

En estos momentos cesa el ataque del Puente, porque los Norte-Americanos se dirijieron á la derecha, siguiendo á los que les precedían. El general Bravo llega á este tiempo por los potreros, con unos restos salvados de S. Antonio. El general Perez le manifiesta que están cortados, y que no quedaba ya ni un cartucho: en consecuencia se desbandan sus soldados en todas direcciones, tomando algunos la del Peñón."®

Los enemigos entonces se arrojan sobre el Puente. Sus defensores luchan con el valor que da la desesperacion.

Núñez y sus compañeros montan en los caballos que habian dejado atados, desen-

vainan las espadas, y se arrojan sobre el enemigo. Pero arrollados por una fuerza muy superior, se ven obligados á retroceder.

En vano luchan los mexicanos con el denuevo de los héroes. Las columnas invasoras son cada vez mas numerosas, y no pudiendo resistir á su número, abandonan el Puente, que cae en poder de los Norte-Americanos.

En Portales se redobla el ataque: los invasores avanzan; derramánse en tiradores sobre la llanura. El general Quijano vuelve á este punto con los Húsares, Veracruz y restos de la caballería del Norte; redobla sus esfuerzos, pero todo es inútil: el número triunfa del valor, y los Norte-Americanos avanzan triunfantes.

En la calzada se vé un desórden horrible: todos se confunden, se empujan, se atropellan.

Una fuerza de caballería invasora, montada sobre fuertes y ligeros caballos frisones, alcanza á la retaguardia, y aumenta

el espanto acuchillando á los que encuentran á su paso.

Nuñez vé aquel desórden; comunica á sus compañeros el deseo de ir á contener los avances del enemigo, y parten á galope al sitio mas peligroso.

El oficial que mandaba la fuerza de caballería norte-americana que, como hemos dicho, acuchillaba á la retaguardia, lanzó un grito de alegría al descubrir al hombre que se presentaba á su paso.

Nuñez fijó en él la vista, y sintió aumentarse doblemente su valor.

—¡Willey!

Exclamó empuñando la espada, y arrojándose sobre él.

Ricardo, Leopoldo, Félix, Nuñez y Pablo, acometieron con el mismo ímpetu; pero la fuerza de los caballos frisones, altos y pesados, que montaban los contrarios, hizo estériles los esfuerzos de nuestros cinco campeones.

En batalla singular, combatiendo uno á uno, la ligereza del caballo mexicano, la fa-

cilidad con que obedece á la rienda, sus rápidos movimientos, hubieran dado la victoria á Nuñez y sus compañeros, que eran excelentes ginetes; pero allí se trataba de desbaratar una masa compacta que, como una montaña, rodaba sobre el camino.

Willey, conociendo la ventaja que tenia sobre sus adversarios, mandó retroceder á sus soldados, y luego, uniéndose como si un solo cuerpo formaran, se arrojaron sobre sus temerarios competidores que, no pudiendo resistir á aquella muralla de acero y de hombres, tuvo que retroceder combatiendo en retirada.

Entonces nada pudo contener á Willey y sus soldados.

Alentados éstos por el primero, se precipitaron cuatro ó cinco sobre cada uno de los que con Nuñez se habian presentado.

Conociendo entonces que continuar luchando cada uno aisladamente contra tantos era hacer el sacrificio de la vida estérilmente, trató cada cual de abrirse paso para salvarse.

Nuñez fué el primero que consiguió li-

brarse de Willey y de otros tres que le rodeaban, salvando una zanja y colocándose á un lado del camino.

Ricardo, Félix y Pablo, consiguieron seguirle, parte de ellos, cubiertos de sangre y de heridas, aunque no peligrosas.

La caballería enemiga trató de alcanzarlos, pero prácticos en el terreno, pronto desaparecieron.

¿Y Leopoldo?

Solo él no habia conseguido abrirse paso: rodeado de enemigos por todas partes habia tratado tambien de saltar la zanja, pero el caballo, que en aquel instante recibió un golpe terrible, cayó muerto en la zanja, quedando sepultado el joven artista debajo del pesado cuerpo de su corcel, y herido tambien en la cabeza y en el hombro por dos sablazos descargados por un dragon norte-americano y por Willey.

Este, sediento de sangre, y juzgando mortal la herida causada á Leopoldo, continúa persiguiendo á los fugitivos por la calzada, y penetra con indecible arrojo por

un lado de la muralla de las puertas de la capital, descargando furibundos golpes.

Su arrojo, lo mismo que el de algunos que le acompañan, llena de asombro á todos, y les da lugar á que se retiren para reunirse á sus compañeros.

El fuego cesa en la calzada y en las puertas de México.

“Eran las cuatro de la tarde: el combate habia empezado á las once: traseurre aún otra hora de mortal espera, en la que aun se perciben desde México, ecos lejanos de artillería por Portales y el convento de Churubuseo.

“Churubuseo, dicen los Apuntes para la historia, es una pequeña aldea, distante dos leguas de México, situada en la confluencia de los caminos de Tlalpam y Coyoacán, formando, por decirlo así, el vértice del ángulo que representan ambas calzadas. El pueblo de Churubuseo se forma de un grupo de humildes chozas de adove, levantadas en un suelo fértil y pantanoso, donde la vegetacion se desarrolla exuberante. Sus sembrados producen la caña corpulenta del

maíz, y las milpas se prolongan hasta la misma iglesia y convento de Churubuseo.

Este edificio, por su solidez y fortaleza, y por su situacion, habia sido escogido para resistir, ó por mejor decir, para contener por algun tiempo á las fuerzas invasoras. Ni podia exigirse otra cosa, si se atiende al poco auxilio que prestaba la fortificacion pasajera que se habia levantado, y que consistia en un parapeto construido con adoves, de cerca de ocho piés y medio de espesor, á la distancia de veinte pasos de la puerta del convento, y defendido con anchos fosos, llenos, en la mayor parte de su profundidad, de agua llovediza, y de la que mana del mismo terreno. La premura del tiempo y la precipitacion con que se habia trabajado en las fortificaciones, no habia permitido que el parapeto, levantado en el frente y costado izquierdo, se extendiera al flanco derecho de la posicion, ni á la azotea del convento, ni aún que donde existia, estuviera acabado.

Los invasores, pues, vencidas todas las

dificultades, y triunfantes en todas partes, avanzaban sobre el convento, del que creían apoderarse á muy poca costa, pues las pocas dificultades que habian tenido que vencer para llegar hasta allí, les hacia presumir que el ejército mexicano, todo entero, se replegaría hasta la capital. Debióles confirmar en esta creencia, la circunstancia de que no se rompía sobre ellos el fuego, á pesar de hallarse ya á tiro de fusil de las fortificaciones, lo cual provenia de la orden expresa de los generales Rincon y Anaya, quienes para no gastar pólvora en balde, habian dispuesto que no se disparara sobre los enemigos hasta que no estuviesen á una distancia muy corta. Hizose así, en efecto; y el estrago terrible que las descargas produjeron en las filas de los Norte-Americanos, les obligó á detenerse por un momento, intimidados y sorprendidos.

Núñez y sus amigos, rodeando, y por caminos extraviados, habian vuelto al sitio del peligro, deseando perecer ó triunfar, y creyendo encontrar en él al intrépido Leopoldo, cuya falta habian notado.

Pero en vano le buscaron: el amante de Clotilde no estaba allí. . . .

Los invasores, aunque contenidos en su marcha por un instante, avanzaron de nuevo, dirijiéndose sobre el frente del parapeto una fuerza, y otra, mas considerable, sobre el costado derecho. Trábase entonces un refido combate, que el valor y los soldados de ambas naciones prolongan por algun tiempo, hasta que la pérdida de consideracion de los enemigos, los precisa á retroceder.

Hubo en aquella accion rasgos de valor, dignos de ser mencionados, entre los cuales merece particular elogio el del jóven D. Eligio Villamar, oficial del regimiento de Bravos, quien desde los primeros tiros se subió sobre el parapeto, y permaneció allí, expuesto al fuego de los enemigos, alentando á sus soldados. Su arrojo fué tanto mas notable, cuanto que dedicado antes exclusivamente á sus tareas científicas y literarias, aquella era la primera vez que afrontaba la muerte en un campo de batalla.

En competencia con este jóven se veía á

Núñez, Ricardo, Félix y Pablo, presentándose en los sitios donde mayor era el peligro y donde mil veces estuvieron á riesgo de perder la vida.

“Como acabamos de ver, la division norte-americana del general Twiggs, que habia dado el primer ataque, acababa de ser rechazada. La llegada de las otras, que apresuradamente llegaban en su auxilio, no solo le proporeionó medios de acometer de nuevo, sino que dió lugar á que el convento fuese atacado por varias partes, generalizándose en pocos minutos el combate. Los valientes de Churubusco no desmayan: multiplican sus esfuerzos para rechazar al enemigo, y su fuego certero, aumenta considerablemente el número de los muertos y heridos. Sin embargo, la situacion de esos esforzados combatientes es ya bastante crítica: su retaguardia misma, el punto único por donde pueden salvarse en caso de un desastre, está ya atacada por la division del general Worth, que avanza sobre las tropas, en retirada, de S. Antonio. Y no es esto lo peor, sino que las municiones em-

piezan á escasear, y se prevee el momento en que su falta absoluta impedirá toda resistencia eficaz.

Para apreciar en todo su valor, la heroica defensa de Churubusco, preciso es decir que toda la fuerza que componia su guarnicion, se reducía á cosa de seiscientos cincuenta nacionales, mal armados, sin la instrucción necesaria, y sin las municiones indispensables para combatir.

Pero el valor lo suplía todo, y aquel puñado de intrépidos mexicanos, entre los cuales figuraban los nombres del literato D. Manuel Gorostiza, el activo licenciado Revilla, Peñúñuri, Martínez de Castro, el general Anaya, el general Rincon, Núñez, Ricardo, Villamar y otros ciento, detuvieron y rechazaron por tres veces al ejército invasor, que jamás creyó encontrar resistencia tan tenaz y desesperada.

Viendo que las pocas municiones que aun quedaban, apenas bastarian para resistir algunos pocos momentos mas, el general Rincon envió á pedir, con un ayudan-

te, las que juzgó necesarias para hacer fructuosa la defensa. El general Santa-Anna, se apresuró entonces á enviarlas, custodiadas por unos piquetes de Tlapa y Lagos, y la compañía de S. Patricio.

Pero las balas de los cartuchos, resultaron de diez y nueve adarmes, para fusiles que no tenían este calibre: así es que la desesperacion de los soldados llegó á su colmo, cuando con la esperanza de mantener el combate, y aun de triunfar, se arrojaron y los cajones de municiones, y despedazándoles, llevaban los cartuchos al cañon que, desgraciadamente, era muy estrecho para contenerlos.

Algunos han creido poder hacer fuertes cargos al general Santa-Anna por esta fatal desgracia; pero, en mi concepto, no hay razon para ello. El general en jefe no hizo sino lo que debe hacer todo general en jefe, esto es, dió órden de que se enviasen las municiones necesarias, pero no podia ocuparse él mismo de cosas tan minuciosas como la de ir á revisar el calibre de las balas.

En los momentos mas empeñados de la lucha, y cuando su éxito, por la circunstancia expuesta, parecia próximo á decidirse en favor de los invasores, el general Anaya subió á la esplanada á caballo, mandó cargar una pieza á metralla, y apeándose luego, dirigió personalmente la punteria. Las chispas del bota-fuego que sirvió para disparar la pieza, incendiaron las municiones, abrasando á cuatro ó cinco artilleros, al capitán O'Leary que la servía, y al mismo general Anaya. Todos ellos quedaron fuera de combate, menos el general, quien á pesar de haber permanecido ciego por algun tiempo, no abandonó el campo de batalla.

A medida que la situacion de los mexicanos era mas comprometida, crecia el ardor y el entusiasmo.

Núñez, viendo abandonada una pieza por haber muerto todos los artilleros, la sirvo, ayudado de sus inseparables amigos.

Tres horas y media habia durado ya la accion, sin que los repetidos esfuerzos de los Norte-Americanos les hubieran dado un triunfo decisivo. El ánimo de las tropas

mexicanas no decae: antes al contrario, á cada momento se sienten los soldados mas deseosos de prolongar el combate. Por desgracia las municiones estaban ya casi completamente agotadas.

El fuego, por esta causa, empieza á cesar por parte de los defensores, á proporcion que las municiones escasean mas y mas: acábanse, por fin, y de aquel convento, que arrojaba poco antes la muerte por todas partes, no sale entonces ni un solo tiro como si ninguno de sus defensores hubiera quedado en pié. El enemigo se sorprende con aquel silencio repentino, que no sabe á qué atribuir, y temeroso de que sea alguna extratagema de guerra, tarda algunos minutos en decidirse á avanzar sobre el parapeto, del que no recibe ya ninguna ofensa. Los mexicanos, por su parte, llenos de desesperacion, descansaban ya en su mayor parte sobre sus armas descompuestas, y ardientes como el faego vivo que habian despedido. Los generales Rincon y Anaya, agobiados tambien de tristeza, viendo que no les quedaba arbitrio para

prolongar la resistencia, mandaron que la fuerza toda se replegara al interior del convento á esperar el fallo de su suerte; pero todavía en aquellos terribles momentos en que hasta la esperanza misma parecia perdida, hubo valientes que intentaron hacer el último esfuerzo de la desesperacion, y su denuedo añadió nuevas víctimas á las que ya habia costado aquella memorable defensa.

El intrépido Peñúñuri se dispone á cargar á la bayoneta sobre el enemigo, á la cabeza de unos cuantos soldados de su cuerpo, pero apenas ha avanzado unos cuantos pasos, cuando una bala le hiere de muerte. Tambien el patriota capitán de cazadores, D. Luis Martinez de Castro, recibia otra herida mortal al emprender abrirse paso por entre los enemigos.

Replegadas ya en el convento las fuerzas que obedecieron las órdenes de sus generales, esperaron resignadas la llegada de los enemigos, que por último se habian resuelto avanzar. El primero que se presentó

sobre el parapeto fué el capitán Smith, del 3.º de línea.

Núñez, conociendo que caer prisionero era renunciar á la esperanza de salvar á Adela del poder de Willey, se resolvió á abrirse paso ó á morir intentándolo.

Dispuesto á ello, montó sobre su brioso corcel, comunicó su intento á Ricardo, Félix y Pablo, y de acuerdo con él los tres, se arrojaron con ímpetu sobre los que cerraban la retirada por la calzada de México.

Al inesperado choque, los norte-americanos se hicieron á un lado, y nuestros valientes se dirijian hácia México, en los instantes mismos en que sus compañeros de armas hacian una capitulación honrosa en Churubusco.

Con tanto denuedo se portaron los valientes batallones de Independencia y Bravos que defendieron el punto y el convento de Churubusco, que el general norte-americano, Twiggs, saludando afablemente á los generales y oficialidad mexicana, arrojó á los invasores, ensalzando el valor digno de imitación que habian desplegado los

que, agotados todos los recursos de defensa, capitulaban.

Un momento despues, el pabellon de las estrellas flameaba en el convento de Churubusco, y los que tan heroicamente habian defendido aquel punto, eran tratados por los vencedores con las pruebas de aprecio, respeto y deferencia, debidos al valor y el amor á la patria.

Núñez y sus compañeros, dejaron escapar una exclamacion de dolor y de desesperacion á la vista de la bandera enemiga, y una lágrima se asomó á sus ojos.

—¿Y Leopoldo? ¿Qué será de Leopoldo?

Exclamó Núñez conmovido profundamente por las desgracias de aquel dia.

—Sin duda ha sucumbido.—Contestó Ricardo.—De lo contrario, le hubiéramos visto acudir al sitio del peligro.

—Como todos estábamos rodeados de soldados de caballería enemiga cuando salimos al encuentro del doctor—dijo D. Félix—no pude ver lo que á él le acontecia; pero, en mi concepto, debió caer prisionero, por ser el que mas atras se encontraba.

—¡Dichoso él si ha perecido—exclamó Nuñez—pues no ha tenido el dolor de presenciar las desgracias de la patria, y desdichada de la hermosa Clotilde, que cifra en él toda su felicidad!

—¡Oh! no demos entrada á la idea peor.

—Sí—añadió Nuñez;—Willey estaba sediento de la sangre de Leopoldo, como está de la mía, y mucho temo que haya conseguido verterla.

—Como temo que haya vertido la de D. Juan y la de Rafael en Cerro-Gordo:—dijo Pablo.

—¡Estará dispuesto—exclamó Nuñez—que ese hombre que nos arrebató á todos la dicha, llegue á acabar con la existencia de aquellos á quienes ha ofendido?

—¡Oh! no: su vida es la que va á terminar bajo el rudo peso de nuestras espadas;—dijo Ricardo;—y el primer golpe que ha de sufrir esta misma noche, es la desaparición de Adela, á quien debemos salvar mientras el enemigo está embriagado con el placer del triunfo.

—Sí; es verdad:—Exclamó Nuñez bri-

llando en sus ojos la alegría.—Pero ¿cómo dar con el sitio en que se halla la litera?

—Yo me encargo de eso.—Dijo Pablo;—el punto á donde debe dirigirse el convoy es, S. Angel; y yo parto para volver á dar á vdes. señas del sitio en que se halla la litera, y aun haré todo lo posible por hablar á la señorita Adela.

—¡Oh! eso seria para mí una felicidad imponderable.

—Pues casi estoy seguro de conseguirlo.

—¿Cómo?

—Yo tengo aquí mi plan.

—Bueno.

—De manera, que si su merced quiere escribirle con lápiz cuatro palabras, verá como consigo entregarle el papelito que su merced me dé.

—Sí, sí; en el instante.

Y Nuñez sacó su cartera, escribió en una hoja, arrancó luego ésta, y entregándosela á Pablo, le dijo:

—Haga vd. todo lo posible porque llegue este papel á sus manos, así como este lápiz, por si pudiere contestarme.

—Le prometo á su merced que todo lo recibirá.

—Bien:—exclamó Nuñez.—Parta vd. en el momento, y para que la noticia no se retrarde, nosotros tomaremos el mismo camino que vd. debe traer al volver.

—¿A qué hora?

—En cuanto la oscuridad haga que las partidas de invasores se retiren del campo.

—Corriente.

Y Pablo, seguro de no ser molestado, pues su traje de campesino le ponía á cubierto de toda sospecha para con los invasores, partió al galope con dirección á S. Angel.

Nuñez, Ricardo y Félix, torciendo por una vereda, se dirijian hácia un grupo de árboles para esperar allí, ocultos, hasta el anochecer, el instante en que se retirasen los Norte-Americanos y poder marchar hácia S. Angel.

La memoria de Leopoldo, cuya suerte ignoraban, preocupaba á aquellos leales amigos.

La tarde estaba envuelta en una media luz opaca y cenicienta.

El sol caminaba hácia occidente, triste y melancólico, como si participase de la desgracia de los valientes hijos de México.

Poco despues las sombras de la noche tendian su negro velo sobre la tierra, empapada en sangre.

Gruesos nubarrones empañaban la bóveda del cielo, y la luz del relámpago anunciaba un próximo aguacero.

Nuñez y sus amigos, preocupados con la memoria de Leopoldo y con la idea de salvar á Adela, esperaban hácia mucho tiempo en el grupo de árboles á que se habian dirijido, el momento en que no recorriese el campo ninguna partida de invasores.

De repente, los gruesos nubarrones que encapotaban el cielo, dejaron caer de su centro un recio y espantoso aguacero, que amenazaba una inundación.

Entonces todo quedó solitario.

Nuñez, Ricardo y Félix, al notar que el enemigo se habia alejado, se pusieron en marcha.

Los desgraciados heridos, abandonados en el campo de batalla, sin poderse mover y sin mirar á su derredor ni una humilde choza á donde poder acercarse arrastrándose, esperaban la muerte en medio de la mas terrible desesperacion.

¿Y Leopoldo?

Leopoldo tambien se encontraba herido, sin auxilio humano, tendido dentro de una zanja, sin poder incorporarse, porque el cuerpo de su caballo, que habia caido sobre él, le impedia todo movimiento.

La sangre manaba en abundancia de su cabeza, herida por un sablazo.

Solo, sin escuchar otra voz que la desgarradora de los míseros moribundos, ignorando la suerte de Nuñez y de sus amigos, pensando en su adorada Clotilde, á quien debia unirse dentro de breves días, sin esperanza de que algúien acudiese en su auxilio, sintiendo correr por debajo de su desfallecido cuerpo el agua que á torrentes descendia del cielo, Leopoldo esperaba el último instante de su vida, triste y conmovido.

La memoria de su anciana madre, á quien contemplaba llorosa y afligida por su suerte, aumentaba la amargura de su angustiado corazón.

La sangre que manaba de su profunda herida, iba debilitando poco á poco su naturaleza; su vista se nublaba por grados, como velada por la sombra de la muerte, y sus miembros desfallecian.

Así habian trascurrido muchas horas.

De repente se escuchó el galope de un caballo, que se aproximaba por el camino.

Leopoldo concibió una esperanza de ser socorrido, y aguardó impaciente á que estuviese cerca.

A poco el corcel, montado por un hombre sin insignia ninguna militar, y vestido al estilo de la gente del campo, llegó á la orilla de la zanja en que él se hallaba.

El jóven artista quiso gritar pidiendo socorro; pero la voz fué á espirar en sus blancos labios, débil y sin ser oída.

El jinete pasó con direccion á México sin escuchar su acento.

Leopoldo miró desvanecerse aquella rá

pidiera esperanza.... sintió que sus ojos se cerraban.... exhaló un suspiro, y pronunciando con moribunda voz los nombres de Clotilde y de su amante madre... de aquellos dos seres que eran todo su amor y todas sus delicias.... de aquellos dos seres que no podrían sobrevivir á su muerte, pidió á Dios interiormente por ellos, dejó escapar una exclamacion de dolor, y quedó sin sentido.

El viento que se azotaba contra las hojas de los árboles, contestó á aquel desgarrador acento, y todo quedó despues en sepulcral silencio.

CAPITULO XXXII.

Nadar, nadar y en la orilla ahogar.

El ginete que vimos pasar corriendo sin haber oido la moribunda voz del desgraciado Leopoldo, volvió á pasar una hora despues, y con la misma velocidad, por el mismo camino que habia andado.

Iba inquieto y lleno de afán.

En su semblante bronceado, pero que revelaba honradez y benevolencia, estaban pintados el cuidado y la ansiedad.

Gruesas gotas de sudor corrían de su arrugada frente.

—No los encuentro... ¿Qué vereda habrán tomado?

pidiera esperanza.... sintió que sus ojos se cerraban.... exhaló un suspiro, y pronunciando con moribunda voz los nombres de Clotilde y de su amante madre... de aquellos dos seres que eran todo su amor y todas sus delicias.... de aquellos dos seres que no podrían sobrevivir á su muerte, pidió á Dios interiormente por ellos, dejó escapar una exclamacion de dolor, y quedó sin sentido.

El viento que se azotaba contra las hojas de los árboles, contestó á aquel desgarrador acento, y todo quedó despues en sepulcral silencio.

CAPITULO XXXII.

Nadar, nadar y en la orilla ahogar.

El ginete que vimos pasar corriendo sin haber oido la moribunda voz del desgraciado Leopoldo, volvió á pasar una hora despues, y con la misma velocidad, por el mismo camino que habia andado.

Iba inquieto y lleno de afán.

En su semblante bronceado, pero que revelaba honradez y benevolencia, estaban pintados el cuidado y la ansiedad.

Gruesas gotas de sudor corrían de su arrugada frente.

—No los encuentro... ¿Qué vereda habrán tomado?

Dijo al llegar al sitio en que mas sangrienta habia sido la accion, y fijando la vista en los cuerpos que yacían tendidos en el campo, pero sin detener en su carrera el caballo.

El agua continuaba cayendo.

Muchos de los heridos, no teniendo donde guarecerse de ella, habian espirado en medio de las mayores ansias; los demas habian perdido hasta la fuerza para quejarse, por la mucha sangre manada de sus heridas.

La noche estaba oscura y espantosa.

El viento silbaba con fuerza, doblendo las copas de los árboles que, separados, y á largas distancias, se veían.

El hombre que nos ocupa marchaba por encima de los cadáveres, arrimando las espuelas á su ligero corcel, que parecia no poner los piés en el suelo, segun la velocidad con que corria.

—Tal vez habrán ido á rodear por el otro lado contrario al que yo traia; y esta habrá sido la causa de no habernos encontrado.—

Dijo el ginete despues de meditar un instante, pero sin detenerse.—¡Ah! sí; es preciso tomar la senda que debieron llevar.

Y el hombre, haciendo salvar de un salto la zanja á su caballo, y separándose del camino, tomó un sendero que le condujese con mas seguridad y prontitud al punto que deseaba.

El cielo estaba cada vez mas negro y horroroso.

La tierra, envuelta en espesas sombras, apenas dejaba percibir los objetos mas cercanos.

En las humildes chozas de los sencillos indios, diseminadas á largas distancias, no se veía persona ninguna. Sus moradores las habian abandonado desde el momento de la batalla, temerosos de los desórdenes que siempre suceden á una sangrienta lucha.

Hacia bastante tiempo que nuestro solitario ginete cruzaba el campo en extraordinario galope. ®

Ningun otro sér humano se movia en la inmensa extension de la llanura.

Al verle envuelto entre las sombras, desafiando la tempestad y cruzando veloz la pavorosa campiña, se le hubiera tomado por un trago ó fantasma, evocado por algún espíritu misterioso.

De repente detuvo á su caballo.

Sus ojos, brillantes como dos centellas, se fijaron recelosos en un punto.

Era una choza rodeada de algunos árboles, debajo de los cuales creyó descubrir el bulto de algunos hombres á caballo.

La distancia era tan corta que apenas le separaban veinte varas.

Sobresaltado, y conteniendo la respiración, permaneció un instante, temiendo fuesen soldados norte-americanos.

De repente notó que los hombres se ponían en movimiento con dirección á él.

Nuestro personaje dudó el partido que tomar debía, si continuar andando para no parecer sospechoso, ó huir sin detenerse. Pero su caballo se encontraba en extremo fatigado, y conoció que sería alcanzado con facilidad.

—Avancemos.

Dijo para sí resuelto á todo; y continuó su marcha.

Uno de los ginetes que hacía él caminaban, se adelantó á sus compañeros, y al verse cerca del hombre, cuyos pasos hemos seguido, le gritó en alta voz y con acento robusto:

—¿Pablo?

—¡Señor Nuñez!—Exclamó nuestro personaje con alegría, acercándose al que le hablaba.—Temí no encontrar á vdes.

—Llegad, señores:—dijo Nuñez á los que habían estado con él.—Es nuestro honrado rancho, á quien buscábamos con impaciencia.

Don Félix y Ricardo se acercaron.

—Y yo también les he buscado á sus mercedes hace mas de tres horas, corriendo mas que un D. *Jigote* de la *Mecha*.

—¿De veras?

—Como que no encontrándoles á sus mercedes en el camino, me fuí hasta las puertas de México, creyendo que allí estarían sus mercedes.

—Y ha descubierto vd. lo que deseábamos saber?

—¡Vaya, señor amo, *perfectamente*, y he *platicado* con la niña.

—¡Con Adela!—Exclamó Nuñez con indecible placer.

—Sí, señor amo, con la señorita Adela.

—¡Oh! ¡qué felicidad!

—Verdad es que he pasado para conseguirlo, mas trabajos que *Pérfiles* y *Sejijunta*; pero todo lo doy por *retobien* empleado, puesto que se consiguió el objeto.

—¿De veras? Pero ¿cómo consiguió vd. hablar con ella?

—Porque reflexioné que vestido como estoy de campesino, nadie desconfiaría de mí. Así es que cuando vi que todos celebraban, bebiendo, el resultado de la batalla, y supe que Willey andaba recorriendo el campo, me aproximé, provisto de una canasta con botellas de aguardiente, que compré en S. Angel, y me dirigí vendiendo, al sitio en que se había detenido el convoy durante la acción.

—¡Oh! perfectamente.

—No bien *devisé* la litera, me dirigí á ella, pregonando mi *efuto*. Como hacía mucho frio, todos se agolpaban á comprarme aguardiente. Los que custodiaban la litera, que estaban tambien *sedientos de sed*, me compraron una botella; y mientras estaban entretenidos en brindar y hablando con los que habian llegado, yo, con disimulo, hice con el cuchillo una abertara en el lienzo de la litera, introduciendo por ella el papelito y el lápiz que su merced me dió, diciendo en voz baja que esperaba la contestacion, y al mismo tiempo introduce un pliego de papel que llevaba á prevención para que ella contestase.

—¡Bien! ¿Y nada advirtieron?

—Nada, señor amo. Antes por el contrario, me compraron mas aguardiente, y en tanto que continuaban bebiendo y brindando, yo recibí el papelito.

—¿Y en dónde lo tiene vd?

—Aquí.

Dijo Pablo sacando un papel de la faja que le ceñía la cintura y entregándoselo á Nuñez.

Este estaba loco de alegría y de placer. Impacientes todos por saber lo que el papel decia, desmontaron de los caballos, penetraron en la choza que estaba entre los árboles, despues de haber atado á estos los caballos, hicieron de varias cerillas unidas una larga, y vieron que el papel contenia estas palabras, trazadas con lápiz:

“Tu esuela, inolvidable Nuñez, me ha devuelto la vida. ¡Por fin sabes dónde estoy y dices que me salvarás! ¡Oh! ¡el cielo lo quiera! Ignoro dónde estoy; pero tú que sigues mis pasos, no abandonarás á esta pobre mujer, y elejirás el momento oportuno, sin exponer tu existencia, para arrancar de las manos del infame Willey á tu querida y siempre fiel Adela.”

—¡Oh! sí; yo juro salvarte esta misma noche, ó perecer intentando conseguirlo.— Exclamó Nuñez conmovido, y luego añadió: ¡y en dónde se halla la litera en que gime presa mi amada?

—En S. Angel, á donde entró el convoy, que fuí siguiendo siempre en conversacion con los que me compraban.

—¿Y Adela está dentro de ella?

—No: la hicieron bajar al llegar á una casita que está al extremo del pueblo.

—¿Qué señas tiene la casa?

—Pues como era ya de noche cuando llegaron, no la ví bien, señor amo; pero es una casita que esta *sólida* (1) entre unos árboles, casi *juera* del pueblito.

—¡Ah! la conozco perfectamente:—exclamó Nuñez:—es la misma en que fuí herido por Duval, la noche que les he contado á vdes. le seguí.

—Seguramente la alojaron tan retirada—dijo Pablo—por el mucho *gentío de gente*, de soldados yankees y de prisioneros que entraron despues de la accion.

—¿Y entre los prisioneros nb vió vd. á Leopoldo?

—No señor, por lo que creo que habrá muerto en la batalla.

—Señores, á caballo:—gritó Nuñez.—No perdamos momento ninguno para salvarla.

—Sí, á caballo:—Dijeron todos.

(1) Sola ó solitaria.

Y saliendo de la choza y montando con prodigiosa prontitud, se dirijieren hácia el sitio indicado por Pablo, y conducidos por éste, que era práctico en el terreno.

—Esta noche acabarán todos los padecimientos de Adela.—Exclamó Nuñez marchando al lado de Ricardo.

—¡Ah! sí; el corazón me anuncia que el cielo va á favorecer nuestra empresa.

—Señores amos, no *platiquen* sus mercedes muy *recio*, porque entonces podría acontecer, que saliésemos de *Jila* y tropezásemos en *Caribes*.

—Scila y Caribdis, hombre, no *Jila* y *Caribes*.—Le dijo Nuñez.

—Lo mismo da; porque yo veo que su merced me entiende *perfectamente*.

—Bien; diga vd. como mejor le parezca.—Señores amos—dijo el indio Pablo deteniendo un poco á su caballo.—Es preciso que vayamos ya paso á paso, porque estamos cerca del sitio, y el galope de los *cuacos* podría alarmar á los de la casa.

Los intrépidos ginetes obedecieron á su guía y caminaron poco á poco.

—¿Y qué hacemos para poder aproximarnos, cercar la casa y penetrar en ella sin ser vistos?

—Me ocurre una *ocurrencia* para eso:—Dijo Pablo.

—¿Cuál?

—Cerca de la casita hay un bosquecito: allí podríamos dejar atados los caballos, y favorecidos por la *escuridad*, acercarnos á la casa, *tregar* unos á la azotea, mientras otros cuidamos la puerta para no dejar entrar ni salir á *naiden*.

—Dice muy bien Pablo.—Exclamó Ricardo.—Yo que conozco perfectamente el interior de esa casa á donde me trajeron muchas veces mis verdugos; que sé las piezas que ocupan y la que deben haber destinado á la presa, tomo á mi cargo penetrar por la azotea, y sorprender, con los que me sigan, á los malvados, sin darles tiempo á que se defiendan.

—Perfectamente. Yo soy uno de los que acompañarán á vd. á dar el golpe.—Dijo Nuñez.

—Bien; y el señor D. Félix, á quien acom-

pañará Pablo, nos hará el favor de defender la puerta de cualquiera que tratase de penetrar en la casa.

—Estoy dispuesto á hacer lo que vdes. juzguen mas conveniente.

—Pues adelante.

Al concluir estas palabras llegaron á la arboleda indicada por Pablo, desde la cual se veía la casa que reconoció Nuñez ser la misma en que habia visto entrar á Duval la noche en que fué herido por éste.

Todos desmontaron al momento, procurando no hacer ruido con las armas.

Despues de haber atado los caballos á los árboles, y de cerciorarse que nadie les habia visto llegar, avanzaron despacio y casi arrastrándose sobre el suelo con direccion á la casa.

La noche continuaba oscura, aunque el agua habia cesado.

Pablo, conocedor del terreno, iba por delante, aplicando de vez en cuando el oido á la tierra para ver si transitaba alguno por rumbo opuesto.

Pero nada se escuchaba.

Un silencio sepulcral reinaba al rededor de ellos.

Nuñez iba temiendo que cuidase la azotea el enorme perro que la cuidaba la noche que él la escaló, y que los descubiese con sus ladridos.

Sin embargo, á nadie comunicó aquel temor.

Pablo, que iba por delante, casi arrastrándose sobre el suelo, se detuvo de repente como á treinta varas de la casa.

Todos hicieron lo mismo.

—¿Qué hay!

Le preguntó casi con el aliento Nuñez, temblando de que fracasase la empresa.

—¡Quietos, señores amos, y silencio por Dios!

Dijo el indio casi en voz imperceptible.

—¿Por qué?—Preguntaron todos palideciendo.

—En la azotea hay un hombre de centinela, y si nos vé somos perdidos.

Aquellas palabras helaron el corazon de los que las escuchaban. Miraron hácia el

sitio indicado, pero nada acertaban á descubrir.

—Yo nada veo.—Fueron diciendo todos.

—Eso es porque los ojos de sus mercedes no están acostumbrados, como los míos, á la *escuridad*.

—¿Y qué hacemos?—Preguntó Félix.

—Asaltar la casa, puesto que no hay otro remedio, y vencer ó morir en la demanda.

—Sí, eso es lo mejor.

Dijeron todos disponiéndose á presentarse claramente.

—Silencio, señores amos.—Volvió á decirles Pablo.—¿No ven sus mercedes que al primer tiro acudirá todo el ejército invasor, que está á dos pasos, y que todo se perdería?

—Pues entonces, ¿qué partido debemos tomar?

—Yo tengo un remedio para quitar ese estorbo, sin alarmar y sin meter ruido.

Dijo el indio.

—¿Usted?—Le preguntó Nuñez.

—Sí, señor amo.

—¿Cuál?

Pablo se descinó una honda que llevaba atada á la cintura, y dijo mostrándola:

—Esta arma no mete ruido, y mata.

—¿Y qué piensa vd. hacer con ella?

—Lo que hizo David con *Julian*; quitar de un *piedrazo* el estorbo de la azotea.

—¿Usted?

—Estoy seguro de acertarle en la sien con la *matatena* (1) que despida.

—Pero ¿y si hierra vd. el golpe?

—No es fácil que lo *jierre*, señor amo; pero si así sucediese, entonces pueden sus mercedes hacer lo que habian resuelto, recurriendo á las armas.

—Tiene razon: dejémosle obrar.—Exclamó Nuñez.—Yo tengo confianza en la habilidad de Pablo.

—Pues, señores amos, no se muevan sus mercedes de aquí: yo me adelanto solo hasta ponerme á conveniente distancia: una palmada mia, será la señal de que ha caido

Y Pablo se adelantó arrastrando y por debajo de los árboles.

[1] Piedra.

Núñez y sus amigos esperaban con impaciencia indescriptible el resultado.

El indio se detuvo de repente, y midió con la vista, la distancia que le separaba del centinela.

Este, menos acostumbrado que nuestro hombre del campo á ver entre las sombras, nada habia notado, y permanecia quieto y tranquilo en su puesto, armado de fusil y de pistolas.

Pablo buscó en el suelo una *matatena*, como él decia; pero luego, considerando que una bala seria la piedra mas segura y fuerte, deshizo un cartucho que llevaba en el bolsillo, y colocó la bala en la honda.

Dispuesto ya para lanzarla, dió algunos pasos mas, y se puso en actitud hostil.

Fijó la vista en un punto, agitó la honda sobre su cabeza para despedir el golpe.

Pidió á Dios, de todo corazon, que le ayudase en aquella empresa, de la virtud contra el crimen.

Dejó salir la bala de la honda.

Fijó los ojos en el sitio á que la dirijia.

Vió caer al suelo el cuerpo del centinela sin exhalar un gemido.

Dió la palmada convenida.

Núñez y sus compañeros avanzaron á aquella señal consoladora.

Subieron sin hacer ruido á la azotea.

Pasaron por encima del cuerpo que estaba tendido.

Bajaron á las piezas en el mayor silencio; sorprendieron y amarraron á los socios de Willey; y poco despues penetraba Núñez en el cuarto de la hermosa Adela, que se arrojó á sus brazos henchida de placer y derramando un raudal de lágrimas.

Para que el golpe hubiera sido completo, solo faltó que se hubieran apoderado del doctor; pero éste habia salido á los alrededores de S. Angel, despues del triunfo, á desempeñar una órden del general en jefe.

—Pongámonos en marcha en el instante para México:—dijo Ricardo.—No sea que á Willey se le antoje dar un paseo por aquí con su caballería.

—¡Sí; huyamos, Núñez!—Exclamó Adela.—¡Ah! ¡ya que el cielo se ha mostrado

tan bondadoso, no demos lugar á que ese hombre nos encuentre!

—Sí; marcharemos al instante, bien mio. ¡Para qué quiero su muerte si al fin encuentro en tí mi vida, y le llevo la felicidad á la hermosa mujer que te dió la existencia, á la virtuosa Amalia, que te espera inconsolable?

—¡Mi madre! ¡Ah! ¡si; me has revelado este misterio en tu carta, y estoy impaciente por abrazarla, lo mismo que á mi hermana Luz!

—Pues á caballo.

Y contentos, llenos de satisfaccion y de esperanza, se dirijieron al sitio en que dejaron los caballos, montaron en ellos, y colocándose Adela á la grupa del de Nuñez, partieron para la capital por el mismo camino que habian llevado.

Aun no habian andado cien varas, cuando Willey, impaciente por ver á su cautiva, se acercó á su casa acompañado de dos asistentes.

Al ver abierta la puerta, se alarmó, bajó de un brinco de su caballo, y penetró con las armas preparadas.

Pronto se encontró con los sócios que estaban amarrados; y al saber lo que habia pasado, les desató, les hizo montar á caballo, y armados perfectamente, partieron con él en persecucion de los fúgitivos.

Willey iba furioso; y como si el génio del mal le inspirase, tomó por el mismo sendero que los salvadores de Adela llevaban.

—¡Allí van!—Exclamó al verles.—¡Ah! ¡no son mas que cuatro! La ventaja está por nosotros, pues aunque iguales en número, nuestros caballos son mas fuertes y nuestras armas mejores. ¡Qué no escape ninguno de la muerte!

Y arrimaron espuelas á los corpulentos corceles que montaban.

—Nos siguen, amigos míos.—Dijo Nuñez.—Marchemos cada cual por distinto rumbo para que se vean precisados á hacer lo mismo, y sea mas fácil vencerles, y salvar la preciosa joya que yo llevo.

—Es verdad; unidos, no podriamos resistir con nuestros pequeños caballos el choque de sus pesados frisonos, y separa-

dos, estoy seguro que la destreza y la agilidad nos darán el triunfo.—Advirtió Ricardo.

—Pues á separarnos.

—¿Y dónde será el punto de reunion?

—En Churubusco.

Todos se separaron entonces y tomaron por distintos senderos.

Willey, que iba acompañado de sus dos asistentes y de un sócio, se vió precisado á enviar á cada uno de ellos en persecucion de un contrario, para que cualquiera que fuese el que huía con Adela, cayese en su poder sin poder huir.

El caballo de Nuñez, agobiado por lo mucho que habia andado todo el dia y por el peso de su doble carga, se vió muy pronto casi alcanzado por uno de los perseguidores.

Adela iba pálida como la muerte, agarrada fuertemente de la cintura de su amante, que trataba de animarla con sus palabras.

—Nada temas, bien mio: el cielo y mi brazo, me harán triunfar del que viene en nuestra persecucion, en caso de que nos alcance.

El galope del caballo contrario se escuchaba entonces muy cerca.

Adela volvió asustada la cabeza, y exclamó horrorizada:

—¡Es Willey!

—¡Willey!

Dijo Nuñez estremeciéndose por la primera vez en su vida.

—¡Sí; huye por Dios tú solo! ¡sáltate si quiera tú, y déjame entregada á mi funesta suerte...!

—¡Dejarte yo! ¡yo que no puedo vivir sin tí...! ¡jamás, Adela! Acuérdate que tu amorosa madre te espera; y recobra tu valor y tu esperanza.

—¡Mi madre!

—Sí; esa pobre mujer que te espera desde pues de tantos años de ausencia!

Y Nuñez, conociendo el peligro que corría su amada y la imposibilidad de luchar contra un enemigo tan tenaz, teniendo que cuidar de su preciosa compañera, arrimó las espuelas á su caballo para salvarla.

Pero el animal no podia ser mas veloz con el peso que llevaba.

El doctor, que veía flotar un vestido de mujer, sintió renacer en su pecho el placer de los réprobos, al considerar que no podía pertenecer aquel traje mas que á Adela.

Sediento de placer y de venganza, agitó la marcha de su caballo para alcanzarla.

Núñez, conociendo lo imposible que le sería combatir con buen éxito teniendo que cuidar de la hermosa que acababa de salvar, hacia esfuerzos inauditos para no ser alcanzado.

Pero aun se encontraba México á gran distancia.

Willey, furioso de ver que no podía dar alcance tan pronto como hubiera deseado, al hombre que le habia arrebatado la codiciada prenda de su alma depravada, introdujo los acicates en los ijares de su caballo, quien al sentirse herido de aquella manera, echó á correr con una velocidad indecible.

El doctor halagó entonces la esperanza de alcanzar en breves minutos al que huía con la jóven Adela.

Núñez sintió muy cerca el ruido del ga-

lope del corcel de su contrario, y comprendió que pronto sería alcanzado.

Willey se hallaba cada vez mas próximo.

Adela iba pálida y temblando, temiendo caer en poder de su perseguidor.

Núñez hizo el último esfuerzo para huir con su preciosa carga.

Pero todo era inútil.

La distancia que le separaba del furioso doctor era cada vez mas corta.

La noche estaba oscura, y negro el cielo como el corazón del inicuo que les perseguía; pero el vestido blanco de Adela, que flotaba encima del caballo, servia de direccion al infame Willey.

Halagado por la seguridad de apoderarse en breve de aquella mujer que le despreciaba, y cuyas caricias estaba resuelto á gozar á todo trance, aceleró mas y mas la marcha de su corcel, y al verse á distancia de diez pasos, gritó con formidable acento, y preparando una pistola:

—¡Alto, ó disparo!

La jóven se estremeció, y se agarró fuer-

temente de la cintura del hombre que adoraba.

—¡Alto!

Volvió á repetir Willey; pero Nuñez, lejos de detenerse, continuó con mas velocidad su carrera.

Entonces el doctor disparó el arma fatal.

El tiro retumbó por la inmensa llanura.

Tras él se oyó un grito de mujer.

Nuñez sintió de repente que los brazos que oprimian su cintura le soltaban, y á poco esenchó el ruido de un cuerpo que caia en el suelo.

—¡Era Adela!

—¡Oh! ¡tu sangre, vil asesino!—exclamó Nuñez deteniendo su caballo al ver caer su preciosa carga:—tú has derramado su sangre, y voy á verter la infame tuya....! ¡Sí; vas á morir....! ¡vas á morir....!

Y se arrojó furioso sobre el doctor.

—Has perdido á tu amada—contestó Willey—y voy á hacer que te unas á ella en la eternidad, adonde envié esta tarde á tu amigo Leopoldo.

—¡Leopoldo! ¡ha muerte Leopoldo!

Exclamó Nuñez conmovido, pero sin dejar de combatir un solo instante.

—Sí; cayó esta tarde bajo el formidable golpe de mi espada, como caerás tú dentro de poco, atravesado por ella el corazón.

Y Willey, afirmándose en sus estrivos, inclinó el cuerpo hácia adelante, descargando una terrible cuchillada, que dividió en dos el morrion que llevaba Nuñez, que no tuvo tiempo para parar aquel golpe.

—¡Sangras! ¡sangras!

Dijo el doctor con satánico placer, viendo correr por la frente del jóven el caliente y rojo líquido.

La cuchillada, despues de haber partido el morrion, habia llegado á la cabeza.

—¡Sí! ¡me has herido! pero la herida, lejos de debilitar mis fuerzas, me presta nuevo brío para vengar la muerte de Adela, la de mi amigo, y mi sangre!

Y haciendo dar un salto á su caballo, le tiró un formidable golpe por el costado.

Pero el doctor logró hacerse á un lado y parar el golpe al mismo tiempo que descargaba mil y mil sobre su contrario, cuya

camisa y vestido se estaban enrojeciendo en sangre.

El caballo que montaba Willey era de mucha mas alzada que el de Nuñez, y por lo mismo el doctor combatia con ventaja, dominando á su antagonista.

Nuñez conocia perfectamente su crítica posicion, y trataba por medio de movimientos rápidos, suplir aquella desventaja.

Pero el doctor que comprendia la intencion de su temible rival, tenia buen cuidado de darle siempre el frente.

Aquellas vueltas continuas acabaron de causar al coreel de Nuñez, bastante fatigado ya por el trabajo de aquel dia, y Willey, aprovechando un instante en que el caballo de su competidor no podia moverse, levantó la espada con ambas manos, y la dejó caer con fuerza formidable sobre su adversario, que aturrido y bamboleando un instante sobre la silla, cayó de repente al suelo con espantoso ruido.

Willey dejó escapar una exclamacion de júbilo por el triunfo que acababa de obtener, saltó de su caballo con la velocidad

del tigre, e sacó un largo puñal, y se dirigió á Nuñez para acabarlo de matar.

Pero todo esto habia sido instantáneo.

Nuñez, vuelto de su aturdimiento, se habia levantado, pero sin espada, cuando Willey se disponia á hundirle el puñal.

Viéndose perdido, sin armas para defenderse, le agarró el brazo en que brillaba el acero que debia matarle, y logró hacerle saltar de su mano.

Entonces el doctor le asió con sus torcidos brazos, y comenzó una lucha de verdaderos gladiadores.

Los dos contrarios, asidos fuertemente, y oprimiéndose pecho contra pecho, permanecieron algunos momentos sin encontrar ventaja el uno sobre el otro, casi sin respiracion, inyectados los ojos, apretando los dientes y echando espuma por la boca.

Willey era sin duda mas corpulento que Nuñez; pero éste era mas nervudo, de musculatura mas energética.

Al primero le prestaba bríos el deseo de

vinganza; al segundo la vista del yerto cuerpo de su amada.

Pero Willey no habia recibido herida ninguna: sus fuerzas se encontraban lo mismo que al principio del combate, en tanto que las de Nuñez se iban debilitando á medida que salia la sangre de su cabeza.

Conociendo el doctor todas estas ventajas, y avergonzado de que se prolongase una lucha tan desigual, hizo un esfuerzo supremo, levantó en alto á su contrario; pero al verse éste perdido, metió una de sus piernas entre las de Willey, y ambos rodaron, abrazados, al suelo.

Al caer, la mano del doctor tropezó con el puñal que estaba en el suelo.

Aquel hallazgo le hizo sonreír satánicamente, pues encontraba el arma con que verter la sangre de su rival.

Halagado por esta infernal idea, asió el hierro matador, y lo blandió en el aire para descargarlo sobre el corazón de Nuñez.

Este se acordó en aquel instante de que llevaba á la cinta un cuchillo de monte, y logró sacarlo para defenderse.

Dos formidables golpes se escucharon después.

La hoja del puñal del doctor habia quedado enterrada en el pecho de su contrario.

El cuchillo de monte, blandido por éste, quedó clavado á la vez en el cuello de su competidor.

Un horrendo quejido dejó escapar cada uno de los combatientes.

En seguida todo quedó en sepulcral silencio.

Dos regueros de sangre tenían el sitio en que habia sido la lucha.

La luz de un relámpago, rasgando las húmedas sombras, envió en aquel momento su roja lumbre sobre tres cuerpos que yacían tendidos sobre la ensangrentada tierra.

Eran la hermosa Adela, el noble Nuñez, y el infame doctor.

Los primeros se hallaban yertos; el último, aunque herido gravemente, tenia fijos sus iracundos ojos en sus víctimas, y en sus labios vagaba una sonrisa de infernal placer.



CAPITULO XXXIII.

El hombre agradecido.

Era la mañana siguiente á los acontecimientos que acabamos de referir en el capítulo anterior, cuando cuatro hombres, montados en buenos y briosos caballos, salían de la capital de México, y se dirigían hácia el sitio en que habia tenido lugar la batalla el día anterior.

Iban armados, pero no con traje militar. La mañana estaba nublada y triste.

Todos marchaban en el mayor silencio.

En sus semblantes estaban pintados el dolor y la melancolía.

Al concluir la hermosa calzada que atravesaban, su tristeza pareció aumentarse á

la vista de los cadáveres insepultos que yacían tendidos sobre el campo, empezando á servir de pasto á las aves de rapiña.

Todos parecían traer á la memoria los tristes resultados de la batalla que habia cubierto de luto y de consternacion á la patria.

Aquellos cuatro ginetes que marchaban dominados por una profunda tristeza, eran D. Mannel, antiguo principal de Nuñez, Ricardo que habia sido salvado por el mismo Nuñez del subterráneo de la caverna de Cacahuamilpa, Félix, y el indio Pablo.

Los dos primeros estaban cuidadosos por la suerte que habian corrido en la accion Leopoldo y Nuñez: el tercero se hallaba dominado del temor de que hubiese vuelto á caer en poder de Willey la hermosa Adela; y el cuarto, marchaba preocupado con la funesta idea de que D. Juan y Rafael habian perecido en Cerro-Gordo. ®

Por un impulso natural, cada vez que encontraban un cadáver, los cuatro dirigían la vista á un mismo tiempo hácia el sitio en

que se hallaba, para ver si era el de la persona que preocupaba su imaginacion.

Así anduvieron un gran trecho, sin pronunciar palabra, registrando con los ojos todos los destrozos causados por las balas enemigas.

—Dios quiera—dijo D. Manuel—que no encontremos entre estos cadáveres que cubren la campiña, los cuerpos de nuestros caros amigos, Leopoldo y Nuñez, porque el no hallarlos nos indicará siquiera que no han perecido en el sangriento combate, y que solo han sido hechos prisioneros.

—Mucho me alegraré yo de que así sea—contestó Ricardo.—Prisionero Leopoldo, logrará al fin su libertad, y Clotilde que desde anoche se halla inconsolable, porque lo juzga muerto, volverá á recobrar la alegría, y podría ser feliz á su lado.

—¡Pobre Clotilde!

—Pero si Nuñez fué hecho prisionero—advirtió Félix—Adela, la jóven que habia logrado arrancar del poder de Willey, habrá vuelto á caer en manos de este infame, que se ha propuesto perderla.

—Sin embargo, aunque así fuera, podríamos salvarla; pero yo temo que Leopoldo haya muerto, y que Nuñez haya tambien perecido antes de dejarse arrebatar á la mujer que amaba.

—Y toda la culpa—dijo Pablo—la tiene ese Willey.

—¡Oh! No se me pueden olvidar—exclamó Ricardo—las palabras que pronunció Nuñez ayer, antes de separarnos: “¡Estará dispuesto, dijo, que ese hombre que nos arrebató á todos la dicha, llegue á acabar con la existencia de aquellos á quienes ha ofendido?” ¡Ah! ¡yo temo que se haya realizado ese temor!

—Pues yo abrigo la esperanza de que han sido hechos prisioneros.

—Por lo que hace á D. Leopoldo—dijo Pablo—estoy seguro de que no cayó prisionero; pues ya les dije á sus mercedes que nadie me dió razon de él en S. Angel, cuando pregunté por los prisioneros hechos en la acción, aunque di las señas de él.

—¡Ya lo oye vd., D. Manuel!—Exclamó Ricardo.—¡Sí! ¡ambos han muerto, sin du-

da, cuando el primero no fué anoche á consolar á su anciana madre, á quien ama con todas sus potencias, y no se presentó el segundo en casa de Amalia, á llevarle á la hija de su corazón, salvada de las garras de un infame!

—Y lo que aumenta mi sentimiento es— dijo Félix—que mientras luchaba, se crecía abandonado de nosotros, que no volvíamos en su auxilio.

—Sí; porque él no podía saber que á los pocos instantes de separarnos, fuimos acometidos por otra partida de invasores que recorría el campo y que se unió á los que nos perseguían; partida que permaneció muchas horas en observacion de si álguien salía de la ciudad.

—¡Oh! pero si han muerto Nuñez y Leopoldo combatiendo, verán desde la alta region de los justos, que una causa superior á nuestra voluntad nos impidió salir en su busca.

—Busquémosles, pues, busquémosles entre los que han sucumbido en defensa de la patria, y si han perecido, señalándonos con su

sangre el camino que conduce á la gloria, démosles siquiera una honrosa sepultura, para que no sean pasto de las inmundas aves de rapiña.

Y los cuatro ginetes continuaron marchando en silencio, y dirigiendo la vista á los cadáveres que encontraban, para ver si pertenecía á alguna de las caras personas que buscaban.

De repente se detuvo Ricardo, y pálido y sobresaltado, se quedó con la vista fija en un punto.

Todos hicieron alto al verle detenerse, y al notar la mutacion de su semblante, se quedaron mirando hácia el sitio en que tenia fijos los espantados ojos.

—¿Ha descubierto vd. algo?—Le preguntó D. Manuel, no acertando á dar con el objeto que habia llamado la atencion de Ricardo.

—Sí.—Contestó éste cada vez mas pálido.

—¿Qué?

—En aquella zanja...

—Siga vd.

—¿No ven vdes. un caballo y un cadáver?

—¡En efecto! ¿Y qué?

—Que si no me engaño, es el caballo que montaba Leopoldo ayer.

—Sin duda alguna:—Agregó Pablo:—es el *cuaco* retinto que llevaba.

—¡Ah! ¡corramos!

Y los cuatro se dirijieron á la zanja, desmontaron de sus caballos, y dejando éstos al cuidado de Pablo, penetraron en ella.

Ricardo quedó convencido de que el caballo era el de Leopoldo.

Alarmado con este descubrimiento, se acercó al cadáver que estaba junto al muerto corcel.

Al acercarse, varias aves de rapiña elevaron su vuelo.

Ricardo, Félix y D. Manuel, trataron de reconocerle; però al cadáver le habian despojado de su ropa, y era imposible descubrir de otra manera quién era, porque su rostro y su cabeza la habian devorado ya los carnívoros animales.

Sin embargo, la blancura del cuerpo, las formas y la estatura, persuadieron á Ricardo de que era el cadáver de Leopoldo.

Afligido, y deseando dar al amigo de Nuñez, segura, aunque humilde sepultura, buscó algo con que cavar un sepulcro; però no encontrando objeto ninguno para hacerla, miró hácia todas partes para ver si descubria alguna choza donde pudiesen sus habitantes propocionarle algun instrumento para hacerla, y pronto sus ojos tropezaron con una modesta casa que se alzaba como á quinientas varas, escondida entre unos altos y frondosos árboles.

Contento á la vista de aquella humilde morada, comunicó á sus amigos el deseo de solicitar de sus habitantes los medios de sepultar el cadáver, y todos, excepto Pablo, que se quedó custodiando el destrozado cuerpo, para evitar que las aves acabasen de desgarrarlo, montaron á caballo, y se dirijieron á la pintoresca habitacion.

Al llegar y tocar la puerta, un hombre de aspecto franco, de buena presencia, y vestido con el traje del *ranchero* mexicano, salió á recibirles.

Ricardo le dijo entonces el objeto que

llevaban, y el campesino conmovido, les suplicó que pasasen.

Los tres ginetes desmontaron; y al penetrar en una pieza espaciosa que les indicó el dueño de la casa, los tres dejaron escapar una exclamación de asombro.

Don Manuel, conmovido profundamente, exclamó:

—¿Es verdad? ¿No es ilusión?

A estas palabras dirigió la vista hacia los que habían entrado, una persona que se hallaba tendida en un lecho, y contestó sin de tenerse:

—Que tras de larga aflicción
Dios nos llega aquí á reunir,
premiando nuestro sufrir,
es verdad, no es ilusión.

—¡Nuñez! —Exclamó Ricardo corriendo hacia el que acababa de hablar.

Y mientras Nuñez y Ricardo se abrazaban llenos del mas profundo cariño, D. Manuel estrechaba la mano de otro jóven que yacía en otro lecho, colocado en un rincón

de la misma pieza, y Félix, irradiando de alegría su semblante, cruzaba las palabras mas tiernas con una hermosa que había permanecido sentada junto á la cabecera de Nuñez.

Esta hermosa era Adela.

El jóven á quien se acercó D. Manuel, era Leopoldo.

Junto al lecho de éste, se encontraba otro hombre en quien nadie había fijado la atención.

Este hombre era Rafael que acababa de curar á los dos heridos.

El asombro de Ricardo y de los que con él habían llegado, creció al encontrar allí reunidas á las personas, que pocos momentos antes, las habían creído muertas ó prisioneras.

—Sí, debíamos haber perecido:—contestó Nuñez á las palabras de admiración pronunciadas por sus amigos;—pero la Providencia envió para que nos salvase, á un hombre benéfico y humano; al dueño de esta posesión, que nos condujo á ella para prestarnos todos los socorros necesarios.

Y Nuñez refirió que al volver del desmayo en que había quedado al recibir en su pecho la puñalada descargada por Willey, se encontró al lado de Adela, que se ocupaba en restañarle con su pañuelo la sangre de sus heridas: que la jóven no había recibido el balazo disparado por el doctor, y que su caída del caballo provino de haber perdido el sentido al escuchar la detonación de la pistola: que á poco de hallarse cuidado por ella en el campo, se presentó el dueño de aquella posesion, que había salido de casa con objeto de socorrer á los heridos; y que, ayudado de algunos criados, le condujo al sitio en que se hallaba libre ya de todo peligro, puesto que las heridas, segun había declarado Rafael, no eran de peligro.

Leopoldo contó que había sido auxiliado por el mismo que había socorrido á Nuñez; pero antes que éste. y que habiéndole manifestado que Willey le había herido, y el temor que abrigaba de que volviese para ver si estaba muerto, y que si no le encontraba, le buscaría por todas partes, el campe-

sino tomó el cadáver de otro de los que habían perecido en el combate, y cuyo rostro y cabeza estaban completamente destrozados, le despojó de la ropa, con objeto de que si Willey volvía le tomase por él, y colocándole al lado del caballo que estaba muerto en la zanja, se vió él conducido al lecho en que se encontraba.

¿Y Rafael? Preguntará el lector, ¿no había sufrido una embosecada que le puso Willey en la retirada de Cerro-Gordo?

Sí; pero cuando Willey, con sus soldados, salió del bosque en que se había ocultado para caer sobre Rafael y D. Juan, el guerrillero español Jarauta, y otro jefe de guerrilla, mexicano, de no menos valor que el primero, se presentaron con su gente en el mismo sitio, y descargando sus armas sobre los invasores, los pusieron en precipitada fuga, matando á algunos de ellos, y salvando así de una muerte segura á los dos amigos. Rafael cayó á las pocas horas enfermo de fiebre, á causa de la herida recibida en el brazo, y D. Juan se vió precisa-

do á seguir á la guerrilla para no abandonar á su amigo.

Llevado el herido á un pueblo retirado para que allí se curara, le fué imposible escribir á México, dando razon de su persona.

Cuando el invasor se acercó al valle de México, se encontraba ya aliviado, y trató de entrar en la capital con D. Juan para prestar sus servicios á la patria; pero el dia precisamente en que llegaban, tuvo lugar la accion de Churubasco, y hallándose el enemigo adelante de ellos, se vieron precisados á hacer alto en aquella casa, donde les habia reunido la Providencia.

—¿Y D. Juan?—Preguntó Félix.

—Ha marchado á México para poner en conocimiento de Clotilde y de Amalia, todo lo que ha pasado, y traer dos coches en que sean conducidos Nuñez y Leopoldo.

—¿Qué felicidad!

En aquel momento entró en la pieza el dueño de la casa, y dirijiéndose á Ricardo, le dijo:

—Afuera espera ya un criado mio con los instrumentos que pidieron vdes.

Don Manuel iba á contestar que ya no eran necesarios; pero Nuñez se anticipó á decir:

—Aquí tienen vdes. al hombre generoso, á quien somos deudores de la vida.

—Como yo le soy á vd. deudor de mi felicidad.—Contestó el honrado campesino.

—¿A mí?

—Sí; aunque no se lo he dicho á vd. hasta hora.

—No comprendo.

—¿No recuerda vd. haberme visto ya otras dos veces?

—No traigo á la memoria sus facciones. ¿Dónde?

—¿Se acuerda vd. del pobre á quien dió vd. un peso un Juéves Santo, para que diese de comer á su hambrienta familia?

—Aquel pobre.

—Era yo: el mismo que mas tarde, en la Villa de Guadalupe, tuvo el gusto de advertirle que no penetrase en la casa en que se conspiraba contra el gobierno.

—Pero vd. se presentó como criado de Willey.

—Sí; pero en realidad no lo era. Con el peso que vd. me dió, compré pan para mi mujer y mis hijos, y tocado en mi corazón por un presentimiento, compré con los cuatro reales que me quedaban, un medio billete de la lotería de la Virgen. ¡Ah! pocos días despues mi número salió premiado en tres mil pesos, y con los mil quinientos que me pertenecian, empecé á trabajar, y merced á mi trabajo y honradez, he conseguido comprar esta casa y los terrenos que la rodean, y que están perfectamente cultivados.

—¡Oh! ¡cuánto lo celebro!

—Un día pasó el doctor por aquí, con otro llamado Duval, y mientras descansaban, les oí hablar de sorprender á unos conspiradores; entre los nombres que pronunciaron, escuché el de Leopoldo, á quien, sin conocer, apreciaba yo, por los hermosos cuadros que habia visto de él, y queriendo salvarle, me mezclé en la conversacion fingiéndome adicto á la causa del gobierno, y ofreciéndome á servirles en aquel negocio.

Willey aceptó mi oferta, y cuando en la Villa me señaló á vd. para que le siguiera, yo me propuse salvarle.

—¡Ah! ¡gracias, gracias!

Al terminar estas palabras se oyó el ruido de dos carruajes que se detenian á la puerta.

Pocos instantes despues entraba D. Juan anunciando que podian ya partir.

Núñez y Leopoldo fueron colocados en un coche, en el cual entró tambien Rafael, para asistirles en caso necesario.

Adela subió al otro carruaje, con el anciano D. Manuel.

Ricardo, Félix y D. Juan, montaron á caballo, y despidiéndose todos del dueño de la casa, con las mayores señales de la mas profunda gratitud, se dirigieron hácia México.

La alegría mas intensa bañaba el corazón de todos.

Leopoldo soñaba en la ventura que le esperaba al lado de la hermosa Clotilde que le esperaba con impaciencia.

Núñez y Rafael, en los tiernos objetos de

su amor; y Adela, en el placer de abrazar á la bondadosa Amalia y á su tierna hermana Luz.

Al llegar al sitio en que se habia quedado Pablo, le hicieron saber lo que pasaba, y todos juntos continuaron el camino, con movidos ante la vista de los cadáveres que desde allí empezaban á encontrarse.

De repente D. Juan detuvo su caballo, fijando la vista en un objeto. Luego se dirigió á él á todo el galope de su corcel; volvió á detenerse; examinó otro instante el objeto que habia llamado su atención, y en seguida hizo seña á sus compañeros para que acudiesen á donde estaba.

Ricardo, Félix y Pablo, se acercaron, y dejaron escapar una exclamación.

¿Qué habian visto?

Era el cadáver de Willey que aun tenia clavado en el cuello el cuchillo de monte con que se habia defendido Nuñez.

Las aves carnívoras habian destrozado ya su vientre.

En la horrible actitud en que estaba el

cadáver, se conocia que habia tenido una agonía espantosa.

Nuñez y sus compañeros se alejaron de allí conmovidos.

En aquellos momentos uno de los cocheros dirijia su carruaje á un lado del camino para no pasar por encima de un cuerpo de mujer, tambien despedazado por los animales.

Adela asomó la cabeza, y reconoció en aquel cadáver á la extranjería Eugenia, á su inflexible carcelera.

La hermosa jóven, olvidando lo que le habia hecho padecer, y llevada de sus sentimientos cristianos, oró interiormente á Dios por aquella desgraciada.

Dos horas despues los dos coches, seguidos de Ricardo, Félix, Pablo y D. Juan, entraban por las puertas de la ciudad de México, donde les esperaban las personas mas caras de su corazón.

traía de defender los caros objetos de patria y libertad.

Allí el tercer regimiento Ligero, á las órdenes del valiente coronel D. Miguel Echagaray, al acercarse los invasores en número de mas de mil hombres á los molinos, se arroja sobre los invasores, y á pesar de que los mexicanos que acometen no son mas de quinientos, es tal el ímpetu con que se lanzan sobre la fuerza enemiga, que ésta queda turbada por un momento, y poco despues huye precipitadamente. El 3º Ligero persigue á los invasores, les quita tres piezas de artillería, de que poco antes se habian apoderado, y los acosa hasta llegar hasta la misma línea norte-americana.

Allí tambien el valiente y honrado patriocio, coronel del batallon Mina, D. Lucas Balderas que, herido de un pié, no quiso retirarse de la accion, cayó atravesado de honrosas heridas, y espirando arengó á sus soldados.

El general Leon, pereció tambien, llevando de asombro con su temerario arrojo, y mil y mil intrépidos oficiales y soldados

CAPITULO XXXIV.

El heroísmo de la virtud.

Habia pasado ya la sangrienta batalla dada el dia 8 de Setiembre de 1847 en "Molino del Rey," casi á las puertas de la capital. Batalla desgraciada, pero gloriosa, en que cuerpos aislados de tropas mexicanas combatieron contra todo el ejército invasor, haciendo retroceder varias veces sus columnas, y persiguiéndolas hasta sus mismas posiciones.

Allí la tropa de línea y la guardia nacional, manifestaron al mundo que los mexicanos sabian morir como héroes, cuando se

que dejaron trazado, con su sangre, el sendero que deben seguir los que no quieran llevar en la frente la mancha vil de esclavo.

Pero todos estos notables hechos habian sido aislados, combatiendo cortas secciones mexicanas contra numerosas columnas invasoras, y el resultado al fin, vino, en consecuencia, á ser desgraciado para México, y los Norte-Americanos hollaron con su planta la capital de México, en la mañana del 14 de Setiembre de 1847.

Instalado el gobierno mexicano en Querétaro, los invasores empezaron á dar los pasos necesarios para celebrar la paz entre ambos países.

Durante este tiempo, Nuñez y Leopoldo habian sanado completamente de sus heridas, y viendo que las negociaciones de paz se encontraban muy adelantadas, esperaron el término de ellas para dejar su actitud belicosa ó empuñar de nuevo las armas en defensa de la patria.

En uno de esos dias en que el gobierno norte-americano y el de México, se ocupaban del asunto importante de la paz, un

hombre se hallaba en la humilde habitacion de la hermosa Elisa.

Era D. Emilio.

—Ya ve vd., hermosa Elisa—le decia—que he cumplido gustoso con el deseo indicado por vd. Clotilde será la mas feliz de las mujeres al lado del hombre que, con su constancia, respeto y abnegacion, se ha hecho digno de su mano.

—Sí, D. Emilio: era el único anhelo de mi maternal cariño: ya que la hice desgraciada privándole de las caricias de una madre que no le puede dar el dulce nombre de hija, al menos no llevaré á la otra vida el remordimiento de no haber hecho el sacrificio de presentarme á vd. para salvar de la muerte á la que la hubiera conducido su pasion contrariada.

—Pero ¿está vd. resuelta á callar á ella, tan virtuosa y prudente, ese secreto?

—Por siempre.

—¿Teme vd. que su cariño fuese menos intenso, si vd. se descubriese á ella diciéndola, soy tu madre?

—Todo lo contrario; estoy segura que me perdonaria una falta que he expiado de una manera terrible; que me amaria como yo le amo.... que me consolaria.... que lloraria de placer conmigo, y que me haria la mujer mas venturosa de la tierra.

—Pues entonces....

—Pero por eso mismo he resuelto que ignore siempre quién le dió la vida. ¿Debo yo acaso encontrar deleites, dichas y contento, en donde está patente la falta de mis deberes? ¿En premio de la culpa, he de solicitar las caricias mas tiernas... los afectos mas dulces.... las dichas celestiales? ¡Oh! ¿Eso seria hacer una nueva ofensa á Dios. No; yo me he propuesto expiar en el mundo, con todos los sacrificios posibles, el delito que cometí, y lejos de gozar de sus caricias, lejos de intentar al placer de escuchar de sus labios un nombre que me inundaria de celestial contento, he resuelto, cuando la contemple unida al hombre que ama, renunciar hasta la dicha de verla.

—¡Oh! ¡eso seria demasiadol

—¡Demasiado!

—Cuando todos van á ser felices.. cuando mi hermana Inés recobra la tranquilidad y se dispone á ser la esposa de Ricardo, salvado por Nuñez de un obscuro subterráneo.... ¡vd., solo vd. ha de sufrir y padecer!

—Para ser feliz le basta á una madre saber que lo son sus hijos.

—Pero aquella falta que por mi culpa cometió vd., aquella falta la ha purgado vd. suficientemente con diez y ocho años de privaciones y de lágrimas.... ¿Por qué, pues, privar á Clotilde de la dicha de conocer á quien le dió la vida?

—¡Jamás! Mi resolucion está tomada; me impongo el mayor de los sacrificios para una madre, como expiacion de mi culpa.

—Bien; yo respeto esa resolucion heroica; pero ¿qué motivo existe para que rehusé vd., como lo ha hecho, mi mano y mi fortuna? ¿No está vd. enteramente libre para disponer de su corazon? Desde el momento en que el Eterno llevó á su mansion al hombre á quien los dos ofendimos, aspiré á la dicha de unirme á vd. en eterno y

sagrado lazo, pero vd. rechazó mi proposición, y no sé de qué palabras valerme para hacerla á vd. desistir de su empeño.

—De ningunas, D. Emilio, porque todas se estrellarian contra el firme propósito que he tomado. Esa union y esas riquezas podrian hacerme olvidar un instante mi falta, y repito que yo anhele recordarla, tenerla siempre viva en mi corazon para tratar de borrarla. Le suplico á vd., por lo mismo, que no insistá en esa idea, que es irrealizable.

—Por doloroso que me sea renunciar hasta la esperanza de mi felicidad, respetaré su deseo como sagrado para mí, y mis labios permanecerán cerrados sobre ese asunto.

—Mil gracias.

—Era preciso—dijo D. Emilio con profunda tristeza—que cuando todos van á ser venturosos, yo, único autor de las desgracias que han afligido á vd., expiase tambien terriblemente mi falta.

—¡Y se cree vd. desgraciado! ¡Desgraciado vd. que puede estrechar contra su

corazon á Clotilde, llamarla á todos horas su hija.... abrazarla.... y hasta confesarle que es vd. su padre! ¿Cómo calificará vd. entonces la pena de la pobre mujer, condenada á no verla jamás.... á renunciar á la dicha de escuchar el dulce metal de su armoniosa voz?

Y Elisa dejó caer abatida su cabeza sobre el pecho, vertiendo un raudal de lágrimas.

Don Emilio conoció todo el peso de aquellas razones, y exclamó:

—¡Oh Elisa! esa pena es sublime en la esfera del dolor.... inconmensurable.... sin igual en el mundo! ¡Oh! al escucharla á vd., me avergüenzo de mi debilidad.... de mis pretensiones.... de mis quejas! Yo respeto, mujer incomparable, ese sacrificio, y no me creo con derecho á llamarme desgraciado. ¡Adios, pues, ángel de virtud y de hermosura: continúe vd. siendo el ornamento de su sexo; y al elevar á Dios sus oraciones, pídale vd. que me perdone los males que la he causado!

—¡Ah! sí; le pediré que me perdone, y

que le perdone á vd., como yo le he perdonado.

Y D. Emilio salió admirando la virtud de aquella mujer que llevaba la abnegacion hasta el mas sublime heroísmo para borrar su falta ante Dios.

No bien acababa de poner los piés fuera de la puerta, cuando entraron Julia y Teresita que habian estado en la contigua vivienda de la preceptora Amalia.

—¿Quién es ese caballero, mamá?—Prepuntó Teresita al ver marchar á D. Emilio.

—Es el que ha hecho las veces de padre con Clotilde.

—Con razon me ha simpatizado. ¡Qué bueno parece! ¿Le conocias tú antes?

—¿Yo?—dijo Elisa titubeando.—Sí.

—¿Y por qué no habia venido á visitarte hasta hoy?

—Porque... porque es persona de graves y muchas ocupaciones.

—¿Y á qué ha venido, mamá?

—A comunicarme una noticia de parte de Clotilde: á decirme que todo está ya dispuesto para su union con Leopoldo.

—Y dime, mamá:—dijo Julia:—Cuando sea ese enlace, tú asistirás á la boda, ¿no es verdad?

—¡No, hijas mias!

—¿Pues qué, no te convidarán á ella?

—Para mí, hijas mias, no quedan mas placeres en el mundo que el de no separarme de vosotras, de escucharos, de estar pendiente de vuestros deseos.

—Pero ¿no amas á Clotilde?

—¿Qué si le amo! ¡Oh! ¡mucho... mucho, hijas mias! ¡Pero yo no debo asistir á esas reuniones donde todos gozan....—Exclamó conmovida Elisa.—Yo no debo presentarme en medio del lujo y de la alegría.... La memoria de lo que debí á vuestro desgraciado padre y su horrorosa muerte, deben acompañarme nada mas.

—¡Ah! ¡qué buena eres, madre mia!—Dijo Teresita acariciándola.—Sí; tienes razon: nosotras no debemos pensar en esos goces.

—Mis goces y mis delicias sois vosotras.

—Como tú eres nuestra única felicidad.—Exclamaron las dos hermosas niñas rodean-

do á su tierna madre, que las inundó de besos y de caricias.

Elisa acababa de dar la prueba mas sublime del arrepentimiento de una falta cometida hacia cerca de diez y ocho años.

Habia renunciado una posicion brillante en la sociedad, no admitiendo la proposicion de Don Emilio, de unirse á ella.

Amaba á Clotilde con todas las veras del corazon de una tierna madre, y se impuso el doloroso tormento de no verla en la vida.

Elisa sintió agolparse á sus ojos las lágrimas con esta última consideracion, y volvió á abrazar á sus hijas para dulcificar la pena que desgarraba su corazon.

Aquel sacrificio era sublime.

Era la abnegacion llevada hasta el grado mas heróico, y de que solo es capaz la mujer.

CAPITULO XXXV.

Conclusion.

Ha pasado algun tiempo desde la entrevista de D. Emilio y Elisa, de que nos ocupamos en el capítulo anterior.

Las ratificaciones del tratado de paz entre México y los Estados-Unidos se habian canjeado en Querétaro, el 30 de Mayo de 1848, y en virtud de ellas, las tropas invasoras habian evacuado el país.

En los mismos instantes en que se tenia noticia de que se habia hecho á la vela, en Veracruz, el último barco norte-americano, salian del espacioso Sagrario de la capital de México, varias personas de ambos sexos,

do á su tierna madre, que las inundó de besos y de caricias.

Elisa acababa de dar la prueba mas sublime del arrepentimiento de una falta cometida hacia cerca de diez y ocho años.

Habia renunciado una posicion brillante en la sociedad, no admitiendo la proposicion de Don Emilio, de unirse á ella.

Amaba á Clotilde con todas las veras del corazon de una tierna madre, y se impuso el doloroso tormento de no verla en la vida.

Elisa sintió agolparse á sus ojos las lágrimas con esta última consideracion, y volvió á abrazar á sus hijas para dulcificar la pena que desgarraba su corazon.

Aquel sacrificio era sublime.

Era la abnegacion llevada hasta el grado mas heróico, y de que solo es capaz la mujer.

CAPITULO XXXV.

Conclusion.

Ha pasado algun tiempo desde la entrevista de D. Emilio y Elisa, de que nos ocupamos en el capítulo anterior.

Las ratificaciones del tratado de paz entre México y los Estados-Unidos se habian canjeado en Querétaro, el 30 de Mayo de 1848, y en virtud de ellas, las tropas invasoras habian evacuado el país.

En los mismos instantes en que se tenia noticia de que se habia hecho á la vela, en Veracruz, el último barco norte-americano, salian del espacioso Sagrario de la capital de México, varias personas de ambos sexos,

vestidas con exquisito gusto y con gran lujo.

Doradas carrozas les esperaban fuera del espacioso atrio de la iglesia.

En el rostro de todos brillaban el contento y la satisfaccion.

Poco despues se colocaron en los vistosos carruajes y partieron para Tacubaya, donde tenian preparado un gran dia de campo en uno de los bellísimos jardines de aquel Aranjuez Mexicano.

¿Quiénes eran aquellas elegantes personas que revelaban ser las mas felices de la tierra?

Clotilde y Leopoldo, Inés y Ricardo, Adela y Nuñez, la hermosa Luz y Rafel que, despues de padecimientos inauditos, acababan de alcanzar el bien á que aspiraban.

Un ministro del Señor acababa de unirlos.

Y este ministro del Señor era el padre Enrique.

Don Juan, Félix y D. Manuel, les acompañaban, ademas de otros muchos amigos de distinguida educacion.

Elisa iba hermosa al lado de sus hijas, como una rosa en medio de dos lirios.

Tampoco faltó el indio Pablo, á quien obligaron á que aceptase el convite, puesto que tan buenos servicios habia prestado.

Pero quien parecia mas satisfecho y alegre que todos era D. Emilio, que veía á su hija libre del monstruo á quien la quiso unir, y enlazada á un jóven que gozaba en la sociedad de una reputacion envidiable, por su talento, finura y honradez.

Solo Elisa no podia disfrutar de aquel momento de satisfaccion.

Retirada en su humilde casa, bendecia á Dios por el bien que habia vertido sobre aquella hija querida, á quien habia prometido no volver á ver para expiar su falta.

Pero Clotilde no se habia olvidado de ella. Antes de ir á la iglesia, á unirse con el hombre que amaba, le envió un presente de mil pesos en oro, varias alhajas, algunos vestidos y bellísimos trages para Julia y Teresita, que crecian cada dia mas virtuosas y hechiceras. A este regalo, añadió, contando con la voluntad de Leopoldo, una

mesada de cien pesos con que pudiera vivir decentemente.

El cielo que parecia satisfecho de los sacrificios que voluntariamente se habia impuesto aquella mujer en desagravio de su falta, se presentó desde aquel momento favorable con ella.

Cierto es que habia renunciado al placer de ver á Clotilde, pero sabia que ésta era mas feliz cada dia con su querido Leopoldo, y esto la inundaba de placer y de satisfaccion.

Para colmo de ventura, cuatro años despues Teresita y Julia se unian á D. Félix y D. Juan, aquel rico comerciante, y este poderoso hacendado de Guadalajara.

Querida de ambos, como puede serlo una madre por sus cariñosos hijos, pasaba la mitad del año al lado de Teresita y el otro medio en compañía de Julia.

Elisa, pues, fué feliz, como merecia serlo por su talento y sus virtudes.

Amalia disfrutaba de igual ventura, siendo el objeto del cariño de Luz y Adela.

El padre Enrique, entregado á los actos

evangélicos, vivia retirado del mundo y vertiendo el consuelo en todas partes.

El indio Pablo, ocupado en sus faenas de campo, hacia frecuentes visitas á Don Juan.

¿Y doña Anita?

Solo ésta dejó de presenciar la ventura de aquellos séres.

El motivo fué su curiosidad.

Al penetrar los invasores en las calles de México, habia ido á visitar á una amiga suya para saber si, como decian, la visitaba un jóven, y una bala perdida, de las muchas que cruzaban, puso fin á su vida al poner los piés fuera de su casa.

Respecto al esposo de doña Crucecita, Rafael cumplió religiosamente con el encargo que ésta le hizo en la Angostura al espirar; y habiendo muerto á poco el desgraciado en la casa de dementes, dejó el dinero, que aun quedaba, en beneficio del establecimiento.

FIN DEL TOMO V Y DE LA OBRA.

1 copy ... 207
 207
 28 1 17-11
 207-17

